



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN HISTORIA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

“LA POLÍTICA NORTEAMERICANA HACIA MÉXICO DURANTE EL SEGUNDO
IMPERIO, 1864-1867”

T E S I S
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
MAESTRA EN HISTORIA

PRESENTA:
ROSA FÉLIX MATAMOROS

TUTORA
DRA. MARCELA TERRAZAS Y BASANTE
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
UNAM

MÉXICO D.F.

MAYO 2013



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

Cuando comienzas un camino éste no lo recorres sólo, siempre hay acompañantes que están ahí para apoyarte, guiarte y comprenderte hasta el final. Este es el caso de la presente investigación, durante su elaboración hubo momentos felices y de optimismo pero también se presentaron problemas, situaciones que hacían pensar que el proyecto quedaría trunco; fue en esos instantes cuando más agradecí las palabras de mi familia, mi maestra y mis amigos. Por eso quiero decir:

GRACIAS a todos aquellos que creyeron en mí,

GRACIAS a mi esposo por estar a mi lado física y moralmente, por comprenderme y darme palabras de aliento en los momentos más difíciles,

GRACIAS a mi familia por escucharme y ayudarme en todo lo que siempre ha podido

GRACIAS a los doctores Antonia Pi-Suñer, Erika Pani, Gerardo Gurza y Ana Lilia Nieto por sus observaciones, sus palabras de aliento y por haber aceptado ser miembros del sínodo,

GRACIAS a mi asesora y maestra la dra. Marcela Terrazas, no sólo porque me enseñó a hacer una investigación y confió en mí, también porque me mostró lo que es el compromiso con un alumno cuando se acepta asesorarlo. Por último pero no por eso poco importante

GRACIAS a mis amigas Carmen, Elena y Ana Lilia por ser mis paños de lágrimas, aconsejarme y alegrarse conmigo,

GRACIAS a Lily, mi hermana, mi mejor amiga y mi cómplice,

GRACIAS a todos los bibliotecarios por facilitarme la materia prima de este trabajo y a la maestra Aurora Flores Olea por haberme ayudado a conseguir aquellas fuentes que están en los archivos estadounidenses.

A TODOS MIL GRACIAS

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	4
CAPÍTULO I	
La Unión Americana, la Confederación y Francia. Los primeros (des) encuentros	
1.1 La Unión Americana ante la Intervención europea en México	19
1.2 Los Confederados y sus tanteos diplomáticos con París	36
1.3 Francia ante la Guerra Civil Norteamericana	45
1.4 La Doctrina Monroe en tiempos de guerra	48
1.5 Las formas de gobierno en América. La República y la Monarquía	57
Algunas consideraciones	67
CAPÍTULO II	
La Unión, la Confederación y los dos gobiernos de México	
2.1 La Unión y su política hacia los constitucionalistas	71
2.2 Los intereses particulares de Estados Unidos en México	80
2.2.1 Los filibusteros y los voluntarios	81
2.2.2 Los especuladores	85
2.3 Colonización unionista y confederada en México	92
2.4 El reconocimiento de Maximiliano, la opinión pública y Juárez	106
2.5 Los juaristas y los confederados	127
2.6 Los imperialistas en Washington, el ejército de la Unión y Juárez	135
Algunas consideraciones	147
CAPÍTULO III	
Francia ante el término de la guerra civil Norteamericana: ¿principio del fin del segundo Imperio?	

3.1 Francia ante el fin de la guerra civil	151
3.2 Los enemigos del Imperio de Maximiliano	162
3.2.1 El cuerpo legislativo y la prensa francesa	162
3.2.2 Europa y Francia	167
3.3 ¿Una confrontación entre Francia y Estados Unidos?	
Causas y consecuencias	171
3.3.1 El éxodo de las tropas francesas	174
3.4 El relevo de apoyos. El ejército austriaco en lugar del francés	182
3.5 El principio del fin	190
Algunas consideraciones	200
CONCLUSIONES	205
APÉNDICE no. 1	214
APÉNDICE no. 2	217
FUENTES	220

INTRODUCCIÓN

ESCENARIO.

Antes de poder conformar un estado nacional México debió atravesar por difíciles procesos políticos, económicos y sociales. Los intentos por establecer un gobierno sólido durante el siglo XIX corrieron desde el experimento imperial en la década de los veinte, pasando por gobiernos republicanos de corte federalista o centralista y dictaduras, en los años treinta, cuarenta y cincuenta hasta llegar a la confrontación de los años sesenta entre el proyecto imperial encabezado por Maximiliano de Habsburgo y el republicano dirigido por Benito Juárez. Estos momentos históricos se han estudiado en múltiples obras, cuyo hilo conductor es, en su mayoría, la política interna. En los últimos años, empero, los estudiosos de la historia de México han revisado los acontecimientos insertándolos dentro del escenario internacional dejando de ver a la historia nacional como un ente aislado, sin influencia del exterior. Es en este rubro donde se incluye la presente investigación, cuyo propósito es demostrar que las políticas bilaterales o trilaterales entre las naciones no existen de manera independiente pues siempre están sujetas a las vicisitudes provenientes de un escenario internacional mayor y, al mismo tiempo, dependen de las circunstancias internas, de índole política y socioeconómica, de cada país. Esta condición queda de manifiesto en momentos de crisis, tal es el caso que se estudia en las páginas siguientes, donde la política exterior de Estados Unidos hacia el Imperio de Maximiliano dependió de su situación interna pero, al mismo tiempo, estaba sujeta a lo que pasaba en escenarios diferentes al de Washington, Francia o México. El trabajo es un diálogo donde distintas voces

se hacen presentes en contextos diversos; por un lado está el entramado internacional y por el otro el desarrollo de los acontecimientos locales y su influencia mutua.

Cabe recordar que al principio de la década de los años sesenta, México estaba sumergido en una grave crisis política y hacendaria como consecuencia inmediata de la Guerra de Reforma; ésta no sólo colocó al país al borde de la bancarrota, si no que mostró su debilidad ante el concierto de naciones permitiéndoles tomar parte en sus asuntos domésticos con el total apoyo de los monarquistas mexicanos.

En aquéllos años el escenario europeo estaba dominado por Gran Bretaña,¹ a la cual la Francia de Napoleón III, intentaba arrebatarse la primacía. Los franceses habían adquirido cierta importancia después de la Guerra de Crimea (1853-1856) en la que ambas naciones se enfrentaron a Rusia para evitar la caída del Imperio Otomano en manos de los Romanov. Luis Napoleón, sin embargo, no sólo buscaba influir en el ámbito europeo, también estaba interesado en consolidar la presencia francesa en otras regiones del mundo, deseo que lo llevó a involucrarse en la crisis mexicana.

1861 fue un año con gran significado político para el proyecto francés pues, la confrontación entre los liberales y conservadores en México y la Guerra Civil estadounidense² fueron ingredientes que, bien aprovechados por Napoleón III, prometían darle jugosos dividendos políticos y económicos. México era importante

¹ A lo largo de este trabajo se usarán indistintamente los términos Gran Bretaña e Inglaterra como sinónimos.

² La guerra civil de Estados Unidos tuvo lugar entre 1861 y 1865.

para Europa, pues constituía la llave de América Latina, ya que para los políticos del Viejo continente, este país fungía como un “dique” para resguardar sus intereses económicos en el sur de América. Si México caía en la órbita de Estados Unidos, el resto del hemisferio estaría más a la mano de la influencia de esa nación, lo que repercutiría, según los europeos, en sus inversiones y negocios. En 1861 la Unión Americana también atravesaba un momento definitorio dentro de su historia. Los intereses políticos, las disputas económicas y las diferencias regionales entre el norte, aliado con el oeste, y el sur llegaron a un punto crítico después de las elecciones de 1860. El triunfo del candidato republicano, Abraham Lincoln movilizó a varios estados sureños que lo vieron como una amenaza para su desarrollo y decidieron secesionarse del resto del país. La Guerra de Secesión estalló pocos meses después de los sufragios.

La guerra civil monopolizó la atención de Washington y la distrajo del escenario internacional. Si bien la Casa Blanca no desatendió por completo la cuestión mexicana resulta obvio que primero buscara solucionar el problema interno, que amenazaba su existencia, para una vez controlada la situación atender el desarrollo de la instauración de la monarquía en México. También resulta indudable que Estados Unidos no podía desentenderse de lo que pasaba al sur de su frontera; debía estar atento a la cuestión mexicana para evitar la presencia francesa más allá de lo prudente e impedir que su preeminencia en el continente se viera afectada.

EL PROBLEMA

Mucha tinta ha corrido sobre el excepcionalismo estadounidense y su influencia en la doctrina Monroe y en el destino Manifiesto, ambas son pilares de la política internacional de Estados Unidos. Es verdad que todos los pueblos desarrollan sentimientos nacionalistas e incluso algunos llegan al chauvinismo, en ciertos momentos. Sin embargo el pueblo estadounidense se caracteriza por usar su propio desarrollo político y económico como ejemplo para los demás naciones; ese sentimiento de “superioridad” no sólo es un elemento propagandístico entre los mismos norteamericanos o de los estadounidenses hacia el exterior, es parte, casi siempre, de la idiosincrasia del norteamericano promedio. El “excepcionalismo histórico norteamericano” es la creencia firme de que la experiencia norteamericana no tiene parangón en la historia de los pueblos del mundo. Como ejemplo está el haber llegado al republicanismo sin pasar por la sociedad feudal ni por el monarquismo.³ Otro de los motivos de orgullo entre los estadounidenses es su lucha por la libertad como derecho *sine qua non* de cualquier individuo. Por lo tanto son la defensa y la propagación de la libertad y del republicanismo las banderas ideológicas de la nación y es en su nombre que los estadounidenses obedecen el mandato divino, Destino Manifiesto, de intervenir en el devenir de las demás naciones, con el fin de sacarlas del estado de barbarie en el que se encuentran.⁴

³ Bradford Perkins, “The Unique American Prism”, en Dennis Merrill and Thomas G. Paterson, editors, *Major Problems in American Foreign Relations*, Kansas, Connecticut, Houghton Mifflin 5 edición, 2000, vol. I, p. 5, 7.

⁴ Ashbel Smith, *An Address Delivered in the City of Galveston on the 22nd of February, 1848, the anniversary of the Birth Day of Washington and of the Battle of Buena Vista*, en

Sin embargo hay otro elemento igual de importante que la libertad y el republicanismo: el pragmatismo económico; éste influye de manera determinante en la aplicación o no del Destino Manifiesto en los asuntos domésticos de otros pueblos. Por lo tanto el pragmatismo norteamericano, basado en el individualismo de su población, resulta ser el otro motor del excepcionalismo estadounidense, pues son los intereses de la sociedad los que determinan las medidas políticas y comerciales del gobierno. Esto permite entender por qué Estados Unidos, durante casi todo el siglo XIX pugnó por una política neutral ante cualquier crisis internacional.⁵ El pronunciamiento por este tipo de política responde directamente a las necesidades de la sociedad, pues cuando un gobierno la adopta, garantiza a sus ciudadanos sus derechos comerciales; incluso éstos mantienen la capacidad de realizar transacciones con los estados beligerantes, ya que pueden prestar dinero, vender pertrechos y material de guerra, lo que les resultó muy conveniente en el periodo aquí estudiado, no pocos estadounidenses comerciaban tanto con juaristas como con maximilianistas.⁶

Otra repercusión importante del pragmatismo norteamericano y su relación directa con México tiene que ver con la defensa, aplicación, u omisión de la Doctrina Monroe. Desde 1823 el gobierno estadounidense –no obstante carecer de los medios para hacerlo efectivamente- pretendió definir el hemisferio como su

David M. Pletcher, *La diplomacia de la Anexión*, trad. Jorge Brash, Xalapa, Veracruz, Universidad Veracruzana, 1999, tomo II, p. 452.

⁵ Mariano C. Melero de la Torre, "Neutralidad política", en *Eunomía. Revista en Cultura de la Legalidad*, no. 3, septiembre de 2012 a febrero 2013, pp. 185, 187.

⁶ L.A. Podesta Costa, *Derecho Internacional Público*, Buenos Aires, Tipográfica Impresora Argentina (TEA), 4ed, tomo II, 1967, p.167.

“área de influencia” bajo la enunciación de la doctrina Monroe, según la cual Washington se pronunciaba en contra de cualquier intromisión de Europa en los asuntos de las naciones americanas⁷. La sentencia estaba dirigida a esos países del viejo continente, principalmente España, ésta insistía en reconquistar sus dominios, ahora independientes, con la ayuda de la Santa Alianza. Empero la doctrina Monroe también respondía a ese interés económico que las nuevas naciones habían despertado entre los ciudadanos estadounidenses. Estados Unidos quería que las otrora colonias españolas estuvieran a su alcance comercial y la presencia europea sería peligrosa para este objetivo, pues representaban una competencia que los norteamericanos perderían debido al desarrollo industrial superior de aquellas naciones, principalmente de Inglaterra.⁸

Después del pronunciamiento de esos años, la doctrina quedó relegada un buen tiempo. Fue en 1845, con su llegada a la presidencia, que James Knox Polk retomó los postulados de Monroe, pues corrieron especulaciones sobre una cesión de territorio mexicano en beneficio de Francia e Inglaterra. Las versiones sirvieron para justificar el proyecto expansionista del presidente Polk y le permitieron adquirir una gran cantidad de territorio mexicano al finalizar la guerra de 1846-1848. Sin embargo, después de su cuatrienio no volvió a darse una

⁷ Enunciada por el presidente James Monroe el 2 de diciembre de 1823.

⁸ Si bien antes de 1823 Estados Unidos no hizo ningún movimiento o pronunciamiento arriesgado a favor de la independencia de las colonias americanas, esto no significa que una vez independientes no cambiara su conducta respecto a ellas y simpatizara con la idea de que se mantuvieran así en aras de verse beneficiado por su potencial mercado, en Perkins Dexter, “Defense of Commerce and Ideals”, en *Major...* p.180-181; Carlos Bosch García, *México en la Historia, 1770-1865. El aparecer de una nación*, México, Coordinación de Humanidades – UNAM, 1993, p.24, Marcela Terrazas, coord., *Las relaciones México-Estados Unidos. 1756-2010*, México, IIH-UNAM-SRE, vol. I, 2012, p.186-189.

“adquisición” parecida, aunque existieron muchas aspiraciones en torno al territorio mexicano: en Tehuantepec, la incursión de William Walker en la Baja California o los intereses sobre el noreste, pero la última adquisición territorial de Estados Unidos tuvo lugar en 1854, con la ratificación de la compra de La Mesilla.

No obstante, los continuos rumores sobre una cesión territorial de México, la hipoteca de alguna región del país o la invasión militar por parte de Washington, dieron pie a varias especulaciones en Europa. Francia, principalmente, temía que Estados Unidos se apoderara de México y que, en consecuencia, sus intereses económicos en América Latina se vieran perjudicados. La declaración de moratoria en el pago de la deuda externa decretada por el presidente Benito Juárez, el 17 de julio de 1861, permitió que las naciones europeas se presentaran en México, aunque sólo el ejército galo permaneció en el país.

Si se considera el Destino Manifiesto como un elemento fundamental del excepcionalismo estadounidense, si se piensa en la política neutral cuyo objetivo es procurar el beneficio económico de sus inversionistas, así como en la importancia de mantener a los europeos fuera del continente, y principalmente de México, resulta imperioso preguntarse: ¿por qué Washington, con una clara tradición republicana, estuvo dispuesto a negociar el reconocimiento de la monarquía mexicana? y por otra parte, ¿Cuál fue la razón del visto bueno de los estados confederados a la implantación de un imperio en el vecino del sur?

Para poder resolver estos cuestionamientos convendrá observar los intereses económicos de todos los involucrados (estadounidenses, franceses y mexicanos) y determinar su influencia en las decisiones diplomáticas tomadas por

la Unión y la Confederación. También merece atención revisar la importancia que para republicanos e imperialistas tuvo el reconocimiento y el apoyo de la Unión y, por consiguiente, hasta dónde estuvieron dispuestos a arriesgar con tal de obtener el visto bueno de la Casa Blanca. Tampoco debe descuidarse el desarrollo del escenario europeo, su influencia en Francia y cómo repercutió éste en el proyecto mexicano y en Maximiliano.

HIPÓTESIS

Ante el panorama expuesto, se puede observar que en la cuestión mexicana hubo más elementos involucrados que la sola confrontación interna entre dos discursos de gobierno, el republicano y el monarquista. El escenario estadounidense presentó una coyuntura que permitió la participación de Francia en la política interna de México. Por otra parte, una vez establecido el imperio, el objetivo de Maximiliano fue obtener el reconocimiento político de la nación del norte. La situación era harto complicada por la guerra de Secesión y porque Washington no simpatizaba históricamente con la presencia de una monarquía en el continente respaldada, además, por una nación europea. Ésta se consideraba amenazante para su zona de influencia. Sin embargo resulta simplista pretender explicar la postura de Estados Unidos hacia el imperio mexicano a través de la Guerra de Secesión únicamente. La hipótesis que aquí se propone es que la Guerra Civil –si bien muy importante- no fue el único elemento presente en el comportamiento de Washington frente al gobierno de Maximiliano; que el escenario se diversificó a favor de Napoleón III, cuando el grupo confederado buscó su reconocimiento; y

que, aunado a la guerra estadounidense, también se deben considerar sus intereses especulativos que buscaban invertir en México sin importarles si la administración era republicana o monarquista.

Asimismo ésta investigación propone la idea de que el escenario europeo también debió influir en el comportamiento del presidente Andrew Johnson⁹ aún después del término de la guerra civil.

ESTADO DE LA CUESTIÓN

Para llevar a buen término la investigación se recurrió a fuentes procedentes de archivos nacionales e internacionales, así como a estudios que abordan concienzudamente el tema; entre estos últimos destacan los elaborados por Erika Pani, Jorge L. Tamayo, Isidro Fabela, Carlos Bosch García y Gerardo Gurza Lavalle.¹⁰ Estos trabajos presentan diversas aristas de lo que fue el Segundo Imperio Mexicano, las características de los imperialistas, la impresión que sobre México se tenía en Europa, así como la amenaza a la soberanía nacional que Estados Unidos significaba según algunos políticos mexicanos. También reflexionan sobre el impacto de la política exterior estadounidense en el Imperio

⁹ Quien ocupó la presidencia tras el asesinato de Lincoln en 1865.

¹⁰ Erika Pani, “Un grupo de la élite política decimonónica: los imperialistas”, en *Secuencia*, México, Instituto Mora, no. 46, enero – abril 2000; De la misma autora, *Para mexicanizar el Segundo Imperio, El Imaginario político de los imperialistas*, México, El Colegio de México–Instituto Mora, 2001; Jorge L. Tamayo, “Las relaciones de México con los Estados Unidos durante la intervención francesa y el Imperio”, en *Cuadernos Americanos*, México, Libros de México, vol. CLIV, no. 5, septiembre – octubre 1967. Isidro Fabela, “La Doctrina Monroe y la segunda Intervención francesa en México”, en *Cuadernos Americanos*, México, Cultura, vol. XCV, no. 5, septiembre–octubre 1957; Carlos Bosch García, “Maximiliano en busca del reconocimiento”, en *De la Historia, Homenaje a Jorge Gurría Lacroix*, México, Universidad Nacional Autónoma de México–Instituto de Investigaciones Históricas, 1985; Gerardo Gurza Lavalle, *Una Vecindad Efímera, los Estados Confederados de América y su política exterior hacia México, 1861-1865*, México, Instituto Mora, 2001.

Mexicano; la conducta adoptada por Abraham Lincoln y su secretario de Estado William Henry Seward ante los problemas internos, temas que ayudan a comprender el cabildeo de Maximiliano en Washington, sus negociaciones con los confederados, las esperanzas del emperador mexicano de contar con el apoyo de Napoleón III y con la ayuda de su hermano Francisco José, y de los problemas que se presentaron en Europa. En el mismo tenor se encuentran las investigaciones de Reynaldo Sordo Cedeño y Marcela Pasarán Triujeque, que hablan sobre el clima político en Estados Unidos, asunto necesario para comprender el entorno mundial del Imperio Mexicano.¹¹

Tocante a la historiografía europea y estadounidense encontramos varios trabajos fundamentales. Los de Brian Hamnett, Émile Kératry, Lynn Case, David Schoonover, Michele Cunnigham, Fred Rippy, James Callahan, Konrad Ratz, Alfred Jackson Hanna, Abbey Hanna y Henry Blumenthal.¹² Estos autores

¹¹ Reynaldo Sordo Cedeño, "Seward y la intervención Francesa en México," México, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, Tesis de licenciatura, 1972; Enrique García Moisés, "Reflexiones de Emile Olliviere sobre la Intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano," México, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (Tesis de licenciatura), 1975; Marcela Pasarán Triujeque, "Maximiliano en busca del Reconocimiento de su imperio por parte de los Estados Unidos (1862-1867)," México, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (Tesis de licenciatura), 1992.

¹²Ralph Roeder, *Juárez y su México*, cuarta reimpression, México, Fondo de Cultura Económica, 1995; Brian Hamnett, *Juárez*, Nueva York, Longman, 1994; C. Émile Kératry, *Elevación y caída del emperador Maximiliano, intervención francesa en México, 1861-1867*, prefacio de Prévost-Paradol, traducción de Hilarión Frías y Soto, México, Imprenta del Comercio de N. Chávez a cargo de J. Moreno, 1870; Lynn Case, *The United States and France*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1970; David Schoonover, *Dollars Over Dominion, the Triumph of Liberalism in Mexican – United States Relations, 1861-1867*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1978; Michele Cunnigham, *Mexico and the Foreign Policy of Napoleon III*, Houndmills, Basingstoke, Hampshire, Palgrave, 2001; Fred Rippy, *The United States and Mexico*, New York, Random – House, 1931; James Callahan, *American Foreign Policy in Mexican Relations*, New York, Mac Millan, 1932; Henry Blumenthal, *France and the United States. Their Diplomatic Relations, 1789-1914*, Chapel Hill, North Carolina, The University of North Carolina press, 1970.

realizaron investigaciones que permiten conocer la opinión que en Europa y en Estados Unidos se tenía sobre la cuestión mexicana. Sus posturas se contraponen entre sí sobre todo cuando se discute la participación de la Unión Americana en el fracaso del gobierno del austriaco.

Los análisis de Richard Blaine Mc Cornack, John Foster Leich, Harris W. Chynoweth, Jack Autrey Dabbs, Paul Murray, Leo Harmon, Robert Miller,¹³ explican el comportamiento de Estados Unidos hacia el imperio mexicano tomando como referencia los problemas domésticos de ese país, los conflictos políticos entre el Congreso y la cúpula gubernamental en Washington; además de referir los intentos confederados por llegar a un acuerdo con el gobierno del austriaco, así como la propaganda de éste en aras de conseguir el reconocimiento de la Unión a su presencia en México. Informan sobre las gestiones de algunos países latinoamericanos para lograr el respaldo estadounidense al gobierno juarista y aportan datos valiosos sobre la participación de representantes estadounidenses en la cuestión mexicana. No obstante, aunque estos trabajos son

¹³ John Foster Leich, "Maximiliano de México: recuerdos y reflexiones sobre la intervención intercontinental", en *Cuadernos Americanos*, México, Libros de México, vol. CXCIX, no. 2, marzo – abril, 1975; Richard Blaine Mc Cornack, "Un Amigo de México", en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. I, julio 1951 – junio 1952; Harris W. Chynoweth, *The Fall of Maximilian, Late Emperor of Mexico: With an Historical Introduction, the Events Immediately Preceding his Acceptance of the Crown and a Particular Description of the Causes which Led to his Execution; Together with a Correct Report of the Able Deference Made by his Advocates Before the Court Martial, and Their Persevering Efforts on his Behalf at the Sent of the Republican Government*, London, Published by the Author, 1872; Jack Autrey Dabbs, *The French Army in Mexico, 1861-1867. A Study in Military Government*, The Hague, Mouton & Co., 1963; Robert Frazer, "Maximilian's propaganda Activities in the United States, 1865-1866", en *The Hispanic American Historical Review*, Durham, North Carolina, The Duke University Press, vol. XXIV, no. 1, febrero de 1944; Leo Harmon, "Confederate Migration to Mexico", en *The American Historical Review*, Durham, North Carolina, the Duke University Press, vol. XVII, no. 4, noviembre de 1937; Robert Miller, "Matias Romero: Mexican minister to the United States during the Juarez – Maximilian era", en *The American Historical Review*, vol. XLV, no. 2, mayo 1965.

análisis muy importantes sobre los distintos aspectos que se abordan en esta tesis, son estudios que por su estructura y propósito no explican los procesos en conjunto, sino que abordan uno u otro tema. Lo que este trabajo pretende es ofrecer un análisis más complejo que presente en un mismo escenario los diferentes escaparates en los que se desarrolló la política exterior norteamericana frente a la instauración de una monarquía en México durante un momento coyuntural de la historia de Estados Unidos. Además, este estudio no sólo persigue el examen de la relación bilateral entre México y Washington, también pretende explicar esta relación insertándola en un ambiente más amplio al agregar el análisis de la situación europea pues estos escenarios en conjunto son los que explican la conducta de Washington hacia el imperio mexicano y el fracaso del mismo.

Debe quedar claro que éste no es un mero compendio de los trabajos de los estudiosos del tema; pretende dar un nuevo enfoque a las características que enmarcaron la relación bilateral entre México y Estados Unidos, haciendo énfasis en los elementos que influyeron en ella. Se resalta en consecuencia situaciones que no han sido tratadas con suficiente profundidad en otros estudios debido a que son asuntos cuya trascendencia ha sido dada por sentada, pero no lo suficientemente explicada ni documentada.

Las fuentes que han permitido llevar a buen término esta investigación son los documentos, localizados en *The Collected Works of Abraham Lincoln*,¹⁴ las notas diplomáticas intercambiadas entre los representantes de Estados Unidos

¹⁴ The Abraham Lincoln Association Springfield, *The Collected Works of Abraham Lincoln*, Illinois, Roy P. Baster Editor, Marion Dolores Pratt and Lloyd A. Dunlap assistant Editors, New Jersey, New Brunswick, Rutgers University Press, vol. VII, 1953.

ante las cortes francesa y austriaca, así como las comunicaciones entre los enviados extraordinarios de Francia, Austria y el imperio mexicano con el Secretario de Estado de Washington, resguardados por *The National Archives of Washington* y, por supuesto, la correspondencia diplomática entre el representante republicano Matías Romero y la Casa Blanca, amén de los manuscritos de los fondos reservados de la Biblioteca Nacional, el ramo Segundo Imperio del Archivo General de la Nación, el fondo Segundo Imperio del Centro de Estudios de Historia grupo CARSO y, obviamente, el Acervo del Archivo Histórico Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México.

ESTRUCTURA DE LA INVESTIGACIÓN

Aunque el lugar donde se desarrollan los acontecimientos es México, los gobiernos protagónicos no sólo son el de Benito Juárez y el del imperio de Maximiliano; como ha quedado establecido, la administración de Washington, el régimen de Napoleón III, el gobierno de Richmond y la corona austriaca son actores que influyen en lo que he llamado la cuestión mexicana.¹⁵ Para poder entender cómo interviene cada uno de éstos en el desarrollo del imperio de Maximiliano el trabajo se ha dividido en tres capítulos. El primero llamado La Unión Americana, la Confederación y Francia. Los primeros (des) encuentros se ocupa del entramado previo al establecimiento del Segundo Imperio. Considera varios aspectos, uno de ellos es la reacción de Estados Unidos ante la intervención francesa en México. Examina la problemática interna de la Unión

¹⁵ Este término no hace referencia a la frase empleada por la Dra. Antonia Pi-Suñer Llorens en su obra titulada *El general Prim y la Cuestión de México*, México, Coordinación de Humanidades UNAM – SRE, 1996.

Americana al estallar la Guerra de Secesión y las posturas que ésta generó entre su sociedad. En este primer apartado se atiende la conducta diplomática tanto de la Unión como de la Confederación hacia la presencia francesa en México, y el enfrentamiento entre la República y la Monarquía como la representación de la lucha entre dos formas de gobierno.

El segundo capítulo, La Unión, la Confederación y los dos gobiernos de México, pretende develar la influencia de los negocios en el comportamiento político y diplomático de las naciones involucradas en la cuestión mexicana; revisa las expectativas juaristas e imperialistas respecto a su reconocimiento político por parte de Washington, y estudia la postura de la opinión pública norteamericana hacia el imperio mexicano.

El tercer apartado, Francia ante el término de la guerra civil norteamericana: ¿principio del fin del Segundo Imperio? pretende explicar cómo se dibujaron las políticas internacionales de los países involucrados en la cuestión mexicana una vez terminada la Guerra de Secesión y cómo influyeron éstas en el imperio de Maximiliano. Revisa los argumentos de quienes criticaron la estancia de las tropas francesas en México, y las opiniones de aquéllos que consideraban que Maximiliano debía consolidar su gobierno por sus propios medios. En este último apartado también se examina el intento del emperador mexicano por llegar a una negociación con Juárez, su estadía en Querétaro y la postura estadounidense ante su enjuiciamiento y su condena como corolario de la aventura mexicana.

Si bien cada día hay más estudios sobre el Segundo Imperio, esta investigación pretende analizar su desarrollo desde la perspectiva internacional. Con este objetivo se ahonda en la postura diplomática adoptada por Washington

frente a la Intervención Francesa y al Imperio de Maximiliano a raíz de la Guerra de Secesión, pues insertar la historia de México dentro del ámbito internacional y estudiar cómo influye éste en el devenir histórico de la nación aportará elementos para ahondar en el análisis de este proceso y enriquecerá los estudios al respecto, como lo demuestran estudios previos.

Capítulo I

LA UNIÓN AMERICANA, LA CONFEDERACIÓN Y FRANCIA. LOS PRIMEROS (DES) ENCUENTROS

1.1 La Unión Americana ante la Intervención europea en México

Los motivos que llevaron a México a enfrentar la intervención europea y posteriormente la francesa son bien conocidos. Sin embargo, lo que giraba en torno a la invasión iba más allá del reclamo por el incumplimiento del pago de la deuda externa situación que respondía a los problemas financieros por los que pasaba el país. Entiéndase, no se pretende minimizar la informalidad mexicana; suspender el pago de la deuda, por un lapso de dos años, era una irresponsabilidad, que, huelga decirlo, no podía ni debía ser tolerada. Tampoco se puede negar que los franceses pretendían imponer una monarquía en México. Entre los gobiernos europeos existía el interés de frenar el expansionismo estadounidense y sus instituciones. Además, debe considerarse la presencia de las gestiones de mexicanos conservadores quienes, desde los años cuarenta, viajaron a ese continente en busca de una casa reinante que los ayudara a establecer un gobierno monárquico en México.

Cabe mencionar que la Intervención francesa se presentó en un momento internacional inusitado. Si bien México era un país débil en el concierto de las naciones, Estados Unidos se había pronunciado por no permitir la intromisión europea en el continente americano, por medio de la Doctrina Monroe, desde 1823. Aun cuando este tema será retomado más adelante, es conveniente plantear el escenario. Después del pronunciamiento de Monroe, que había tenido

un carácter defensivo, la doctrina no se volvió a enunciar hasta los años cuarenta, cuando hubo rumores¹⁶ sobre una posible cesión territorial de México a Inglaterra o a Francia. Ante esa posibilidad el presidente en turno, James K. Polk, retomó la doctrina, pero ya con un tinte mucho más agresivo. En los años sesenta la Unión Americana pasaba por un momento difícil en su historia. Sería obvio pensar que a causa de la guerra civil, Washington distrajo su atención del escenario internacional y que esto, en gran medida, permitió que las naciones europeas vieran el camino libre hacia México.¹⁷ Sin embargo, no resultará ocioso determinar si este comportamiento fue a causa de la guerra interna o ésta fue sólo un motivo más.

Como ya se adelantó, Estados Unidos se enfrentó al mayor conflicto de su historia. La elección de Abraham Lincoln terminó con la poca unidad que existía entre el Norte y el Sur. A partir de ese momento una de las preocupaciones de la

¹⁶ Dentro de la prensa Estadounidense corrieron rumores respecto a la cesión territorial por parte de México a Inglaterra y Francia, como una manera de cubrir las deudas que México tenía con estas naciones, aunque no hubo ningún tratado al respecto, entre varios sectores de la sociedad estadounidense se creó un ambiente hostil frente a esa posibilidad, y la defensa de la doctrina Monroe fue retomada.

¹⁷ La Guerra de Secesión comenzó en abril de 1861 cuando el Fuerte Sumter, en Carolina del Sur, fue atacado por el ejército confederado tras las negociaciones infructuosas que comenzaron en diciembre de 1860 después de que Carolina del Sur declaró su separación de la Unión al conocerse los resultados del proceso electoral del mismo año, que convirtieron en presidente a Abraham Lincoln. A Lincoln se le tachaba de enemigo de la esclavitud, institución de gran importancia para los algodoneiros sureños. La secesión de la Carolina sólo fue el comienzo, pues conforme pasaban los días más estados sureños se pronunciaban a favor de la independencia, alegando, como entidades independientes y soberanas, el derecho de buscar la felicidad, aunque fuera allende la Unión Americana. Lincoln no estuvo dispuesto a permitir el resquebrajamiento de la nación y usó la fuerza para someter a aquellos que se encontraban “en desacato”.

Casa Blanca fue evitar que los “rebeldes” se agenciaran el apoyo de México¹⁸ y de las potencias europeas.

Ante los movimientos de norteños y sureños por ganarse el apoyo de la administración mexicana, el presidente Benito Juárez optó por la neutralidad, por lo menos en un principio. La respuesta del presidente mexicano no satisfizo a nadie y los confederaros buscaron, además del reconocimiento, otros contactos para mantener abierta alguna salida a su mercado internacional.¹⁹ Así las cosas, José Agustín Quintero y Woodville fue comisionado para buscar alianzas entre los caudillos regionales del norte de México.²⁰

Por su parte, la reacción de las naciones europeas ante la Guerra Civil se dio en torno al mismo tenor: la neutralidad absoluta, al principio. Tocante a la cuestión mexicana, los tres países firmantes, según la Convención de Londres, invitaron a Estados Unidos para que también participara en la ocupación, con el propósito de involucrar a los norteamericanos y nulificar la Doctrina Monroe.²¹

¹⁸ El enviado confederado en México fue John T. Pickett. Su misión consistía en lograr una alianza con México o, por lo menos, la promesa del gobierno mexicano de mantenerse neutral ante el conflicto, en Marcela Terrazas y Basante, *Los intereses norteamericanos en el noreste de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1990, p. 57; Patricia Galeana, “Una década de relaciones México-Estados Unidos (1857-1867)”, en *Tempus*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, no. 4, 1995, pp. 64-65.

¹⁹ Jorge L. Tamayo, “Las relaciones de México con los Estados Unidos durante la Intervención Francesa y el Imperio”, en *Cuadernos Americanos*, México, Libros de México, vol. CLIV, no. 5, septiembre-octubre, 1967, p. 175.

²⁰ Gerardo Gurza, *Una vecindad efímera. Los Estados Confederados de América y su política exterior hacia México, 1861-1865*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2001, p. 109. En aquellos años el caudillo del norte mexicano era el neoleonés Santiago Vidaurri, quien poco tiempo después de ser contactado por Quintero estableció relaciones comerciales con los “rebeldes” sureños, Ronnie C Tyler, *Santiago Vidaurri y la Confederación Sureña*, Nuevo León, AGENL, ed. en español 2002, p. 45.

²¹ Luis Weckmann, *Las relaciones franco-mexicanas*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1962, p. 251.

Los Estados Confederados organizaron su propio Congreso²² y mandaron comisionados al viejo continente a buscar el reconocimiento de su estado beligerante. Los enviados fueron James M. Mason y John Slidell,²³ quienes viajaron a Inglaterra y a Francia. Cabe mencionar que los problemas de Estados Unidos no se reducían a la guerra interna; dentro del congreso norteamericano también comenzaba la pugna entre los radicales y el grupo en el poder.²⁴ En efecto, había muchas críticas a las políticas del presidente Abraham Lincoln y de su secretario de Estado, William Henry Seward.²⁵ Estas confrontaciones pronto se reflejaron en su política exterior, principalmente en su postura frente a la Intervención francesa y al imperio de Maximiliano.

La actitud de Estados Unidos hacia la cuestión mexicana fue variando poco a poco. Como se comentó líneas arriba, los firmantes de la Convención de Londres pretendieron anular la oposición norteamericana. Sin embargo, Washington no deseaba apoyar la presencia europea en México pues iba en contra de sus intereses políticos y económicos; así, al declinar la invitación de la alianza tripartita, argumentó la relación amistosa que tenía con el gobierno

²² *Encyclopedia of the American Civil War: A Political, Social and Military History*, Davis S. Heidler y Jean T. Heidler, editores, prefacio de James W. Mc Pherson, Mark E. Neely, Jr. consejero editorial; cartografía de Donald Frazier, Richard J. Thompson Jr., Santa Bárbara California, ABC-CLIO, 2000, vol. v, p. 1627.

²³ *Ibidem.*, p. 10.

²⁴ Durante la guerra de Secesión y posteriormente hubo varias confrontaciones entre la Casa Blanca y los miembros radicales del Congreso, principalmente por las diferencias de opinión respecto a cómo solucionar la confrontación con los confederados.

²⁵ Matias Romero, *A Mexican View of America in the 1860's a Foreign Diplomat Describes the Civil War and Reconstruction*, traducción y edición de Thomas Schoonover con la colaboración de Ebba Wesener Schoonover, New Jersey, Fairleigh Dickson University Press, 1991, p. 154.

mexicano.²⁶ El pronunciamiento norteamericano no sólo respondía al deseo de evitar la intromisión de los europeos en territorio americano o a la amistad existente entre Washington y la Ciudad de México; el comienzo de su Guerra Civil, también lo obligaba a actuar con cautela ante los intervencionistas y frente a Juárez, quien podría firmar una alianza con los confederados a causa de un ataque de la Casa Blanca.

Oficialmente, la invasión tripartita comenzó el 7 de enero de 1862,²⁷ aunque los primeros en llegar al puerto de Veracruz desde diciembre de 1861 fue una avanzada de los españoles, por la cercanía de Cuba a México, aunque posteriormente arribaron los franceses, los ingleses y el resto de la flota española. El 19 de febrero de 1862 se entrevistaron en la Soledad, Veracruz el español Juan Prim, a nombre de las naciones intervencionistas, y el secretario de Relaciones Exteriores, Manuel Doblado el resultado fue la firma de los preliminares de la Soledad, sin embargo, pocos días después, éstos no fueron respetados por los franceses. La ruptura entre los invasores se hizo patente en abril del mismo año y españoles e ingleses dejaron tierras mexicanas, así dio comienzo la Intervención francesa.²⁸

²⁶ José Fuentes Mares, *La emperatriz Eugenia y su aventura mexicana*, México, El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos, 1976, p. 76; Weckmann, *op. cit.*, p. 244, 246.

²⁷ *Ibidem.*, p. 583.

²⁸ Juan Prim se encargó de comandar las tropas españolas que viajaron a México, profesaba ideas liberales y estaba casado con una mexicana. No estuvo de acuerdo en continuar con los planes de reconquista de México, de ahí que optara por un acuerdo respecto a la deuda en lugar de preparar la intervención militar y política. *Cfr.* Antonia Pi-Suñer Llorens, *El general Prim y la cuestión de...* Ralph Roeder *Juárez y su México*, 4ª reimpresión, México, FCE, 1995, pp. 583, 585, 604, 611, 615, 621; John Foster Leich, "Maximiliano de México, recuerdos y reflexiones sobre la intervención intercontinental", en *Cuadernos Americanos*, México, Libros de México, vol. CXCIX, no. 2, marzo-abril 1975, p. 150.

Napoleón III no necesitó mucho tiempo para darse cuenta de que establecer un imperio en México no era tan fácil. La batalla del 5 de mayo de 1862 en Puebla dejó en claro lo difícil de la aventura mexicana y el emperador redobló los esfuerzos. Mandó más soldados y a Élie Frédéric Forey, un destacado militar de la guerra de Crimea, como sustituto de Charles Ferdinand de Lorencez, para conseguir el objetivo.²⁹ El proyecto mexicano, además, estaba tomando un rumbo más atractivo. La llegada a Francia del ex senador por California William M. Gwin con planes para colonizar y explotar los yacimientos mineros del estado de Sonora avivó la ambición del gobierno francés y redobló sus esfuerzos por ocupar México.³⁰

Al mismo tiempo, Juan Nepomuceno Almonte fue nombrado presidente interino en Córdoba, Veracruz,³¹ para dar paso, después de un nuevo asedio y triunfo de los franceses sobre Puebla, en mayo de 1863, a la creación de una junta de gobierno. A los pocos días se formó una regencia, cuyo objetivo era entregar el gobierno al futuro emperador de México.³² Ante las circunstancias, Juárez y los

²⁹ Agustín Yáñez, "A cien años de la victoria sobre la intervención francesa en México", en *Cuadernos Americanos*, México, Cultural, vol. CXXII, no. 3, mayo-junio 1962, p. 194; Alfred Jackson Hanna y Kathryn Abbey Hanna, *Napoleón III y México*, traducción de Ernestina de Champourcin, México, FCE, [ed. en español] 1981, p. 73; Lilia Díaz, "El liberalismo militante", en *Historia general de México*, 4ª edición, México, El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos, vol. II, 1994, p. 150.

³⁰ Ana Rosa Suárez Argüello, *Un duque norteamericano para Sonora*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Publicaciones, 1990, p. 27, 110.

³¹ Cabe mencionar que el gobierno de Almonte no duró mucho tiempo, pues cuando el general Francés Elías Federico Forey tomó el mando del ejército napoleónico hizo todo lo posible para disolver el gobierno del mexicano, pues desconfiaba de él y temía que tuviera intereses personales incompatibles con los deseos franceses. Egon Caesar Conte Corti, *Maximiliano y Carlota*, reimpresión, México, FCE, 1976, p. 142, 166-167.

³² Roeder, *op. cit.*, p. 624; Yáñez, *op. cit.*, p. 194.

miembros de su administración tuvieron que huir de la capital y asentarse en el norte del país.³³

Ahora bien, el interés de Francia por México no era nuevo, desde antes de los años cincuenta distintos viajeros habían dado cuenta de las riquezas que podrían encontrarse en el norte del territorio.³⁴ Tales noticias tuvieron mayor apogeo durante la fiebre del oro que se había desatado en California; además se sabía que la tierra del norte mexicano era fértil y podría ser buena para el cultivo de algodón, materia prima primordial para la industria textil europea. Por otra parte, Luis Napoleón esperaba promover el crecimiento económico³⁵ de su nación y muchos franceses pretendían invertir en México, lo que incrementaba la atención del emperador sobre este país y su estabilidad interna. Asimismo, ya a finales de esa misma década, Francia continuaba luchando por convertirse en la potencia política más importante de Europa mediante su injerencia en los asuntos domésticos del viejo continente.³⁶ Empero, la fuerza política y militar que Luis Napoleón consiguió en Europa no era suficiente para satisfacer su deseo de

³³ Díaz, *op. cit.*, p. 868-869; Carlos Bosch García, “Maximiliano en busca del reconocimiento”, en Antonio Pompa y Pompa, compilador, *De la Historia. Homenaje a Jorge Gurría Lacroix*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1985, p. 322.

³⁴ Algunos franceses que viajaron a México para investigar las riquezas minerales del país fueron el conde Gastón Raousset de Boulbon e Hyppolite de Pasquier de Dommartin. Suárez, *op. cit.*, p. 23; Dolores Duval, “Una mirada al expansionismo estadounidense. La Legación Francesa en México, 1853-1860”, en *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, no. 48, nueva época, septiembre-diciembre de 2000, p. 126.

³⁵ Bertha Flores Salinas, “Napoleón III: su gran designio para las Américas”, en Patricia Galeana, coord., *Encuentro de liberalismos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, p. 183.

³⁶ Indiscutiblemente la nación rectora de la vida Europea era Inglaterra, sin embargo Napoleón III hacia su mayor esfuerzo para desplazarla. Si bien no logró el objetivo consiguió tener cierta influencia después de la guerra de Crimea en la que participó junto a Inglaterra en contra de Rusia y duró de 1853-1856. Eric Hobsbawm, *La era del capital, 1848-1875*, Buenos Aires, Crítica, 1998, p. 87.

emular a su tío Napoleón “el Grande”. En aras de alimentar el engrandecimiento del pueblo francés, y el suyo propio, intervino en África y América.

No obstante, la presencia de Napoleón III en México no respondía únicamente a las posibles riquezas que guardaba el norte del país, o a su deseo de parecerse en algo a su tío. La importancia de México giraba en torno a una gran preocupación respecto a la injerencia norteamericana en la vida doméstica de su vecino del sur y la consecuencia que esto traería para el futuro de los intereses económicos franceses en el Caribe, los cuales se verían seriamente amenazados si Estados Unidos se apoderaba de México pues Napoleón III temía que la región completa cayera bajo su influencia.³⁷ Además, era sabido que algunos sectores estadounidenses pretendían anexarse el territorio mexicano, mientras que otros buscaban la construcción de una ruta transistmica, la cual conectara a la Unión Americana con los mercados asiáticos, lo que también

³⁷Entre Inglaterra y Francia compartían gran parte de la inversión europea en América Latina y su principal competidor era Estados Unidos, en Juan Bosco Amores Carredano, (coord.), *Historia de América*, Barcelona, Ariel, 2006, p. 739. Había zonas de América Latina que eran muy importantes para Francia, por ejemplo Colombia en Jean-Jacques Goineau, “Presencia francesa y acción diplomática de Francia en Colombia durante el siglo XIX.”, en *Boletín de Asociación para el Fomento de los Estudios Históricos en Centroamérica*, N°31, 08 agosto 2007, (DE 22 de abril de 2011, http://afehc-historia centroamericana.org/index.php?action=fi_aff&id=1654). Resulta importante comentar que si bien la inversión francesa no significaba la misma cantidad que la inglesa, fue a partir del gobierno de Napoleón III que hubo mayor atención al territorio americano. Luis Napoleón promovió la inversión de sus súbditos, Cfr. Carlos Marichal *Las inversiones extranjeras en América Latina, 1850-1930. Nuevos debates y problemas en historia económica comparada*, México, Colmex-Fondo de Cultura Económica, 1995. También Suárez, *op. cit.*, p. 23; Duval, *op. cit.*, p. 123, 131; Iván Gomezcesar Hernández, “Juárez y los Estados Unidos durante la invasión francesa”, en *Estrategia. Revista de análisis político*, México, Publicaciones Sociales Mexicanas, no. 95, septiembre-octubre 1990, p. 43.

perjudicaría a la economía francesa porque Estados Unidos podría competir en la región.³⁸

La idea de que México se convirtiera en una parte de los Estados Unidos, o bien que el gobierno permitiera a sus ciudadanos la construcción de un canal transístmico no era producto de la paranoia francesa; el expansionismo estadounidense y la continua inestabilidad mexicana hacían pensar que sus días estaban contados.³⁹ Las ambiciones y las preocupaciones de muchos franceses provocaron la opinión de que México era una “víctima” de Estados Unidos la cual necesitaba ser “salvada”, amén de, al mismo tiempo, respaldar a todo el continente americano.⁴⁰

Por otro lado, la presencia de pro monarquistas mexicanos en distintas cortes europeas, incluyendo la francesa, favoreció la injerencia de éstas en la vida doméstica de México. Hombres como José María Gutiérrez de Estrada, José Manuel Hidalgo y Juan Nepomuceno Almonte llamaron la atención de alguna potencia europea sobre la situación mexicana. Fueron, sin embargo, los esfuerzos de Hidalgo los que dieron resultado. José Manuel conocía de tiempo atrás a la emperatriz, Eugenia de Montijo⁴¹ y logró interesarla en la empresa monárquica. Ella, a su vez, aprovechando su influencia en el consejo gubernamental, puso en contacto a los mexicanos con el emperador francés.⁴² Cuando Luis Napoleón

³⁸ Suárez, *op. cit.*, p. 23.

³⁹ Duval, *op. cit.*, p. 124-125, 130.

⁴⁰ Gomezcesar, *op. cit.*, p. 43; Flores Salinas, *op. cit.*, p. 183; Romero, *op. cit.*, p. 93.

⁴¹ La emperatriz e Hidalgo se conocieron en España, pero fue cuando ella ya era la esposa del emperador de Francia que su amistad se acrecentó, relación que el mexicano aprovechó para llamar su atención sobre la posibilidad de establecer una monarquía en México. Roeder, *op. cit.*, p. 488.

⁴² David Duff, *Eugenia de Montijo y Napoleón III*, Madrid, Rialp, 1981, p. 213.

escuchó el plan de los monarquistas mexicanos y supo de la guerra civil en Estados Unidos se interesó en el proyecto. Fueron varios los aspectos que se conjuntaron en el proyecto: la ambición personal, el anhelo de acrecentar el poderío francés y la solicitud de ayuda por parte de un sector de la sociedad mexicana. Napoleón III veía benéfico para Francia el plan que se le presentaba, no sólo por los recursos minerales mexicanos, también por la posibilidad de cultivar algodón, y por considerar que no sería tan elevado el esfuerzo, pues la consolidación del imperio, según él, sólo llevaría unos cuantos meses.⁴³

Mientras tanto, en Washington, Lincoln y su secretario de Estado William Henry Seward, conocedores de la importancia de Francia en Europa, decidieron manejarse con cuidado.⁴⁴ A partir del fin de la Convención de Londres y del comienzo de la Intervención Francesa, la política de la Casa Blanca ante la cuestión mexicana sería –según ella- de una estricta neutralidad,⁴⁵ pues Washington reconocía el derecho de las naciones a declarar la guerra a otros pueblos, incluso americanos, siempre y cuando no fuera una guerra de conquista, así, contradiciendo el discurso tradicional de la defensa del continente americano,

⁴³ Abbey Kathryn Hanna, "The Roles of the South in the French Intervention in Mexico", en *Journal of Southern History*, Baton Rouge, Southern Historical Association, vol. 20, no. 1, febrero 1954, p. 8.

⁴⁴ John Dix, representante de Estados Unidos en Francia, a William Henry Seward, secretario de Estado de Estados Unidos, París, 15 de febrero de 1867, en EUA, The National Archives of Washington, Records of the Department of State (en adelante, NAW), (MP), *Despatches of United States Ministers to France*, rollo 65, mf. 34, no. 32.

⁴⁵ Seward a William L. Dayton, representante de Estados Unidos en Francia, 21 de septiembre de 1863, en EUA, The National Archives Records Administration (en adelante NARA), *Ex. Doc.* no. 1209, p. 465.

el secretario de Estado, William Henry Seward, reconoció el derecho francés de invadir México como medida para presionar al país a pagar su deuda.⁴⁶

Sin embargo, ¿qué tan convencido estaba Estados Unidos de este derecho francés? Determinarlo no resulta tan difícil si se recuerda que existían rumores sobre la posibilidad de que Francia entablara relaciones diplomáticas con los Estados Confederados.⁴⁷ Fue el temor a una alianza entre europeos y sureños lo que motivó el reconocimiento del derecho francés, aunque también se pudiera pensar en una estratagema diplomática para buscar una solución, por un lado, a la posible alianza y, por otro, a la intervención gala en México.

Ante la preocupación de una unión franco-confederada y, a pesar de su pronunciamiento por una política neutral, algunos miembros del cuerpo diplomático en México, como William Corwin, sugirieron mandar agentes estadounidenses a Francia y negociar a su favor. El diplomático también trató de evitar la invasión al proponerse como mediador entre Francia y el gobierno mexicano. Sin embargo, no obtuvo una respuesta satisfactoria por parte de la administración norteamericana.⁴⁸ La Casa Blanca había intentado consolidar su presencia político-económica en el continente americano. El comportamiento de Washington debía ser muy cauteloso. Era claro que la presencia militar de Francia

⁴⁶ Nota de Seward a los representantes europeos, Washington, 3 de marzo de 1862, en *Essential Documents in American History*, Base de Datos American Search Premier, EBSCO; Matías Romero, representante de México en Estados Unidos, a Sebastián Lerdo de Tejada, secretario de Relaciones Exteriores, Washington, 17 de marzo de 1866, en *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera, 1860-1868. Colección de documentos para formar la historia de la intervención*, México, Imprenta del Gobierno en Palacio a cargo de José M. Sandoval, 1871, vol. VII, p. 298.

⁴⁷ Seward a Dayton, Washington, 8 de mayo de 1863, en NARA, *Ex. Doc.* no. 1209, p. 455. John Bigelow, representante de Estados Unidos en Francia, a Seward, París, 31 de agosto de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollo 61, mf. 34, no. 165.

⁴⁸ Weckmann, *op. cit.*, p. 243, 251.

en México significaba el comienzo de un intento europeo por nulificar su influencia en el continente.⁴⁹ No obstante, dependía de los norteamericanos procurar que el curso de los acontecimientos les fuera favorable.

El objetivo fundamental de la política estadounidense era fomentar una buena relación con Francia, y obligarla a mantener una postura neutral ante la Guerra Civil, por lo menos. Esa actitud sólo podría conseguirse si aceptaba y reconocía el derecho que asistía a la presencia francesa en México. Así, pues, Estados Unidos se mantendría alejado del problema mexicano por lo menos hasta que la guerra de Secesión terminara.

Aunque el gobierno norteamericano admitió que Francia tenía derecho a reclamar el pago de su deuda a México, sutilmente, opinó que los intervencionistas no debían promover un nuevo sistema de gobierno entre los mexicanos, y mucho menos el monárquico.⁵⁰ Sin embargo, ante las explicaciones francesas, el propio secretario de Estado, Seward, reconoció en algunos momentos, que las intenciones de Francia no tenían fines monarquistas.⁵¹ Estas aparentes contradicciones podrían responder a dos mensajes, por un lado, el deseo de garantizar a Francia su respaldo y en consecuencia evitar una alianza con los confederados, y, por otro, dejar en claro a los franceses que eran conscientes de que sus intenciones podrían ser promonarquistas.

⁴⁹ Fuentes Mares, *La emperatriz Eugenia...*, p. 75; A. B. Belenki, *La intervención extranjera de 1861-1867 en México*, México, Fondo de Cultura Popular, 1966, p. 169.

⁵⁰ Weckmann, *op. cit.*, p. 243; Seward a representantes europeos, Washington, 3 de marzo de 1862, en *Essential Documents...*, Base de Datos American Search Premier, EBSCO.

⁵¹ Seward a Dayton, Washington, 8 de mayo de 1863, 21 de septiembre de 1863, en NARA, *Ex. Doc.* no. 1209, p. 454, 465.

La conducta norteamericana buscaba garantizar la neutralidad francesa ante la Guerra Civil y para ello se valió de su propia política neutral frente a la cuestión mexicana.⁵² Sin embargo, esa postura fue muy ambivalente pues respondía a las necesidades del gobierno y de la población estadounidense.⁵³ En varias ocasiones la administración norteamericana permitió algunos comportamientos a los franceses que no toleró a los juaristas. Al principio de la confrontación franco-mexicana y bajo el argumento de que Estados Unidos no vendería armas a causa de su política neutral los juaristas no pudieron adquirir ningún tipo de artefactos militares del gobierno norteamericano.⁵⁴ De hecho, ante la aparición en Washington de dos agentes del gobierno juarista de apellidos Zirman y Howell, el secretario de Estado optó por no reconocerlos, al considerar que su misión era conseguir pertrechos para los mexicanos.

Las cosas no pararon ahí. Tiempo después, la Casa Blanca se vio obligada a desmentir un rumor que corría con fuerza, donde se aseguraba que Washington estaba de acuerdo en permitir un bloqueo a Matamoros encabezado por Henri Mercier, representante francés en Estados Unidos. El mismo secretario de Estado

⁵² Bigelow a Seward, París, 10 de agosto de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollo 61, mf. 34, no. 157; Seward a marqués de Montholon, representante de Francia en Estados Unidos, Washington, 12 de febrero de 1866, en NAW (MP), *Notes to Foreign Legations in the United States from the Department of State, 1834-1906*, no. 99, rollo 23, fj. 197; Patricia Galeana, "Sueños imperiales, 1864-1867", en *Revista Mexicana de Política Exterior*, México, Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos, no. 42, 1994, p. 81; Suárez, *op. cit.*, p. 190.

⁵³ Weckmann, *op. cit.*, p. 347.

⁵⁴ Romero a Lerdo de Tejada, Washington 4 de septiembre de 1862, en *Correspondencia entre la Legación de la República Mexicana en Washington, el Departamento de Estado de los Estados Unidos de América y el gobierno de México, con relación a la exportación de armas y municiones de guerra para puertos de naciones beligerantes*, Nueva York, 1866; Galeana, "Una década...", p. 67.

llegó a reconocer, ante su representante en Francia, que Estados Unidos otorgaba favores a los franceses que a los juaristas se les habían negado.

Sin embargo, durante la Guerra Civil existieron algunos momentos que bien se considerarían difíciles, donde la Casa Blanca dejó entrever al gobierno galo que su política podría cambiar. Una de esas ocasiones espinosas la encontramos en 1863, cuando el rumor de una posible alianza entre franceses y confederados fue muy fuerte. Desde el proceso de intervención tripartita hasta la invasión francesa Washington se había comportado amistoso y tolerante hacia Francia.⁵⁵ Para 1863, los comentarios indicaban que la conducta nortea de nada serviría y que Francia estaba dispuesta a reconocer a los estados sureños como una nación independiente. Ante tales circunstancias, el presidente norteamericano hizo saber que no garantizaría la neutralidad ante el problema franco-mexicano. No obstante, la Casa Blanca cuidó de dar a la declaración un tinte de posibilidad más que de una amenaza, la cual, probablemente, sí hubiera desatado un problema mayor entre Washington y París.

Tiempo después la Guerra Civil, que parecía, en un principio, que terminaría con el triunfo sureño, tomó otros rumbos. El general unionista Ulysses Grant, se encargó de comandar al ejército norteamericano y Washington comenzó a ganar terreno frente a Richmond. Las tropas confederadas emprendieron la retirada rumbo a su capital, y el general Robert E. Lee ya no pudo retomar el

⁵⁵ Seward a Dayton, Washington, 8 de mayo de 1863, 23 de mayo de 1863, 12 de junio de 1863, 21 de septiembre de 1863, en NARA, *Ex. Doc.* no. 1209, p. 454, 456, 458, 465. Seward a Mr. Adams, representante de Estados Unidos en Londres, Washington, 3 de mayo de 1864, en Jorge L Tamayo. *Documentos, discursos y correspondencia de Benito Juárez*, ed. digital, coordinación de Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, Vol. VIII, 2006.

sendero del triunfo. Para 1865, cuando la guerra estaba decidida a favor del Norte, los roces por la presencia francesa en México se volvieron más comunes. Hacia 1866 existía el rumor de que Washington podría desconocer el derecho francés y poner fin a su política conciliatoria. Es más, en el informe del enviado norteamericano a Francia, John Bigelow, al secretario de Estado, Seward, explicaba que el verdadero motivo francés en la guerra contra México era el de tomar partido en sus problemas internos, un comportamiento, por demás, ya claro. Ante estas acusaciones el gobierno galo se defendió. París argumentó que la guerra continuaba no porque se buscara instaurar una monarquía en México, más bien porque los franceses aguardaban un gobierno que fuera capaz de responder a sus reclamaciones.⁵⁶

Las explicaciones de París aparentemente tranquilizaron al círculo que estaba al frente del gobierno en Washington,⁵⁷ por lo menos sus explicaciones servían para evitar confrontaciones. Esta vez, la conducta estadounidense estaba influenciada por un severo proceso de reconstrucción que, al igual que en tiempos de la conflagración, no le permitía interferir en la cuestión mexicana. Por otro lado, como se explicará más adelante, los confederados, durante y recién terminada la guerra, buscaron colonizar alguna zona en México, lo cual significaría, intrínsecamente, la alianza entre los antiguos “rebeldes” y el gobierno imperial de México, lo cual pondría en peligro la seguridad norteamericana.

⁵⁶ Isidro Fabela, “La Doctrina Monroe y la segunda intervención francesa en México”, en *Cuadernos Americanos*, México, Cultura, año XVI, vol. XCV, no. 5, septiembre-octubre 1957, p. 208.

⁵⁷ Bigelow a Seward, París, 31 de agosto de 1865, 6 de octubre de 1865, 11 de enero de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollo 61-62, mf. 34, no. 165, 180, 240; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 17 de marzo de 1866, en *Correspondencia...*, vol. V, p. 298.

Retomando el asunto de la neutralidad, cabe mencionar que al término de la Guerra de Secesión la violación a esta política por juaristas y franceses fue más cotidiana y tolerada. En territorio norteamericano se creaban grupos pro republicanos que tenían el objetivo de atacar a los franceses en la frontera mexicana,⁵⁸ a pesar de las promesas de Washington de evitar esas formaciones siempre y cuando los galos siguieran manteniendo una estricta neutralidad frente a los confederados.⁵⁹

No obstante su victoria en la guerra de Secesión, el gobierno de Johnson temía que Francia respaldara a algunos confederados, quienes no aceptaban el resultado de la guerra, y aun mantenían la esperanza de reorganizarse y conseguir su independencia. Esa emancipación estaría cercana si Francia decidía, ignorar el triunfo norteamericano y continuar simpatizando con la beligerancia de los confederados. Así, la postura de la Casa Blanca fue moderada ante la permanencia de los franceses en México porque en la política exterior los resultados militares de su guerra no tenían mucho peso.⁶⁰ Por otro lado, también

⁵⁸ Fue el caso de Juan N. Cortina, quien organizó un grupo de voluntarios en Estados Unidos y atacó a los franceses establecidos en la zona fronteriza de México; Seward a Montholon, Washington, 10 de noviembre de 1865, en NAW, *Notes...*, no. 99, rollo 23, fj. 165.

⁵⁹ Seward a Bigelow, Washington, 12 de junio de 1865, 6 de julio de 1865, en NARA, *Ex. Doc.* no. 6, p. 43, 49. Romero a Lerdo de Tejada, Washington 8 de junio de 1865, en *Correspondencia...*, vol. v, p. 371; J. Stephen Valone, "Weakness Offers Temptation: William Henry Seward and the Reassertion of the Monroe Doctrine", en *Diplomatic History*, Wilmington, Scholarly Resources, Society for Historians of American Foreign Relations vol. XIX, no. 4, 1995, p. 584; Eric Foner y Olivia Mahoney, *America's Reconstruction People and Politics after the Civil War*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1995, p. 16.

⁶⁰ Niceto de Zamacois, *Historia de México desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días escrita en vista de todo lo que de irrecusable ha dado a la luz los más caracterizados historiadores, y en virtud de documentos auténticos no publicados todavía, tomados del Archivo General de México de las Bibliotecas públicas y de los preciosos manuscritos*

se corría el rumor de que los franceses podrían intervenir en la Unión Americana, como un movimiento para apoyar a los separatistas y, claro, ayudar a la caída del poderío expansionista y comercial de ese país.⁶¹ A cambio del respaldo francés y de Maximiliano, los pro separatistas tenían el compromiso de auxiliar en el afianzamiento de la monarquía mexicana.

Pese a los peligros, algunos congresistas norteamericanos, fundamentalmente enemigos políticos del ejecutivo, no apoyaban la neutralidad adoptada por el presidente Andrew Johnson. Consideraban que la invasión a México era una continuación de la Guerra Civil norteamericana, llevada a una nación amiga y encabezada por los franceses, quienes apoyaban a los confederados en su estado de beligerancia y por lo mismo, según ellos, en su proceso independentista.⁶²

El gobierno de Washington no desamparó del todo a los republicanos mexicanos y les brindó apoyo moral. Éste se vio fortalecido por el reconocimiento

que, hasta hace poco, existían en los conventos de aquel país, vol. XVIII, Barcelona/México, J. F. Parres y Cía., 1876-1882, p. 296-297.

⁶¹ Seward a Bigelow, Washington, 12 de junio de 1865, 6 de septiembre de 1865, en NARA, *Ex. Doc.* no. 6, p. 42, 62.

⁶² El gobierno francés reconoció el derecho a la beligerancia de la confederación el 9 de junio de 1861. Es necesario aclarar que el reconocimiento del derecho a la beligerancia de un territorio fue una postura adoptada dentro de la diplomacia internacional de la época, sin embargo aceptar ese derecho no significaba que se reconociera la independencia de la región. En Charles Rousseau, *Derecho Internacional Público*, Barcelona, Ariel, 3º ed. 1966, p. 300.

Nota del Senado de Estados Unidos, Washington, 20 de abril de 1866, en James D. Richardson, *A Compilation of the Messages and Papers of President*, Washington, United State Congress, Joint Commettee on Printing, 1897; José María Iglesias, *Revistas históricas sobre la intervención francesa en México*, 3ª edición, México, Porrúa, vol. III, 1987, p. 105; Seward a Dayton, Washington, 7 de abril de 1864, en NARA, *Ex. Doc.* no. 6, p. 5; Bigelow a Seward, París, 10 de agosto de 1865, 31 de agosto de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollo 61, mf. 34, no. 157, 165; Emile Conte Keratry, *Elevación y caída del emperador Maximiliano. Intervención francesa en México 1861-1867*, prefacio de Prevost-Paradol, traducción de Hilarión Frías y Soto, México, Imprenta del Comercio de N. Chávez, a cargo de J. Moreno, 1870, p. xv.

del gobierno de Juárez y no del de Maximiliano. La función del respaldo era conseguir que los juaristas no optaran por establecer una alianza con los “rebeldes” sureños que merodeaban el territorio mexicano. Washington pretendía mantener la ilusión mexicana de una ayuda más efectiva y no sólo moral ante la presencia francesa y del emperador.⁶³ Los juaristas parecían estar dispuestos a esperar la solución de los problemas internos de la Unión. La elite gubernamental republicana confiaba en que, al término de la Guerra Civil, la administración en la Casa Blanca no toleraría la presencia de una nación europea en México y retomaría los preceptos de la Doctrina Monroe. El problema era si los juaristas podrían resistir, por más tiempo, la consolidación del imperio hasta que el respaldo norteamericano se hiciera patente.⁶⁴

Ante todo esto, los franceses también estaban preocupados al terminar la Guerra de Secesión. El general al mando de la expedición en México, François Achille Bazaine, opinaba que, una vez terminada la guerra, sería muy difícil que la Unión Americana continuara manteniéndose neutral ante el conflicto mexicano.⁶⁵ Era menester, decía, tomar medidas adecuadas para cuidar la empresa del emperador francés.

1.2 Los Confederados y sus tanteos diplomáticos con París

Se ha analizado el comportamiento de la Unión hacia Francia, pero también es importante considerar la contraparte, el grupo confederado. Al mismo tiempo que

⁶³ Walter Astié-Burgos, *El águila bicéfala: las relaciones México-Estados Unidos a través de la experiencia diplomática*, México, Planeta-Ariel Divulgaciones, 1995, p. 59; Galena, “Una década...”, p. 68-69.

⁶⁴ Iglesias, *op. cit.*, p. 57; Belenki, *op. cit.*, p. 172; Weckmann, *op. cit.*, p. 248; *Correspondencia entre...*, p. 4.

⁶⁵ José María Vigil, “La Reforma”, en Vicente Riva Palacio, *et al. México a través de los siglos*, 23ª edición, México, Cumbre, t. 10, 1988, p. 337.

los norteamericanos trataban de evitar la emancipación de los sureños, éstos se esforzaban por conseguirlo. La primera medida implementada por el gobierno de Richmond fue buscar el reconocimiento de su independencia por parte de las naciones más importantes de Europa. Jefferson Davis, presidente confederado, y el secretario de Estado de la administración sureña, Judah P. Benjamin, decidieron enviar a Europa a una serie de emisarios para dar a conocer su situación, expresar el deseo confederado de entablar relaciones diplomáticas con esos gobiernos y ofrecer acuerdos comerciales.⁶⁶

Los “rebeldes” esperaban, en un primer momento, que la antipatía de los europeos por la política nortea los llevara a reconocer y entablar relaciones con ellos. Consideraban que les sería tentador el hecho de frenar el expansionismo norteamericano, promoviendo el establecimiento de un estado fuerte al norte de México: la Confederación. La administración sureña confiaba en que la posibilidad de crear un nuevo sistema comercial interesaría a los franceses y a los ingleses, principalmente.⁶⁷ Sin embargo, se dieron cuenta de que sus esfuerzos no eran suficientes y optaron por otro tipo de medidas. Pensaron que Europa se vería obligada a reconocerlos y a entablar relaciones por la necesidad del algodón que el Sur abastecía. Los mercados europeos demandaban grandes cantidades para la producción de textiles, pero, con la guerra interna, los puertos sureños estaban

⁶⁶ Las naciones europeas de mayor importancia para los confederados eran Inglaterra, Francia, Rusia, Bélgica, y algunos emisarios fueron William L. Yancey, Pierre A. Rost y A. Dudley Mann, en Gurza, *op. cit.*, p. 41. Más adelante otros comisionados fueron A. J. B. Beusford Hope, W. S. Lindsay, Robert Bounke, en Bigelow a Seward, París, 2 de agosto de 1863, en NAW, *Despatches...*, mf. 34, rollo 61, no. 152.

⁶⁷ Bigelow a Seward, París, 2 de agosto de 1863, en NAW, *Despatches...*, mf. 34, rollo 61, no. 152; Galeana, “Una década...”, p. 14; Tyler, *op. cit.*, p. 41; Henry Blumenthal, “Confederate Diplomacy: Popular Notions and International Realities”, en *The Journal of Southern History*, Baton Rouge, Southern Historical Association, vol. 32, no. 2, mayo 1966, p. 155, 157.

bloqueados y la salida de la materia prima hacia el viejo continente se hizo imposible. Así las cosas, los confederados creyeron que, ante la escasez del algodón, habría motines en Francia e Inglaterra, los que obligarían a sus autoridades a reconocer la independencia confederada y a ayudarlos a consolidarla.⁶⁸

El reconocimiento se complicó para los confederados. La idea de condicionar el envío del algodón al respaldo francés e inglés no funcionó porque había reservas de la materia prima en las bodegas de ambos países, y porque se dio auge al empleo de materiales sustitutos como la lana y el lino, que ya se trabajaban tiempo atrás en menor volumen.⁶⁹ Ante las circunstancias la gente de Richmond tendría que buscar otro método para lograr sus objetivos. La Intervención francesa en México parecía ser una nueva oportunidad.

Los confederados pretendieron obtener su reconocimiento a cambio del apoyo al imperio en México. Jefferson Davis no sólo esperaba lograr un acuerdo con Francia, también tenía el anhelo de que la violación de la Doctrina Monroe provocara una pugna militar entre el Norte y Napoleón III. La confrontación ayudaría a la secesión sureña, pues, seguramente, la Unión se concentraría en dar batalla a los europeos y estaría más debilitada para enfrentar la guerra

⁶⁸ *Encyclopedia of U. S. Foreign Relations*, edición de Bruce Jentleson, preparada con los auspicios del editor del Council on Foreign Relations Nicholas X. Rizopoulos, New York, Oxford University Press, 1997, vol. II, p. 170; Blumenthal, *op. cit.*, p. 152, 156; Tyler, *op. cit.*, p. 41-42.

⁶⁹ Gurza, *op. cit.*, p. 112-114.

interna.⁷⁰ Así, la presencia francesa en México resultaba muy ventajosa para los “rebeldes”.

Ahora bien, el tratar de aprovechar la intervención gala venía a sumarse a los movimientos promovidos por los separatistas desde 1861 entre los gobiernos europeos, y por lo menos algunos resultados comenzaron a verse en 1863. El rumor sobre un posible reconocimiento francés se acrecentó cuando se supo que los sureños habían contratado un préstamo por medio de la Émile Erlanger and Company.⁷¹ También se habló de negociaciones con el francés Armand de Bordeaux, empero no hay información clara al respecto.⁷²

Además de lo anterior, Matías Romero informó el 10 de marzo de 1864 que William Preston había sido nombrado representante confederado ante Maximiliano. En efecto, Seward también tuvo noticias sobre el intento de Preston de viajar a la Ciudad de México, y aunque el motivo de su presencia no estaba claro se pensó que los sureños planeaban un ataque contra Estados Unidos bajo el auspicio francés. Una vez con los informes, Thomas Corwin, representante norteamericano en México, se encargó de vigilar sus movimientos y determinar su

⁷⁰ Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 7; William Burney, *The Civil War and Reconstruction*, New York, Oxford University Press, 2001, p. 134; Tyler, *op. cit.*, p. 43.

⁷¹ Durante el viaje de Slidell a Francia, en 1861, contactó al inversionista galo Émile d'Erlanger, quien junto con su hijo Frederick viajó a Nueva Orleáns tiempo después para concretar una transacción que ya se había discutido durante su estancia en París. La negociación pudo llevarse a cabo gracias al respaldo que Napoleón III brindó al representante confederado durante su entrevista con d'Erlanger. La relación entre éste y Slidell se fortaleció después del matrimonio entre los hijos de ambos, Frederick y Matilde, en Louisiana Society Order of Confederate Rose, vol. 8, no. 4, diciembre 2006, en <http://lasocr.org/petals%2006%20dec.pdf>; Ned Hemard, New Orleans Nostalgia, remembering New Orleáns History, Cultura and Traditions, en http://www.chaffe.com/John_Slidellarticle.pdf (DE 25 de marzo de 2009)

⁷² Burney, *op. cit.*, p. 134; Dayton a Seward, París, 21 de noviembre de 1864, en *Papers Relating to Foreign Affairs Accompanying the Annual Message of the President, part. II*, Washington Government Printing Office, 1868, p. 197. Bigelow a Seward, París, 3 de febrero de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollo 63, mf. 34, no. 267.

peligrosidad.⁷³ La preocupación de Washington, ante una posible alianza franco-confederada, no evitó el pronunciamiento de una parte del Congreso en contra del establecimiento de una monarquía en México,⁷⁴ situación que tensaba aún más la relación entre ambas naciones.

La alianza entre los franceses y los sureños,⁷⁵ empero, no se dio gracias al talento diplomático del secretario de Estado, Seward, quien, sin tomar en cuenta las voces disidentes del Congreso,⁷⁶ no formuló comentario agresivo alguno sobre la estancia francesa en México. Esta afirmación podría parecer contradictoria ante la postura que se ha venido explicando, empero si se analiza un poco la situación de la guerra de Secesión se podrá entender mejor. Si bien es cierto que Seward había expresado oficialmente que su gobierno no soportaría la imposición de una monarquía, también es importante recordar que toda la conducta internacional estaba condicionada por los resultados de las armas y 1863 fue un año crítico para el ejército norteamericano, así pues las opiniones de ese año no podían ser del mismo tenor que las de marzo de 1862. Además, aunque Washington comentó que no toleraría la imposición de una monarquía en México en septiembre de 1863, el pronunciamiento fue más bien en un tono conciliatorio, manejándolo como una posibilidad más que como una amenaza. Ante las circunstancias, el

⁷³ Seward a Thomas Corwin, representante de Estados Unidos en México, Washington, 20 de febrero de 1864, en NAW, *Diplomatic Instructions 1801-1906*, rollo 113, mf. 77, no. 93.

⁷⁴ Tamayo, *op. cit.*, p. 73.

⁷⁵ Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 12, 14.

⁷⁶ Pues explicó que el encargado de la política exterior de la nación era él y no los congresistas, además aprovechó que la comisión del Congreso encargada de las relaciones internacionales no se había pronunciado al respecto.

Departamento de Estado esperaba que si Washington no daba el primer paso, París tampoco lo diera.

Para conseguir el reconocimiento francés los sureños ofrecieron permitir el libre tránsito de sus mercancías por el territorio durante un periodo a determinar. La apertura económica de la Confederación, en contraposición con los altos aranceles de Washington, era una oferta tentadora para los franceses porque colocarían sus mercancías en el mercado a menor costo. La idea del Sur de facilitar la creación de una línea telegráfica que conectara a los dos continentes se presentó también.⁷⁷ Era un ofrecimiento interesante que comunicaría con más rapidez al viejo y al nuevo continente. Mas la posibilidad de negociar sobre estas propuestas se vino abajo debido, principalmente, a la falta de interés de Napoleón III, pues a pesar de sentir cierta simpatía por los “rebeldes”, prefería mantener la paz con la Unión Americana y concentrar sus esfuerzos en consolidar el gobierno del archiduque austriaco en México.⁷⁸

La especulación política permitió a los involucrados “jugar” con las posibilidades, y los sureños continuaron haciendo propuestas. El contrabando de guerra también se usó para tratar de conseguir el reconocimiento francés. La intervención en México demandaba armas y municiones y los confederados se ofrecieron a cubrir las necesidades galas a cambio del reconocimiento. Además, los sureños esperaban que el contrabando provocara un enfrentamiento entre el Norte y Francia, confrontación que los beneficiaría y les daría el reconocimiento. En efecto, la compraventa de pertrechos en la zona fronteriza no era bien vista por

⁷⁷ Blumenthal, *op. cit.*, p. 158, 162; Dayton a Seward, París, 21 de noviembre de 1864, en *Papers...*, p. 197.

⁷⁸ Ronnie, *op. cit.*, p. 149; Gurza, *op. cit.*, p. 119, 120, 126.

el Norte. Para Washington, los confederados no eran independientes y sus proposiciones no tenían ninguna validez. El tráfico de armas, promovido por los “rebeldes” y festejado por los galos, violaba su neutralidad ante el problema mexicano.⁷⁹ De tal suerte, la compraventa de municiones, que pudo haberse convertido en un problema diplomático entre Francia y la Unión, no se presentó a pesar de que el intercambio sí se llevó a cabo, sobre todo, en 1865. Washington pudo evitar la confrontación tan deseada por el Sur. No se pretende minimizar la preocupación norteamericana ante una alianza franco-confederada, pero Seward actuó con un gran tacto diplomático al evitar dar algún paso que orillara a los franceses a reconocer la independencia de los sureños y a conformar una alianza con ellos.

Luis Napoleón simpatizaba con la causa confederada al igual que muchos súbditos franceses y miembros de la prensa, quienes veían con buenos ojos la posibilidad de que Francia entablara relaciones diplomáticas con los “rebeldes sureños”. Tal era el caso del representante galo en Estados Unidos, Henri Mercier, quien mantenía relaciones de índole personal con separatistas. Empero, algunos miembros del cuerpo legislativo francés consideraban la coalición como una medida muy riesgosa para el futuro del vínculo diplomático entre Francia y Estados Unidos. Pese a la postura de los legisladores y ante el deseo de consolidar el imperio de Maximiliano, Napoleón III tomó algunas medidas un tanto comprometedoras: toleró la participación de confederados en el ejército de ocupación en México, estableció el comercio militar y de otra índole con los

⁷⁹Para el gobierno de la Unión no existía un estado beligerante sureño. Los confederados, por lo tanto, sólo eran “rebeldes” en desacato del gobierno quienes pronto serían sometidos. De ahí la no validez de las ofertas sureñas.

sureños desde la frontera mexicana⁸⁰ y permitió que un antiguo congresista californiano, William Gwin, buscara el establecimiento de una colonia compuesta por sureños en Sonora. Aunque era un proyecto de índole personal, desde un principio el ex senador hizo patente su deseo de incluir a sus paisanos. Tiempo después, la posible colonización de confederados en México tomó más fuerza.⁸¹

Sin embargo esos lazos, siempre informales, poco a poco se rompieron ante el triunfo de las armas del Norte sobre los sureños en 1865. Ni Napoleón III ni nadie estaba dispuesto a apoyar la ya decadente aventura confederada y arriesgarse a una posible guerra con Washington cuyas consecuencias podrían ser muy graves.⁸² La misma postura fue adoptada por Maximiliano aunque había tolerado la presencia y la participación sureña al principio de su gobierno con la esperanza de que la Unión Americana desapareciera. No es difícil entender que, ante la caída confederada y la conducta mesurada de París, Maximiliano optara por seguir los mismos pasos.⁸³

⁸⁰ Blumenthal, *op. cit.*, p. 154; Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 9, 14; Ronnie, *op. cit.*, p. 137, 150; Astié-Burgos, *op. cit.*, p. 56; Case M. Lynn, *French Opinion on the United States and Mexico, 1860-1867. Extracts from the reports of the Procureurs Generaux*, New York, D. Appleton-Century Co., 1936, p. 244, 257, 265, 269, 276; Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 258; Bigelow a Seward, París, 2 de agosto de 1863, 30 de junio de 1865, 10 de agosto de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollo 61, mf. 34, no. 134, 152, 157; *Encyclopedia of U. S.*, *op. cit.*, p. 170; Keratry, *Elevación y ...*, p. IX, X, 70-71; Burney, *op. cit.*, p. 133-134; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 7 de abril de 1864, en *Correspondencia entre...*, p. 124; Gorham D. Abbot, *Mexico and the United States their Mutual Relation and Common Interests*, New York, G. P. Putnam D. Son, 1869, p. 225.

⁸¹ De este tema se hablará con más detenimiento en otro momento.

⁸² Gurza, *op. cit.*, p. 128, 137-138.

⁸³ Despacho confidencial de Alphonse Dano, representante de Francia en México a Drouyn de Lhuys, México 11 de agosto de 1865, en Lilia Díaz, *Versión francesa de México. Informes diplomáticos*, introducción, selección y notas de Lilia Díaz, México, El Colegio de México, vol. IV, 1965, p. 169; Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 198-199; Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 15; Suárez, *op. cit.*, p. 119; Berta Flores Salinas, "Napoleón su gran designio para las Américas", en Patricia Galeana, coord., *Encuentro de liberalismos*, México, Universidad Nacional Autónoma México, 2004, p. 190; Burney, *op. cit.*, p. 134.

Por su parte, ante todos estos movimientos del gobierno y los distintos actores de la Confederación, el norte mantuvo dos posturas, una era la gubernamental y la otra la generada por la opinión pública. Cuando la prensa dio a conocer a sus lectores una serie de noticias respecto al posible entendimiento entre París y Richmond,⁸⁴ la zozobra sobre qué pasaría generó pronunciamientos a favor de enfrentar a Francia. Este sentir también era compartido por los miembros más radicales del Congreso. Mientras algunos sectores de la población y los congresistas norteamericanos se preguntaban cuál sería el futuro de las relaciones diplomáticas entre París y Washington, ésta, por su parte, estaba al pendiente de todos los pasos franco-confederados. Seward se encargó de averiguar la certeza de esos informes para actuar en consecuencia. Las noticias que recibió de los representantes en París bien se pueden dividir en dos rubros: por un lado, los rumores, y por otro, las notificaciones oficiales sobre el compromiso político francés de no reconocer la independencia sureña, y mucho menos entablar relaciones diplomáticas con ese sector “rebelde”. La Casa Blanca optó por dar credibilidad a los reportes gubernamentales, aunque sabía que en los hechos la situación era diferente. Empero, mientras de manera oficial Francia asegurara no establecer ningún compromiso con Richmond, Washington se daba

⁸⁴ El *Daily News* de Nueva York publicó información respecto a una alianza comercial entre el Sur y los franceses, en Iglesias, *op. cit.*, p. 240; “The Mexican Empire New Developments of French Policy”, en *ProQuest Historical Newspapers: The New York Times* (1851-2004), 28 de julio de 1863, p. 4; “The Mexican Question”, en 15 de septiembre de 1863, *ibídem*, p. 5.

por bien servido, por lo menos en tanto el resultado de la Guerra Civil no se decidiera.⁸⁵

1.3 Francia ante la Guerra Civil Norteamericana

Se ha examinado el desarrollo de la política exterior de los confederados hacia la administración gala, sus ofrecimientos y expectativas en torno a firmar una alianza militar con París y su esperanza de una confrontación entre la Unión y Francia, así como las reacciones de París y Washington ante sus movimientos. Por su parte, Napoleón III no quería un enfrentamiento con el Norte que entorpeciera la creación del imperio latino y optó por la neutralidad, que fue bien vista por sus súbditos.

Mientras la Intervención se consolidaba en México, el gobierno francés se presentó como amigo de la Unión. Luis Napoleón estaba dispuesto a conciliar las desavenencias entre los norteamericanos y los sureños, sin importarle el disgusto de los ingleses.⁸⁶ Si Francia lo lograba, podría intervenir en los asuntos de política exterior y, posiblemente según el emperador, Estados Unidos dejaría de ser un peligro. En efecto, Abbey Hanna menciona que el gobierno francés redactó un plan secreto según el cual el emperador pretendía establecer un nuevo orden de

⁸⁵ Dayton a Seward, París, 25 de noviembre de 1864, en *Papers...*, p. 197; Bigelow, a Seward, París, 21 de enero de 1865, *Ibidem.*, p. 208; Drouyn de L'Huys, ministro de Relaciones Exteriores de Francia, a Henri Mercier, representante de Francia en Estados Unidos, París, 12 de septiembre de 1863, *La Sociedad. Periódico político y literario*, 6 de enero de 1864, México, tomo II, no. 202, 3ª época; Bigelow a Seward, París, 31 de agosto de 1865, 2 de noviembre de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollo 61 y 64, mf. 34, no. 165 y 381; Seward a Bigelow, Washington, 13 de marzo de 1865, en NARA, *Ex. Doc.* no. 6, p. 26; Gomezcesar, *op. cit.*, p. 44; Zamacois, *op. cit.*, Vol. XVIII p. 69-70; Iglesias, *op. cit.*, p. 209-210.

⁸⁶ Matías Romero, *A Mexican View...*, p. 139. Es importante recordar que Francia e Inglaterra, principalmente, enfrentaban una competencia para imponerse en el viejo continente. Ahora, la presencia de Francia estaba a punto de expandirse a América, no sólo por su intervención en México, sino porque pretendía entrometerse y, según Napoleón III, normar la política norteamericana, lo que daría pleno dominio a los galos en el mundo.

administración para México y para la Unión Americana. Según Hanna, con el plan se intentaría anular a Estados Unidos. La manera para conseguirlo era mediar para poner fin a la guerra civil. Sin embargo, ese arbitraje no buscaba ayudar a la reconciliación de ambos bandos, su fin era promover la creación de una confederación, al estilo de la germana, integrada por el Norte, el Sur, el Oeste y México. El tipo de gobierno de ésta sería parecido al de la dieta de Frankfurt.⁸⁷ Con esa nueva distribución política, Napoleón III no sólo pretendía anular la fuerza norteamericana, también obtendría el dominio del Nuevo Mundo.⁸⁸ Este proyecto, no obstante, resulta inverosímil; seguramente sí existió pero era inviable. Procurar eliminar la preponderancia estadounidense mediante el establecimiento de un sistema europeo era inaplicable no sólo por las diferencias entre la realidad estadounidense y la germana, sino porque la presencia europea en Estados Unidos nunca sería aceptada. La Casa Blanca agradeció el ofrecimiento, pero rechazó la propuesta, pues era tradición norteamericana no permitir la injerencia de ninguna nación en cuestiones de política interior y, finalmente, la guerra era resultado del levantamiento de algunos estados “rebeldes” que la Unión sometería

⁸⁷ La dieta de Frankfurt fue creada en 1815, tras la caída de Napoleón Bonaparte, su objetivo era establecer una confederación entre todos los estados germánicos bajo el liderato político, pero sobre todo moral, de Austria, pues no había cesión de soberanía, solo eran acuerdos que se tomaban en beneficio de la región. La Dieta estaba compuesta por treinta y nueve estados y el emperador de Austria fungía como rector de las decisiones que se tomaban en la confederación, en <http://www.artehistoria.jcyl.es/historia/contextos/2514.htm> (DE 8 de abril de 2012)

⁸⁸ El nombre del plan era *Note on the Affairs of Mexico and the United States*, January 21, 1863, en Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 9. A la letra, Hanna dice: “The theme of this Note was the reorganization of the United States and Mexico into a ‘hyphenated confederation’ North and South would never reunite, but complete separation posed vexatious questions. Better a new confederation similar to that existing in Germany, composed of four fairly equal states: the North, the South, the West, and Mexico, administered by a diet similar to that of Frankfurt”. *Ibidem.*, p. 10.

tarde o temprano.⁸⁹ La negativa norteamericana a permitir la mediación francesa era porque muchos ciudadanos, incluyendo el gobierno, opinaban que Napoleón III y Maximiliano deseaban su destrucción, pues la Unión Americana era un obstáculo para la influencia francesa en América.⁹⁰ Por otro lado, la tradición política de la Casa Blanca no permitía la intervención de ninguna nación en sus asuntos políticos. Además, recuérdese que los norteamericanos esperaban la pronta conclusión de la intervención gala en México, y por ende el establecimiento de una monarquía, la cual, dicho sea de paso, violaba el derecho de autodeterminación de los mexicanos. Realmente, la Unión no necesitaba “descubrir” las intenciones francesas para evitar su presencia en el continente. Por lo demás, con esa negativa, los norteamericanos fincaban las bases para no permitir la injerencia de ninguna nación en su política sobre el reconocimiento y afianzamiento del imperio de Maximiliano.⁹¹ Después de este fracaso, los franceses retomaron la neutralidad o bien se inclinaron por un apoyo moral hacia el Norte. Aunque existía la posibilidad de que la Casa Blanca exigiera a Napoleón III el cumplimiento de la Doctrina Monroe y terminaran los pronunciamientos de buena voluntad.

⁸⁹ Galeana, “Una década...”, p. 68; Case, *op. cit.*, p. 244, 252, 257, 260, 267-8, 273-275, 277.

⁹⁰ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 8 de enero de 1866, en *Correspondencia...*, vol. VII, p. 15; John M. Taylor, *William Henry Seward: Lincoln's Right Hand*, New York, Harper Collins, 1991, p. 180, 198.

⁹¹ Seward a Dayton, Washington, 26 de septiembre de 1863, en NARA, *Ex. Doc.* no. 1209, p. 470; Bigelow a Seward, París, 10 de agosto de 1865, 21 de diciembre de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollo 61, 62, mf. 34, no. 157, 228, Hubo pronunciamientos en el Congreso norteamericano en contra de la injerencia de Inglaterra y Francia durante la guerra civil, 14 de marzo de 1866, EUA, *The Congressional Globe the Official Proceedings of Congress, of the Second Session of the Thirty Eight, 1866* (en adelante, *Congressional Globe*), Washington, F. & J. Rives, 1866, p. 1398; Seward a Montholon, Washington, 12 de febrero de 1866, en NAW, *Notes...*, no. 99, rollo 23, fj. 214.

1.4 La Doctrina Monroe en tiempos de guerra.

No se puede dejar de pensar en la Doctrina Monroe sobre la cual tanto alarde habían hecho los norteamericanos desde su emisión en 1823. Los estadounidenses no aplicaron la mencionada doctrina ante la intromisión tripartita primero, y posteriormente francesa en México, a pesar de que, desde la década de los veinte, se pronunciaron en contra de cualquier intento europeo por implantar una monarquía en América, pues sería considerada una agresión a la seguridad de Estados Unidos, además de defender la independencia de los pueblos, especialmente los americanos.⁹² Es cierto, la Unión Americana estaba enfrascada en una guerra civil y comenzar otra conflagración, ahora contra Francia, era inimaginable; empero, necesitaba mantener de alguna manera su preponderancia en el continente. Evitar confrontarse con Napoleón III no era el único motivo para no exigir el acatamiento de esa política. Recuérdese que desde la época de la independencia de las trece colonias se estableció una buena relación con Francia;⁹³ así, es posible que la antigua amistad frenara la exigencia norteamericana respecto al cumplimiento de la Doctrina Monroe. Aunque esta opinión debe considerarse con cuidado y por lo mismo será analizada más adelante. Mientras tanto, hay varios puntos que deben plantearse.

Primero debe quedar claro que en su origen, la doctrina Monroe no tenía un fin ofensivo, entendiendo esto como una postura amenazante contra los posibles enemigos europeos. En 1823, cuando fue dada a conocer por James Monroe,

⁹² James Monroe, "Monroe Doctrine", en *Essential Documents in American History*, en EBSCO, p. 8-9.

⁹³ Allan Brinkley, *Historia de Estados Unidos, un país en formación*, reimpresión, México, Mc Graw Hill, 2006, p. 136-137; Yáñez, *op. cit.*, p. 183.

buscaba defender su zona de influencia en el noreste del Pacífico de la presencia rusa y de la Santa Alianza.⁹⁴ Era un discurso retórico, que en la práctica no tenía respaldo económico, ni militar para hacerse cumplir. Si la Santa Alianza y Rusia no tuvieron gran presencia en América no fue por la enunciación de la doctrina, sino por los problemas internos de Europa que no dieron margen de acción a los posibles intervencionistas.

Esa postura defensiva cambió cuando el presidente James Polk, previendo la posibilidad de que México cediera territorio de California a Inglaterra o a Francia, en pago de sus deudas, retomó la vieja doctrina, pero ya con un cariz ofensivo. En efecto, en aras de defender la estabilidad de las instituciones políticas de la Unión Americana el presidente Polk reactivó la doctrina Monroe. Según él no era posible que la Casa Blanca permitiera la creación de una monarquía en el continente americano y menos en un país tan cercano como México.⁹⁵ Mas esta postura presidencial ocasionó una serie de debates pues, aunque el discurso gubernamental giraba en torno a cuidar el bienestar norteamericano, había detractores del gobierno, por lo general miembros del partido Whig, quienes afirmaban que el verdadero motivo de esta reinterpretación era asegurar el expansionismo norteamericano sobre México, principalmente, y sobre el resto del continente, si era posible. No puede negarse que durante la administración de Polk la política expansionista estaba en pleno auge, con todo, no menos cierto es que la presencia de una monarquía tan cerca de Estados Unidos era percibida

⁹⁴ Frederick Merk, *La doctrina Monroe y el expansionismo norteamericano, 1843-1849*, Buenos Aires, Paidós, 1966, p. 11.

⁹⁵ La noticia sobre tal posibilidad se presentó originalmente en el New York Herald, el 20 de enero de 1846, *Cfr.* Henry Blumenthal, *France and the United States. Their Diplomatic Relation (1789-1914)*, North Carolina, North Carolina University Press, 1970.

como una amenaza a su seguridad. Fuese el motivo que fuese, éste era el origen de una nueva interpretación sobre la Doctrina Monroe, la cual no fue defendida en 1864 contra la presencia del Imperio de Maximiliano.⁹⁶

Otro punto que se esgrimió anteriormente fue la buena relación existente, desde la época independentista, entre Estados Unidos y Francia. Si bien un argumento basado en la amistad franco-estadounidense no es trascendental para el manejo de la política diplomática de ambas naciones, conviene poner atención en el uso de esa conducta amistosa como una estrategia diplomática para frenar una posible agresión; en este caso por parte de Francia, ante la posibilidad de reconocer a los Confederados. En efecto, en cuestiones de política internacional la forma es fondo y Estados Unidos necesitaba garantizar, a cualquier costo, la neutralidad de Francia frente a los sureños. Además, no es descabellado pensar que los políticos norteamericanos usaran el discurso “amistoso” para excusarse ante sus ciudadanos, y frente a los mismos europeos, por no hacer respetar la doctrina Monroe.⁹⁷ El problema al que se enfrentaba Washington no era menor.

Las continuas referencias al incumplimiento de la doctrina Monroe por parte de los enemigos internos del gobierno, generalmente los congresistas radicales, eran más bien una cuestión propagandística, medidas para “golpear” políticamente

⁹⁶ Cabe mencionar que los años cuarenta no fueron la única ocasión en que el gobierno norteamericano retomó la doctrina Monroe para manifestarse en contra de la presencia de los europeos en México; años después, durante la guerra de los Tres Años, Washington criticó los auxilios que los españoles prestaron a los conservadores, haciendo uso, nuevamente, de la Doctrina Monroe. Dexter Perkins, *Historia de la doctrina Monroe*, traducción de Matilde Alonso Castillo, México, Novaro, 1964, p. 100.

⁹⁷ En muchos discursos en el Congreso, varios representantes explicaban que una tradición de libertad, respeto y amistad unía a Estados Unidos con Francia y pensar en ir a la guerra por la cuestión mexicana no era viable. Galeana, “Una década...”, p. 68; Robert W. Frazer, “Maximilian’s Propaganda Activities in the United States, 1865-1866”, en *The Hispanic American Historical Review*, Washington, D. C., Board of Editors of the Hispanic American Historical Review, vol. XXIV, no. 1, 1944, p. 23-24.

al grupo en el poder, pues exigir el cumplimiento de la doctrina era una demanda de una gran mayoría de la ciudadanía, la cual era usada por los contendientes en momentos electorales.⁹⁸ Así pues, los críticos del gobierno, azuzaban a la población para que ésta forzara a Washington a reclamar a Francia el respeto de la doctrina Monroe. Un ejemplo de lo anterior se encuentra en 1864 con la candidatura a la vicepresidencia de Andrew Johnson quien, durante la campaña electoral, se pronunció a favor de hacer respetar la doctrina Monroe, y después dejó el manejo de la política exterior en manos del secretario de Estado, William Seward, quien prefería un comportamiento tolerante hacia la presencia francesa en México. En efecto, Seward era muy cuidadoso tocante a la política exterior y, ya desde 1861, cuando tuvo noticia de la convención de Londres y de sus intenciones sobre México, no habló de la violación a la doctrina Monroe porque, según la interpretación de Dexter Perkins, ésta no estaba en contra de la guerra entablada entre naciones europeas y países americanos siempre y cuando los motivos fueran justificados. Ésta situación explicaba, por lo menos en términos diplomáticos, la tolerancia a la presencia tripartita y después francesa en México.⁹⁹ Esta excusa, empero, fue bastante discutida, pues en los pronunciamientos anteriores, durante la administración de Polk y la de James Buchanan, Washington mostró intolerancia a cualquier tipo de presencia europea en el

⁹⁸ Robert Ryal Miller, "Matias Romero: Mexican Minister to the United States during the Juarez-Maximilian era", en *The Hispanic American Historical Review*, Washington, D. C., Board of Editors of The Hispanic American Historical Review, vol. XLV, no. 2, mayo 1965, p. 232; Marcela Pasarán Triujeque, "Maximiliano en busca del reconocimiento de su imperio por parte de los Estados Unidos (1861-1867)", México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, tesis de licenciatura, 1992, p. 68.

⁹⁹ Tamayo, *op. cit.*, p. 177; Perkins, *op. cit.*, p. 108. Sin embargo lo que no estaba justificado era el deseo francés de apoyar la instauración de la monarquía de Maximiliano. Sobre ese punto giraron los pronunciamientos que, al terminar la guerra civil, realizó el gobierno norteamericano para no reconocer al archiduque.

continente fuera justa o no. Esas explicaciones diplomáticas, además, no convencieron ni a propios ni a ajenos, para quienes permitir la intervención en México era una clara muestra de la debilidad norteamericana. Momento que Napoleón III no estaba dispuesto a desaprovechar.¹⁰⁰ Si bien es cierto que no hubo pronunciamientos gubernamentales en oposición a la intromisión francesa en los asuntos mexicanos, también lo es que, para los contrincantes de la Casa Blanca, hacer énfasis en la materia les permitía descalificarla pues la acusaban de entreguista y pasiva, acusaciones que calaban hondo en el ánimo de algunos ciudadanos, y a su vez beneficiaba a los radicales.

Durante gran parte de la Guerra Civil la postura de la Unión Americana respecto a la violación de la doctrina Monroe no tuvo muchos cambios, empero, cuando hubo ciertos rumores sobre la llegada de otras tropas, entre ellas egipcias, para respaldar la presencia de los franceses en México, Seward se encargó de manifestarse en contra, aunque siempre de manera sutil.¹⁰¹

El proceso electoral de Lincoln y Johnson, y los pronunciamientos a favor de hacer cumplir la doctrina Monroe se hicieron presentes entre muchos miembros del gobierno en 1864. El enviado mexicano Matías Romero aprovechó la situación pues tenía presencia entre los norteamericanos y buscó favorecer la causa

¹⁰⁰ Weckmann, *op. cit.*, p. 247; Fuentes Mares, *La emperatriz...*, p. 67; Burney, *op. cit.*, p. 134; Salinas, *op. cit.*, p. 191.

¹⁰¹ Perkins, *op. cit.*, p. 109; J. Dunn, "Africa Invades the New World: Egypt's Mexican Adventure, 1863-1867", en *War in History*, [Sevenoaks], Toynebee Editorial Services Ltd. Unit 24a, The Bardfield Centre Great Bardfield, no. 1, vol. IV, 1997, p. 32; W. Harris Chynoweth, *The Fall of Maximilian, Late Emperor of Mexico*, London, edición del autor, 1872, p. 54.

juarista.¹⁰² Finalmente, Lincoln ganó en gran parte gracias a que la guerra interna comenzó a inclinarse a favor del Norte. La reelección del abogado permitió que el manejo de la política exterior quedara, nuevamente, en manos de William Seward. A pesar del triunfo de Lincoln, sus críticos en el Congreso acrecentaron la presión respecto a la postura de Estados Unidos ante la presencia francesa en México y en contra del apoyo que el gobierno de Maximiliano recibía para consolidarse.¹⁰³

Para 1865, la guerra se decidió a favor de la Unión, pero aún era menester solucionar una serie de problemas internos generados a raíz de la conflagración. El primero que alarmó al pueblo y al gobierno estadounidense fue el asesinato del presidente reelecto.¹⁰⁴ La muerte de Lincoln trajo, por lo menos en un principio, desequilibrio entre la cúpula política. El vicepresidente Andrew Johnson tenía fama de ser defensor de la doctrina Monroe y crítico de la política tibia del secretario de Estado; de hecho, una vez instalado como presidente, Johnson presentó un documento donde censuraba la presencia de las tropas napoleónicas en México.¹⁰⁵

Como se puede ver, los últimos meses de la Guerra Civil permitieron que Washington se pronunciara en contra de una monarquía en el vecino del sur. El tema tomó cierta importancia entre los políticos y la opinión pública.¹⁰⁶ La idea de

¹⁰² Matías Romero, representante de México en Estados Unidos a Sebastián Lerdo de Tejada, ministro de Relaciones Exteriores, Washington, 20 de abril de 1864, 19 de mayo de 1864, en *Correspondencia...*, vol. IV, p. 144, 177.

¹⁰³ Weckmann, *op. cit.*, p. 258; Gurza, *op. cit.*, p. 127.

¹⁰⁴ Lincoln fue asesinado por un actor pro confederado, John Wilkes Booth, en el Teatro Ford el 15 de abril de 1865.

¹⁰⁵ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 11 de agosto de 1865, 12 de octubre de 1865, en *Correspondencia...*, vol. V, p. 550, 689.

¹⁰⁶ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 9 de junio de 1865, informa sobre el pronunciamiento de John A. Logan, quien mandaba el ejército de Tennessee, en contra de la presencia del ejército francés en México y propone la participación del ejército estadounidense en su expulsión del vecino del sur, en *Correspondencia...*, vol. V, p. 372-

que una monarquía se estableciera tan cerca de Estados Unidos, respaldada por armas europeas, pronto empezó a considerarse como un problema de seguridad nacional. La Casa Blanca temía enfrentamientos entre soldados norteamericanos y militares franceses en la zona fronteriza con México; además le preocupaba que los combates entre los republicanos y los monarquistas traspasaran la frontera y afectaran a ciudadanos estadounidenses. Por otro lado, la posibilidad del establecimiento de una zona de contrabando que violara las leyes norteamericanas respecto a la neutralidad y al comercio también ponía en riesgo la seguridad estadounidense. No se olviden los rumores sobre que Maximiliano cedería Sonora a viejos confederados, quienes podrían atentar contra la paz en Estados Unidos. Así pues, un sector de la opinión pública y de los políticos consideraban que Johnson debía enfrentar estas contrariedades. Esas ideas permanecieron por varios años, aunque con desigual intensidad.¹⁰⁷

El mismo secretario de Estado estaba en contra del uso de las armas para imponer el imperio de Maximiliano. Sin embargo, la conducta de Seward fue mesurada; reconocía el derecho francés de reclamar el pago de sus deudas, pero, decía, no aceptaría la violación de la autodeterminación de los pueblos. Seward propuso la mediación de Washington en la cuestión franco-mexicana como un

373; Gabriel Saldívar, Prólogo, *La misión confidencial de Jesús Terán en Europa*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1974, p. 15.

¹⁰⁷ Bosch, *op. cit.*, p. 329; Iglesias, *op. cit.*, p. 75, 139-140, 176; Valone, *op. cit.*, p. 583; Pasarán, *op. cit.*, p. 87; Diario de acontecimientos políticos y militares, 1 de enero de 1866 a 31 de diciembre de 1866, en Cecilia Gutiérrez Ibarra, *Documentos de la Reforma, la Iglesia y el Imperio de Maximiliano*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2006; Dix a Seward, París, 9 de abril de 1867, en NAW, *Despatches...*, no. 63, mf. 34, rollo 65; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 8 de enero de 1866, 16 de junio de 1866, en *Correspondencia...*, vol. VII, p. 15-16, 695; *The Mexican Times*, 20 de enero de 1866, p. 4; "Mexican Emigration Schemes", en *ProQuest Historical Newspapers: The New York Times (1851-2004)*, 9 de mayo de 1865, p. 4.

intento de hacer presente a Estados Unidos en el problema sin tener que mostrarse agresivo con Luis Napoleón. Su estrategia le resultaba conveniente. El arbitraje norteamericano serviría para defender la doctrina Monroe pacíficamente, consiguiendo la salida de las tropas francesas de México y evitando el establecimiento del imperio mexicano. Además, si París dudaba de la oferta estadounidense, éste aseguraba respetar el establecimiento de una monarquía en México siempre y cuando los mexicanos estuvieran de acuerdo en sustituir la república por la monarquía.¹⁰⁸

Cabe mencionar que la cuestión de la seguridad nacional y el derecho de autodeterminación de los pueblos llegaron a plantear la posibilidad de reunir a los ejércitos confederado y unionista para evitar el establecimiento de una monarquía tan cerca de Estados Unidos. Es decir, la solución de la cuestión mexicana, en aras de los preceptos de Monroe, fue vista por algunos, entre ellos Francis P. Blair Jr. General del ejército de la Unión durante la guerra civil, como la oportunidad de reconciliar a los sureños y norteños llamándolos a olvidar las dificultades internas en aras de hacer respetar la institución republicana en México y, a su vez, proteger a Estados Unidos de cualquier peligro europeo.¹⁰⁹ No es exagerada esta posibilidad. El argumento sobre la amenaza a la seguridad norteamericana no era cosa menor, y mucho menos una invención, según la explicación de los estadounidenses, un imperio apoyado por Francia tan cerca de Estados Unidos,

¹⁰⁸ Saldívar, *op. cit.*, p. 74; Bigelow a Seward, París, 21 de noviembre de 1865, 21 de diciembre de 1865, 13 de junio de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollo 62 y 64, mf. 34, no. 199, 228, 338; Zamacois, *op. cit.*, Vol. XVIII, p. 307; "Europe and Mexico", en *ProQuest Historical Newspapers: The New York Times (1851-2004)*, 1 de septiembre de 1866, p. 4.

¹⁰⁹ Keratry, *op. cit.*, p. 74.

decían, era un peligro para el futuro de sus instituciones y tal vez para su misma existencia, por eso era tan importante actuar en consecuencia.

Todas estas manifestaciones preocupaban a los franceses. Su establecimiento en México se logró porque los norteamericanos estaban muy ocupados con su conflagración, pero una vez finalizada Napoleón III temía un conflicto con Washington, aunque tampoco estaba dispuesto a abandonar la empresa mexicana.¹¹⁰ La situación se presentaba complicada para los intervencionistas.

Empero, los temores franceses no se convirtieron en realidad. Todavía no era tiempo de que Washington enfocara toda su atención en los peligros que Francia significaba. Después de la guerra de Secesión vino una época difícil que duraría varios años, durante la cual nuevamente se enfrentó el ejecutivo con miembros radicales del congreso, como el senador Charles Sumner. Ese periodo es la Reconstrucción. En 1865 el fin de los problemas domésticos de Estados Unidos estaba lejos. La Casa Blanca debía solucionar la profunda división político-social, así como la grave crisis económica, productos, ambos, de la guerra. Los líderes radicales querían dar un escarmiento a los confederados quienes, afirmaban, habían provocado la muerte de muchos ciudadanos inocentes a causa de su rebeldía. El ejecutivo consideraba que tratando a los sureños como vencidos, haciéndoles sentir la supremacía del norte, haría más profunda la división interna. El debate sobre el futuro del sur distrajo la atención de un gran

¹¹⁰ Dano a Lhuys, México, 29 de mayo de 1866 en Díaz, *Versión francesa...*, vol. IV, p. 323; Weckmann, *op. cit.*, p. 353.

sector del público sobre la cuestión mexicana, pero, fundamentalmente la defensa de la Doctrina Monroe quedó de lado.

Washington no atendería el problema mexicano hasta no verse realmente perjudicado. La aplicación de la doctrina Monroe era una cuestión de conveniencia política y económica.¹¹¹ Aunque Maximiliano recibía ayuda francesa, sus intentos habían fracasado, y mientras tanto los juaristas continuaban resistiendo. La lucha entre dos instituciones antagónicas –monarquía y república- era el verdadero motivo de la presencia francesa en México, por lo menos para gran parte de la sociedad estadounidense.

1.5 Las formas de gobierno en América. La República y la Monarquía

Desde la época de la independencia latinoamericana, a principios del siglo XIX, la mayoría de las naciones hispanas escogieron a la república como forma de gobierno. Preferir este sistema en contraposición con la monarquía, comúnmente europea,¹¹² fue una constante y una manera de demostrar al mundo su completo rompimiento con las antiguas metrópolis. La cuestión mexicana de los años sesenta retomó el viejo enfrentamiento. Francia y Estados Unidos vieron en México un laboratorio donde experimentar sobre la conveniencia o no de las

¹¹¹ Zamacois, *op. cit.*, Vol. XVIII, p. 79; Astié Burgos, *op. cit.*, p. 60; William Earl Weeks, *Building the Continental Empire: American Expansion from the Revolution to the Civil War*, Chicago, Ivan R. Dee, 1996, p. 61.

¹¹² Aunque hubo intentos en México a favor de la monarquía éstos fracasaron y la mayoría de los políticos se inclinaron a favor de la república como forma de gobierno. Hubo algunas excepciones, por ejemplo, la monarquía brasileña y el imperio de Agustín de Iturbide. Sin embargo, fue una constante el intento de establecer sistemas republicanos en las antiguas colonias europeas.

“modernas” y de las “viejas” políticas.¹¹³ El predominio de unas sobre las otras, bien podría interpretarse como la preponderancia política y económica de una nación sobre las demás. Es necesario aclarar que los pronunciamientos a favor de una república como la “máxima expresión” de modernidad era una idea común entre los políticos decimonónicos,¹¹⁴ aunque no necesariamente resultó la más adecuada para las realidades latinoamericanas, especialmente para México.¹¹⁵

La intervención francesa también fue un esfuerzo por tener presencia en América y, aunque Washington la aceptó,¹¹⁶ dejó en claro que establecer una monarquía en México no era la mejor opción.¹¹⁷ Empero, los problemas norteamericanos no permitieron defender esa postura más que por medio de discursos políticos, editoriales o notas periodísticas.¹¹⁸ Por su parte, los franceses,

¹¹³ 14 de marzo de 1866, EUA, *Congressional Globe*..., 2nd sess., 1866, p. 1398.

¹¹⁴ Respecto a la conveniencia de la República sobre la Monarquía, fray Servando Teresa de Mier dice: “[...] el gobierno republicano es único, en que el interés particular siempre activo es el mismo interés general del gobierno y del Estado”, en *Memoria político instructiva enviada desde Filadelfia en agosto de 1821 a los gefes independientes del Anáhuac llamado por los españoles Nueva España*, Impresa en Filadelfia, Juan F. Hurtel, núm. 126, calle Segunda, Sur, 1821, p. 171.

¹¹⁵ No es el objetivo de esta investigación profundizar en los pros y contras de los sistemas republicano y monárquico, empero no resulta ocioso reflexionar en torno a los resultados que, para mediados del siglo XIX, había dado la República. Si bien en un principio se pensó que el sistema republicano era lo más avanzado para el futuro progreso del país, la experiencia había demostrado lo contrario, el imperio de Iturbide fracasó, pero la misma suerte había corrido la república en todas sus modalidades, así que no era tan descabellada la posibilidad de buscar un nuevo régimen, ahora basado en el respaldo europeo.

¹¹⁶ Se ha explicado líneas arriba que los intervencionistas trataban de ejercer un derecho, conseguir que México pagara sus deudas y suspendiera la ley de moratoria.

¹¹⁷ Seward a Dayton, Washington, 24 de abril de 1863, en NARA, *Ex. Doc.* no. 1209, p. 452; Seward a Montholon, Washington, 12 de febrero de 1866, en Tamayo, *Documentos, discursos y correspondencia*...; Vol. X, Fuentes Mares, *La emperatriz Eugenia*..., p. 75; Abbot, *op. cit.*, p. 225; Joan Hasp, *The Crown of Mexico, Maximilian and Empress Carlota*, New York, Holt Rinehart and Winston Inc., 383 Madison Avenue, 1971, p. 183; Zamacois, *op. cit.*, Vol. XVIII, p. 296, 306.

¹¹⁸ “The Mexican Empire New Developments of French Policy”, en *ProQuest Historical Newspapers: The New York Times (1851-2004)*, 28 de julio de 1863, p. 4.

aseguraron que su única intención en México era negociar sus reclamaciones con una administración oficial, eso sí, estable, sin importar su forma de gobierno.¹¹⁹

Ante los argumentos franceses, Washington, haciendo eco de la postura de una parte de la sociedad¹²⁰ y de varios miembros del Congreso, se pronunció por el respeto a la soberanía y a la autodeterminación de los pueblos. Si bien durante los años difíciles de la guerra interna, no hubo mayor comentario en contra del establecimiento de una monarquía en México, la Casa Blanca sí declaró que la estabilidad política de México permitiría un mejor entendimiento entre éste y París.¹²¹ El reclamo por el incumplimiento del pago mexicano era un derecho,¹²²

¹¹⁹ Dix a Seward, París, 15 de febrero, de 1867, en NAW, *Despatches...*, rollo 65, mf. 34, no. 32, en Abbot, *op. cit.*, p. 225.

¹²⁰ Un gran sector de la población, por lo general hombres de negocios y alguno que otro miembro de la clase media, desaprobaban la conducta neutral de Washington ante la intervención francesa. Su argumento fundamental para expresarse en contra era violación de la Doctrina Monroe. Si bien no se puede afirmar que un sentimiento de simpatía hacia México guiaba la postura de este sector de la sociedad, tampoco se puede ignorar que la doctrina de 1823 tenía mucha presencia entre la ciudadanía. La gente de a pie temía que la estancia francesa en México fuera sólo el comienzo de un plan de intervención, que atentara directamente contra la seguridad y las instituciones norteamericanas. Además, las continuas críticas del grupo radical en el Congreso, a las medidas adoptadas por la Casa Blanca, servían para azuzar a la población en contra de lo que consideraban, una conducta deshonrosa en la tradición norteamericana.

¹²¹ Seward a Dayton, Washington, 24 de abril de 1863, 21 de septiembre de 1863, en NARA, *Ex. Doc.* no. 1209, p. 452 y 465; Seward a Dayton, Washington, 7 de abril de 1864, en Tamayo, *Documentos discursos y correspondencia...*; Vol. IX, Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 12 de enero de 1866, en *Correspondencia...*, vol. VII, p. 30; Archivo General de la Nación (en adelante, AGN), *Segundo Imperio*, vol. 93, exp. 17, fj. 24; Saldívar, *op. cit.*, p. 14; Vigil, *op. cit.*, p. 272.

¹²² En efecto, el reclamo francés no era de poca importancia; de hecho, el cumplimiento de los compromisos adquiridos era trascendental. La cuestión mexicana no sólo se limitó a un "mal entendido" entre dos naciones. Era el incumplimiento de un país que se pronunciaba por ser respetado en el concierto de las naciones, en este caso México, frente a un acreedor, que, actuando de "buena fe" había confiado en su palabra, y ahora no se comportaba a la altura de las circunstancias. Ciertamente es que la deuda francesa era exagerada, recuérdese la cuestión de los bonos Jecker; sin embargo, independientemente de la cantidad, el gobierno mexicano decidió incumplir su compromiso. Frente a una situación como esta era menester que las naciones, en este caso Estados Unidos hicieran un frente común, pues en cualquier momento podrían pasar una situación parecida.

pero esto no significaba tolerar una monarquía depositada en manos de un extranjero, como era el caso del archiduque Maximiliano.¹²³

Para entender las posturas adoptadas después de la guerra interna, hay que profundizar en varios acontecimientos que influyeron en su resultado y en la conducta de la Casa Blanca ante la cuestión mexicana. A mediados de 1864 los grupos políticos estaban preparándose hacia un nuevo proceso electoral. La administración de Lincoln finalizaba y era la oportunidad para que sus enemigos en el Congreso buscaran un candidato que se le enfrentara en su intento de reelección¹²⁴ y llevara las propuestas radicales a la presidencia. Varios fueron los aspirantes¹²⁵ que participaron en el proceso y muchos también, los movimientos de imperialistas y constitucionalistas para buscar alianzas. Matías Romero, por ejemplo, incrementó su actividad en pro del gobierno republicano y esperaba que otro republicano que no fuera Lincoln resultara electo, pues la política del presidente en turno no favoreció a los juaristas. El tiempo estipulado pasó, y el resultado de la elección favoreció a Lincoln para el periodo presidencial que comenzaría en 1865. El resultado del proceso fue un revés para los radicales del congreso y para el representante mexicano. Empero, el nombramiento de Andrew

¹²³ Seward a Bigelow, Washington, 12 de junio de 1865, 6 de noviembre de 1865, en NARA, *Ex. Doc.*, no. 6, p. 42, 71; Bosch, *op. cit.*, p. 329.

¹²⁴ Lincoln fue nominado para un segundo periodo presidencial el 8 de junio de 1864, en *Encyclopedia of the American Civil War...*, vol. V.

¹²⁵ Hubo varios políticos interesados –entre ellos Fremont, apoyado por los abolicionistas, y McClellan, representante de los demócratas–, empero el candidato más polémico resultó ser Salmon Chase, quien fungía en el gabinete del presidente como secretario de Hacienda, quien estaba apoyado por los republicanos radicales, en Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 18 de marzo de 1864, en *Correspondencia...*, vol. IV, p. 102; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 17 de febrero de 1864, *Ibidem.*, p. 53; Romero a Lerdo de Tejada, Washington 26 de mayo de 1864, *Ibidem.*, p. 183; *Encyclopedia of the American Civil War...*, vol. V.

Johnson en la vicepresidencia¹²⁶ tranquilizó al oaxaqueño, pues se había pronunciado en varias ocasiones a favor de frenar la presencia francesa en México. Lincoln ganó la elección en gran parte gracias a los triunfos del general Ulysses Grant y porque la opinión pública confiaba en que sacaría adelante al país.¹²⁷

Cuando la guerra civil terminó, las comunicaciones de Seward con sus enviados en Francia y con los representantes de Luis Napoleón versaron, claramente, sobre lo inconveniente de forzar al pueblo mexicano a aceptar una monarquía. Washington no creía que la creación de un imperio en México terminara con sus problemas políticos y económicos. Por otro lado, si era la voluntad de los mexicanos sustituir las instituciones republicanas, la Unión respetaría esa postura. Era fundamental, aseguraba Seward, el pronunciamiento libre de la sociedad mexicana.¹²⁸

¹²⁶ Valone, *op. cit.*, p. 586.

¹²⁷ Abraham Lincoln fue reelecto en noviembre de 1864; *Encyclopedia of the American Civil War...*, vol. V; Bernstein, *op. cit.*, p. 110; Iglesias, *op. cit.*, p. 49; Burney, *op. cit.*, p. 175; Iglesias, *op. cit.*, p. 48; Zubirían a Juárez, Nueva Orleans, 8 de junio de 1864, en BNM, *Fondo Juárez*, ms. J. 1207; Smith a Juárez, Nueva Orleans, 8 de junio de 1864, *Ibidem.*, ms. J. 1152.

¹²⁸ Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 221; Chynoweth, *op. cit.*, p. 54, noticia de Nueva York, 11 de agosto de 1865, en *Correspondencia...*, vol. V, p. 549; Iglesias, *op. cit.*, p. 141 y 143; Keratry, *op. cit.*, p. 110, 263; *Correspondencia entre...*, p. 3-4; Bigelow a Seward, París, 12 de junio de 1865, 10 de agosto de 1865, 24 de noviembre de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollo 61 y 62, mf. 34, no. 117, 157, 203; José Agustín Arrangoiz a Ignacio Aguilar, México, 28 de diciembre de 1865, Centro de Estudios de Historia de México Carso (en adelante, CEHM-Carso), *Fondo Segundo Imperio*, Fondo IX-I, carpeta 5-8, legajo 607, doc. 1; "Mexican Affairs Will there be War upon Maximilian?", en *ProQuest Historical Newspapers: The New York Times (1851-2004)*, 27 de marzo de 1865, p. 4; Seward a Bigelow, Washington, 17 de marzo de 1865, 6 de septiembre de 1865, en NARA, *Ex. Doc.* no. 6, p. 35-36, 62, 65; Seward a Montholon, Washington, 12 de febrero de 1866, en NAW, *Notes ...*, no. 99, rollo 23, fjs. 199-200; Valone, *op. cit.*, p. 587; Emilio Ollivier, *Expedición de México*, México, Cámara de Diputados, 1972, p. 146-148; Fabela, *op. cit.*, p. 207.

Las respuestas francesas insistían en que su presencia sólo respondía al incumplimiento mexicano. No era, ni había sido la intención de Francia promover un gobierno monárquico, y mucho menos agredir las instituciones republicanas respaldadas por la Casa Blanca. De hecho, insistían los franceses, eran tradicionalmente amantes de las ideas republicanas. Sin embargo, sí buscaban negociar con un gobierno sólido. Además, estaban dispuestos a ayudar a los mexicanos a establecer el sistema de gobierno de su preferencia.¹²⁹

París pretendía convencer a los norteamericanos de que el imperio de Maximiliano era fruto de los deseos del pueblo. Las actas de adhesión -que el archiduque austriaco había pedido para aceptar el trono, y la respuesta masiva de la sociedad mexicana- eran prueba suficiente de esto. Francia respaldaba a Maximiliano porque, explicaba, él, como gobernante de México se comprometió a responder por las reclamaciones francesas. Esta opinión permite algunas reflexiones. Era conveniente apoyar a Maximiliano porque Juárez no reconocería las cuentas exageradas, como los bonos Jecker y los gastos derivados de la presencia francesa en México, amén de no pagar pronto el monto reclamado. Otro motivo que tenía peso en la decisión de París era la posibilidad de penetrar en el territorio, ya fuese para colonizar o para explotar sus recursos naturales, sin olvidar sus intenciones de establecer un gobierno a modo que le permitiera interferir en la vida política del país y del resto del continente. Claro, Napoleón III explicaba a Washington que el gobierno del archiduque era conveniente para restablecer la paz y el orden. Aseguraba que su papel era solamente de auxilio por

¹²⁹ Lhuys a Bigelow, París, 12 de junio de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollo 61, mf. 34, no. 117; Bigelow a Seward, París, 30 de noviembre de 1865, en NAW, *Ibidem.*, rollo 62, mf. 34, no. 209, 12 de febrero de 1866, en EUA, *Congressional Globe*, 2nd sess., 1866, p. 803.

y para el beneficio de los mexicanos.¹³⁰ Asimismo, la tradición política francesa, decía, era suficiente para garantizar a los estadounidenses que respetaban el derecho público y la autodeterminación de los pueblos.¹³¹ Precisamente, por esas tradiciones de libertad e igualdad y, sobre todo, de amistad con la administración de Washington, Luis Napoleón III aseguraba que no pretendía instalar un gobierno antinorteamericano en la frontera estadounidense.

Las explicaciones francesas buscaban evitar una confrontación con Estados Unidos. Un enfrentamiento resultaría muy costoso para el erario francés y sería mal recibido por la opinión pública que apostaba por un comportamiento cauteloso con la Unión Americana,¹³² a pesar de lo idóneo del momento para establecer un gobierno a modo en México.

Ambas administraciones se decían defensoras de los derechos de los pueblos y respetuosas de las formas de gobierno. Sin embargo, ¿qué perseguían? Napoleón III y sus consejeros querían evitar la intromisión de la Unión Americana en México. La cuestión mexicana de por sí representaba muchos gastos económicos como para soportar una conflagración con Estados Unidos. Por otro lado, el emperador no podía distraerse más y dejar de atender las cuestiones europeas, sobre todo, el crecimiento prusiano, que se anunciaba peligroso para su hegemonía en el viejo continente.

¹³⁰ Dano a Lhuys, México, 10 de diciembre de 1866 en Díaz, *Versión francesa...*, vol. IV, p. 443; Zamacois, *op. cit.*, Vol. XVIII, p. 359.

¹³¹ Montholon, en "Documents Diplomatiques Affairs Etrangères", París, Imprimeries Imperiales, junio de 1866, p. 4; Bigelow, a Seward, París, 13 de junio de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollo 64, mf. 34, no. 338.

¹³² Bigelow a Seward, París, 2 de mayo de 1865, noticia de *The Moniteur* –Lhuys en recorte de periódico enviado–, 24 de noviembre de 1865, 7 de septiembre de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollo 62 y 64, mf. 34, no. 197, 203, 366.

Respecto a la postura de Estados Unidos, sería muy inocente creer que la única razón para pronunciarse contra la imposición de una monarquía en México respondía a su altruismo hacia el pueblo mexicano. Lo realmente importante era el derecho a la seguridad. En su nombre, el gobierno estadounidense intervino en asuntos domésticos de otras naciones, especialmente de México.¹³³ Intromisiones, sin embargo, motivadas, en su mayoría, por su expansionismo territorial. No obstante, sería un error aceptar a tabla rasa esta idea. Es cierto que entre la población había muchos interesados en el crecimiento territorial, pero también lo es que el temor era real; éste existía entre los ciudadanos de a pie y entre no pocos políticos, les preocupaba que la seguridad norteamericana fuera vulnerada a causa de la inestabilidad mexicana. Durante los años que se están tratando había un peligro serio para la Unión; el establecimiento de un imperio cerca de su territorio. Además, se debe tomar en cuenta que, mientras Estados Unidos estuvo en guerra, su mayor temor fue una posible alianza franco-confederada, que no era imposible. Washington no quería una monarquía apoyada no sólo por Europa sino también por los “rebeldes” confederados,¹³⁴ y mucho menos la independencia del Sur respaldada por Francia y el Imperio Mexicano.

¹³³ Alegando el derecho a la seguridad el gobierno de la Casa Blanca se anexó parte de las Floridas, a principios del siglo XIX, pues, ante el descuido español, la zona se había convertido en una guarida para maleantes, quienes atacaban a los ciudadanos norteamericanos. Años después, ese derecho a la seguridad fue empleado nuevamente, ahora para justificar el deseo de anexar Texas, pues, entre otras cosas, era una zona mal atendida por el gobierno mexicano. Ese abandono permitía los ataques de indios y todo tipo de maleantes en territorio estadounidense.

¹³⁴ Francis P. Blair, general del ejército de la Unión durante la guerra civil, a Abraham Lincoln, Washington, 8 de febrero de 1865, en *The Abraham Lincoln Papers, at the Library of Congress*, EUA, Library of Congress Manuscript Division and Lincoln Studies Center, Knox College, Washington, American Memory Project, [2000-02], <http://memory.loc.gov/ammem/alhtml/alhome.html>, Pasarán, *op. cit.*, p. 76, Keratry, *op. cit.*, p111, Iglesias, *op. cit.*, p. 176.

Definitivamente, la Unión Americana consideraba mucho más conveniente la coexistencia con un gobierno comprometido con las mismas instituciones, como el republicano encabezado por Juárez, que un imperio apoyado por Francia y aliado con los separatistas del Sur. La táctica norteamericana para defender sus intereses en México fue no reconocer el imperio de Maximiliano. El argumento de Washington, para evitarlo, fue que no desconocería a Juárez para avalar un gobierno ilegal impuesto por la fuerza.¹³⁵

La amenaza de una monarquía cerca de Estados Unidos también fue utilizada por la oposición en Washington. Inclusive, como se ha mencionado líneas arriba, los enemigos del gobierno azuzaban a la ciudadanía para poner en tela de juicio la respuesta del ejecutivo a los problemas en México. Obviamente el objetivo de los críticos, al poner en evidencia la “mala” política exterior del gobierno, era obtener más poder e incluso llegar a la presidencia en futuros procesos electorales.¹³⁶

¹³⁵ “*The real cause of our national discontent is that, the French army which is now in Mexico, is invading a domestic Republican Government these, which was established by her people, and with whom the United States sympathize[...]*”, en Seward a Montholon, Washington, 10 de noviembre de 1865, en NAW, *Notes...*, no. 99, rollo 23, fj. 176; Seward a Marcus Otterbourg, cónsul de Estados Unidos en la Ciudad de México, Washington, 8 de agosto de 1867, en NAW, *Diplomatic...*, no. 10, mf. 77, rollo 113; Dix a Seward, París, 18 de marzo de 1867, en *Papers Relating to Foreign Affairs, Accompanying the Annual Message of the President to the Second Session Fortieth Congress. Part I*, Washington Government Printing Office, 1868, p. 237; “From Mexico”, en *ProQuest Historical Newspapers: The New York Times (1851-2004)*, 26 de mayo de 1865, p. 4; Bigelow a Seward, París, 10 de agosto de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollo 61, mf. 34, no. 157; Juan N. Pereda a las legaciones en el imperio, Ciudad de México, 10 de diciembre de 1866, en AGN, *Segundo Imperio*, Relaciones Exteriores, vol. 93, exp. 102, fj. 6v; Galeana, “Una década...”, p. 71; Bosch, *op. cit.*, p. 328; Konrad Ratz, *Correspondencia inédita entre Maximiliano y Carlota*, México, FCE, 2003, p. 223; Dano a Lhuys, México, 10 de diciembre de 1866 en Díaz, *Versión francesa...*, Vol. IV, p. 444.

¹³⁶ Suárez, *op. cit.*, p. 122; Dayton a Seward, París, 22 de abril de 1864, en Tamayo, *Documentos, discursos y correspondencia...*; Vol. IX, Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 8 de enero de 1864, en *Correspondencia...*, v. IV, p. 3, 12 de febrero de

Los juaristas pretendieron utilizar a su favor los pronunciamientos norteamericanos relacionados con el respeto de las instituciones mexicanas, así como sus confrontaciones políticas. En efecto, Juárez, por medio de Romero, procuró hacer proselitismo entre los ciudadanos estadounidenses que podían presionar a su gobierno. Buscó mostrarles la importancia de defender el republicanismo, así como lo fundamental de la ayuda de Washington para la causa mexicana, y como paladín de esas instituciones en América.¹³⁷ Lo cierto fue que, de manera diplomática, la Casa Blanca defendió sus intereses, bajo el argumento de procurar las instituciones republicanas, ante lo que en ese momento parecía imposible de detener, la implantación de una monarquía en México.¹³⁸

1866, en EUA, *Congressional Globe*, 2nd sess., 1866, p. 803; Iglesias, *op. cit.*, p. 141; Frazer, *op. cit.*, p. 4.

¹³⁷ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 30 de junio de 1867, en AGN, *Segundo Imperio*, "Relaciones Exteriores, siglo XIX", vol. 81, expediente 9, fj. 8v, 14 de marzo de 1866, en EUA, *Congressional Globe*, 2nd sess., 1866, p. 1398; Romero, a Lerdo de Tejada, Washington, 8 de enero de 1866, en *Correspondencia...*, vol. VII, p. 15.

¹³⁸ Carta de Seward a Dix Washington, 18 de enero de 1867, 21 de enero de 1867, en *Papers Relating...*, p. 218, 291.

Algunas consideraciones

La intervención francesa así como el intento de establecer una monarquía en México no se pueden entender si se omite el momento coyuntural por el cual atravesaba Estados Unidos. Si bien la guerra de Secesión puso al descubierto los problemas domésticos de la Unión, sus repercusiones fueron más allá de una guerra interna. La debilidad norteamericana permitió que las potencias europeas, Inglaterra, Francia y España, haciendo caso de los movimientos monarquistas mexicanos, se entrometieran en la vida doméstica de México y buscaran, al mismo tiempo, beneficios económicos y políticos. A pesar de los acuerdos de 1861, firmados en Londres entre las naciones invasoras, estos no se cumplieron. Francia rompió con sus aliadas y tomó en sus manos la aventura mexicana.

El panorama se complicó para Washington. Evitar que París se aliara con Richmond ocupó toda su atención. Ante ese temor, Lincoln y el secretario de Estado, Seward, se mostraron tolerantes ante la intervención francesa. Cualquier nación tenía derecho a reclamar el cumplimiento de sus demandas, siempre y cuando fueran justas. La Confederación, al mismo tiempo, estaba dispuesta a jugar todas sus cartas en pos de conseguir un único objetivo, pero fundamental para su proyecto independentista: obtener el reconocimiento diplomático de Europa, principalmente de dos naciones, Inglaterra y Francia. Con tal fin, los “rebeldes” mandaron representantes a esas naciones, con ofertas que, suponían, eran tentadoras. Las propuestas eran de índole económica principalmente; se planteó un acuerdo comercial, donde los aranceles fueran bajos para los productos ingleses y galos. También la idea de que la Confederación sirviera

como un dique frente al expansionismo de la Unión era su mejor oferta. Además, los confederados tenían la esperanza de que, ante la falta de su algodón, materia fundamental en la producción textil de aquella época, los europeos se vieran obligados a reconocerlos como nación independiente.

Las tácticas sureñas, empero, no funcionaron. Así, los confederados fincaron todas sus esperanzas en que la intervención francesa provocara una ruptura en la relación diplomática entre París y Washington, precisamente por la violación de la Doctrina Monroe. Era de esperarse, según los “rebeldes,” que la Casa Blanca se opusiera abiertamente a la intromisión francesa en México. Los confederados confiaban en que los reclamos de Washington, citando el respeto a la doctrina de 1823, fueran tan agresivos que los galos buscaran hacer un frente común con el Sur en contra de los “irritantes” norteamericanos.

La Unión, con todo, se comportó muy diferente a causa de la guerra civil. Las viejas defensas, ya tradicionales en su política exterior, como la Doctrina Monroe, no se pusieron en práctica. Washington, decidió pronunciarse por la neutralidad ante la cuestión mexicana. Su postura tenía como objetivo que París hiciera lo mismo ante la guerra de Secesión. Sin embargo, no todos los miembros de la elite política y la ciudadanía aprobaron esta conducta. El asunto sirvió para poner en evidencia los conflictos políticos entre los miembros del partido republicano. No obstante, a pesar de lo tenso de la situación, Seward logró imponer su estilo de política exterior. Es cierto que la Unión se pronunció por la neutralidad, pero fue muy precisa tocante a la imposición de una monarquía en México. Seward dejó en claro que la Unión respetaba la autodeterminación del pueblo mexicano, y que no daría su visto bueno al gobierno de Maximiliano. Su

simpatía estaba con las instituciones republicanas. El pronunciamiento bien podría tener como objetivo mandar a París un mensaje distinto al de una simple afinidad institucional con los liberales mexicanos. En efecto, el Norte no se había podido manifestar en contra de la presencia francesa en México. Esa situación debilitaba su imagen frente a Europa y ante los mismos estados americanos. La tan cacareada doctrina Monroe fue ignorada completamente, así que defender la república convertía a los norteamericanos en un obstáculo para concretar los objetivos galos. Empero, la Casa Blanca debía ser muy sutil para no provocar un enfrentamiento con París. Apoyar la existencia de las instituciones democráticas en México era el medio de proteger su zona de influencia, y señalar a Francia que su tolerancia no sería eterna.

Por su parte, Napoleón III, siempre cuidadoso de sus movimientos, procuró cumplir con el protocolo internacional. Primero informó a Washington el motivo de su presencia en tierras mexicanas, después, bajo el mismo tenor conciliador, evitó patentizar su simpatía por la causa confederada. Asimismo, cuando la Casa Blanca optó por la neutralidad ante el conflicto franco-mexicano, París hizo lo propio en relación con la guerra civil.

El siguiente paso de Francia fue ofrecerse ante la Unión como mediadora en la guerra de Secesión. La oferta pretendía colocarla en un papel influyente, donde sus opiniones adquirirían importancia y serían tomadas en cuenta. Así marcaría las pautas a seguir y nulificaría el expansionismo norteamericano, además de consolidar a la monarquía mexicana. Ante el ofrecimiento, la Casa Blanca agradeció la intención, pero, dejó en claro que, sus problemas los arreglaría pronto y por lo tanto el arbitraje francés no era necesario. Cabe resaltar

que Washington nunca había permitido la injerencia de un tercero en cualquier tipo de problema político, y, en esta ocasión, ante algo que consideraba una “simple rebeldía” de unos cuantos “revoltosos”, no rompería su tradición. Además, permitir esa mediación sería como aceptar su incapacidad militar para someter al Sur, situación que bien podría interpretarse como un síntoma de debilidad. Ante la negativa de la Casa Blanca, Francia debió esperar una nueva oportunidad para tratar de inclinar la política norteaño a su favor.

Entre tanto, los liberales continuaban resistiendo los embates franceses. Recibían todo el apoyo moral del gobierno norteamericano, pero, en la práctica Lincoln y Seward no tomaron ninguna medida al respecto. Los juaristas, avecindados en territorio norteamericano, obtuvieron apoyos para la causa, pero eran magros. Matías Romero, representante del gobierno constitucional en Washington, usó sus relaciones políticas y sociales para promover la defensa de su partido. Aprovechó los conflictos políticos entre los miembros del gobierno, pero sus resultados eran lentos y la ayuda que México esperaba no llegó. Sin embargo, sobre la política de la Unión hacia México se ahondara en el siguiente capítulo.

Capítulo II

LA UNIÓN, LA CONFEDERACIÓN Y LOS DOS GOBIERNOS DE MÉXICO

2.1 La Unión y su política hacia los constitucionalistas.

Desde 1862 la Casa Blanca se pronunció por la neutralidad ante la guerra franco-mexicana para evitar una confrontación con Francia. Sin embargo, en la práctica, ¿qué tanto se cumplió la disposición anunciada por Washington? ¿qué pasaba en el día a día?, ¿cómo se comportaba el ciudadano común? y ¿cuál era la actitud de la clase política, en general, y no sólo de quienes estaban al frente del gobierno, ante la cuestión mexicana?

Sería un error considerar que la postura unionista fue uniforme y monolítica. Se aplicó de diferente manera, según el momento y los involucrados. Por un lado, está el comportamiento del ejecutivo, encabezado por Lincoln y por su secretario de Estado Seward, quienes casi siempre impidieron el apoyo de políticos y ciudadanos norteamericanos a los constitucionalistas mexicanos.¹ Sin embargo, el apoyo y el comercio con éstos siempre dependieron de sus intereses,² lo cual

¹ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 28 de agosto de 1862, en *Correspondencia entre...*; Seward a L. de Geofroy, representante de Francia en Estados Unidos, Washington, 30 de septiembre de 1864, 21 de enero de 1865, en NAW, *Notes...*, no. 99, rollo 22, 23, fj. 479, 34; Weckmann, *op. cit.*, p. 243, 258; Galeana, “Una década...”, p. 70.

² Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 14 de enero de 1864, 13 de abril de 1864, 18 de mayo de 1864, 26 de mayo de 1864, 9 de octubre de 1865, en *Correspondencia...*, vol. IV, V, p. 6, 127, 172-173, 183. Los unionistas esperaban la pronta salida de los franceses de México, en *Folleto sobre el gran banquete dado a ministro mexicano Matías Romero*, en Nueva York, el 29 de marzo de 1864, en Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores (en adelante, AHSRE), James Speed, procurador general de Estados Unidos, a Seward, Washington, 23 de diciembre de 1865, en *Correspondencia entre...*, p. 83-85; Iglesias, *op. cit.*, p. 139; Tamayo, “Las relaciones de...”, p. 81.

ocasionó que Washington ofreciera a París una serie de explicaciones para prevenir una ruptura.³

Hay que entender el funcionamiento de la diplomacia de la Unión. Washington debía evitar una alianza entre París y Richmond, y este objetivo rigió su política exterior. Empero, la Casa Blanca no podía desentenderse de la cuestión mexicana porque la suerte de los constitucionalistas y la de los imperialistas tendría repercusiones en sus intereses. Ante las circunstancias, la Unión debía mantener la incertidumbre de invasores y juaristas sobre su neutralidad, y la mejor manera de hacerlo era nombrando un enviado extraordinario y ministro plenipotenciario o, por lo menos, un encargado de Negocios en México, quien además le permitiría conocer el rumbo que tomaban los asuntos. Un caso particular fue el del Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Estados Unidos en México Thomas Corwin, quien llegó a México antes de que la invasión francesa tuviera lugar. Cuando el conflicto entre México y Francia estalló las instrucciones diplomáticas del secretario Seward fueron no entablar ningún tipo de comunicación con los invasores, y mantener una estricta neutralidad. Sin embargo Corwin gestionó varios acuerdos con el gobierno juarista, de los cuales especial atención merece el que a cambio de un préstamo, el gobierno mexicano hipotecaría territorio nacional. El acuerdo no fue ratificado por el senado en Washington pues, antes que cualquier deseo expansionista era

³ *“With reference to the memorandum [...] relative to an alleged traffic in articles contraband of war, [...] with the agents of President Juarez [...] that goods have been seized upon the supposition that they were destined for a contraband trade with Mexico [...]”*, en Seward a Geofroy, Washington, 21 de junio de 1864, en NAW, *Notes...*, no. 99, rollo 22, fj. 391; Seward a Dayton, Washington, 7 de abril de 1864, en Tamayo, *Documentos, discursos y correspondencia...*; Vol. IX.

importante mantener una buena relación con Francia.⁴ Tiempo después Corwin fue sustituido por su hijo William H. Corwin, quien como encargado interino de Negocios mantuvo informado al gobierno en Washington de los pormenores del asunto mexicano. Al principio, haciendo caso de las recomendaciones de Seward, no entabló relaciones diplomáticas con ninguna administración.⁵ Sin embargo, más adelante, el joven Corwin mostró cierta simpatía por los imperialistas. Ese comportamiento, a pesar de no contar con el visto bueno de Washington, fue conveniente para la causa del Norte, pues Napoleón III y el mismo Maximiliano creyeron que el reconocimiento norteamericano hacia el imperio era sólo cuestión de tiempo, y esa posibilidad evitó la alianza con los confederados.⁶

Ahora bien, recuérdese que la Unión siempre reconoció como gobierno oficial al juarista. No obstante, los franceses esperaban que, al derrotar a Juárez y a sus aliados, los norteamericanos aceptaran al imperio de Maximiliano. Por eso, era muy importante para los galos mantener una buena relación con Washington, a pesar del respaldo moral de éste a los constitucionalistas. Los juaristas, por su

⁴ Cfr. Marcela Terrazas y Basante, *Los intereses norteamericanos en el noroeste de México. La gestión diplomática de Thomas Corwin*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, 1990.

⁵ Las instrucciones de Seward pretendían mantener la neutralidad de Washington frente al desarrollo de las circunstancias en México, pero eso no quiere decir que no reconociera, por lo menos por el momento, al gobierno constitucionalmente elegido en el país vecino, en este caso el republicano.

⁶ Seward a Corwin, Washington, 25 de febrero de 1863, 8 de agosto de 1863, 23 de diciembre de 1863, en NARA, *Ex. Doc.* no. 11, p. 6, 16 y 17; Galeana, "Una década...", p. 64; Galeana, "México codiciado botín 1861-1863", en *Revista mexicana de política exterior*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, no. 40-41, julio-diciembre de 1993, p. 116 y 119; Tamayo, "Las relaciones de México...", p. 175-176; Weckmann, *op. cit.*, p. 239, 242 y 244; Seward a William H. Corwin, Washington, 1 de agosto de 1864, 24 de octubre de 1864, 25 de enero de 1865, 14 de septiembre de 1865, 22 de noviembre de 1865, en NAW, *Diplomatic...*, no. 95, 97, 99, 105 y 107, mf. 77, rollo 113, en Bosch, *op. cit.*, p. 324; Ana Rosa Suárez Argüello, *En el nombre del Destino Manifiesto, guía de ministros y embajadores de Estados Unidos en México, 1825-1993*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1998, p. 116; Pasarán, *op. cit.*, p. 58, 74.

parte, deseaban que el apoyo de Washington tuviera consecuencias, esperaban dinero y hombres.

Pese a todo, entre 1865 y 1867, los representantes nombrados por el gobierno de la Unión ya no viajaron a México. Con el fin de la guerra civil, los enviados se establecieron en alguna ciudad fronteriza del sur estadounidense, a la espera de que la situación en el país vecino mejorara, y, para la frustración de los galos, con la consigna de no entrar en pláticas con agentes monarquistas. Ese fue el caso de John A. Logan, Lewis D. Campbell o Edward L. Plumb, quienes desde mediados de 1865 residieron en ciudades como Nueva Orleans hasta que la situación mexicana se resolvió. Incluso, Campbell viajó a México pero, al saber que la guerra continuaba regresó a la Unión.⁷ Cabe mencionar que, a pesar de quedarse en territorio estadounidense, la designación del representante continuaba considerándose trascendental por los juaristas y los monarquistas.⁸

Ahora bien, en plena guerra de Secesión, ¿cuál fue la reacción de la sociedad norteamericana ante la posición de neutralidad sostenida por la Casa

⁷ La designación de representantes, empero, no siempre tenía como objetivo demostrar el apoyo moral de Washington al gobierno republicano. En alguna ocasión el nombramiento respondió a un acto de proselitismo del ejecutivo. El caso más claro fue el de John A. Logan, quien, al enterarse que su nombramiento fue resultado de las presiones políticas de los radicales, y a pesar de haber realizado un viaje a México, decidió rechazar su nominación. Seward al mayor general John A. Logan, Washington, 16 de noviembre de 1865, en NAW, *Diplomatic...*, no. 107, mf. 77, rollo 113, 9 de diciembre de 1865; *The Mexican Times*, p. 3; Galeana, "Una década...", p. 71; Zamacois, *op. cit.*, Vol. XVIII, p. 294; Galeana, "Sueños imperiales...", p. 83. Los nombramientos de Campbell y Plumb fueron hechos con más libertad por el gobierno, entre 1866 y 1867. Sobre todo, porque el imperio de Maximiliano estaba a punto de desaparecer a causa del abandono francés. Sobre este punto se ahondará más adelante. Seward a Lewis D. Campbell, Washington, 21 de mayo de 1866, 25 de mayo de 1866, 7 de noviembre de 1866, en NAW, *Diplomatic...*, no. 1, mf. 77, rollo 113; Frank Knapp, "Edward Lee Plumb, amigo de México", en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. VI, no. 1, julio-septiembre 1956, p. 13; Vigil, *op. cit.*, p. 317; Suárez, *En el nombre del...*, p. 118-119.

⁸ La posibilidad de concretar negocios que rindieran buenos dividendos para los norteamericanos será analizada más adelante.

Blanca? Al respecto varios particulares la desobedecieron y vendieron armas a los juaristas.⁹ Aquí es muy importante aclarar que, constitucionalmente, los ciudadanos tenían el derecho de hacer negocios de cualquier índole, con compatriotas o extranjeros. A pesar de la flexibilidad de las leyes, si la transacción era descubierta por las autoridades, el gobierno se reservaba la decisión de confiscar los productos, pues transgredían la legislación sobre el tráfico de guerra.¹⁰ Al respecto Romero reclamó, pues en muchas ocasiones las mercancías no pertenecían a ese tipo de contrabando. Para fundamentar su molestia el oaxaqueño retomó el artículo 16 del acuerdo firmado entre México y Estados Unidos el 5 de abril de 1831,¹¹ y exigió que, al menos, se aplicara la misma medida y se incautaran los productos adquiridos por los galos.¹²

Los constitucionalistas, por su parte, necesitados de todo tipo de pertrechos, estaban dispuestos a pagar altos precios por ellos. La especulación comercial estaba a la orden del día. Las armas y el resto de los bastimentos, sin

⁹ También los franceses se vieron beneficiados, pero en este momento se hablará solamente de los mexicanos.

¹⁰ “[...] ahora bien creo que está bastante averiguado que ‘los neutrales’ pueden igualmente vender, dentro del país, a comprador beligerante artículos de contrabando de guerra, sujetos al derecho de captura en el tránsito. El derecho de los neutrales a transportar, y de la potencia hostil para capturar, son derechos que se ponen en conflicto, y ninguna de ambas partes puede considerar que la otra obra criminalmente.” En Speed a Seward, Washington, 23 de diciembre de 1865, en *Correspondencia entre...*, p. 83-85.

¹¹ “[...] será lícito a todos y cada uno de los ciudadanos de los Estados Unidos Mexicanos y de los Estados Unidos de América poder navegar libre y seguramente con sus embarcaciones sin que haya la menor excepción a este respecto, aunque los propietarios de las mercaderías cargadas en dichas embarcaciones procedan de cualquier puerto y sean destinadas a cualquiera plaza de una potencia enemiga, o que lo sea después de los Estados Unidos Mexicanos como de los Estados Unidos de América. Se permitirá igualmente a los ciudadanos respectivamente navegar con sus buques y mercancías y frecuentar con igual libertad y seguridad las plazas y puntos de las potencias enemigas de las partes contratantes, o de una de ellas sin oposición u obstáculo y comerciar no sólo en los puertos de dicho enemigo a un puerto neutro, directamente, sino también desde un puerto enemigo, a otro tal, bien se encuentre bajo su jurisdicción o la de muchos. Romero a Seward, Washington, 20 de diciembre de 1862, *Ibidem*.

¹² Seward a Romero, Washington, 24 de marzo de 1866, *Ibidem.*, p. 86 y ss.

embargo, no eran de la mejor calidad, pero los liberales los preferían a nada. El disgusto de Romero se debía a que las autoridades unionistas permitían la transacción económica a sus ciudadanos, pero, una vez que los enseres estaban cerca de la frontera mexicana se presentaba una serie de problemas, los cuales ponían fin a la compraventa, por lo general en detrimento de los republicanos, quienes ya eran dueños de la mercancía. La confiscación “temporal” de los productos, todo el papeleo que Romero realizaba para demostrar la legalidad de la transacción, así como la cantidad de notas diplomáticas que ocasionaba el asunto, sepultaban la solución del problema y era difícil, si no es que imposible, recuperar los artículos.¹³ De esta manera, los constitucionalistas se quedaban sin mercancías y sin dinero. A los reclamos liberales, Seward sólo respondió que el trato dado a los republicanos era el mismo para los galos y que no encontraba motivos para las inconformidades de Romero.¹⁴

La actitud hacia los franceses era diferente. Los unionistas les vendían armas, municiones, carretas y caballos, es decir, contrabando de guerra.¹⁵ A diferencia de los mexicanos, los galos sí podían sacar sus mercancías, según

¹³ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 4 de septiembre de 1862, *Ibidem.*; Frederick William Seward, asistente de la Secretaría de Estado de Estados Unidos, a Romero, Washington, 28 de enero de 1865, *Ibidem.*; F. W. Seward a Romero, Washington, Romero a Seward, Washington, 20 de diciembre de 1862, 10 de abril de 1865, *Ibidem.*, p. 68; Fabela, *op. cit.*, p. 213; Belenki, *op. cit.*, p. 172.

¹⁴ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 6 de noviembre de 1862, *Ibidem.*; Seward a Romero, Washington, 7 de enero de 1863, en *Correspondencia entre...*

¹⁵ Las reglas internacionales de la época prohibían que los gobiernos neutrales comerciaran pertrechos de guerra con los estados en conflicto, pero no era una prohibición para los particulares de una nación neutral quienes tenían derecho de comerciar con quien fuera cualquier tipo de mercancía, *Cfr.* L.A. Podesta Costa, *Derecho Internacional Público*, Buenos Aires, Tipográfica Impresora Argentina (TEA), tomo II, 4ed. 1967.

observaba Romero.¹⁶ Obviamente lo que Washington buscaba al permitir este tráfico, era afianzar la neutralidad francesa ante la guerra de Secesión. Cabe resaltar que, el asunto de las armas no era lo único que provocaba roces entre Seward y Romero. Además de esta cuestión, el secretario de Estado estaba en contra del enganche de voluntarios a favor de la causa juarista; pero, las leyes norteamericanas no impedían la movilidad de sus ciudadanos ni la libre reunión. Las autoridades nada podían hacer para evitar que se reunieran con representantes constitucionalistas y trataran de viajar a México. No obstante, la Casa Blanca buscó la manera de evitar esta situación, pues la presencia de norteamericanos en el ejército juarista ocasionaría una confrontación con Francia.¹⁷ Washington recurrió a la ley de 1818 donde se prohibía a los ciudadanos participar en movimientos en contra de gobiernos con los cuales se hallaran en paz.¹⁸

Esta conducta se mantuvo hasta mediados de 1864. Pese a todo, hubo ambivalencias en la actitud de las autoridades estadounidenses, pues ya fuera por intereses económicos o por simpatía ese gobierno, local en su mayoría, toleró, en ocasiones, el contrabando en beneficio de los juaristas.¹⁹ Al mediar la década de los sesenta, el cambio de postura fue el resultado favorable de la guerra para los

¹⁶ Romero a Seward, Washington, 20 de diciembre de 1862, *ibídem*, el H. comodoro John Bell faltó a la política de neutralidad ante el problema de México y Francia, 1862-1863, en AHSRE, exp. 6-17-68.

¹⁷ Alphonse Dano, representante francés en México a Drouyn de Lhuys, México 28 de mayo de 1865 en Díaz, *Versión francesa...*, p. 108.

¹⁸ “[...] por el estatuto de 1818, organizar cualquiera expedición militar, dentro de la jurisdicción de los Estados Unidos, contra el territorio de un Estado extranjero con quien se hallen en paz los Estados Unidos es una falta muy grave; [...] el estatuto autoriza al presidente para emplear al Ejército y Marina a fin de precaver que salga la expedición de nuestro país”, en Speed a Seward, Washington, 23 de diciembre de 1865, en *Correspondencia entre...*

¹⁹ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 28 de agosto de 1862, *Ibidem*.

norteños. Conforme más se acercaba el fin de la guerra civil más abierta era la posibilidad de que los mexicanos obtuvieran pertrechos de guerra. El comportamiento del secretario de Estado comenzó a ser favorable para los republicanos. Si bien el gobierno continuaba pronunciándose a favor de la neutralidad, la tolerancia discreta del tráfico de guerra era cada vez más común. Esta situación cambió poco a poco hasta que el gobierno norteamericano levantó la prohibición para exportar armas desde los Estados Unidos.²⁰ No obstante, la derogación no significó que todas las autoridades cumplieran religiosamente las disposiciones del ejecutivo.²¹ No lo habían hecho cuando la Casa Blanca decretó la neutralidad y la nueva postura no sería la excepción.

El comportamiento de las diversas autoridades unionistas confundía a los mexicanos. Desde el comienzo de la intervención francesa los constitucionalistas esperaron la defensa de Washington,²² y aunque no se dio, Romero y el resto de los juaristas creían que la indiferencia terminaría con el fin de la guerra civil. Los republicanos estaban seguros de que, cuando la situación interna de Estados Unidos mejorara, los franceses dejarían México ante las presiones de la Casa Blanca.

A lo largo del conflicto secesionista hubo muchos rumores entre todos los involucrados. Romero y el mismo Juárez se conducían con Washington según los informes de las entrevistas no oficiales. Así las cosas, don Matías interpretaba el

²⁰ Seward a Romero, Washington, 24 de marzo de 1866, *Ibidem.*; Zamacois, *op. cit.*, Vol. XVIII, p. 66 y 338; Tamayo, "Las Relaciones...", p. 183; Galeana, "Una década...", p. 70, Weckmann, *op. cit.*, p. 354.

²¹ José A. Godoy, cónsul mexicano en San Francisco, a Romero, San Francisco, 20 de octubre de 1865, en *Correspondencia entre...*

²² Saldívar, *op. cit.*, p. 67.

sentir del ejecutivo norteamericano. Los pronunciamientos a favor de don Benito o el mismo reconocimiento de la república sobre la monarquía, eran señales, según el representante mexicano, más que suficientes del futuro apoyo estadounidense.²³

A pesar de las interpretaciones y de las comunicaciones extraoficiales, en las cuales, al parecer, Washington terminaría apoyando a Juárez, Seward hacía ver a los mexicanos que su mejor opción seguía siendo salvarse de Francia por sí solos. Si México lograba imponerse a esas armas, por un lado, no sólo terminaría con la sombra de la monarquía, también demostraría al mundo entero que tenía la capacidad política y militar para ser respetado en el concierto de las naciones. Por otro, si los mexicanos no lograban este objetivo, su futuro sería incierto, y tal vez, algunos estadounidenses retomarían sus ambiciones expansionistas en detrimento del país.²⁴

Queda claro que la posición norteamericana hacia México fue muy compleja. No sólo estaba en juego el predominio de la Unión en el continente. La

²³ Seward a Romero, Washington, 27 de febrero de 1864, en *Correspondencia entre...*; Seward a Campbell, representante de Estados Unidos en México, Washington, 17 de mayo de 1867, en NAW, *Diplomatic...*, no. 27, mf. 77, rollo 113; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 7 de abril de 1864, 8 de junio de 1865, en *Correspondencia...*, vol. IV, v, p. 385 y 371; J. Zubirían, agente republicano en Nueva Orleans, a Benito Juárez, Nueva Orleans, 8 de junio de 1864, en Biblioteca Nacional de México (en adelante, BNM), *Fondo Juárez*, ms. J. 1207; Iglesias, *op. cit.*, p. 57, 105-106, 177 y 207-209; Galeana, “Una década...”, p. 63; Galeana, “México codiciado botín...”, p. 116; Richard Blaine, “Un amigo de México”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. 1, junio 1951-julio 1952, p. 561; Weckmann, *op. cit.*, p. 262; Tamayo, “Las Relaciones...”, p. 178 y 185.

²⁴ En conversación Seward comentó a Romero que “a México mismo convenía que los Estados Unidos no le den auxilio ninguno físico, y que sólo cuente el moral que han tenido hasta aquí. Dijo que estaba seguro de que si un ejército de los Estados Unidos iba a México nunca regresaría; que sí era fácil arrojar a los franceses de nuestro país, pero que sería imposible arrojar a los yankees”. En Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 6 de abril de 1866, en *Correspondencia...*, vol. VII, p. 384; Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 227.

desintegración de Estados Unidos sería una realidad si se concretaba una alianza entre los galos y los sureños. De ahí la postura neutral de la Casa Blanca. No obstante, ésta mantuvo viva una lejana esperanza de ayuda para los republicanos, seguramente para evitar que éstos, desesperados, buscaran ayuda entre los confederados.²⁵ Aunado a lo anterior, se encontraban los intereses particulares, los cuales debían procurarse la simpatía de los bandos en cuestión para no verse perjudicados al concluir la guerra. En efecto, los negocios y los intereses de grupo tenían opinión en la cuestión mexicana.

2.2 Los intereses particulares de Estados Unidos en México

En el apartado anterior se revisó la postura política de la Casa Blanca ante el gobierno juarista. La política neutral adoptada no se mantuvo a lo largo de la guerra civil. Además, generó distintos puntos de vista, en la elite política y en el resto de los ciudadanos interesados en la cuestión mexicana y que tenían acceso a la prensa. Se habló de las leyes norteamericanas respecto a la neutralidad, así como de los intentos juaristas por obtener y sacar mercancías, de territorio norteamericano.²⁶ Los esfuerzos republicanos también se concentraron en conseguir apoyo militar para hacer frente a la invasión y terminar con ella lo más pronto posible.

²⁵ Algo que sería muy oneroso para los mexicanos pues el “Sur” deseaba territorio mexicano. No obstante, el Norte no podía arriesgarse.

²⁶ Según los imperialistas, los juaristas lograr adquirir algunos bastimentos en Sonora y Sinaloa, 1866, en AHSRE, exp. 1-2-557.

2.2.1 Los filibusteros y los voluntarios²⁷

La necesidad de hombres que reforzaran al ejército juarista fue una preocupación constante de los enviados mexicanos en Estados Unidos. A causa de la política neutral adoptada por la Casa Blanca, Romero sabía que Lincoln y Seward no mandarían tropas para auxiliar a los republicanos. Pese a todo, los constitucionalistas decidieron recurrir al “enganche” siempre enfrentando la oposición de la Casa Blanca.²⁸ Esa negativa no respondía sólo a la neutralidad adoptada, también la simpatía que Washington decía sentir por las dos naciones era un argumento continuo, pero, una atenta lectura demuestra que estas explicaciones sólo eran una excusa, pues el verdadero interés del Norte era, igual que con la neutralidad, mantener una buena relación con Francia y evitar una confrontación.

Los representantes franceses advertían a Washington la posibilidad de que los republicanos consiguieran hombres para luchar en México. Además, el hecho de que las autoridades norteamericanas no se mostraran más enérgicas ante el reclutamiento era considerado una conducta solapadora. La Unión, por su parte, se comprometía a evitar el éxito de tales proyectos, pero, a la vez, no estaba

²⁷ Ha sido difícil establecer las diferencias entre estos dos grupos, y en ocasiones parecieran los mismos; sin embargo, para una mejor comprensión se entenderá por filibusteros a aquellos a quienes Matías Romero y demás enviados mexicanos buscaban, ofreciéndoles jugosas recompensas por sus servicios en el ejército juarista; mientras que los voluntarios eran aquellos que buscaban al representante mexicano para enlistarse en las filas constitucionalistas, aunque cabe aclarar que también recibían promesas sobre futuros “premios”. Otra característica que bien podría diferenciar a un grupo de otro era la misma cuestión de la guerra civil. En efecto, durante la guerra no eran muchos los interesados en participar en el ejército juarista, mientras que al finalizar la conflagración su número aumentó debido a diversos motivos que se explican dentro del texto.

²⁸ Belenki, *op. cit.*, p. 173; Harry Bernstein, *Matías Romero, 1837-1898*, México, FCE, 1973, p. 98; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 22 de julio de 1865, en María de la Luz Topete, *La labor diplomática de Matías Romero*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1976.

dispuesta a emplear la fuerza militar en contra de los intereses de sus propios ciudadanos.²⁹

Lo cierto es que los procesos de “enganche” no eran tan exitosos como los juaristas querían y los franceses temían. Durante la guerra de Secesión no hubo muchos interesados en luchar en México; los ofrecimientos de paga o tierras no motivaron a mercenarios o voluntarios. Sólo algunos filibusteros estuvieron dispuestos a dejar su país en plena guerra a cambio de una “buena recompensa”. El gobierno mexicano era consciente de la importancia de conseguir ayuda, pero Romero mostraba cierto resquemor pues creía que ese auxilio podría convertirse en un futuro problema.³⁰ El principal temor era que al llegar tantos norteamericanos a México, éstos se organizaran para arrebatar una nueva porción de territorio. Así pues la administración mexicana sabía que los ofrecimientos de tierra bien podrían suscitar dificultades mayores; pero, en ese momento, lo importante era conseguir la ayuda. El gobierno republicano sí ofreció prebendas, pero los filibusteros no recibieron los premios ofrecidos, de tal suerte que las promesas mexicanas no se cumplieron en la práctica como se habían

²⁹ Zamacois, *op. cit.*, Vol. XVIII, p. 66; Jackson y Abby Hanna, *op. cit.*, p. 214-215; Weckmann, *op. cit.*, p. 258 y 347; Bernardo Smith, agente republicano en Nueva Orleans, a Juárez, Nueva Orleans, 8 de junio de 1864, en BNM, *Fondo Juárez*, ms. J. 1152; W. Hunter, sustituto del secretario de Estado de Estados Unidos, a Geofroy, Washington, 7 de febrero de 1865, en NAW, *Notes...*, no. 99, rollo 23, fj. 117.

³⁰ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 8 de marzo de 1864, en *Correspondencia...*, vol. IV, p. 80; La legación de México en Estados Unidos que algunas personas hacen gestiones para obtener auxilio de Estados Unidos para México a cambio de territorio nacional, 1861-1867, en AHSRE, exp. L-E-1097, Weckmann, *op. cit.*, p. 347 y 354; François Achille Bazaine, *La intervención Francesa en México según el archivo del mariscal Bazaine*, 2ª ed., México, Porrúa, 1973, p. 274-275; Ollivier, *op. cit.*, p. 166.

promocionado en el proceso de “enganche”.³¹ Juárez sólo satisfizo los ofrecimientos a algunos, por lo general a los de mayor influencia.³²

La revisión de las distintas respuestas ante la intervención francesa obliga a analizar la reacción de algunos generales de la Unión quienes la vieron como la oportunidad de poner fin a su guerra civil. Qué mejor ocasión para olvidarse de contiendas internas y unir a las tropas, otrora enemigas, ante una “causa noble” que enaltecería al pueblo norteamericano, como lo era la cuestión mexicana. Aunque el proyecto no prosperó, es un referente importante al estudiar las opiniones en torno a las penurias de los constitucionalistas mexicanos.³³ Por otro lado, el examen de estos aspectos permite comprender la importancia de la política interna como rectora de la conducta internacional.

Cuando la guerra de Secesión terminó, a mediados de 1865, sí hubo cierto aumento de norteamericanos interesados en la conflagración franco-mexicana.³⁴ Dicho aumento se puede deber a varios motivos. El más obvio, aunque insuficiente para explicar el acrecentamiento de voluntarios, es el relacionado con los ofrecimientos económicos de los republicanos.³⁵ Otra circunstancia fue el

³¹ Lawrence Douglas Taylor Hanson, “Voluntarios extranjeros en los ejércitos liberales mexicanos, 1854-1867”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. XXXVII, no. 2, octubre-diciembre de 1987, p. 229. Aquí no se pretende hacer una apología, pero en el caso de los ofrecimientos juaristas era de las pocas cosas que podía hacer para tratar de agenciarse ayuda.

³² Sin embargo, sobre este punto se ahondará más adelante.

³³ Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 181.

³⁴ Belenki, *op. cit.*, p. 176.

³⁵ En efecto, qué otra cosa más llamativa podía existir que la idea de tierras y dinero. Sin embargo, ésta no explica el incremento de hombres, dado que los ofrecimientos republicanos existían desde los años críticos de la secesión, y como se ha explicado no tuvieron mucho éxito ofrecimientos que en ocasiones eran hechos por otros agentes que estaban oficialmente reconocidos por los republicanos y que aseguraban prebendas, las cuales no siempre eran reconocidas por el gobierno constitucional. Celerino Salmerón, *Las grandes traiciones de Juárez, vistas a través de sus tratados con Inglaterra, Francia,*

hecho de que, con el fin de la guerra, muchos milicianos se habrían quedado sin ingresos y, sobre todo, sin medios de sobrevivencia. Esa situación los orilló a poner sus armas al servicio de cualquiera (juaristas o imperialistas) que ofreciera una buena paga y una dosis de aventura. Además, norteños y sureños respondieron al llamado republicano indistintamente.³⁶ Muchos de ellos viajaban a México como representantes de casas comerciales en busca de concesiones mineras, de transporte marítimo y ferrocarrilero³⁷ a cambio de su lucha contra los invasores.³⁸ Realmente es muy difícil pensar en sólo uno de estos aspectos como la causa del incremento de los voluntarios pero, las posibilidades crecen si se piensa en los dos como detonantes de tal aumento.

España y Estados Unidos, 11ª edición, México, Instituto Nacional de Investigaciones Históricas, A.C., p. 119 y 121; Romero a Juárez, Washington, 27 de julio de 1865, en BNM, *Fondo Juárez*, ms J. 1325; Zambrano a Escobedo, Brownsville, 19 de octubre de 1866, en Gutiérrez, *op. cit.*

³⁶ Romero a Juárez, Washington, 29 de marzo de 1865, en BNM, *Fondo Juárez*, ms. J. 10-1313; Taylor Hanson, *op. cit.*, p. 225; Keratry, *op. cit.*, p. 95; Zamacois, *op. cit.*, vol. XVIII, p. 72; "From Mexico", en *ProQuest Historical Newspapers: The New York Times (1851-2004)*, 26 de mayo de 1865, p. 4; article 5- no title; *The New York Times (1857-current file)*, *Ibidem.*, 10 de noviembre 1866, p. 4; Robert Ryal Miller, *Arms Across the Border: United States Aid to Juarez During the French Intervention in Mexico*, Philadelphia, The American Philosophical Society, 1973, p. 42.

³⁷ Industrias que eran muy atractivas para los comerciantes estadounidenses desde años atrás. Recuérdense los continuos movimientos políticos y económicos en aras de conseguir el permiso para construir en Tehuantepec, que tanto debate suscitó en México y entre los estadounidenses, asunto que ha sido bien estudiado por Ana Rosa Suárez Argüello en su libro *La batalla por Tehuantepec: el peso de los intereses privados en la relación México-Estados Unidos, 1848-1854*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, Archivo Histórico Diplomático, 2003. Claro que los intereses no se concentraban en Tehuantepec la necesidad de crear una línea de vapores que uniera a México con Estados Unidos, así como la creación de una vía férrea que uniera a los dos países eran prioridades que juaristas y maximilianistas emplearon para agenciarse el apoyo norteamericano. Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 17 de octubre de 1865, en *Correspondencia...*, vol. v, p. 717; Pasarán, *op. cit.*, p. 82.

³⁸ Taylor Hanson, *op. cit.*, p. 225; Romero, *A Mexican View...*, p. 211.

2.2.2 Los especuladores

Los intereses políticos pero, sobre todo los negocios tenían el control real de la política exterior. Algunos de los principales beneficiarios de la guerra franco mexicana fueron los comerciantes. No obstante, los acuerdos comerciales no se circunscribieron a asuntos de armas y víveres, que, dicho sea de paso, les representaban grandes ganancias. En cuestión de dinero no hay simpatía que se imponga, como señala Piero Gleijeses³⁹ y el periodo de la presencia francesa en México, es el ejemplo perfecto.

Los negociantes norteamericanos tuvieron la capacidad de ir moviendo sus piezas, como si se tratara de un juego de ajedrez, de tal suerte que, pasara lo que pasara en México, sus inversiones resultaran satisfactorias. Así las cosas, hubo inversionistas notables inmiscuidos con constitucionalistas y monarquistas.⁴⁰ Desde luego, los negociantes actuaban individualmente y la competencia entre ellos por la misma concesión era continua. Los representantes comerciales, a veces en México⁴¹ y otras en Nueva York, en ocasiones juaristas⁴² y otras veces

³⁹ Piero Gleijeses, "The Limits of Sympathy: The United States and the Independence of Spanish America", en *Journal of Latin American Studies*, Cambridge, Cambridge University Press, vol. 24, no. 3, octubre 1992, p. 481-505.

⁴⁰ Por su parte, Marcus Otterbourg cuando se desarrolló como cónsul en la Ciudad de México fue relacionado económicamente con los imperialistas, en Galeana, "Sueños imperiales...", p. 84; Seward a Marcus Otterbourg, representante de Estados Unidos en México, Washington, 1 de julio de 1867, en NAW, *Diplomatic...*, no. 1, mf. 77, rollo 113; Suárez, *En el nombre del destino...*, p. 128.

⁴¹ Si bien en México no había un enviado extraordinario y ministro plenipotenciario encargado de la legación estadounidense, después de Corwin, sí había cónsules que, como se sabe, no desempeñaban un papel diplomático como en la actualidad. En aquellos años la función del cónsul era más bien de índole comercial, y claro, también servían para mantener enterado al gobierno en Washington de los asuntos mexicanos. Una revisión detenida de las listas consulares permiten observar la continuidad y la movilidad de los agentes, así como cuáles eran las ciudades más llamativas para los inversionistas. Para ver la lista de los cónsules, las ciudades donde se establecieron, así como el tiempo que estuvieron en ellas, consúltese el apéndice 1. La información fue

intervencionistas, estaban prestos a concretar negocios. Por ejemplo, si una empresa ferrocarrilera conseguía un permiso del gobierno constitucionalista para establecer una línea de comunicación ocasionaba que un competidor buscara obtener lo mismo de la facción monarquista;⁴³ así, la competencia entre los inversionistas era franca sin importar con quiénes se negociara, siempre y cuando tuvieran la posibilidad de quedarse con el poder y se comprometieran a respetar los compromisos adquiridos.⁴⁴

Además, el proceso para que una compañía u otra obtuviera una concesión o, fuera parte de un proyecto mixto era complejo. Facciones y especuladores “inspeccionaban” el terreno antes de hacer un ofrecimiento, pues procuraban obtener amplias ventajas a cambio de pocos compromisos. Los bandos en México, por su parte, buscaban conseguir un respaldo definitivo antes de ceder a un proyecto.⁴⁵ Eran momentos en los que la capacidad negociadora era fundamental para conseguir sus objetivos.

obtenida en EUA, The National Archives of Washington, *Records of the Department of State (MP), Despatches from the United Consuls.*

⁴² Documentos relativos a la comisión conferida a José Carvajal para celebrar un empréstito en Estados Unidos, 1861-1865, en AHSRE, exp. 41-5-9 (I-III), otros negociantes juaristas que buscaban acuerdos eran Jesús González Ortega y José A. Godoy, en Galeana, “Una década de relaciones...”, p. 69; Weckmann, *op. cit.*, p. 347; Smith a Juárez, Nueva Orleans, 8 de junio de 1864, en BNM, *Fondo Juárez*, ms. J. 1152; Zubirían a Juárez, Nueva Orleans, 8 de junio de 1864, en BNM, *Fondo Juárez*, ms. J. 1207.

⁴³ Informe sobre la Compañía Mexicana del Pacífico, cuyo presidente era Plumb, en Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 14 de abril de 1864, 6 de junio de 1865, 9 de octubre de 1865, 10 de octubre de 1865, en *Correspondencia...*, vol. IV, V, p. 131, 451 y 680.

⁴⁴ Seward a Bigelow, Washington, 17 de marzo de 1865, en NARA, *Ex. Doc.* no. 6, p. 26.

⁴⁵ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 16 de julio de 1864, en Topete, *op. cit.*; Romero a Seward, Washington, 23 de julio de 1865, en *Correspondencia entre...*; Galeana, “Una década...”, p. 63.

Sería obvio suponer que los más dispuestos a negociar, con tal de conseguir los apoyos necesarios, fueron los juaristas, pero también para los invasores era muy importante lograr el respaldo, si no de Washington sí de los hombres ligados con el gobierno. Ciertos de estas necesidades, los inversionistas norteamericanos estaban prestos para especular y así conseguir grandes dividendos. Las negociaciones, emprendidas por las facciones mexicanas, no respondían solamente a una cuestión económica; la política tenía un papel trascendental. Los comerciantes, en mayor o menor medida, estaban relacionados con la elite política norteamericana y, en varios casos, eran parte de la misma. Entre más negocios tuvieran con norteamericanos influyentes más presión habría sobre el gobierno para el apoyo. El asunto parece ser aquello de “dando y dando”. Así, se encuentran personas que sirvieron como representantes de Estados Unidos, y que tenían concesiones transportistas; tal fue el caso de Lewis Campbell.⁴⁶ Esto ayuda a explicar por qué cuando el gobierno norteamericano se aseguró de su próximo triunfo sobre el Sur eliminó las restricciones comerciales para los juaristas y los franceses.⁴⁷ La decisión significó el respaldo de la Casa Blanca a una práctica que era cotidiana entre los comerciantes particulares y también entre los inversionistas cercanos a Washington; la presencia de estos últimos, no obstante, mandó señales confusas a republicanos y monarquistas.⁴⁸ El caso más

⁴⁶ Bernstein, *op. cit.*, p. 99; Robert Ryal Miller, *Arms Across...*, p. 13.

⁴⁷ Romero comunicó la declaración del secretario de Guerra, Edwin M. Stanton, sobre la anulación de las órdenes del ejecutivo relacionadas con la exportación de armas, Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 4 de mayo de 1865, en *Correspondencia entre...*

⁴⁸ De ninguna manera se pretende decir que antes de la eliminación de las restricciones no hubiera funcionarios relacionados con la especulación; sin embargo, la anulación de las órdenes del ejecutivo dio más libertad de acción a los miembros del gobierno y a comerciantes en general.

escandaloso por la relación familiar existente entre uno de los socios, Clarence Seward y el secretario de Estado fue el de la Compañía del Expreso Mexicano. Maximiliano otorgó la concesión para la construcción de una línea ferroviaria que comunicase a México con Estados Unidos a los inversionistas E. de Courcillon e I. Hays, quienes fungirían como presidente y vicepresidente respectivamente. El compromiso consistía en establecer el transporte de mercancías de guerra a bajo costo, desde Estados Unidos a México.⁴⁹ Incluso llegó a rumorarse que Maximiliano deseaba incluir en el proyecto a los líderes liberales y pacificar al país, intento en el que obviamente, fracasó.⁵⁰ Debe recordarse que 1865 fue un año muy difícil para las fuerzas republicanas. Las derrotas fueron tan importantes que Juárez se vio obligado a trasladarse a Paso del Norte, lo que Maximiliano aprovechó para decir que el oaxaqueño había huido a Estados Unidos, y dictó medidas muy radicales,⁵¹ como el decreto del 3 de octubre de 1865, el cual varios integrantes de la administración norteamericana, entre ellos el mismo Seward llamaron el “Decreto Negro.”

En fin, dentro de este contexto, ¿cómo explicar el hecho de que el sobrino del secretario de Estado fuera socio de una concesión que iba en contra de los principios más caros de los republicanos estadounidenses? Ciertamente ya se señaló la importancia del derecho constitucional de los norteamericanos para

⁴⁹ “The Mexican Express Company”, en *The New York Times*, 28 de octubre de 1865, p. 2.

⁵⁰ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 25 de febrero de 1864, 21 de octubre de 1865, 31 de enero de 1866, en *Correspondencia...*, vol. IV, V, VII, p. 73, 737, 89; *The Mexican Times*, 23 de diciembre de 1865, tomo 15, p. 3; “From the City of Mexico”, en *The Mexican Times*, 6 de enero de 1866, tomo 15, p. 4.

⁵¹ El emperador Maximiliano decidió decretar la muerte para todos aquellos que cooperaran de alguna manera con los juaristas, argumentó que con la huida de Juárez; a Estados Unidos, la resistencia quedaba acéfala; y ya sin cabecilla, los rebeldes deberían someterse al nuevo orden político. Este decreto fue dictado el 3 de octubre de 1865.

negociar y cerrar transacciones antes que respaldar cualquier principio ideológico,⁵² así como las continuas derrotas por las que estaban pasando los constitucionalistas. No obstante, el hecho de que el sobrino del secretario de Estado se relacionara directamente con los invasores le pudo haber dado esperanzas a Maximiliano y al propio Napoleón III sobre un futuro reconocimiento y tal vez una alianza.⁵³ Se puede pensar que el sobrino del secretario de Estado actuó de forma individual, sin la aprobación, y tal vez, sin el conocimiento de su tío; aprovechando el apellido que lo relacionaba con un importante miembro del gobierno y conseguir, así, un beneficio mayor de Maximiliano, quien estaba deseoso por congraciarse con gente cercana a William H. Seward, para que ésta, a su vez, influyera en la postura del secretario de Estado. Tal posibilidad queda descartada pues las fuentes informan que William y Clarence tenían una buena relación y que incluso éste contaba con el apoyo de su tío.⁵⁴ También, puede ser que el Secretario de Estado, por medio de su sobrino, aceptara los ofrecimientos imperialistas para verse beneficiado con la especulación. Esto, sin embargo es sólo una hipótesis, pues no hay pruebas claras de la relación económica de

⁵² Fabela, *op. cit.*, p. 204; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 17 de febrero de 1862, 19 de diciembre de 1862, en *Correspondencia entre...* Las mercancías adquiridas por los franceses, por lo general salían de Nueva York y llegaban a Veracruz, Matamoros, Minatitlán y Tampico, en Belenki, *op. cit.*, p. 101; Zubirían a Juárez, Nueva Orleans, 8 de junio de 1864, en BNM, *Fondo Juárez*, ms. J. 1207; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 2 de agosto de 1864, en *Correspondencia...*, vol. IV, p. 283. Otro puerto importante para los comerciantes franceses era San Francisco de donde también obtenían muchas mercancías, en Seward a Romero, Washington, 28 de enero de 1865, en *Correspondencia entre...*; Seward a Geofroy, Washington, 9 de diciembre de 1864, en NAW, *Notes...*, no. 99, rollo 22, fj. 531; Romero a Seward, Washington, 24 de marzo de 1866, en *Correspondencia entre...*

⁵³ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 12 de enero de 1866, en *Correspondencia...*, vol. VII, p. 30; Lhuys a Montholon, París, 18 de octubre de 1865, en Tamayo, *Documentos, discursos y correspondencia...Vol. X*

⁵⁴ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 13 de octubre de 1865, en *Correspondencia...*, vol. V, p. 703.

William Seward con la empresa. Lo único que las fuentes indican es que el secretario de Estado no sólo conocía de la existencia de la compañía, sino que sostenía relaciones amistosas con varios miembros de la misma. Más allá de los beneficios económicos que pudiera o no haber recibido el secretario de Estado, está el hecho de que gente cercana a él participaba activamente de la especulación y aprovechaba los ofrecimientos de los imperialistas. Esta situación se prestaba a una interpretación política del asunto por republicanos y monarquistas.

Romero, mientras tanto, esperaba la pronta reacción del ejecutivo para que la frenara. Aunque no hubo un pronunciamiento claro del gobierno, poco tiempo después se supo que el secretario de Estado se había encargado de retirar a su sobrino de la compañía. Este hecho permite pensar sobre los motivos de tal acción. No resulta convincente la idea de que el reclamo mexicano tuviera gran influencia en el ánimo de Seward, pero algo muy distinto pasaba con las críticas de los miembros radicales del Congreso. No era ningún secreto la relación conflictiva entre el ejecutivo y esos congresistas, quienes habían adoptado la cuestión mexicana como bandera de lucha. Es fácil intuir la serie de cuestionamientos que se realizaron sobre la conducta moral del secretario, situación que pudo haber influido en su decisión final.

Como es posible advertir el asunto de las inversiones en México era complejo, estaban inmiscuidos aspectos políticos y dividendos monetarios. Además, los inversionistas estaban sujetos a la incautación de los bienes

necesarios para realizar las obras y a los abusos de poder por parte del bando contrario.⁵⁵

Desde los primeros momentos de la intervención, mexicanos e invasores no se conformaron con conseguir apoyo norteamericano para su causa ofreciendo las mejores ofertas de inversión. Matías Romero y Luis de Arroyo⁵⁶ estuvieron muy activos criticando las continuas violaciones que cometían los ciudadanos a la declaración de neutralidad a favor de uno u otro bando o en desconocer cualquier tipo de concesión otorgada por el contrario.⁵⁷ No importaba que, por lo menos en el papel, las concesiones amenazaran la integridad territorial de México.

Si bien los especuladores estaban interesados en industrias como la minería o los transportes, la colonización de terrenos fue una opción que también despertó sus ambiciones y que avivó viejas preocupaciones entre constitucionalistas y monarquistas sobre el futuro de la soberanía nacional, como se verá en el siguiente apartado.

⁵⁵ Seward a Geofroy, Washington, 12 de diciembre de 1864, en NAW, *Notes...*, no. 99, rollo 23, fj. 2; Informe del Consulado de Matamoros, en EUA, NAW (MP), *Despatches from the United Consuls in Matamoros*; Gomezcesar, *op. cit.*, p. 43-44; Seward a Campbell, Washington, 2 de octubre de 1866, 14 de enero de 1867, 23 de marzo de 1867, en NAW, *Diplomatic...*, no. 1, 14, 22, mf. 77, rollo 113; Seward a Montholon, Washington, 23 de septiembre de 1865, en NAW, *Notes...*, no. 99, rollo 23, fj. 154; Dix a Seward, París, 20 de julio de 1867, en *Papers Relating...*, p. 268-269; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 21 de octubre de 1865, 17 de mayo de 1866, en *Correspondencia...*, vol. V, VII, p. 737, 540, 542.

⁵⁶ Romero informa a Lerdo el envío de Luis de Arroyo como agente comercial en Nueva York, en AHSRE, exp. L-E-1686, fjs. 250-271, Luis de Arroyo fue enviado por Maximiliano como representante del imperio ante el gobierno de Estados Unidos; sin embargo, aunque las autoridades se negaron a reconocer su nombramiento, argumentando que el representante de México era Matías Romero y nadie más, permitieron que Arroyo permaneciera en la Unión como un representante consular, es decir un particular encargado de negocios. Bosch, *op. cit.*, p. 324.

⁵⁷ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 17 de octubre de 1865, en *Correspondencia...*, vol. V, p. 700.

2.3 Colonización unionista y confederada en México

La especulación territorial fue un asunto fundamental en las agendas de los involucrados en la guerra franco mexicana. Los sureños y los norteños tenían fama de expansionistas, sin embargo no eran los únicos. Para entender cómo se dieron los proyectos de colonización en territorios mexicanos es necesario dejar en claro que éstos también despertaron la codicia de los franceses, así se podrá comprender su futura relación con los confederados y su plan colonizador.

Recuérdese que, desde los años cincuenta, se realizaron algunas expediciones por el norte de México con el fin de descubrir yacimientos mineros o bien determinar la riqueza agrícola de la zona.⁵⁸ Los intereses de Napoleón III por Sonora se avivaron después de entrevistarse, en 1864, con un ex senador californiano, William M. Gwin, simpatizante confederado. Gwin llegó a París con la intención aparente de solucionar asuntos personales, pero pretendía conseguir el apoyo del emperador para colonizar Sonora.⁵⁹ Una vez que el confederado se entrevistó con el monarca le aseguró que los beneficios para su imperio serían muchos, si respaldaba su proyecto, también le explicó que la riqueza de Sonora y tal vez la de Chihuahua le daría una fortuna comparada con la que la Alta California produjo para Estados Unidos a fines de la década de los cuarenta.⁶⁰ Gwin se comprometía a llevar colonos a esos territorios, promovería su apertura a rutas comerciales y establecería fuertes con el fin de someter a los indios a un “gobierno civilizado”, obviamente el imperial. Los colonos trabajarían terrenos de 160 acres por familia y explotarían los recursos mineros. Además, el sureño

⁵⁸ Como se explicó en las primeras páginas del capítulo I.

⁵⁹ Suárez, *Un duque...*, p. 101, 109 y 110.

⁶⁰ *Ibidem.*, p. 101, 112 y 116; Weckmann, *op. cit.*, p. 320-321.

propuso que, después de dos años, los inmigrantes se convirtieran en propietarios de los recursos que trabajasen. Éstos, por su parte, jurarían fidelidad al emperador Maximiliano y le entregarían anualmente el 6% de sus excedentes.⁶¹ El plan de Gwin se llamó “Plan de colonización de Sonora y Chihuahua” y proponía la creación, por decreto imperial, de un departamento militar, el cual sería llamado Departamento Minero del norte de México. El proyecto resultó atractivo para Napoleón III y decidió respaldarlo. El siguiente paso fue poner en contacto a Gwin con Maximiliano. El sureño consideraba que lograr el respaldo francés era un primer movimiento en sus planes, pues simpatizaba con el expansionismo y pretendía anexar esos estados a la Confederación, cuando ésta lograra independizarse, amén de que en el futuro, se formara una tercera república independiente de la “Republica Sureña, cuyos límites orientales serían la Sierra Madre y la montañas Rocallosas.”⁶²

Por su parte Napoleón III, quien desconocía las miras expansionistas de Gwin, veía en Sonora el pago “justo” a la ayuda económica y política que estaba brindándole al austriaco, y esperaba que el territorio fuera la garantía de pago de la deuda que generaba el establecimiento del imperio.⁶³ Por esto era importante para el emperador conseguir que Maximiliano aceptara el proyecto de Gwin, pues lo representaría en el territorio mexicano por lo menos durante 1864 y 1865.⁶⁴

⁶¹ Weckmann, *op. cit.*, p. 321.

⁶² Suárez, *Un duque...*, p. 109.

⁶³ *Ibidem.*, p. 103, 109, 113, 118 y 124, de ahí que el emperador francés buscara que en el Tratado de Miramar se incluyera una cláusula que le garantizara la explotación de las minas desconocidas. Iglesias, *op. cit.*, p. 81.

⁶⁴ Seward a Bigelow, 7 de febrero de 1865, en NARA, *Ex. Doc.* no. 6, p. 11.

El confederado logró reunirse con Maximiliano antes de su salida rumbo a México y, al despedirse, el emperador le dejó la impresión de que su proyecto le complacía y que seguramente le encargaría la colonización de Sonora. Al parecer, esa disposición fue más el resultado de la presión del emperador francés, que un deseo sincero de Maximiliano. En efecto, el austriaco no podía ignorar a Gwin, pues era un recomendado de Napoleón III y además necesitaba mantener una buena relación con el francés, así que, por lo menos en un principio, no desafió los deseos de su protector. Maximiliano no ignoraba las circunstancias políticas del momento y veía peligro en el propósito del californiano, no sólo por la molestia que un acuerdo de esta índole podría provocar entre los unionistas, sino por el miedo a una posible invasión confederada a territorio mexicano y su consecuente pérdida.⁶⁵ La preocupación del austriaco tenía fundamento, sabía de la tradición expansionista sureña y temía que los ofrecimientos de Gwin fueran sólo el principio de un objetivo más ambicioso. Además, los resquemores de Maximiliano no se debían únicamente a los movimientos del californiano; muchos confederados habían emigrado a México en busca de un nuevo hogar y esto también le preocupaba.⁶⁶ Cuando el emperador llegó a su nuevo país ya había recibido varias cartas de potenciales colonos confederados, que no tenían ninguna relación con el ex senador y su plan, pero estaban interesados, al igual que él, en colonizar el territorio mexicano.⁶⁷ Ya para 1865, cuando la guerra de Secesión terminó, Gwin unió su proyecto a los intereses de muchos confederados que huían

⁶⁵ Saldívar, *op. cit.*, p. 65 y 122-123; Weckmann, *op. cit.*, p. 320.

⁶⁶ Sobre los estadounidenses que pasaron a México hay listas en AGN, *Segundo Imperio*, Relaciones Exteriores, vol. 97.

⁶⁷ Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 196; Weckmann, *op. cit.*, p. 320; Díaz, *Versión francesa...*, prólogo, Vol. IV, p. XIII; Zamacois, *op. cit.*, Vol. XVIII, p. 68.

de Estados Unidos. La colonización de Sonora, y del resto de la frontera, por parte de ciudadanos sureños se convirtió en un plan que el californiano quería encabezar. Con ese objetivo, Gwin contactó a las autoridades imperiales, quería firmar el acuerdo que había promovido desde varios meses atrás; esperaba que Maximiliano, por fin, aceptara colonizar las zonas deshabitadas de la frontera y obtener su visto bueno para la explotación minera de los yacimientos sonorenses, a cambio de que los colonos juraran fidelidad y se comprometieran a defender al imperio de cualquier ataque militar.⁶⁸

A pesar del apoyo de Napoleón III, los ofrecimientos de Gwin no surtieron el efecto deseado en Maximiliano; al contrario, la continua insistencia de ambos comenzó a provocar suspicacias entre la prensa mexicana y poco a poco tomó fuerza el rumor de que Maximiliano cedería a Napoleón III el control de Sonora como pago de la deuda que el imperio mexicano tenía con él.⁶⁹ La preocupación sobre los verdaderos intereses de Francia y de Gwin también se presentó entre los miembros del gabinete imperial; por ejemplo José Fernando Ramírez, ministro de Relaciones Exteriores, se excusó mil veces para atrasar una entrevista con el californiano, quien se quejaba ante Napoleón III por ese desaire. La indiferencia de los ministros mexicanos y del mismo Maximiliano llevó al emperador francés a ordenar que, sin esperar el visto bueno del archiduque, Gwin se entrevistara con el

⁶⁸ Muchos de los movimientos de los confederados y de Gwin se conocen gracias a los informes que recibía Seward. Bigelow a Seward, París, 15 de junio de 1865, 10 de agosto de 1865, 11 de agosto de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollo 61, mf. 34, no. 117, 157 y 213; Dano a Lhuys, México, 11 de agosto de 1865 en Díaz, *Versión francesa...*, Vol. IV, p. 169; George Harmon, "Confederate Migration to Mexico", en *Hispanic American Historical Review*, Durham, North Carolina, The Duke University Press, vol. XVII, año 4, noviembre 1937, p. 458-459; Zamacois, *op. cit.*, Vol. XVIII, p. 69.

⁶⁹ Suárez, *Un duque...*, p. 113, 133, 166, 180 y 183.

general Bazaine y se trasladaran al norte. Mientras tanto, ante la presión de la prensa y de los mismos consejeros, Maximiliano decidió negarse a concretar algún acuerdo con Gwin, y sobre todo a causa del respaldo francés.⁷⁰ Además, el emperador mexicano no quería dar motivos para un reclamo de la Casa Blanca, que para ese momento se mostraba inquieta ante una posible colonización confederada en México.⁷¹

En efecto, en Washington, Seward y los demás miembros del gobierno veían con preocupación los intentos de Gwin, pero les preocupaban mucho más los movimientos del resto de los líderes sureños que buscaban establecerse en México.⁷² Sobre todo porque, aunque parezca contradictorio, éstos contaban con la invitación del emperador para colonizar tierras mexicanas. No obstante su oposición al proyecto de Gwin y Napoleón III, Maximiliano creía que la apertura del territorio a la colonización estadounidense le redituaria en una mejor relación con el gobierno norteamericano.⁷³ Si bien había desconfiado de Gwin, esperaba que el

⁷⁰ John Heard Jr., "Maximilian and Mexico", en *Scribner's Magazine*, New York, Charles Scribner's Sons, vol. 15, no. 6, June 1894, p. 679.

⁷¹ Seward a Geofroy, Washington, 6 de abril de 1864, en NAW, *Notes...*, no. 99, rollo 22, fj. 341; Bigelow a Seward, París, 10 de agosto de 1865, 31 de agosto de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollo 61, no. 57, fj. 165; Seward a Bigelow, 25 de septiembre de 1865, en NAW, *Ex. Doc.* no. 6, p. 66; El gobierno de Juárez, representaba la idea de ceder a Estados Unidos parte del territorio mexicano y protesta por la cesión del mismo que haga Maximiliano a Francia, 1864-1866, en AHSRE, exp. 4-2-5597. Suárez, *Un duque...*, p. 131-132, 149, 178, 181 y 189; Silvia Lubienski, "Integración e inmigración en el Segundo Imperio", en Patricia Galeana, coord., *La definición del Estado mexicano, 1857-1867*, México, Archivo General de la Nación, 1999, p. 172.

⁷² Algunos de los líderes sureños eran los generales Sterling Price y Joseph O'Shelby, John B. Magruder, M. F. y R. H. Maury, D. Leadbeater e Isham G. Harris, ex gobernador de Tennessee, en Berta Flores Salinas, *Segundo Imperio Mexicano*, México, Praxis, 1998, p. 30; Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 19; Harmon, *op. cit.*, p. 460; Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 195, 198.

⁷³ Arroyo a Maximiliano, Nueva York, 10 de febrero en 1865, en AGN, *Segundo Imperio*, Relaciones Exteriores, vol. 93, exp. 21, fj. 1; Lubienski, *op. cit.*, p. 172.

control del plan de colonización le sirviera para evitar cualquier intento expansionista.

Entre 1863 y 1864 hubo estadounidenses interesados en viajar a México, a causa de la conflagración. En 1865, después del triunfo del Norte en la guerra interna, del asesinato de Lincoln, del estado desastroso en que quedó el campo sureño y aprovechando la postura de Maximiliano, muchos confederados pidieron su ingreso al Imperio Mexicano, se presentaban individualmente y esperaban una buena acogida entre los miembros del imperio, incluso aseguraban que podrían transitar libremente por todo el territorio.⁷⁴ Al parecer, hubo muchos interesados e incluso se organizaron empresas, con anuencia del emperador, cuyo objetivo era invitar y representar a los colonizadores. Algunas de las sociedades, según los informes que se recibían en Washington, se comenzaron a formar en mayo de ese año como la Compañía de Inmigración Mexicano-Americana; en junio, apareció la American Emigration Company, cuyo representante era el señor Zumpstein y ya en diciembre se conformó la American and Mexican Emmigrant Company.⁷⁵ Los interesados en las propagandas de colonización no sólo fueron sureños, si bien éstos encabezaban el movimiento, también hubo gente interesada en Nueva York, Boston y Chicago.⁷⁶ Al gobierno en Washington sólo le preocupaban aquellos que podían convertirse en una amenaza para la integridad de Estados Unidos y que de

⁷⁴ Dano a Lhuys, México 11 de agosto de 1865 en Díaz, *Versión francesa...*, Vol. IV, p. 169; Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 191; Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 19; Keratry, *op. cit.*, p. 74; Gurza, *op. cit.*, p. 94-95.

⁷⁵ Weckmann, *op. cit.*, p. 259; Bernstein, *op. cit.*, p. 122; Bigelow a Seward, París, 15 de junio de 1865, 5 de agosto de 1865, 10 de agosto de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollo 61, mf. 34, no. 117, 154 y 157; *The Mexican Times*, 16 de diciembre de 1865, p. 4.

⁷⁶ Arroyo a Ramírez, Nueva Orleáns, 22 de enero de 1865, en AGN, *Segundo Imperio*, Relaciones Exteriores, vol. 93, exp. 22, fj.1, *Ibidem.*, fj. 3, C. López a Arroyo, Ciudad de México, 26 de octubre de 1865, en AGN, *Segundo Imperio*, Relaciones Exteriores, vol. 93, exp. 3, f. 4; *The Mexican Times*, 16 de diciembre de 1865, p. 4.

un modo u otro estaban respaldados por Maximiliano.⁷⁷ Éste, mientras tanto, para evitar un conflicto abierto con el gobierno estadounidense, trató de buscar la conciliación al asegurar, junto con Luis Napoleón, que si permitía la entrada de antiguos confederados a México era un mero acto humanitario, y nunca con el fin de apoyar alguna reacción desde México contra la Unión. Es más, el emperador planeó que los colonizadores se convirtieran en ciudadanos mexicanos con todos los derechos y las obligaciones que eso conllevaba, con el fin de evitar cualquier interpretación equivocada sobre la presencia de “rebeldes” en México.⁷⁸

Maximiliano no estaba completamente seguro de permitir la colonización sureña en la frontera, aunque podría ceder pensando en el beneficio que significaría reforzar la zona con antiguos sureños, quienes la defenderían en caso de una amenaza nortea o de un contraataque de los republicanos apoyados por la Casa Blanca.⁷⁹ Sin embargo, antes de emitir un juicio hay varios aspectos que analizar. Respecto a la defensa de la frontera resulta muy aventurado creer que el emperador dejaría la custodia de ésta en manos de los confederados a quienes consideraba expansionistas. Más difícil de creer es que Maximiliano apelara, para la protección del norte, al rencor que sentían los ex secesionistas por los norteaños. Lo anterior no quiere decir que el austriaco no pensara en la colonización de las zonas deshabitadas del país; de hecho era una de sus prioridades, quería gente

⁷⁷ Los movimientos de Maximiliano llegaban a Estados Unidos gracias a William Corwin y viceversa. Seward a Corwin, Washington, 30 de septiembre de 1865, en NAW, *Diplomatic Instructions...*, rollo 113, mf. 77, no. 106, *Versión francesa...*, prólogo, Vol. IV, p. XIII, “Mexican Emigration Schemes”, en *ProQuest Historical Newspapers: The New York Times* (1851-2004), 9 de mayo de 1865, p. 4.

⁷⁸ Bigelow a Seward, París, 10 de agosto de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollo 61, mf. 34, no. 157; Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 193; Romero, *A Mexican View...*, p. 96.

⁷⁹ Belenki, *op. cit.*, p. 174.

trabajadora que hiciera productivo a México pero ni él ni sus consejeros pensaban en los estadounidenses, para establecerlos en esa región a pesar de la fidelidad que le ofrecían. El archiduque quería gente de otras nacionalidades (franceses, irlandeses, alemanes e italianos, principalmente) para colonizar el norte del territorio, pues consideraba que ellos no buscarían independizar la zona, como temía que sí lo harían los antiguos confederados.⁸⁰ Nada más equivocado, recuérdense las intenciones de Napoleón III.⁸¹

A pesar de que los colonos estadounidenses preferían establecerse en la zona fronteriza, al notar la renuencia del emperador, aceptaron otros territorios, principalmente en Veracruz.⁸² De hecho, uno de los encargados de la emigración fue Matthew Fontaine Maury, quien ofreció establecer doscientas mil familias⁸³ y finalmente fundó un poblado con ex confederados al que llamó Carlota.⁸⁴

Si bien se mencionó que Estados Unidos se preocupaba por un posible ataque desde México, también temía que el “autollamado emperador”, como lo

⁸⁰ Weckmann, *op. cit.*, p. 320; Francisco de Paula Arrangoiz a Ignacio Aguilar y Marocho, Bruselas, 23 de abril de 1864, 19 de mayo de 1864, en CEHM Carso, *Fondo Segundo Imperio*, Fondo IX-I, carpeta 1-8, leg. 51 y 75, doc. 1; Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 18.

⁸¹ También había rumores de que los irlandeses querían colonizar territorio mexicano para luego independizarlo, en Weckmann, *op. cit.*, p. 260 y 320; Lubienski, *op. cit.*, p. 172.

⁸² *The Mexican Times*, 25 de noviembre de 1865, p. 2.

⁸³ Matthew Fontaine Maury era oceanógrafo y oficial de la Marina de Estados Unidos y después de buscar ayuda para los confederados en Inglaterra viajó a México en busca de refugio para los confederados. Flores Salinas, *Segundo Imperio...*, p. 30-31; Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 19; “Inmigración”, 7 de octubre de 1865, *The Mexican Times*, no. 4, p. 2.

⁸⁴ Luis de Arroyo, representante del Imperio en Estados Unidos, a José Fernando Ramírez, ministro de Estado y de Negocios Extranjeros, Nueva Orleáns, 22 de enero de 1865, en AGN, *Segundo Imperio*, Relaciones Exteriores, vol. 93, exp. 22, f. 1; “From Mexico”, 6 de enero de 1866, *The Mexican Times*, p. 4; Harmon, *op. cit.*, p. 460 y 466; Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 193; Weckmann, *op. cit.*, p. 259.

nombraba Seward, permitiera la instauración de la esclavitud.⁸⁵ La posibilidad de que los colonos sureños se trasladaran a México con todo y esclavos era algo que Washington no podía permitir. La guerra, argumentaba, había logrado eliminar esa “institución” y no toleraría que se estableciera en el vecino del sur. Sobre todo porque los confederados verían en México la posibilidad de conservar la “institución peculiar”, y por lo tanto, uno de los objetivos de esa guerra tan costosa habría sido un fracaso.

Es cierto que Maximiliano nunca se pronunció a favor de la esclavitud, incluso dentro de la ley de Colonización decretó que todos los hombres de color eran libres y deberían recibir un sueldo, empero esto no significaba nada para Estados Unidos pues pensaba que los sureños ignorarían estas restricciones y que transportarían a los negros como instrumento de trabajo tratándolos como esclavos y no como hombres libres.⁸⁶

El proyecto colonizador fracasó finalmente. Son varios los motivos que explican el resultado. Los colonos europeos no se interesaron en poblar los territorios mexicanos a pesar de las ofertas del imperio. México era considerado un país “poco civilizado”, consumido por las continuas confrontaciones militares y la crisis económica. Por su parte, los estadounidenses que aceptaron la invitación de Maximiliano no siempre estuvieron de acuerdo con los ofrecimientos del archiduque.⁸⁷ Si bien no exigieron la colonización de la frontera norte, esperaban que las otras tierras ofrecidas tuvieran las mismas características que aquella a la

⁸⁵ Leyes de colonización expedidas por Maximiliano a fin de que los confederados las aprovechen para establecer colonias de negros y restablecer la esclavitud en México, 1865, en AHSRE, exp. 10-21-73.

⁸⁶ Harmon, *op. cit.*, p. 462; Pasarán, *op. cit.*, p. 89; Lubienski, *op. cit.*, p. 172.

⁸⁷ Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 199.

que renunciaban. Su asentamiento en Veracruz no fue lo que esperaban, el poblado Carlota estaba cercado por varios pueblos y la coexistencia era realmente difícil, no sólo por las diferencias culturales sino porque los terrenos que llegaron a habitar los colonos no siempre estaban desocupados. Las fuentes informan que Maximiliano expropió tierras, en algunos casos y en otros pagó cantidades miserables por los terrenos que entregaría a los confederados. Los problemas fueron tan graves que, después de enfrentamientos entre los pueblos cercanos y los colonos, el asentamiento fue abandonado. Además, varios líderes colonizadores perdieron el interés en la empresa cuando el gobierno imperial negó el permiso de poblar el norte.⁸⁸

La administración norteamericana, por su parte, se encargó de hacer una propaganda negativa al plan de colonización en México que, aunada a los problemas del emperador para afianzarse en el trono mexicano, provocó desconfianza entre los interesados. Los inmigrantes temían que Maximiliano perdiera la guerra y Juárez invadiría las concesiones de los colonizadores.

Resulta interesante el análisis de los despachos diplomáticos emitidos desde la Casa Blanca. Washington, en voz del secretario de Estado, pidió a Francia que reconsiderara la posible colonización recurriendo a la vieja amistad que los ligaba.⁸⁹ Es importante destacar el hecho de que el gobierno estadounidense no buscó a Maximiliano para persuadirlo de evitar la llegada de los confederados a México. La Casa Blanca, que no reconocía en México la figura

⁸⁸ Flores Salinas, *El Segundo Imperio...*, p. 28 y 30-31.

⁸⁹ Seward a Bigelow, Washington, 7 de febrero de 1865, 21 de febrero de 1865, en NARA, *Ex. Doc.* no. 6, p. 11 y 19; Bigelow a Seward, París, 5 de agosto de 1865, 22 de noviembre de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollo 61, 62, mf. 34, no. 154 y 202; Harmon, *op. cit.*, p. 476, 482.

imperial del austriaco, negoció con Napoleón III todo lo que tenía que ver con el proyecto de colonización. Francia trató de justificar a Maximiliano sin comprometerse demasiado con el proyecto imperial y dejando en claro que las decisiones eran responsabilidad final del archiduque.

Así, el proyecto colonizador de Maximiliano resultó más problemático que provechoso, de ahí que él mismo y sus consejeros comenzaran a dar largas a cualquier otro plan de esa índole, argumentando la falta de dinero que, si bien era cierta, no era el motivo principal de ese desinterés. Fueron varias las circunstancias que frustraron la empresa de Maximiliano; no sólo influyó la presión de Estados Unidos, mucho más trascendental para el fracaso fueron los problemas internos, económicos y sociales que enfrentó el imperio.⁹⁰

Es importante aclarar que los proyectos colonizadores no fueron privativos de los imperialistas, los constitucionalistas también participaron en este tipo de asuntos. Juárez presentó una ley el 11 de agosto de 1864, que permitía la emigración. Así, en ese año, al mismo tiempo que Gwin negociaba en París con Napoleón III su plan sobre Sonora, en México, Jacobo P. Leese, comerciante californiano y representante de la Compañía Colonizadora de la Baja California, hacía lo propio con la administración republicana.⁹¹ Leese, junto con su socio Santiago Viosco, también comerciante de San Francisco, California, intentó convencer a Juárez, desde marzo de 1863, de la conveniencia de permitir la

⁹⁰ Harmon, *op. cit.*, p. 480, 482, Flores Salinas, *El Segundo Imperio...*, p. 28, 31, Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 21; Belenki, *op. cit.*, p. 175.

⁹¹ Berstein, *op. cit.*, p. 122; Fernando Iglesias Calderón, *La concesión Leese*, México, Archivo Histórico Diplomático/Porrúa, 1971, p. 15 y 103.

colonización y explotación de los terrenos baldíos bajacalifornianos por el dinero que estaban dispuestos a pagar,⁹² sin embargo el presidente se rehusó.

La colonización de la Baja California era un negocio que interesaba a varios inversionistas. Los competidores de la compañía Colonizadora de Baja California eran los señores Severino Comis y Santiago Hervertson pero tenían desventajas, que, según Leese, debían pesar en el ánimo final de Juárez y de sus secretarios. Los representantes de la compañía Colonizadora de Baja California contaban con un amplio respaldo económico que garantizaba el pago inicial de \$100 000.00 dólares en oro; además, los accionistas de la empresa simpatizaban con los ideales liberales amén de conocer el país, pues habían vivido mucho tiempo en México. Además, Leese y sus socios no sólo explotarían los recursos agrícolas y los yacimientos mineros de la zona, también ofrecían colonizarla y cuidarla de cualquier amenaza exterior o interior. El plan contemplaba el transporte de 200 familias estadounidenses en un lapso no mayor a cinco años y se comprometían a entregar anualmente, al gobierno juarista, el 5% de la producción total.⁹³

En 1864 Leese logró entrar en comunicación con el secretario de Fomento, José María Iglesias, quien informó de todos los ofrecimientos al presidente Juárez. En ese momento, los problemas de los republicanos iban más allá de las necesidades económicas. Si bien aceptar la propuesta de Leese podría ser peligroso para la integridad territorial, la oferta se presentó cuando las tropas francesas se apoderaban del país y Maximiliano estaba a punto de llegar a México. Juárez sabía que los \$100 000.00 dólares serían muy buenos para

⁹² Huelga decir que ante las dificultades económicas que enfrentaba el oaxaqueño cualquier cantidad era magnífica.

⁹³ Ryal Miller, *Arms Across...*, p. 13.

enfrentar a los enemigos y el acuerdo se firmó en Saltillo en 13 de marzo del mismo año.⁹⁴ En el contrato quedó establecido que los colonos podrían transportar a México, libres de impuestos, todo tipo de instrumentos que consideraran adecuados para la producción. Esa autorización tendría una vigencia de diez años, y se acordó que el pago al cónsul mexicano José A. Godoy de los \$100 000.00 dólares en oro se realizaría en San Francisco.

El acuerdo no fue lo que Juárez esperaba. Pasaban los meses y el dinero acordado no se pagaba, ni las 200 familias llegaban a la Baja California. Al territorio arribaron oportunistas, que buscaban yacimientos mineros como los de la Alta California en los años cuarenta, y que al no encontrarlos regresaron a su país. Ante los acontecimientos, los republicanos, por medio de Matías Romero, hicieron saber a Leese, el 10 de noviembre de 1865, que la concesión sería revocada por el incumplimiento del pago de los \$100 000.00 dólares. Al parecer, la concesión Leese se prestó a varias especulaciones; los informes que llegaban a Romero le advertían del intento de los concesionarios de venderla al mejor postor, lo que le preocupaba.⁹⁵ Estos rumores llevaron a los republicanos a presentar un ultimátum: si la Compañía Colonizadora de Baja California no pagaba inmediatamente la cantidad ofrecida, el acuerdo sería cancelado. Ante la postura juarista Leese y sus socios solicitaron una prórroga para cubrir el primer pago, y fue aceptada.

El pago nunca se cubrió, y sólo se recibieron algunos adelantos para sufragar los gastos inmediatos, como sueldos de la legación, pero nada más. Para lo que sí funcionó la concesión fue para que los enemigos de Juárez lo acusaran

⁹⁴ Iglesias Calderón, *op. cit.*, p. 32, 22, 107 y 108.

⁹⁵ *Ibidem.*, p. 29, 37; Romero a Leese, Nueva York, 10 de noviembre de 1865, *Ibidem.*, p. 38-39.

de estar dispuesto a enajenar territorio nacional a cambio de ayuda económica. Los franceses se encargaron de hacer circular este rumor entre los mexicanos y aun entre los enemigos de la concesión en Estados Unidos, opositores a causa de cuestiones económicas o políticas, no por “simpatía” por la soberanía mexicana.⁹⁶

Ante el incumplimiento de los inversionistas, el gobierno republicano decidió dar por terminada la concesión de manera oficial el 26 de marzo de 1872,⁹⁷ bastante tiempo después de haberse restablecido el gobierno republicano. No resulta claro por qué Juárez tardó tanto tiempo en revocar el permiso, posiblemente había intereses económicos de los constitucionalistas involucrados en ella y esperaban el éxito del proyecto; por eso, a pesar de que la concesión original de 1864 establecía un lapso de cinco años para cumplir con el acuerdo, se dieron varias prórrogas, las cuales podrían estar justificadas por la necesidad de dinero durante la Intervención Francesa, pero para los años posteriores a 1867 no tenían razón de ser.⁹⁸

Así, la posibilidad de colonizar la región despoblada del norte mexicano mantuvo, como en el caso de Texas, su atractivo para los inversionistas estadounidenses. Los colonizadores buscaron a uno u otro grupo según sus conveniencias económicas, y las condiciones políticas ofrecidas por las facciones. Hubo una marcada preferencia de los imperialistas por los confederados sobre los nortños. Mientras que los miembros de la concesión Leese usaron su simpatía

⁹⁶ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 18 de abril de 1865, 30 de mayo de 1866, *Ibidem.*, p. 39, 77.

⁹⁷ *Diario Oficial*, Ciudad de México, 26 de marzo de 1872, *Ibidem.*, p. 97.

⁹⁸ La concesión Leese es un tema que merece un estudio individual, aquí sólo se ha establecido su importancia desde el punto de vista de las negociaciones realizadas a raíz de la intervención francesa y del imperio de Maximiliano.

por la causa republicana como un argumento para conseguir el visto bueno de Juárez.

Todos estos intereses entremezclados influyeron con mayor o menor peso y, según las condiciones internas de Estados Unidos, en el no reconocimiento del imperio de Maximiliano durante la guerra de Secesión y al terminar ésta, como se verá en el siguiente apartado.

2.4 El reconocimiento de Maximiliano, la opinión pública y Juárez.

El reconocimiento del Imperio —objetivo tanpreciado para Maximiliano y Napoleón III— nunca se dio. Para comprender las causas es necesario revisar, paso a paso, el proceso que tuvo lugar entre 1864 y 1867. Las circunstancias para el Norte y el Sur cambiaron durante el transcurso de la guerra de Secesión, y, junto a éstas, también se modificó la postura hacia la cuestión mexicana. También hay que tomar en cuenta la influencia que tuvo la opinión pública de la Unión en cada uno de los momentos, según se presentaban los escenarios. No es lo mismo 1864, cuando la suerte de la guerra de Secesión era incierta a 1865, cuando los sureños habían sido derrotados, pero, en contraparte, Washington debía hacer frente a los problemas de la Reconstrucción.

Los confederados, quienes se pronunciaron a favor de una alianza con Francia y posteriormente con Maximiliano, usaron varios tonos en sus comunicados; éstos pasaron de un carácter soberbio, pues afirmaron que los textiles franceses e ingleses no sobrevivirían sin su algodón lo que los obligaría a reconocer su independencia, hasta el argumento reflexivo de la mutua

conveniencia para el éxito de ambas causas, la independencia de la Confederación y el establecimiento del imperio de Maximiliano en México.⁹⁹

Cuando los sureños se enteraron de la designación de Maximiliano como futuro emperador de México, en 1863, se apresuraron a buscar un acercamiento directo con el austriaco.¹⁰⁰ Sabían de la importancia de aliarse con el archiduque; lo consideraban lo más conveniente para evitar un ataque norteamericano planeado desde México, y apoyado por los juaristas, sin olvidar el tan anhelado reconocimiento francés y su apoyo contra la Casa Blanca. Jefferson Davis, el presidente confederado, planeó el acercamiento a Maximiliano. Para evitar un rechazo, decidió mandar a su representante, William Preston, a La Habana, desde donde trataría de entablar conversaciones con el emperador de México, y presentarle sus credenciales. Si el austriaco aceptaba entrar en pláticas con Preston, sería un signo alentador para obtener el reconocimiento y una señal favorable sobre un acuerdo entre el imperio mexicano y los confederados.¹⁰¹ El comercio era una importantísima razón que llevaba a los sureños a buscar a los imperialistas. Como se sabe, el bloqueo naval impedía a los barcos “rebeldes” zarpar de sus puertos; era necesario restablecer la salida de sus productos, por el norte mexicano, para lo cual había que llegar a un acuerdo con la nueva administración imperial.¹⁰²

⁹⁹ Belenki, *op. cit.*, p. 173.

¹⁰⁰ Frazer, *op. cit.*, p.8.

¹⁰¹ Gurza, *op. cit.*, p. 123-124.

¹⁰² *Ibidem.*, p. 104. Recuérdese que si bien ya se había logrado un acuerdo con el líder neoleonés Santiago Vidaurri, la ruptura de éste con Juárez y su autoexilio de Nuevo León dejaron a la deriva, por lo menos durante un tiempo, el tráfico de las mercancías sureñas y mientras se estabilizaba la situación las pérdidas para los confederados fueron muchas.

El archiduque, por su parte, sabía de los éxitos sureños en el campo de batalla, así que estudió la conveniencia de entablar relaciones diplomáticas.¹⁰³ Maximiliano veía en la Confederación una aliada política, pero temía una ofensiva norteaña a causa de ésta. La neutralidad de la Unión no toleraría la relación de los “rebeldes” sureños con Maximiliano. Después de analizar el panorama, el austriaco decidió esperar la consolidación del Sur para reconocer su independencia.¹⁰⁴

A Juárez y a los liberales les preocupaba la posibilidad de una alianza franco-confederada, o peor aún que Washington, al tratar de evitarla, decidiera reconocer a Maximiliano. En tal virtud, Romero, se entrevistó con Seward, quien le aseguró, en noviembre de 1864, que de ninguna manera se entablarían relaciones diplomáticas con Maximiliano.¹⁰⁵ Sin embargo, la promesa de Seward no era del todo cierta; meses atrás, cuando se supo sobre la designación del archiduque para ocupar el trono mexicano, Lincoln había ofrecido a los franceses su posible reconocimiento. A cambio, esperaba que Francia y el austriaco no reconocieran al Sur.¹⁰⁶ Los galos, ante la posibilidad de lograr el reconocimiento, trataban de convencer a la Casa Blanca de que el pueblo mexicano deseaba una monarquía y que la presencia de Maximiliano no descansaba únicamente en el ejército napoleónico. Mr. William L. Dayton, representante norteamericano en París, recibía peticiones del encargado de Negocios Exteriores de Francia, Drouyn

¹⁰³ Ratz, *op. cit.*, p. 32.

¹⁰⁴ Hasp, *op. cit.*, p. 178.

¹⁰⁵ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 24 de noviembre de 1864, en Topete, *op. cit.*; Belenki, *op. cit.*, p. 172-173.

¹⁰⁶ Dayton a Seward, París, 9 de octubre de 1863, en Romero, *Correspondencia...*, vol. IV, p. 18; Gurza, *op. cit.*, p. 126.

L'Huys, para convencer a Seward del compromiso que tenía el austriaco con el desarrollo de México. Además, se comprometía a que, una vez reconocido el imperio, las tropas francesas saldrían del país. Todo para conseguir el respaldo de Washington.

La desesperación por las continuas derrotas de la Unión llevó a Lincoln a plantearse la posibilidad de aceptar al imperio. Resulta comprensible que la administración en Washington estuviera dispuesta a ello a cambio de evitar la alianza entre el Sur, Francia y el archiduque, la cual significaría un duro golpe para la Unión y, probablemente, la consolidación de un nuevo estado independiente, la confederación sureña.

No obstante, esto no sucedió, en realidad el gobierno de la Unión no quería una monarquía como forma de gobierno de un país vecino. Además, el costo político que para Lincoln y su gente significaría la decisión, era un precio que no estaba dispuesto a pagar.¹⁰⁷ En efecto, en abierta oposición al gobierno, los radicales se pronunciaban a favor de un enfrentamiento con Francia y de no reconocer a Maximiliano. Sin embargo, estos airados pronunciamientos respondían más a un discurso retórico que a una postura real, pues de ninguna manera es admisible pensar que, con los problemas del país, sus líderes estuvieran más preocupados por el futuro de un pueblo ajeno que por su propio porvenir. Es verdad que la idea de una monarquía tan cerca de su nación no gozaba de su simpatía, pero de ninguna manera comprarían un problema más. Lincoln, por su parte, hizo creer a los galos que estaba dispuesto a dar su aval al

¹⁰⁷ Los congresistas radicales, en aras de desprestigiar al gobierno, hablaban de la traición a la Doctrina Monroe y a los principios republicanos, lo que obviamente iba en detrimento del partido gobernante.

archiduque, aunque en realidad sólo era una medida para ganar tiempo frente a los franceses y a Maximiliano. Lincoln y Seward pretendían usar el tema del reconocimiento para frenar el triunfo político de los confederados.

En 1865, la situación se tornó más difícil para el Sur y, en contraparte, el Norte ganaba terreno en el campo de batalla. A pesar de las derrotas, y sobre todo a causa de éstas, el gobierno de Jefferson Davis continuaba haciendo todo lo posible por conseguir una alianza con los franceses y con Maximiliano; permitió, por ejemplo, la participación de algunos soldados confederados en los ejércitos imperialistas. Claro, aunque la presencia militar contaba con el visto bueno de la administración de Richmond, su actuación era de índole personal. Por lo tanto su colaboración con las fuerzas francesas no representó ningún compromiso político para el gobierno imperial.¹⁰⁸

Ahora bien, es cierto que no hubo una relación diplomática entre los sureños y Maximiliano pero tuvieron contacto informal. Richmond, en su momento, patrocinó varios periódicos que apoyaban al imperio mexicano y Maximiliano, por su parte, permitió el comercio de los productos “rebeldes” en la zona fronteriza,¹⁰⁹ franja que previamente (1855-1864) había controlado Santiago Vidaurri.¹¹⁰ Sin embargo, los confederados juzgaban insuficientes estos “tímidos” acercamientos. El representante Preston, desde La Habana, se apresuró a entrar en contacto con

¹⁰⁸ Belenki, *op. cit.*, p. 174.

¹⁰⁹ El *Enquirer*, por ejemplo, era un periódico patrocinado por el gobierno de Richmond que apoyaba a Maximiliano, según Romero, quien estaba al pendiente de los movimientos imperialistas y del respaldo que éste recibía. Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 7 de abril de 1864, en *Correspondencia...*, vol. v, p. 124.

¹¹⁰ Sobre los movimientos de Vidaurri en la zona fronteriza se hablará más adelante, pero recuérdese que el neoleonés tomó importancia en la región cuando apoyó la revolución de Ayutla. Desde entonces se consolidó su fuerza en la zona.

el emperador, empero, una vez más, los resultados no fueron los esperados. Cuando el sureño le pidió el reconocimiento para la Confederación, Maximiliano se negó, argumentando los problemas internos de su administración. No obstante, le aseguró que una vez superados éstos entablaría relaciones con Richmond y el presidente Davis.¹¹¹

Vale la pena resaltar que el emperador, a pesar de los reiterados ofrecimientos de ayuda y de reconocimiento confederado, optó por hacer caso de los consejos de Napoleón III y, aunque simpatizaba con la causa sureña, como lo manifestó cuando, desde Miramar, preparaba su viaje a México, no tomó partido por ésta,¹¹² por lo menos mientras el resultado de la guerra de Secesión no estuviera claro.¹¹³

Los norteños, por su parte, recelaban de Maximiliano. Sus dudas se debían a los informes que recibían, no sólo de manos de Romero —quien, huelga decir, estaba muy al pendiente de demostrar la peligrosidad del imperio para la Unión— sino de sus agentes en México y en París, quienes notificaban a Lincoln y Seward de las relaciones que, discretamente, mantenía el imperio con los “rebeldes”.¹¹⁴ Aquí se encuentran dos posturas ante el mismo problema. Los confederados maniobraban para llegar a un entendimiento diplomático con Maximiliano, pero éste también implementaba medidas para llegar a un acuerdo con la Casa Blanca.

¹¹¹ Gurza, *op. cit.*, p. 109 y 131.

¹¹² Arrangoiz a Aguilar y Marocho, Bruselas, 26 de julio de 1864, en CEHM Carso, *Fondo Segundo Imperio*, Fondo IX-I, carpeta 1-8, legajo 75, doc. 1; Gurza, *op. cit.*, p. 104.

¹¹³ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 10 de marzo de 1864, 24 de marzo de 1864, 8 de abril de 1864, en *Correspondencia...*, vol. IV, V, p. 89, 117 y 124; Pasarán, *op. cit.*, p. 54; Gurza, *op. cit.*, p. 130 y 122; Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 13 y 15; Keratry, *op. cit.*, p. 18 y 74.

¹¹⁴ “Folleto sobre el gran banquete dado al ministro mexicano Matías Romero en Nueva York el 29 de marzo de 1864”, en AHSRE; Suárez, *Un duque...*, p. 190; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 24 de noviembre de 1864, en Topete, *op. cit.*

Es cierto que el archiduque tenía ante sí asuntos más importantes que el reconocimiento norteamericano, como estabilizar su gobierno o lograr el respaldo de la corona inglesa; empero, Estados Unidos podía apoyar a los liberales en su resistencia contra el imperio; por eso Maximiliano necesitaba el reconocimiento de Washington a su gobierno.¹¹⁵ Como se puede ver, la característica principal de la política establecida era una especie de “persecución” de uno y otro bando. Los gobiernos buscaban acuerdos diplomáticos y aliados militares. Los pasos a seguir estaban determinados por las condiciones de política interna, las circunstancias internacionales y la especulación diplomática, más que por posturas ideológicas y de simpatía. Washington otorgaba más importancia al comportamiento de los franceses que al de Maximiliano, pues aquéllos eran quienes, finalmente, respaldaban militarmente las decisiones del archiduque.

Bajo esta perspectiva, es fácil comprender que la Unión procurara una buena relación con Francia, pero no con el austriaco; al contrario, Seward aprovechaba cualquier momento para demostrar que Maximiliano les era indiferente y que no establecerían relaciones diplomáticas con el “autollamado emperador mexicano”. La oportunidad para dejarlo claro se presentó cuando el austriaco envió a Luis de Arroyo como su representante frente a Lincoln y Seward y éstos no lo recibieron, pues no había más gobierno en México que el encabezado por Benito Juárez. El caso de Arroyo no fue el único; se rechazó a otros comisionados como Mariano Degollado.¹¹⁶ El mensaje era patente: la Casa

¹¹⁵ Díaz, *Versión francesa...*, prólogo, Vol. IV, p. XIII; Galeana, “Una década...”, p. 68.

¹¹⁶ Bosch, *op. cit.*, p. 324; Ollivier, *op. cit.*, p. 148; Arrangoiz a Aguilar y Marocho, Bruselas, 23 de abril de 1864, 26 de julio de 1864, en CEHM Carso, *Fondo Segundo Imperio*, Fondo IX-I, carpeta 2-8, 1-8, legajo 142, 51, doc. 1; Frazer, *op. cit.*, p. 6.

Blanca no entablaría relaciones diplomáticas con Maximiliano; por lo menos no mientras la situación con Francia no lo requiriera. Washington y París comprendieron que el reconocimiento de Maximiliano y de los Confederados sería la moneda de cambio.

A pesar de la conducta de la Unión con Maximiliano y sus representantes, la Casa Blanca les permitió el abastecimiento de productos, incluso militares. Su postura le resultó muy conveniente, benefició a sus comerciantes y evitó el reconocimiento de los confederados. Facilitar a los invasores su aprovisionamiento no era cosa menor y por lo tanto era una muestra de buena voluntad y disponibilidad para el futuro del imperio mexicano.¹¹⁷ La posibilidad de que la Casa Blanca reconociera a Maximiliano rindió sus frutos, los franceses aseguraron que ni ellos ni el imperio mexicano establecerían relaciones diplomáticas con los sureños.¹¹⁸

En 1864, el horizonte se mostraba difícil para los constitucionalistas. Romero, atento a todos los movimientos de los imperialistas y de la Unión, temía el establecimiento de relaciones diplomáticas entre ambos. Pronto se reuniría el Congreso en el Capitolio y el mexicano visitó a gente importante: congresistas radicales y hombres de negocios. Pretendía convencerlos del peligro que representaba para la Unión el establecimiento de una monarquía en México. La comisión del Congreso encargada de las relaciones exteriores finalmente se reunió y tomó la decisión de no reconocer al archiduque.¹¹⁹ Lo que parecía en un

¹¹⁷ Suárez, *Un duque...*, p. 199; Iglesias, *op. cit.*, p. 76; Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 211; Galeana, *op. cit.*, p. 69.

¹¹⁸ Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 13.

¹¹⁹ Keratry, *op. cit.*, p. 67; Bernstein, *op. cit.*, p. 110; Fabela, *op. cit.*, p. 205-206.

principio una victoria para los liberales no se pudo concretar porque el ejecutivo no ratificó la postura de los congresistas; de hacerlo habría eliminado por completo cualquier esperanza de evitar un entendimiento entre los “rebeldes” y los franceses, precisamente lo que la Casa Blanca quería evitar. Romero luchó mucho para que Washington apoyara el pronunciamiento del Senado y se manifestara oficialmente en contra del imperio de Maximiliano, pero fracasó.¹²⁰

El austriaco, por su parte, no escatimaba esfuerzos ni dinero en comprar a la prensa estadounidense en su favor. El archiduque sabía del peso de la opinión pública y trató de influir en ella mediante la promoción de las ventajas políticas y económicas que ofrecía su gobierno. Así contrató servicios en *The Courier des États Unis* y pagó puntualmente los salarios de aquellos que impulsaban el reconocimiento de su administración.¹²¹ No obstante los esfuerzos de Maximiliano, habría que esperar al próximo año. 1865 fue crucial para él y para la guerra de Secesión.

El ejército de la Unión ganó terreno en el campo de batalla. El general en jefe, Ulises Grant, derrotó al comandante sureño, Robert Lee, y a su ejército, quienes huyeron de Richmond. A partir de ese momento, aquellos confederados que no estaban dispuestos a someterse a la Unión buscaron refugio y hasta una “descabellada” alianza con los imperialistas con el fin de retomar el control del Sur; a cambio ofrecían a luchar contra la resistencia liberal mexicana.¹²²

¹²⁰ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 6, 8, 13 y 14 de abril de 1864, en *Correspondencia...*, vol. IV, p. 122, 125, 127 y 129.

¹²¹ Frazer, *op. cit.*, p. 10.

¹²² Bigelow a Seward, París, 10 de agosto de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollo 61, mf. 34, no. 157; Luis Reed Torres, *El general Tomás Mejía frente a la Doctrina Monroe, la guerra de Reforma, la Intervención y el Imperio a través del archivo inédito del caudillo*

La alianza todavía era posible, según los confederados. Los lazos comerciales se habían establecido desde meses atrás. La misma Carlota manifestó simpatía por la causa sureña, así que, por qué no darle un peso oficial a la relación existente entre ambos bandos.¹²³ Por otro lado, varios confederados tuvieron acercamientos con Maximiliano, algunos luchando en las filas de su ejército imperial y otros buscándole apoyo político en Nueva York y Washington.¹²⁴

El respaldo sureño a la causa imperial se dio en la zona fronteriza, donde el general Tomás Mejía, según el *Times* de Nueva Orleans, compraba pertrechos de guerra a los representantes confederados de la zona.¹²⁵ Sin embargo, este apoyo no era generalizado y hubo gente, según la misma publicación, que no ayudaría a una monarquía en contra de los principios republicanos.¹²⁶

Queda claro que el austriaco quería el reconocimiento de la Unión, pero aprovechaba los ofrecimientos confederados.¹²⁷ Ante la noticia de lo acontecido en el teatro Ford, y la posterior muerte de Lincoln, el emperador y Carlota pensaron

conservador queretano, México, Porrúa, 1989, p. 257; Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 191.

¹²³ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 20 de octubre de 1865, en *Correspondencia...*, vol. v, p. 714; Ratz, *op. cit.*, p. 167 y 208; Tyler, *op. cit.*, p. 153; Seward a Bigelow, Washington, 17 de junio de 1865, 22 de julio de 1865, en NARA, *Ex. Doc.* no. 6, p. 53 y 45.

¹²⁴ Según información de Matías Romero, los amigos de Maximiliano que lo representaron en la Unión fueron: Sterling Price, de Missouri; John Harris, de Tennessee; John Perkins, de Luisiana; W. T. Hardeman, de Texas, y por último, M. F. Maury, quien fuera ex teniente de la Marina de Estados Unidos y después miembro honorario del gabinete imperial. Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 20 de octubre de 1865, en *Correspondencia...*, vol. v, p. 714; Frazer, *op. cit.*, p. 20.

¹²⁵ Bigelow a Seward, París, 6 de julio de 1865, 29 de julio de 1865, en NARA, *Despatches...*, rollo 61, mf. 34, no. 136 y 140; "Mexican News in *The New York Herald*", en *The Mexican Times*, 25 de noviembre de 1865, vol. I, no. 11, p. 2; Reed, *op. cit.*, p. 256-257; Iglesias, *op. cit.*, p. 183.

¹²⁶ La noticia del *Times* de Nueva Orleans fue retomada en *The Mexican Times*, 25 de noviembre de 1865, vol. I, no. 11, p. 2.

¹²⁷ Lubienski, *op. cit.*, p. 172.

que la posibilidad del reconocimiento mejoraría.¹²⁸ Era un asunto que no podía esperar más pues, varias naciones europeas, como España y Gran Bretaña,¹²⁹ habían entablado relaciones con el imperio mexicano. Una vez que Andrew Johnson, el vicepresidente, tomó posesión de su nuevo cargo, el austriaco buscó entrevistarse con él para ponerlo al tanto de la situación que privaba en México, de los abusos que cometían los constitucionalistas y de lo conveniente de reconocerlo como emperador. Para convencerlo de su buena disposición, nuevamente evitó cualquier tipo de relación con los sureños y se deslindó de los movimientos de ciudadanos ex confederados en México. Así, si Johnson no quería otorgar el reconocimiento por lo menos debería asegurar la neutralidad.¹³⁰ En esta ocasión Maximiliano no buscó el respaldo diplomático de Napoleón III, pues el

¹²⁸ Weckmann, *op. cit.*, p. 257; Pasarán, *op. cit.*, p. 80; Díaz, *Versión francesa...*, prólogo, Vol. IV, p. XIII; Maximiliano de Habsburgo, emperador de México, a Andrew Johnson, presidente de Estados Unidos, Puebla, 10 de junio de 1865, en NAW, *Notes to Foreign Legations...*, no. 99, rollo 23, fj. 141; Daniel Moreno, selección y notas, *El sitio de Querétaro, según sus protagonistas y testigos*, México, Porrúa, 1982, p. 89; Ratz, *op. cit.*, p. 175.

¹²⁹ El representante de España en México fue designado el 30 de septiembre de 1864, era Juan Jiménez de Sandoval, y llegó a México en enero de 1865, en Antonia Pi-Suñer Llorens, *La deuda española en México. Diplomacia y política en torno a un problema financiero, 1821-1890*, México, El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, p. 214. La información sobre el reconocimiento británico es dada por Antonia Pi-Suñer, Paolo Riguzzi y Lorena Ruano en Mercedes de Vega, coord., *Historia de las Relaciones Internacionales de México, 1821-2010*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores/Acervo Histórico Diplomático, vol. V, 2011. El enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de su majestad británica ante el imperio de Maximiliano fue Peter Campbell Scarlett y su contraparte fue Francisco de Paula Arrangoiz, en *London Gazette*, 11 de noviembre de 1864, no. 22910, p.5309 (DE 10 de enero de 2012, <http://www.london-gazette.co.uk/issues/22910/pages/5309>).

¹³⁰ Seward a Bigelow, Washington, 22 de julio de 1865, en NARA, *Ex. Doc.* no. 6, p. 53; Weckmann, *op. cit.*, p. 347; Dano a Lhuys, México 29 de diciembre de 1865 en Díaz, *Versión francesa...*, Vol. IV, p. 255; Zamacois, *op. cit.*, Vol. XVIII, p. 69; Suárez, *Un duque...*, p. 178.

austriaco quería tomar las riendas de su política hacia Estados Unidos, y ya no depender de la buena voluntad de Francia.¹³¹

Maximiliano tenía claro que la única manera de conseguir el reconocimiento de la Casa Blanca era eliminando a Juárez. Fue en octubre de 1865 cuando el objetivo estuvo más cerca, pues corrió el rumor de que el presidente republicano había abandonado México con dirección a Estados Unidos, lo que significaba que el gobierno constitucional quedaba acéfalo. Poco tiempo después algunos empresarios de Filadelfia se organizaron para viajar a Washington y entrevistarse con una comisión del Congreso para pronunciarse a favor del imperio mexicano.¹³² Las nuevas circunstancias dejaron atrás la idea de que Johnson le declararía la guerra a Maximiliano. Esta creencia venía a colación porque, durante la campaña electoral, se había caracterizado por su postura belicosa hacia el imperio. No obstante, sus discursos fueron más bien retóricos, para ganar adeptos, además, cualquiera sabía que el erario no podría resistir otra guerra, sin olvidar que no había ningún interés real en ella.

A pesar de que Johnson estaba enterado del apoyo confederado al imperio, decidió no radicalizar su política. Por supuesto, no aceptó los acercamientos de sus representantes, aunque contaran con recomendaciones de miembros del gobierno.¹³³ El argumento principal del presidente norteamericano para no

¹³¹ Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 217-218; Keratry, *op. cit.*, p. 67.

¹³² Zamacois, *op. cit.*, Vol. XVIII, p. 74-75 y 77; C. López a Arroyo, Ciudad de México, 26 de octubre de 1865, en AGN, *Segundo Imperio*, vol. 93, exp. 102, fj. 6v; *Ibidem.*, exp. 3, fj. 4; Dano a Lhuys, México 28 de mayo de 1865 en Díaz, *Versión francesa...*, Vol. IV, p. 105.

¹³³ Seward a Bigelow, Washington, 16 de diciembre de 1865, en NARA, *Ex. Doc.* no. 6, p. 78; Seward a Montholon, Washington, 18 de julio de 1865, en NAW, *Notes...*, no. 99, rollo 23, fj. 140; Bosch, *op. cit.*, p. 323-326; Pasarán, *op. cit.*, p. 81; Zamacois, *op. cit.*, Vol.

reconocer a Maximiliano era que había pasado mucho tiempo y no lograba consolidarse, pues necesitaba al ejército francés para controlar a los levantados, situación que hablaba del rechazo del pueblo mexicano a su proyecto gubernamental.¹³⁴ Ante la opinión de Johnson, los franceses sólo respondieron que una vez establecidas las relaciones diplomáticas con Estados Unidos el archiduque podría demostrar su capacidad militar y el respaldo popular.¹³⁵

Lo anterior permite identificar, hacia finales de 1865, un cambio en los puntos que se negociaban entre los franceses y los estadounidenses. La cuestión del reconocimiento de los Confederados desapareció. Aunque seguía siendo importante para Washington que Francia pusiera fin a la relación del austriaco con los “rebeldes”.¹³⁶ Ya para entonces eran pocos los ex secesionistas que buscaban atacar a la Unión desde México y procurar para ello el apoyo de Maximiliano. Así las cosas, la salida de las tropas francesas del país ocupó el lugar principal de la negociación. La discusión al respecto cada vez captó más interés entre la opinión pública, y la administración en Washington pidió la evacuación del ejército invasor

XVIII, p. 297 y 301; Gomezcézar, *op. cit.*, p. 48; Iglesias, *op. cit.*, p. 210; Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 18; Heard, *op. cit.*, p. 681.

¹³⁴ Romero a Juárez, Washington, 29 de marzo de 1865, en BNM, *Fondo Juárez*, ms. J. 10-1313; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 11 de agosto de 1865, 6 de diciembre de 1865, en *Correspondencia...*, vol. V y VII, p. 553, 102; Suárez, *Un duque...*, p. 191; Bosch, *op. cit.*, p. 329; Drouyn de Lhuys a Montholon, París, 18 de octubre de 1865, en Tamayo, *Documentos, discursos y correspondencia...*; Vol. X. Bigelow a Seward, París, 6 de octubre de 1865, 24 de noviembre de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollo 61, 62, mf. 34, no. 180 y 203; Dano a Lhuys, México 29 de diciembre de 1865 en Díaz, *Versión francesa...*, Vol. IV, p. 255-256.

¹³⁵ Bosch, *op. cit.*, p. 325-327; Drouyn de Lhuys a Montholon, París, 18 de octubre de 1865, en Tamayo, *Documentos, discursos y correspondencia...*; Vol. X, Belenki, *op. cit.*, p. 175; Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 219; Drouyn de Lhuys a Montholon, París, 18 de octubre de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollo 63, mf. 34, no 28; Ollivier, *op. cit.*, p. 147, Zamacois, *op. cit.*, Vol. XVIII, p. 304.

¹³⁶ Bigelow a Seward, París, 29 de junio de 1865, 1 de julio de 1865, 6 de julio de 1865, 10 de agosto de 1865, 31 de agosto de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollo 61, mf. 34, no 133, 136, 140, 157 y 165.

sin condición alguna, petición que inmediatamente fue rechazada por París.¹³⁷ Nuevamente, la relación entre Washington y París se prestó a la especulación y la prensa tuvo un papel importante ya que era la que informaba a la opinión pública sobre las posibilidades de reconocer a Maximiliano.¹³⁸

Romero, al igual que el resto de la opinión pública, se enteraba por los diarios del curso de la negociación sobre el reconocimiento del austriaco. Para evitarlo, el mexicano hizo públicos los lazos existentes entre los antiguos confederados y los imperialistas, e insistió en el peligro que esto significaría para la reciente paz estadounidense. Todo esto era llevado al límite de la especulación para conseguir apoyo contra el reconocimiento de la monarquía en México.¹³⁹ Por si estos lazos no fueran suficientes para generar oposición hacia esa posibilidad, hizo público el rumor sobre el restablecimiento de la esclavitud por Maximiliano, hecho que la Casa Blanca no podía tolerar y que generó más escollos al reconocimiento.

Ya en 1866, la situación del austriaco era muy difícil. Al terminar la guerra civil, Francia y Maximiliano se quedaron prácticamente sin moneda de cambio frente a Estados Unidos. Además, aquellos ex confederados que habían emigrado

¹³⁷ Bosch, *op. cit.*, p. 324, 329; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 6 de diciembre de 1865, en *Correspondencia...*, vol. VII, p. 102; Zamacois, *op. cit.*, Vol. XVIII, p. 305; Dano a Lhuys, México, 29 de diciembre de 1865 en Díaz, *Versión francesa...*, Vol. IV, p. 256.

¹³⁸ *The Mexican Times*, 23 de diciembre de 1865, tomo 15, p. 3; "Important News from Mexico", en *ProQuest Historical Newspapers: The New York Times (1851-2004)*, 15 de abril de 1865, p. 4; Iglesias, *op. cit.*, p. 150.

¹³⁹ Pasarán, *op. cit.*, p. 90; Bosch, *op. cit.*, p. 325; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 20 de octubre de 1865, en *Correspondencia...*, vol. V, p. 714; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 17 de febrero de 1865, en AHSRE, exp. 6-20-18, fj. 1v.

a México pusieron sus esperanzas en la consolidación del imperio y ya no en recuperar los territorios sureños.¹⁴⁰

Ante las circunstancias, el emperador francés retomó un ofrecimiento tentador: las tropas francesas saldrían de México a cambio de que Washington reconociera al imperio. Resulta extraño que París tomara una decisión tan extrema. Es cierto que la desaparición de la Confederación dejaba disminuidos a los imperialistas; mas se debe recordar que Washington puso en marcha una política de reconstrucción interna, debido a sus problemas, así, la Unión no representaba una amenaza militar para los imperialistas y la negociación todavía parecía posible. No obstante, la situación en Europa se tornaba complicada, principalmente por el crecimiento de Prusia con el canciller Otto von Bismarck a la cabeza; de hecho Prusia y Austria entraron en guerra a causa de ese desarrollo. El acontecimiento encendió los focos rojos de la administración francesa, pues su predominio en Europa se podría ver perjudicado. Aunado a lo anterior, la consolidación del trono mexicano llevaba más tiempo del estimado en un principio, lo que generaba demasiados gastos al erario francés y descontento entre la población. Estos asuntos bien pueden explicar por qué Napoleón III comenzó a hablar de salir de México¹⁴¹ no sin antes hacer un último esfuerzo por conseguir el reconocimiento del gobierno de Maximiliano.¹⁴²

¹⁴⁰ Harmon, *op. cit.*, p. 468-469, *The Mexican Times*, 10 de febrero de 1866, p. 3.

¹⁴¹ Sobre este asunto se hablará más adelante.

¹⁴² Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 12 de enero de 1866, 17 de marzo de 1866, en *Correspondencia...*, vol. VII, p. 29-30 y 297; Eugene Lefevre, *Documentos oficiales recogidos en la secretaria privada de Maximiliano. Historia de la intervención francesa en México*, Bruselas/Londres, 1869, p. 327; Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 12; Vigil, *op. cit.*, p. 271.

Pese a lo atractivo del ofrecimiento francés, la Casa Blanca mantuvo su postura y se negó a negociar. Washington se concentraba en pedir que Francia sacara sus fuerzas de México y que Maximiliano demostrara que no las necesitaba para someter a los republicanos; si lograba esto tal vez se podría hablar del reconocimiento.¹⁴³ Es necesario recordar que los franceses no estaban solos en este empeño, contaban con el apoyo de varios inversionistas y periódicos norteamericanos, quienes trataron de usar sus influencias a favor del imperio, sin mayor éxito.

Si bien Maximiliano buscó incansablemente el aval de la Casa Blanca, Juárez también lo hizo y estuvo atento a todos los movimientos de aquél, por medio de Romero. El enviado mexicano era muy consciente de la fuerza que tenía la opinión pública, venía analizándola desde hacía mucho tiempo, y de la confrontación existente entre el Congreso y el Ejecutivo, así que procuró usar todo lo que acontecía a su alrededor a favor del bando juarista.¹⁴⁴

Entre los diarios que respaldaban al gobierno republicano destacaban los publicados en Nueva York; sus editores aprovechaban la información que les llegaba desde México para analizarla y opinar sobre la situación de la nación vecina. Periódicos como el *New York Times* consideraban que la monarquía violaba claramente la autodeterminación del pueblo mexicano, así como el sistema

¹⁴³ "President Johnson and his Foreign Relations", en *The Mexican Times*, 6 de enero de 1866, p. 4; Bigelow a Seward, París, 5 de enero de 1866, 9 de febrero de 1866, 13 de junio de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollo 62, 63 y 64, mf. 34, no. 236, 268 y 338; Mariano Degollado a José Fernando Ramírez, Washington, 28 de enero de 1867, en AGN, *Segundo Imperio*, Relaciones Exteriores, vol. 93, exp. 19, fj. 3.

¹⁴⁴ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 24 de marzo de 1864, 7 de abril de 1864, en *Correspondencia...*, vol. IV, p. 117, 123-124.

republicano, lo cual era un peligro para la Unión pues, la instauración de un imperio en México podía ser perjudicial para sus propias instituciones.

La prensa insistía en la prioridad de que fueran los mexicanos quienes, sin presiones de ningún tipo, escogieran su forma de gobierno. Haciendo énfasis en esta premisa, la prensa arengaba a sus lectores para que demostraran la fuerza norteamericana en la defensa de una nación caída y amiga de las instituciones libres y que, junto con los liberales mexicanos, echaran de tierras americanas a los invasores europeos y a los “traidores” que los apoyaban. En efecto, desde la época de la guerra de Secesión la cuestión mexicana tomó tintes nacionalistas al relacionar su resultado con el de la guerra entre la Unión y la Confederación. Es decir, la prensa hizo uso del miedo social, no sólo a lo que pasaría con las instituciones libres y democráticas, sino sobre el porvenir de su integridad territorial.¹⁴⁵

Obviamente los pronunciamientos de la prensa tenían intenciones que trascendían las de ser una simple muestra amistosa hacia los republicanos mexicanos. Claro que los intereses económicos y los políticos desempeñaron un papel importante en todos estos pronunciamientos; de igual manera es entendible que quienes escribían o pagaban por los escritos pretendían ejercer influencia entre la sociedad estadounidense, para que ésta, a su vez, presionara al gobierno

¹⁴⁵ “The Mexican Empire New Developments of French Policy” “Maximilian’s Acceptance of the Mexican Crown”, “Mexico Its Fallen but Still Honored President”, “Mexican Affairs Will there be War Upon Maximilian?”, “The Mexican Empire”, “Non Intervention Applied to Mexico”, en *ProQuest Historical Newspapers: The New York Times (1851-2004)*, 28 de julio de 1863, 2 de septiembre de 1863, 3 de septiembre de 1864, 27 de marzo de 1865, 23 de junio de 1865, 14 de octubre de 1865, p. 4 y 5; Belenki, *op. cit.*, p. 112; Iglesias, *op. cit.*, p. 138; Bernstein, *op. cit.*, p. 100; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 24 de marzo de 1864, 19 de octubre de 1865, en *Correspondencia...*, vol. IV y V, p. 113 y 710.

en Washington; la lucha por el control de la política interna era algo muy importante y los republicanos radicales, en 1865, buscaban desprestigiar a la administración de Lincoln, primero, y de Johnson, después, quienes “curiosamente” habían escogido a Seward como su secretario de Estado. Se trataba de un estadista cuyos pronunciamientos a favor de la neutralidad frente a la cuestión mexicana eran el pretexto adecuado para acusarle de traicionar los principios más elementales de la tradición política estadounidense.¹⁴⁶ No resulta difícil, por lo tanto, comprender que la prensa fuera un medio socorrido para los fines de los congresistas radicales. Ésta se usó durante todo el tiempo que duró la presencia francesa en México. Los diarios se encargaron de dar seguimiento puntual a los argumentos en pro y en contra del imperio mexicano, de la suerte de los republicanos, así como de reproducir el ofrecimiento galo de dejar México a cambio del reconocimiento de Maximiliano, esto ya en 1866. En torno a esta posibilidad fueron muchas las opiniones que se vertieron, había quienes inflamaban los ánimos patrióticos al comentar que Estados Unidos no podía tolerar una condición que lesionaba las instituciones republicanas, hasta los que creían que la propuesta sólo era una treta de los franceses para ganar tiempo y consolidar al archiduque en el trono. No faltaron las propuestas oportunistas que, retomando al viejo expansionismo, propusieron crear un protectorado en México para protegerlo de las ambiciones europeas.¹⁴⁷

¹⁴⁶ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 23 de abril de 1866, en *Correspondencia...*, vol. VII, p. 442.

¹⁴⁷ *The Mexican Times*, 14 de octubre de 1865, 16 de diciembre de 1865, 30 de diciembre de 1865, 6 de enero de 1866, 10 de febrero de 1866, vol. 1, no. 14, 5, p. 4, 2 y 3; “The Mexican Question Time the Grand Element in its Solution”, “The Present Aspect of the Mexican Question”, “Our Franco-Mexican Diplomacy”, “New Phases of the Mexican

Toda esa lluvia de información llegaba a los interesados en el tema, quienes se formaron sus opiniones. Al parecer, la mayoría del común, que no tenía intereses particulares en juego, apoyó la causa republicana. Esta gente era la más influenciada. Como no tenían lazos directos con los inversionistas y el gobierno, sus reacciones dependían casi por completo de sus emociones, principalmente de sus miedos y del rumor que éste generaba. La población temía que sus libertades y su modo de vida se vieran amenazados por “los mezquinos intereses europeos”. Así, la amenaza no sólo era para México, si se toleraba la existencia de una monarquía en este país se corría el riesgo de que Estados Unidos se “contagiara” de esas ideas y la república desapareciera. Otros comenzaron a creer en la inminencia de la alianza franco ex confederada que podría poner en peligro la existencia de Estados Unidos.¹⁴⁸ Claro que este sentir popular debía manifestarse de alguna manera y, algunos ciudadanos importantes organizaron juntas o comunidades a favor de la causa juarista. Éstas tomaron

Question, Foreign and Domestic”, “The Mexican Question Again”, “Unauthorized Announcements About Mexico”; Article 2-No title, *ProQuest Historical Newspapers: The New York Times* (1851-2004), 26 de agosto de 1865, 12 de marzo de 1866, 4 de abril de 1866, 25 de junio de 1866, 9 de octubre de 1866, 20 de octubre de 1866, 25 de noviembre de 1866, p. 4; Belenki, *op. cit.*, p. 177.

¹⁴⁸ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 8 de enero de 1864, 9 de junio de 1865, en *Correspondencia...*, vol. IV, y V, p. 4, 372-373; Seward a Corwin, Washington, 29 de enero de 1864, en NARA, *Diplomatic...*, no. 90, mf. 77; Fabela, *op. cit.*, p. 202; Abbot, *op. cit.*, p. 227; Iglesias, *op. cit.*, p. 77; Carlos Bosch García, *México en la historia, 1770-1865. El aparecer de una nación*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993, p. 131; Gomezcézar, *op. cit.*, p. 47; Galeana, “Una década...”, p. 70; Seward a Bigelow, Washington, 12 de junio de 1865, 6 de septiembre de 1865, en NARA, *Ex. Doc.* no. 6, p. 42, 62; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 22 de julio de 1865, en *Correspondencia...*, vol. IV; Bigelow a Seward, París, 31 de agosto de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollo 61, mf. 34. no. 165; Suárez, *Un duque...*, p. 189; Bernstein, *op. cit.*, p. 141; Weckmann, *op. cit.*, p. 353-354; Zambrano a Mariano Escobedo, Brownsville, 20 de septiembre de 1866, en Gutiérrez Ibarra, *op. cit.*

nombres representativos, como la asociación *Defenders of the Monroe Doctrine*,¹⁴⁹ la cual se estableció en Nueva Orleans y con quien Juárez tenía mucha comunicación.¹⁵⁰ También en Nueva York había un grupo de personas que apoyaban la resistencia republicana, entre ellos filántropos, banqueros, partidarios republicanos y demócratas, escritores, especuladores, comerciantes, abogados, inversionistas ferrocarrileros, periodistas y médicos, es decir los pronunciamientos a favor de los liberales conjuntaron a gente con distintas actividades económicas, pero influyentes entre sus conciudadanos.¹⁵¹

Todo el “ruido” que ocasionaba la guerra franco-mexicana servía para que los congresistas radicales se dijeran voceros del clamor popular; y exigieran un apoyo abierto y militar a la causa juarista.¹⁵² No obstante, la radicalización de algunos políticos como el senador por California M Mc Dougall,¹⁵³ quien desde 1863 promovía la declaración de guerra en contra de Francia, no tuvo éxito, a pesar de contar con la simpatía de la Cámara de Representantes. Mientras tanto Seward, enterado de todo lo que pasaba, trataba de mantener la ecuanimidad del

¹⁴⁹ Su nombre en español era Sociedad Americana Defensora de la Doctrina Monroe.

¹⁵⁰ Seward a Geofroy, Washington, 30 de abril de 1864, 28 de mayo de 1864, en NAW, *Notes...*, no. 99, rollo 22, fjs. 358, 382; Juárez a la Sociedad defensora de la Doctrina Monroe, Saltillo, 2 de marzo de 1864, en BNM, *Fondo Juárez*, ms. J. supl 10. Los integrantes de la sociedad defensora de la Doctrina Monroe en Nueva Orleans eran: Francisco H. del Bordon; el presidente James B. Taylor; el secretario Francis Herrey; el secretario de Correspondencia, A. F. Longston; W. H. Henderson; H. G. Emerson; W. D. Willianson; B. L. Millard; W. Wagner; C. C. Ellis; John F. Jameson, y Emmanuel Kreische; entre otros, en Romero a Juárez, Nueva Orleans, 30 de enero de 1864, en BNM, *Fondo Juárez*, ms. J. supl 9.

¹⁵¹ En Nueva York se estableció un club de refugiados mexicanos que promovían el apoyo a Juárez, 1865, en AHSRE, exp. L-E-1988 (II), para mayor información de quienes apoyaban la lucha liberal, véase el apéndice 2.

¹⁵² Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 14 de enero de 1864, en *Correspondencia...*, vol. IV, p. 8; Bernardo Smith a Juárez, Nueva Orleans, 8 de junio de 1864, en BNM, *Fondo Juárez*, ms. J. 1152.

¹⁵³ Fabela, *op. cit.*, p. 205.

gobierno, haciendo uso de un argumento muy convincente: la Unión tenía la responsabilidad de salvaguardar el bienestar del pueblo norteamericano, y hacer suya una postura tan exaltada como ir a la guerra contra Francia, no era lo mejor para su futuro político.¹⁵⁴ Romero estaba desesperado, pues confiaba en que la presión social fuera tanta que provocara el apoyo militar de Washington a favor de la causa republicana, situación que, finalmente, no se dio.¹⁵⁵

La situación era intrincada. La condición de la política externa no podía tomarse a la ligera y no únicamente por las consecuencias internacionales sino también por, y sobre todo, las implicaciones internas. Las presiones de los críticos del gobierno aumentaban conforme pasaba el tiempo y los juaristas esperaban conseguir beneficios directos.

No obstante, la idea de que los pronunciamientos a favor de una guerra fueran sinceros es imposible de aceptar, pues los estadounidenses no tenían por qué prestar atención a un asunto que, si bien perjudicaba a una nación vecina, no era fundamental para la existencia de la Unión, como los medios propagandísticos querían hacer ver. No se pretende desatender la importancia que revistió el establecimiento de una monarquía al sur del Bravo; sin embargo, los pronunciamientos de los congresistas o de la prensa más que alertar sobre la trascendencia de una amenaza exterior tenían como fin desacreditar al gobierno en turno. Seguramente Maximiliano, Juárez y Romero eran conscientes de esto y

¹⁵⁴ Bernstein, *op. cit.*, p. 98; 30 de abril de 1866; Congreso 38, en *The Congressional Globe*, 1866, p. 2275; Seward a Dayton, Washington, 7 de abril de 1864, en NARA, *Ex. Doc.* no. 6, p. 5.

¹⁵⁵ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 17 de febrero de 1864, 6 de abril de 1864, 14 de abril de 1864, en *Correspondencia...*, vol. IV, p. 53, 122, 128; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 22 de julio de 1865, en Topete, *op. cit.*; Pasarán, *op. cit.*, p. 67.

trataron de conseguir que esas disputas internas les favorecieran de alguna manera. No obstante, el tiempo pasaba y si no se conseguía ayuda rápido sería muy difícil concretar los proyectos de cada facción.

Queda claro que el imperio de Maximiliano y la república juarista eran importantes para los inversionistas, los críticos del gobierno y algunos representantes diplomáticos como Marcus Otterbourg,¹⁵⁶ quien aprovechando su estancia en México entabló cierta relación de cordialidad con el emperador y hasta trató de convencer a Seward de iniciar relaciones con el imperio, sin mayor resultado, pues Washington siempre privilegió las prerrogativas de Estado y no aceptó una monarquía tan cerca de su territorio.¹⁵⁷

2.5 Los juaristas y los confederados

Hasta aquí se presentaron los argumentos de monarquistas y republicanos a favor y en contra del reconocimiento de Maximiliano; los ofrecimientos diplomáticos de los franceses para conseguirlo, así como la reacción de la opinión pública norteamericana. A lo largo del relato se han presentado, también, las posturas de Romero en aras de inclinar la simpatía y el apoyo económico–militar estadounidense a favor de los constitucionalistas. Don Matías usó varios métodos,

¹⁵⁶ Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del gobierno de Estados Unidos en México a partir de julio de 1867, sin embargo desde 1864 hay noticias de su presencia en México como cónsul de Estados Unidos, *Cfr. Suárez Argüello, En el nombre del...*

¹⁵⁷ Moreno, *op. cit.*, p. 89; Seward a marqués de Montholon, Washington, 12 de febrero de 1866, en Tamayo, *Documentos, discursos y correspondencia...*; Vol. X, Bernstein, *op. cit.*, p. 141; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 10 de enero de 1866, 17 de marzo de 1866, en *Correspondencia...*, vol. VII, p. 22 y 297; Bigelow a Seward, París, 5 de enero de 1866, en *Despatches...*, rollo 62, mf. 34, no. 236; Otterbourg a Seward, Ciudad de México, 29 de diciembre de 1866, en *Papers Relating...*, p. 219; Seward a Otterbourg, Washington, 1 de julio de 1867, en NAW, *Diplomatic...*, no. 1, mf. 77, rollo 113; Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 249; Valone, *op. cit.*, p. 585.

desde los argumentos políticos hasta las amenazas sobre una ruptura entre el gobierno juarista y la administración de la Casa Blanca. Claro que esta posibilidad no tuvo mayor éxito, pues el juarista sabía que su partido sería el más perjudicado ante una ruptura. El mexicano también recurrió a la presión que los congresistas ejercían sobre el ejecutivo, pero fracasó. No obstante, sí generó debate entre los políticos de la Unión y logró pronunciamientos a favor de los juaristas, como el de la Cámara de Representantes, el discurso del senador M. Mc Dougall o la postura de Mister John Kasson, éste representante de Iowa, quienes, aunque no encontraron eco en el Senado, ni entre la comisión de Relaciones Exteriores del Congreso, sí preocuparon a Napoleón III y sus consejeros.¹⁵⁸

Los lazos de Romero con varios hombres públicos, con los críticos y con los cercanos al ejecutivo, lograron intranquilizar a los intervencionistas. Igual reacción provocaron las patentes de corso que Juárez otorgó en contra de los transportes de los enemigos. Finalmente, la ansiedad de los franceses los llevó a hacer clara su molestia al representante de la Casa Blanca en París.¹⁵⁹

Washington, por su parte, manifestó su decisión de mantenerse neutral ante la cuestión franco-mexicana. A pesar de esa postura, Luis Napoleón temió que Lincoln, Seward y después Johnson, sólo trataran de ganar tiempo y, en realidad, tramaran un ataque a la frontera que tomaría a los galos por sorpresa. A los ojos

¹⁵⁸ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 4 de febrero de 1864, 16 de julio de 1864, en Topete, *op. cit.*; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 30 de enero de 1864, 2 de marzo de 1864, 18 de marzo de 1864, 4 de julio de 1865, 8 de septiembre de 1865, 2 de octubre de 1865, en *Correspondencia...*, vol. IV, y V, p. 20, 76-77, 102, 248, 615 y 662; Bernstein, *op. cit.*, p. 102-103.

¹⁵⁹ La información fue transmitida por Romero al gobierno de Juárez, y reproduce una comunicación entre el secretario de Estado y Dayton: Seward a Dayton, Washington 18 de noviembre de 1864, en *Correspondencia entre...*, pp. 99-100.

del gobierno norteamericano la tensión entre ellos y los franceses debía frenarse de alguna manera y Seward volvió a ratificar la buena voluntad de la Casa Blanca para con el pueblo francés.

La especulación diplomática benefició el éxito de los objetivos mexicanos, pues ayudó a tensar la relación entre París y Washington. Obviamente, los rumores sobre un conflicto entre la Unión y Francia no eran suficientes para Romero, sobre todo porque los constitucionalistas estaban en franca desventaja ante las tropas francesas, no había armas ni dinero, además la Casa Blanca se rehusó a permitir el comercio de pertrechos. También en ese año de 1864 se temía que Washington reconociera a la monarquía mexicana. Juárez y Romero debían evitar tal reconocimiento y conseguir el respaldo norteamericano. Así, el presidente encargó a su representante que ofreciera facilidades para la inversión en México, puesto que la expansión económica ganaba terreno. Don Matías, consciente de esto, aprovechaba las reuniones que organizaba o a las que era invitado para ofrecer concesiones de toda índole, con la esperanza de que, por interés, los inversionistas presionaran a su gobierno y éste, por fin, ayudara a Juárez.

Se pueden definir dos momentos en la postura de Juárez. Durante los primeros años de la presencia francesa en México y después de la llegada de Maximiliano se observa a un gobierno desesperado, que no sólo aguarda, sino que implora un respaldo más abierto en contra de la intervención europea.¹⁶⁰ Es durante este tiempo que los ofrecimientos de cesiones territoriales son más

¹⁶⁰ Iglesias, *op. cit.*, p. 105; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 4 de febrero de 1864, en María de la Luz Topete, *La labor diplomática de...*; Galeana, "Una década...", p. 63 y 70.

frecuentes.¹⁶¹ Ya a mediados de 1865 y hasta principios de 1867, si bien hay ofrecimientos a los inversionistas que pueden ser lesivos para la soberanía nacional, la posibilidad de ceder territorio ya no es socorrida. Los republicanos seguían esperando el apoyo norteamericano, de hecho, Juárez creía que, una vez terminada la guerra civil, Estados Unidos respaldaría la postura constitucionalista y echaría de México a los invasores; sin embargo, esto no sucedió y los juaristas se convencieron de que la independencia del país estaba en sus manos y en las de nadie más.

A pesar de este fracaso los ofrecimientos juaristas sí lograron interesar a más de un inversionista y militar.¹⁶² Las ofertas de ayuda promovidas por militares se acrecentaron al finalizar la guerra de Secesión; no obstante, la idea de permitir su presencia en territorio nacional, le quitaba el sueño al oaxaqueño, pues temía que los territorios nacionales fueran invadidos por los estadounidenses. Para controlar a esos militares ordenó que se sometieran al mando de los generales mexicanos; pero, en todo caso, sólo contaba con su buena voluntad; lo que, en cualquier momento, podía cambiar.

Queda claro que, a pesar de las dudas republicanas, hubo cierta participación estadounidense en hechos de armas, principalmente en el norte de México, debido a que Juárez no les permitió ir más allá, y porque Washington frenó a sus generales antes de que provocaran un conflicto con Francia. Amén de que aquéllos tampoco se mostraron deseosos de ir tierra adentro y alejarse de su

¹⁶¹ Ver *supra*, pp. 94-96.

¹⁶² Sobre la participación de militares en los ejércitos liberales ya se ha adelantado algo en el capítulo II y en relación con los oficiales que estaban dispuestos a comandar sus propios hombres contra los monarquistas se ahondará más adelante.

frontera. Por otro lado, a pesar de que el imperio de Maximiliano era igual a cero para Johnson y Seward, éste no era el caso de la monarquía francesa; así que los movimientos juaristas y pro republicanos en aras de conseguir ayuda desde la Casa Blanca se vinieron abajo.

Casi desde el principio del problema, el gobierno mexicano se dio cuenta de que era casi imposible conseguir un pronunciamiento a su favor y la consiguiente actuación militar por parte de Washington. Sin embargo, si la Casa Blanca era renuente, tal vez Richmond sí aportaría a los juaristas los recursos que necesitaban. El respaldo a Washington era sólo una postura política, que no necesariamente absoluta.

Cuando comenzó la guerra civil, Juárez se pronunció por la neutralidad, a pesar de los esfuerzos del enviado John T. Pickett por conseguir un acuerdo amistoso con los mexicanos. La conducción de Mr. Pickett no fue la más afortunada, pues osciló entre las propuestas amistosas —como la posibilidad de regresar a México la soberanía de los territorios perdidos en la guerra del 46-48— y las amenazas de una intervención armada en México si éste llegaba a apoyar a los unionistas.¹⁶³ Por su parte, el gobierno mexicano fue cuidadoso y trató de tener una buena relación con nortños y sureños pero, temiendo a ambos, a pesar de sus pronunciamientos amistosos.

¹⁶³ Terrazas, *op. cit.*, p. 57; Galeana, “Una década...”, p. 64-65. Uno de los trabajos más detallados sobre la participación de Pickett en México es el de José Fuentes Mares, “La misión de Mister Pickett”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. II, no. 4, 1962.

A pesar de haber optado por la neutralidad el gobierno juarista no siempre la respetó.¹⁶⁴ A veces hubo beneficios para Washington y en otras para Richmond. Juárez no pudo evitar, al principio de la guerra civil, que el jefe político de Nuevo León, Santiago Vidaurri, permitiera la comercialización de las mercancías sureñas por el norte de México. La práctica provocó reclamos por parte de la Casa Blanca.¹⁶⁵ La misma reacción tuvo Jefferson Davis cuando el presidente mexicano permitió que las tropas de la Unión pasaran por territorio mexicano, con dirección a Nuevo México, pues lo acusaba de vulnerar su seguridad. Pocos meses después, en 1862, a pesar de seguir argumentando sobre las conveniencias de la política neutral, el gobierno juarista, extraoficialmente, tomó partido por la Unión. El mexicano creyó que su apoyo le garantizaría el respaldo para hacer frente a los franceses. Gran error.

Cierto es que el pronunciamiento de un gobierno no siempre es resultado de una opinión generalizada, como bien explica Gerardo Gurza. Así que, a pesar de la postura juarista, los confederados continuaron buscando un acuerdo pero,

¹⁶⁴ Gurza, *op. cit.*, p. 41, 45, 47, 49, 51-52, 55, 60-61, 66 y 68-69; Saldívar, *op. cit.*, p. 31; Matías Romero, *A Mexican View...*, p. 39; Tyler, *op. cit.*, p. 146; Tamayo, "Las relaciones...", p. 175.

¹⁶⁵ Se instruyó a Vidaurri para que la comandancia de Tamaulipas corte toda relación con los citados agentes [confederados], 1862, en AHSRE, exp 11-H-1-3 Ya desde la década de los cincuenta el neoleonés Santiago Vidaurri había conseguido mucha influencia en su estado natal; de hecho, según las fuentes, ni el presidente tenía tanto poder en el norte como el *Gato Montés*, como era apodado. Sin embargo, después de la guerra de Tres Años, Juárez trató de poner orden en las finanzas nacionales y pidió que los estados pagaran sus impuestos. Vidaurri, por su parte, al igual que muchos otros gobernadores, no estuvo dispuesto a someterse a los deseos del gobierno federal. La tensión entre ambos políticos llevó al regiomontano a buscar alianzas en la región y los sureños, deseosos de conseguir seguridades para sus negocios, fueron los escogidos por el militar. Si bien el tema es merecedor de un estudio más profundo, recuérdese que Vidaurri no sólo estuvo dispuesto a negociar con los sureños, sino que les ofreció la soberanía de los estados donde tenía presencia –Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas–. Afortunadamente para México el ofrecimiento del regiomontano era más de lo deseado por los sureños y la propuesta fue rechazada. Gurza, *op. cit.*

ahora, con el gobierno local. Por otro lado, la economía de Nuevo León y Coahuila estaba relacionada con el sur de Estados Unidos, así que la neutralidad del gobierno juarista perjudicaba el comercio de la zona. Estas circunstancias permitieron que Vidaurri aceptara en llegar a acuerdos con el representante confederado José Agustín Quintero.¹⁶⁶

Don Santiago, junto con su yerno Patricio Milmo, comenzó una serie de negocios con empresas particulares. Bajo su protección, los sureños lograron vender algodón, pólvora, cobre, trigo, pieles, azúcar, café, entre otros productos, todo auspiciado por el mismo gobierno de la Confederación, o bien por los inversionistas como la Marks and Company, Oliver and Brothers, Attrill and Lacoste, Droega y Oetling and Company, principalmente, y protegidos por el gobernador mexicano.¹⁶⁷

Las actividades de Vidaurri y su yerno continuaron un par de años, desde 1862 hasta principios de 1864, a pesar de que Juárez insistió en que éstas cesaran. Por esta razón y por el acercamiento entre los imperialistas al neoleonés, cada vez más común, la relación con el presidente terminó.¹⁶⁸

Vidaurri decidió apoyar al imperio. La situación del gobernador se complicó, pues los confederados ya no querían tratar con él. A mediados de 1864 los excesos de Milmo y del mismo Vidaurri causaron inconformidad entre los

¹⁶⁶ Sobre los pormenores de la negociación no nos extenderemos, dado que es un tema amplio, que ha sido profusamente estudiado por Ronnie Tyler y por Gerardo Gurza más recientemente.

¹⁶⁷ Gurza, *op. cit.*, p. 64-65, 74, 76, 78-79 y 109; Tyler, *op. cit.*, p. 28, 45-47, 53-54, 125, 128 y 152; Tamayo, "Las relaciones...", p. 175.

¹⁶⁸ Juárez a Romero, Monterrey, 15 de mayo de 1864, en Tamayo, *Documentos, discursos y correspondencia...*; Vol. IX, Correspondencia intercambiada entre Benito Juárez y Santiago Vidaurri, 1858-1864, en AHSRE, exp. L-E-2265, Tyler, *op. cit.*, p. 41 y 137.

“rebeldes sureños”, quienes, mediante Quintero, mantenían enterados a Pedro Santacilia, yerno de Juárez, y a éste, de todos los abusos del otrora gobernador y su familia. Recuérdese que Vidaurri había impuesto las tarifas arancelarias sin hacer ninguna excepción, lo que molestaba a los comerciantes pues tenían que pagar altos costos.¹⁶⁹ La actitud indica que los confederados no perdieron la esperanza de conseguir algún acuerdo con la administración del liberal; sobre todo cuando los abusos de Vidaurri fueron intolerables.¹⁷⁰

Los constitucionalistas, por su parte, desesperados y desencantados por la escasa intervención de la Unión a su favor frente a la presencia francesa, vieron la posibilidad de continuar con el negocio del “gato montés” y recibir el dinero que antes llegaba a manos de Vidaurri y que les era tan necesario para enfrentar el proyecto monarquista. Algo que casi nunca se ha mencionado es que, después de criticar a Vidaurri por hacer negocios con los sureños, Juárez y sus hombres se hicieron cargo de los mismos y permitieron la salida de los productos confederados rumbo a distintos puntos comerciales, principalmente a Europa; por lo menos mientras los franceses no ocuparan todo el territorio. Si bien es cierto que no hubo pláticas en busca de una alianza militar o política, queda claro que los intercambios económicos ocuparon las agendas de ambos grupos.¹⁷¹

Además, los “rebeldes sureños” necesitaban vender y transportar sus productos vía México, lo que los obligó a negociar con el gobierno que estuviera a cargo de la región, sin tomar en cuenta si era vidaurrista, juarista o imperialista.

¹⁶⁹ Gurza, *op. cit.*, p. 82 y 104-105.

¹⁷⁰ Quintero a Santacilia, Monterrey, 29 de enero de 1864, en BNM, *Fondo Juárez*, ms. J 9-1125, f. 2.

¹⁷¹ *Loc. cit.*; Gurza, *op. cit.*, p. 108; Tyler, *op. cit.*, p. 148.

Por su parte Juárez no podía dejar de hacerse de dinero por más que se tratara del enemigo de los principios de libertad y de justicia y, principalmente, del enemigo de la Unión. Los resultados, sin embargo, no fueron tan fructíferos, ni tan duraderos como se esperaba.

2.6 Los imperialistas en Washington, el ejército de la Unión y Juárez

En la búsqueda del reconocimiento, Maximiliano junto con Napoleón III ofrecieron varias prerrogativas a los inversionistas norteamericanos por medio de los enviados extraordinarios y ministros plenipotenciarios franceses ante la Casa Blanca. Aunque las simpatías de los invasores estaban con el Sur, Maximiliano recurrió a todos los medios posibles para acercarse al gobierno norteamericano. Varios fueron los representantes monarquistas que viajaron a Washington, entre ellos se encontraban Luis de Arroyo y Juan N. Almonte.¹⁷² El viaje de éste no se concretó y fue sustituido por Mariano Degollado,¹⁷³ quien era hijo del ya desaparecido Santos

¹⁷² Juan Nepomuceno Almonte fue hijo de José María Morelos y Pavón. Desde muy pequeño, su padre lo envió a estudiar a Estados Unidos. A su regreso a México, Almonte se convirtió en un destacado político. Durante 1842 fue nombrado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de México frente al gobierno de Estados Unidos, tuvo que enfrentar la anexión texana y en protesta pidió sus cartas credenciales dando por rotas las relaciones entre los dos países. Nuevamente fue representante mexicano ante Washington durante los años cincuenta. Esta vez se encargó de atender cuestiones de reclamos y acuerdos. Su estancia en Washington le permitió hacer amistades, y gracias a ellas, Maximiliano creyó que podría influir en su reconocimiento. Elena Azucena Ceja Camargo, "Más allá de La Mesilla, la segunda gestión diplomática de Juan Nepomuceno Almonte en Washington, 1853-1856", tesis de licenciatura, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2005, p. 2.

¹⁷³ Mariano Degollado nació en 1834 y murió en agosto de 1923, fue hijo de Santos Degollado Sánchez. Desde 1855 Mariano vivió en el exilio. Durante la guerra de los Tres Años fue auxiliar en la Legación Mexicana en Estados Unidos. Años después, en 1865, durante la intervención francesa, fue nombrado representante de Maximiliano ante el gobierno de Estados Unidos. *Joaquin and Mariano Degollado: An Inventory of the Collection at the Benson Latin American Collection. Biographical and Historical Note* (DE 28 de octubre de 2009, <http://www.lib.utexas.edu/taro/utlac/00014/lac-00014.html>).

Degollado Sánchez. También trataron de acercarse al gobierno del Norte a través de los inversionistas Luis Burg y Juan Lawas de origen francés, ya para ese momento nacionalizado ciudadano estadounidense, junto con otros más.¹⁷⁴ Las misiones temporales y permanentes que el monarca mexicano mandó fracasaron continuamente. Los diplomáticos rechazos de Seward no fueron suficientes para sus críticos, los congresistas radicales, quienes veían en la política internacional del secretario de Estado una amenaza a los más caros principios democráticos del sistema republicano. Esa desconfianza no se debía únicamente a la complacencia diplomática de Seward sino a la facilidad con que los franceses lograban abastecerse de todo tipo de mercancías necesarias para continuar la guerra en México, así como de la dificultad que, en contraparte, sufrían los juaristas.

Los republicanos, desesperados al no conseguir la ayuda de Lincoln y Seward, buscaron a los militares. Romero tuvo varios acercamientos con generales de la Unión entre ellos Ulysses Grant, Phillip Henry Sheridan,¹⁷⁵ William

¹⁷⁴ Bosch, *op. cit.*, p. 323-324; Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 18; Pasarán, *op. cit.*, p. 71; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 11 de agosto de 1865, en *Correspondencia...*, vol. v, p. 553; "The Mexican Question", en *ProQuest Historical Newspapers: The New York Times* (1851-2004), 9 de octubre de 1866, p. 4; Bigelow a Seward, París, 15 de febrero de 1866, 22 de marzo de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollo, 63 mf. 34, no. 272 y 290; Luis de Arroyo, a ministro de Negocios Extranjeros, Nueva York, 22 de marzo de 1866, en AGN, *Segundo Imperio*, "Relaciones Exteriores, siglo XIX", vol. 11, exp. 93, fj. 1; Maximiliano a Arroyo, Ciudad de México, 12 de abril de 1866, *Ibidem.*, vol. 93, exp. 12, fjs. 2-4; Maximiliano al ministro de Negocios Extranjeros y Marina, 4 de julio de 1866, *Ibidem.*, vol. 93, exp. 13, fj. 1; Ministro Castillo a Luis Burg, vicecónsul en Nueva York, Ciudad de México, 13 de junio de 1866, *Ibidem.*, vol. 93, exp. 8, fj. 3; Mariano Degollado a ministro de Negocios Extranjeros y Marina, Ciudad de México, 28 de enero de 1867, *Ibidem.*, vol. 93, exp. 19, fj. 2; "Diario de acontecimientos políticos y militares", 1 de enero a 19 de diciembre de 1866, en *Documentos de la Reforma...*; Belenki, *op. cit.*, p. 152.

¹⁷⁵ Phillip Henry Sheridan nació el 6 de marzo de 1831 en Albany, Nueva York, y murió el 5 de agosto de 1888 en Massachusetts; fue oficial del Ejército de Estados Unidos. Durante la guerra civil fue general del Ejército de la Unión y comandó al Ejército de Caballería del Potomac. *Phillip Henry Sheridan* (DE 29 de octubre de 2009, <http://www.civilwarhome.com/sheridanbio.htm>).

T. Sherman,¹⁷⁶ John MacAllister Schofield¹⁷⁷ y Montgomery Blair,¹⁷⁸ quien aunque no era militar tenía mucha cercanía con los líderes castrenses, y consiguió interesarlos.¹⁷⁹ El argumento era bastante convincente, una monarquía cerca de Estados Unidos podía perjudicar su propio sistema de gobierno. Independientemente de una alianza con los “rebeldes” del Sur, los generales, al igual que los congresistas radicales, se pronunciaron por defender la libertad, los principios republicanos así como la autodeterminación de los pueblos.¹⁸⁰ Claro, aunado a esto también estaba la confrontación por el poder entre el ejecutivo, los militares y los congresistas radicales.

No obstante los motivos, era reconfortante para los constitucionalistas el hecho de que Grant y sus hombres se interesaran en ayudarlos. Lo anterior no

¹⁷⁶ William Tecumseh Sherman nació en Ohio el 8 de febrero de 1820 y murió en Nueva York el 14 de febrero de 1891. Huérfano de padre a los 9 años, fue educado por el senador Thomas Ewing. Tomó la carrera militar y tuvo participación en la guerra contra México en California. Al estallar la guerra civil apoyó al norte y comandó las fuerzas de Luisiana. En marzo de 1864 fue nombrado comandante de División. Al terminar la guerra de Secesión reemplazó a Grant como general en jefe del ejército. William Tecumseh Sherman, *Ibidem*.

¹⁷⁷ John McAllister Scholfield nació en 1831 y murió en 1906. Comandante del ejército norteamericano, tuvo participación durante la guerra civil al lado del Ejército de la Unión. Estuvo encargado de luchar en la línea de Missouri y estaba el mando de la "Army of the Frontier". Prestó servicios como agente confidencial del gobierno de Estados Unidos ante el imperio francés entre 1865 y 1866. Se encargó del proceso de reconstrucción en Virginia. Durante la posguerra estuvo relacionado con la construcción de ferrocarriles en el oeste. *John McAllister Schofield Papers*, Library of Congress Online Catalog (DE 29 octubre de 2009, <http://catalog.loc.gov/cgi-bin/Pwebrecon.cgi>).

¹⁷⁸ Montgomery Blair nació en Kentucky el 10 de mayo de 1818 y murió el 27 de julio de 1883. Fue hijo del periodista y político Francis Preston Blair. Montgomery escogió la carrera política y se desempeñó como abogado en Maryland. Durante la guerra civil fue el encargado del Departamento de Correos. Su padre, Francis Preston Blair, fue fundador del periódico *Washington Globe*, y fue adversario político de James Polk, Van Buren y de Lincoln. *Blair Family Papers, 1755-1968 (bulk 1829-1892)*, The Library of Congress Online Catalog (DE 29 de octubre de 2009, <http://catalog.loc.gov/cgi-bin/Pwebrecon.cgi?DB=local&BBID=5806819&v3=1>).

¹⁷⁹ Taylor Hanson, *op. cit.*, p. 224.

¹⁸⁰ Zubirían a Juárez, Nueva Orleans, 8 de junio de 1864, en BNM, *Fondo Juárez*, ms. J. 1207; Romero a Lerdo de Tejada, Washington 8 de enero de 1864, en *Correspondencia...*, vol. IV, p. 3.

quiere decir que Romero y Juárez esperaran que los militares pusieran fin a la intervención gala. Más bien, vieron su respaldo como una medida de presión, que serviría para obligar a Seward, a Lincoln y posteriormente a Johnson a apoyarlos.

Resulta difícil pensar que a finales de 1864, en plena guerra civil,¹⁸¹ Grant pusiera atención al problema mexicano, sin embargo varias fueron las ideas que surgieron en torno a éste. Militares como Montgomery Blair y su padre Francis P. Blair, creyeron que la guerra de Secesión por fin terminaría si se convencía a todos los estadounidenses de defender los principios más representativos de su tradición política. La defensa del sistema republicano, pensaban, provocaría la reconciliación entre el Norte y del Sur. En aras de expulsar a los franceses de México, se terminaría con la confrontación regional, y se expulsaría a los europeos del continente americano. El proyecto se planeó muy en serio; de hecho hubo entrevistas entre el general confederado James E. Slaughter¹⁸² y el representante de Grant, el general Lew Wallace,¹⁸³ por otro lado el mismo Francis Blair, con el

¹⁸¹ Es cierto que los años de mayor dificultad para los ejércitos del Norte habían quedado atrás, pero, a principios de 1864, todavía no se podía hablar del triunfo de la Unión. Además, poner punto final a la secesión, uniendo al Norte y al Sur en un proyecto serviría para reconciliar ideológicamente a los contendientes.

¹⁸² James Edwin Slaughter nació en 1827 en Culpeper County, Virginia. Sus padres fueron Daniel French Slaughter y Letitia Madison. Entró al ejército en agosto de 1845. Durante la guerra civil tomó las armas a favor de la Confederación. Combatió en Mississippi, Alabama, Florida y Texas, donde permaneció hasta el fin de la guerra. Cuando terminó la conflagración viajó a México y vivió de su trabajo como ingeniero civil. Murió en la ciudad de México el 1 de enero de 1901. Virginia Military Institute, *VMI's Civil War Generals James E. Slaughter, Class of 1848*, (DE 29 de octubre de 2009 <http://www.vmi.edu/archives.aspx?id=5653>).

¹⁸³ Lew Wallace nació en 1827 en Indiana. En 1856 se convirtió en senador estatal. Durante la guerra civil defendió su estado de los ataques confederados. Se destacó como héroe de guerra y apoyó a la causa juarista con hombres y dinero. *Lewis Wallace* (DE 29 de octubre de 2009, <http://www.civilwarhome.com/wallacebio.htm>). Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 17.

visto bueno de Lincoln, se entrevistó con Davis,¹⁸⁴ el 3 de marzo de 1865, cuando ya los resultados en el campo de batalla eran favorables al Norte.¹⁸⁵ Queda claro que el ofrecimiento ya no tenía como objetivo terminar la guerra sino más bien reincorporar a los vencidos, y eliminar el sometimiento de conquista que les dejaba el triunfo de la Unión. Enterados de todas estas entrevistas, Juárez y Romero no tenían muchas opciones, la guerra civil estaba terminando y aún así Washington no se pronunciaba a su favor, ante los hechos, el proyecto de Blair contaba con su aprobación.¹⁸⁶ La postura de Davis no fue lo que se esperaba. El confederado dijo que tal vez apoyaría el proyecto pero no se sometería a las órdenes de Lincoln, una postura que resultó inaceptable y puso fin a cualquier intento de reconciliación.¹⁸⁷ Además, no debe olvidarse que el objetivo del Sur en ese momento era obtener su independencia. El hecho de pelear en contra de los franceses, por tanto, no era factible pues, esperaban su ayuda a pesar de haber perdido la guerra.

Si bien no hubo ningún acuerdo con los confederados, el interés por el asunto mexicano tomó más fuerza. A mediados de 1865, con la guerra finalizada, Grant y sus oficiales desafiaron la postura gubernamental. Entonces el general norteamericano era conocido como el amigo de la república, y hacía planes para organizar un ejército de voluntarios, viajar a México y defender su independencia. Así comenzó la movilización de hombres a la frontera. El hecho era significativo pues

¹⁸⁴ En la entrevista Blair, periodista y padre del general norteamericano Montgomery, propuso a Davis que él fuera quien encabezara al ejército expedicionario que viajaría a México. Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 179; Francis P. Blair a Abraham Lincoln, Washington, 8 de febrero de 1865, en *The Abraham Lincoln Papers...*

¹⁸⁵ Ryal Miller, *Arms Across the Border...*, p. 14; Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 179.

¹⁸⁶ Romero, *A Mexican View...*, p. 95.

¹⁸⁷ Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 182.

los franceses lo interpretarían como una muestra de la fuerza con la que contaba Juárez.

Mientras tanto, en Washington continuaban las discusiones sobre el asunto mexicano y cuál sería la postura ahora que la guerra de Secesión había finalizado. Recuérdese que Johnson, durante la campaña presidencial, se había pronunciado a favor de sacar a los franceses de México,¹⁸⁸ y Grant pensó que su proyecto contaría con su aprobación. Una vez que el presidente se enteró de la situación interna que guardaba Estados Unidos tuvo que dejar de lado el problema mexicano, empero Grant continuó enganchando y mandando hombres a la zona fronteriza; prometiéndoles, claro está, una serie de recompensas por su “patriotismo”. Recompensa que él también esperaba.¹⁸⁹ Sería iluso pensar que lo único que motivaba el apoyo de los generales nortños a la causa liberal era la simpatía por el sistema republicano mexicano. El interés por conseguir una concesión para construir alguna vía de comunicación en el istmo de Tehuantepec mantuvo a Grant en pie de apoyo hacia Juárez. Su respaldo pronto le significó ganancias, pues en octubre de 1866 obtuvo el permiso anhelado.¹⁹⁰

Una vez los voluntarios unionistas en la frontera hubo incursiones esporádicas en Matamoros, Camargo y Bagdad, que, si bien sólo eran escaramuzas, preocupaban a los generales franceses por el aumento en la hostilidad estadounidense. Mientras tanto, Grant continuaba en Washington planeando, junto con el general William Tecumseh Sherman, desembarcar en

¹⁸⁸ Ver *supra*, p. 54.

¹⁸⁹ Bernstein, *op. cit.*, p. 122.

¹⁹⁰ Luis G. Zorrilla, *Historia de las relaciones entre México y Estados Unidos 1800-1958*, 3ª edición, México, Porrúa, 1995, vol. I, p. 449.

Veracruz. La posibilidad de que Grant viajara a la cabeza del grupo de voluntarios, sin embargo, no se concretó, empero, el general y Romero buscaron a otro militar que estuviera dispuesto a comandarlo. El elegido fue un viejo conocido de Grant, quien, aparte de ser su incondicional, también opinaba a favor de intervenir en México.

Así, a mediados de 1865, Grant encargó al general John McAlister Schofield que encabezara al ejército libertador de México. Romero, sabedor de la designación, buscó entrevistarse con el general y agradecerle su disposición hacia la causa mexicana. El resultado de la entrevista, sin embargo, no fue tan prometedor como se esperaba. Schofield aseguró que aunque sus simpatías estaban con los constitucionalistas debía obtener el permiso del presidente para ayudarlos; para tal efecto él y Grant se entrevistarían con Johnson.¹⁹¹

El asunto no era de poca monta. La movilización de los militares mostró la debilidad del poder ejecutivo. Por otro lado, para Washington la situación continuaba siendo igual de delicada que en tiempos de la guerra a causa de la crisis económica y del complicado proceso de reconstrucción. Además, algunos ex confederados mantenían la esperanza de aliarse con Francia y Maximiliano para continuar la lucha por su independencia. Por otro lado, en plena recuperación la Casa Blanca debía ser cuidadosa de buscarse problemas con otras naciones, en este caso Francia. Militares, congresistas y miembros del ejecutivo eran

¹⁹¹ Romero a gobierno establecido en Chihuahua, Nueva York, 13 de septiembre de 1865, en *Correspondencia...*, vol. v, p. 628; Romero entrevista con Schofield, Washington 27 de junio de 1865, *Ibidem.*, vol. v, p. 424; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 29 de junio de 1865, 7 de octubre de 1865, *Ibidem.*, p. 427 y 667; Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 204; Marqués de Montholon a Lhuys, México, 24 de septiembre de 1864 en Díaz, *Versión francesa...*, Vol. IV. p. 36.

conscientes de esto. Así, si bien hubo desafíos militares y políticos entre la elite del gobierno en Washington, nunca se puso en peligro la paz interna. No así la relación con París.

Seward, preocupado por un ataque francés, o una alianza de los imperialistas con los ex confederados, aseguró a los representantes franceses que su gobierno se mantenía neutral y que las opiniones de los militares eran más bien muestras de la libertad de expresión que había en el país; empero, al final, resultaban inofensivas. Los galos aceptaban las explicaciones de Washington, pero dudaban de su sinceridad, pues, en la práctica, cada vez llegaban más militares a la región fronteriza.¹⁹²

Johnson y Seward, al pendiente de los movimientos militares, decidieron frenar a Schofield. Seward pensó en la forma de neutralizar al general sin romper con el ejército.¹⁹³ Después de reflexionarlo aquél decidió canalizar los deseos militares. Era necesario evitar una confrontación entre los voluntarios y los franceses, así que llamó a Schofield y le ofreció la misión de viajar a Francia para entrevistarse con Napoleón III y convencerlo de que sacara sus tropas de México. El argumento de Seward era que resultaba más conveniente para los objetivos de Estados Unidos negociar amistosa y pacíficamente la evacuación de las tropas

¹⁹² Sobre la cantidad exacta o por lo menos aproximada de cuantos hombres llegaron a estar en la frontera no hay información, sin embargo se sabe que muchos eran negros, quienes veían en el ejército una nueva forma de vida. Por otro lado, el número no debió ser pequeño pues los reclamos franceses eran continuos, lo que indica que era notoria la presencia y por lo tanto el peligro.

¹⁹³ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 18 de junio de 1865, en *Correspondencia...*, vol. V, p. 390-391.

francesas, que su expulsión mediante las armas.¹⁹⁴ Además, decía el secretario de Estado, la situación económica del país no resistiría un nuevo conflicto, y francamente el gobierno no lo deseaba.

Sus argumentos surtieron el efecto deseado; Schofield estuvo de acuerdo y partió a París. Sin embargo, pronto descubrió que su misión sólo tenía el fin de detener la incursión. Su presencia en París no tuvo ningún carácter oficial y mucho menos fue recibido por los ministros franceses. Con esta medida Seward logró un punto importante, mantuvo el control de la política internacional, pero, sobre todo, conservó su presencia interna, imponiéndose a los radicales, y a su representante más popular, el general Grant.¹⁹⁵

La conducta de Seward causó especulación política, e incluso se le acusó de evitar la confrontación con Francia por verse directamente beneficiado con la presencia de los galos en México, pues en esos meses su sobrino Clarence Seward era miembro de la compañía del Expreso Mexicano.¹⁹⁶ Lo cierto es que el secretario de Estado apostaba a que la situación europea obligara a Francia a abandonar la aventura mexicana. En efecto, los representantes estadounidenses en Europa lo mantenían informado de todos los problemas que sucedían, y esto lo hacía pensar que Napoleón III pronto tendría que atenderlos.¹⁹⁷

¹⁹⁴ Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 206-207; Suárez, *Un duque...*, p. 205. Hubo algunos enfrentamientos entre soldados franceses y estadounidenses que simpatizaban con el ejército juarista, en AHSRE, exp. L-E-1312.

¹⁹⁵ Romero informa sobre la tercera conversación con el general Schofield, Washington, 28 de junio de 1865, en *Correspondencia...*, vol. V, p. 426.

¹⁹⁶ Para más información sobre la compañía del expreso mexicano, véase la p.89. Reynaldo Sordo Cedeño, "Seward y la Intervención Francesa en México", tesis de licenciatura, México, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1973, p. 47.

¹⁹⁷ Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 209.

Grant, por su parte, no estaba convencido de esta posibilidad. Consideraba que esperar no sólo sería interpretado como un signo de debilidad que mandaría mensajes equívocos al resto de Europa; también se corría el riesgo de que los juaristas no resistieran más y Maximiliano consolidara su gobierno. Lo que aquí estaba en juego no era la independencia de México, sino la preponderancia política de Estados Unidos en América.¹⁹⁸

Ambos puntos de vista tenían razón, los europeos estaban atentos al desarrollo de la posguerra en Estados Unidos, no hay que olvidar que la presencia francesa en México fue gracias, en gran medida, a la debilidad política y militar de Washington; así que entre más pronto retomara su lugar en el liderazgo del continente, mejor. Seward también tenía razón. La Casa Blanca luchaba por reconstruir política, económica y socialmente al país, por lo tanto ir a una guerra resultaría un error que podría hundir a la nación definitivamente, en lugar de afianzarla como líder continental.

A pesar de la oposición de Seward y del mismo Johnson, a principios de 1866 tuvo lugar el combate más representativo del apoyo a Juárez. La toma de Bagdad, en Tamaulipas, por el ejército mexicano, comandado por Mariano Escobedo y apoyado por los voluntarios estadounidenses. El resultado fue que los franceses perdieron el control de la plaza y ésta quedó en manos de los republicanos. El apoderamiento de la zona significó vigilar lo que entraba y salía

¹⁹⁸ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 29 de junio de 1865, 13 de septiembre de 1865, 27 de octubre de 1865, en *Correspondencia...*, vol. v, p. 427, 628 y 737.

de México y cerró la puerta que servía para abastecer a los monarquistas desde el sur estadounidense.¹⁹⁹

Obviamente la posibilidad de que los soldados estadounidenses llegaran a la ciudad de México o a Veracruz nunca se concretó. Claro, hubo voluntarios que, actuando en solitario, se enlistaron en las fuerzas republicanas, incluso en las imperialistas,²⁰⁰ pero nada más. Imaginar los motivos de por qué no viajaron a México resulta fácil. Si bien Grant y sus hombres desobedecieron al ejecutivo, su movilización sirvió para mandar el mensaje deseado, incluso por la Casa Blanca. Estados Unidos estaba recuperándose de los estragos de la guerra de Secesión y su paciencia para con la intervención francesa en México podría acabarse. Puede decirse que lo acontecido en la frontera sirvió como una advertencia, pero no más. Después de Bagdad no volvió a haber una incursión tan sonada y que levantara tanto espaviento entre los galos.

¹⁹⁹ Copias certificadas de documentos sobre la invasión norteamericana a Bagdad y Boca del Río, 1866, AHSRE, exp. L-E-1097, fjs.76-94, Arroyo a Maximiliano, Nueva York, 8 de enero de 1866, en AGN, *Segundo Imperio*, "Relaciones Exteriores, siglo XIX", vol. 93, exp. 24, fj. 1v; Protesta del Comercio de Matamoros por la invasión a Bagdad a Pesa, ministro de Guerra, México, 8 de febrero de 1866, *Ibidem.*, vol. 93, exp. 16, fj. 2; Mejía al jefe de las fuerzas de Estados Unidos en Brownsville, México, abril de 1866, *Ibidem.*, vol. 93, exp. 17, fj. 2, *The Mexican Times*, 3 de febrero de 1866, p. 1; "Frontier", en *The Mexican Times*, 10 de febrero de 1866, p. 3; Pánfilo Carranza a Aguilar, México, 28 de enero de 1866, en CEHM Carso, *Fondo Segundo Imperio*, Fondo IX-I, carpeta 5-8, legajo 644, doc. 1; Zambrano a Mariano Escobedo, Brownsville, 20 de septiembre de 1866, en *Documentos de la Reforma...*; Sheridan a Grant, Washington, 11 de diciembre de 1866, en *Papers Relating...*, p. 212; article 5-no title, *ProQuest Historical Newspapers: The New York Times (1851-2004)*, 10 de noviembre de 1866, p. 4; Valone, *op. cit.*, p. 587; Lefevre, *op. cit.*, p. 299; Informe del Consulado de Veracruz, en EUA, NAW (MP), *Despatches from the United Consuls in Veracruz*, fj. 172.

²⁰⁰ Tal fue el caso del príncipe Félix Salm Salm, quien durante la guerra civil sirvió como brigadier en el ejército norteño. Oliva García de León Melo, "De historias contestatarias: el sitio de Querétaro y el fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo a través de los escritores mexicanos y europeos de 1867-1869", tesis de licenciatura, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2006, p. 151.

Ahora París debía pensar en una nueva política frente a Estados Unidos y conseguir que continuara manteniéndose al margen de la cuestión mexicana. Por lo que toca a Washington su tarea continuaba siendo salir de la crisis de la posguerra y volver a intentar establecer su hegemonía en América.

Algunas consideraciones

A lo largo de este segundo capítulo se han analizado las distintas facetas por las que atravesó la postura estadounidense²⁰¹ frente a la cuestión mexicana. La conducta del Norte y del Sur ante la presencia francesa en México siguió un proceso largo y complicado de entender, pues estuvo influenciado por una serie de elementos Internos, la guerra civil y el proceso de reconstrucción, e internacionales de índole política, económica y social. La primera disyuntiva a la que se enfrentó la Casa Blanca fue la de dejar un representante diplomático ante el gobierno republicano o el monarquista. Para evitar complicaciones la decisión fue retirar al enviado extraordinario y ministro plenipotenciario; en su lugar sólo quedó un encargado de rango menor, sin embargo la posibilidad de mandar a un representante de alto nivel diplomático mantuvo la esperanza entre los invasores de obtener el respaldo político que tanto deseaban, a pesar de que Washington siempre reconoció como único gobierno legal al representado por Juárez.

Otro asunto que los norteamericanos debieron enfrentar fue el del tráfico de armas y pertrechos de guerra así como el de todo tipo de productos que los liberales y los franceses necesitaban para alimentar a sus tropas y cubrir sus necesidades. La política neutral que Lincoln y su secretario de Estado establecieron, así como la prohibición de vender productos de cualquier clase a los contrincantes en México, fueron dictámenes que quedaron en el papel y que los mismos comerciantes norteamericanos violaron con relativa facilidad. Por otra parte, la especulación comercial no fue la única que estuvo presente, hubo “voluntarios” interesados en formar parte del bando liberal gracias a los ofrecimientos que éste hizo de tierras y

²⁰¹ Entiéndase estadounidense por el conjunto de Norte y Sur.

de recompensas económicas, aunque al final no se cumplieron. Claro está que la especulación alcanzó a los círculos más cercanos al poder. La posibilidad de obtener beneficios económicos para negocios particulares resultó tentadora y significó un nuevo elemento que se puso en juego a la hora de tratar la ayuda o el reconocimiento para un grupo u otro. En efecto, los especuladores norteamericanos deseaban asegurarse de que, quedara quien quedara al frente del gobierno mexicano, sus negocios estuvieran respaldados.

Aunado al asunto de la especulación se presentó el de la colonización. Por motivos diversos hubo varios estadounidenses interesados en emigrar a zonas mexicanas. Esta emigración contó con respaldo de los constitucionalistas, recuérdese la concesión Leese, pero, principalmente, de los imperialistas. Maximiliano necesitaba conseguir el visto bueno de la Casa Blanca, pues era la nación vecina y lo mejor para el nuevo gobierno era mantener una relación cordial con ésta, además el reconocimiento de Estados Unidos sería una buena señal para el futuro comportamiento europeo, con ese objetivo en mente el austriaco trató de mantener una política de “bienvenida” para todos aquellos estadounidenses que desearan trasladarse a México. Era, según él, un rasgo de buena voluntad para con el vecino del norte. Una vez más su intento fracasó. Si bien varios ciudadanos nortños recibieron con agrado el ofrecimiento colonizador, los primeros y más interesados en el proyecto imperial fueron los sureños quienes, al final de la guerra civil, buscaron un nuevo territorio para empezar otra vez. Nombres como el del general Slerting Price, el general Joseph O’Shelby o el ex congresista William Gwin hicieron antesala para entrevistarse con Maximiliano y conseguir permisos de colonización en la zona fronteriza de México.

Los antiguos líderes sureños buscaban en el imperio mexicano un refugio para ellos y sus familias, a cambio de respaldar y defender a Maximiliano y su gobierno frente a un ataque de Juárez apoyado por Washington. El austriaco no podía negar lo tentador de aceptar la oferta de los ex confederados pero debía meditar los pros y los contras de ese ofrecimiento. Una posibilidad era que una vez asentados en la frontera mexicana los ex “rebeldes” buscaran independizarla y conformar una nación independiente. Empero si esto no sucedía la posibilidad de un ataque desde Washington sí era posible, pues Maximiliano habría entablado relación con sus enemigos, como lo hacían saber las autoridades norteamericanas a sus homólogos franceses. Finalmente la desconfianza mutua, las rencillas entre los nuevos colonos y los viejos lugareños, así como un futuro ataque norteño fueron los factores que se conjuntaron para que la colonización fracasara.

Sin embargo el proceso de colonización no fue el primer acercamiento de la otrora Confederación a los invasores en México. Desde los primeros años de la guerra de Secesión, los sureños buscaron una alianza con Francia e Inglaterra, pero hubo mayores intentos cuando Maximiliano llegó a México en 1864. Los “rebeldes” trataron de contactarlo para conseguir una alianza militar con el imperio mexicano. Firmar un acuerdo con Maximiliano se volvió muy importante para Richmond por sus implicaciones internacionales. En efecto, un pacto con Maximiliano sentaba las bases para establecer una alianza con Francia y la consiguiente ayuda que les garantizaría su independencia. No obstante los intentos confederados Maximiliano no terminó de aceptarlos, fundamentalmente por su deseo de agradar a Washington y obtener su reconocimiento.

Al mismo tiempo que el Sur buscaba un acuerdo con Maximiliano, éste intentaba negociar el reconocimiento de su gobierno con el Norte. Los juaristas por su parte recurrieron a sus conocidos dentro de las esferas cultural, política, social y económica de la Unión Americana para conseguir pronunciamientos que presionaran al gobierno y lo obligaran a ayudar abiertamente a los constitucionalistas. Mientras Romero daba y asistía a varias fiestas o brindis en aras de buscar pronunciamientos a favor de la causa republicana el austriaco hacía lo propio. El emperador mexicano pagaba a la prensa que apoyara su reconocimiento, entabló lazos “amistosos” con representantes gubernamentales como fue el caso de Mr. Otterbourg e insistió en ofrecer negocios que interesaran a los inversionistas lo suficiente como para que decidieran apoyarlo e inclinaran la balanza de Washington a su favor. Incluso Napoleón III buscó algo más que ofrecer y eso fue su salida de México a cambio del reconocimiento. La oferta era tentadora, pero la Unión no aceptó.

Como puede verse, los juaristas y los imperialistas hicieron uso de todo lo que tenían a la mano para conseguir el respaldo de Estados Unidos. Si bien ambos grupos ofrecieron todo tipo de prebendas, Washington se mantuvo en contra de cambiar su política. Sin embargo había algo claro, sin importar los ofrecimientos del austriaco, la Casa Blanca prefería una república a un imperio.

Para los juaristas este razonamiento no era suficiente. Los republicanos necesitan respaldo efectivo para mantener a México independiente y serían capaces de cualquier cosa con tal de obtenerlo, como se verá en el siguiente capítulo.

Capítulo III

FRANCIA, ANTE EL TÉRMINO DE LA GUERRA CIVIL NORTEAMERICANA: ¿PRINCIPIO DEL FIN DEL SEGUNDO IMPERIO?

3.1 Francia ante el fin de la guerra civil.

Se ha insistido en otro momento que la intervención francesa fue posible gracias a una serie de sucesos internacionales y no solamente a los problemas internos de México. Si bien las cuestiones europeas fueron fundamentales para el desarrollo del expansionismo francés, la guerra civil estadounidense desempeñó un papel trascendental en los acontecimientos.²⁰² No fue sólo el incentivo que necesitaba Napoleón III para intervenir en México, sino que su fin también influyó en su comportamiento hacia el imperio de Maximiliano después de una estadía de tres años.

En efecto, el emperador francés no podía adivinar el futuro, pero esperaba, con un poco de suerte, que Estados Unidos no sobreviviera a los estragos que su guerra ocasionaría en todos los órdenes imaginados. La posibilidad de que los estados Confederados consiguieran su independencia alimentó los sueños de Napoleón III sobre la creación de su imperio ultramarino, coronado por el derrumbe político y militar de Estados Unidos en el continente. Claro que, como buen estratega, no desnudó sus deseos y mantuvo, tanto como le fue posible, una postura neutral, aunque con bemoles. Recuérdese que reconoció la beligerancia de los sureños, y eso, en términos de política internacional, significaba que admitía como justos los reclamos de los “rebeldes”. Así lo interpretaban los políticos

²⁰² Keratry, *op. cit.*, p. IX.

norteamericanos, quienes estaban molestos por el comportamiento francés, y que, al terminar la guerra de Secesión, exigían satisfacciones.²⁰³

Al conocer los resultados de la guerra civil, el gobierno francés se apresuró a felicitar el triunfo del norte y lo comparó con el “triunfo de la libertad”. Sin embargo, la conducta gala no quedó ahí. El siguiente paso fue regresar al gobierno de la Unión la mercancía sureña que habían comprado, así como desconocer las embarcaciones “rebeldes” en aguas francesas.²⁰⁴ Toda aquella conducta de los años previos, que había ocasionado la preocupación de Washington sobre una posible alianza franco-sureña, quedó olvidada una vez conocido el resultado final de la contienda. Los ministros franceses trataron de borrar de un plumazo los pasos que habían dado en apoyo a los sureños.

La prensa en Francia también adoptó una postura, en su mayoría, favorable al norte. Ésta hizo comparaciones heroicas de Lincoln y se pronunció, abiertamente, en contra de los “rebeldes”. Incluso hubo periódicos, como el *Moniteur*, que aseguraban que desde el principio de la contienda la simpatía de Francia estuvo con la causa nortea. ²⁰⁵ Este tipo de pronunciamientos pretendía dejar en el olvido viejos titulares, los cuales amenazaban el reconocimiento del

²⁰³ *Ibidem.*, p. 106; 14 de marzo de 1866, Congreso 39, *The Congressional Globe*, 1866, p. 1392.

²⁰⁴ Seward a Bigelow, Washington, 30 de junio de 1865, en NARA, *Ex. Doc.* no. 6, p. 48; Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 216; Ernest Dreóller en *The Patrie*, informe de Bigelow a Seward, París, 3 de marzo de 1865; 9, 12, 13 y 29 de junio de 1865; 5 de agosto de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollo 61, mf. 34, nos. 116, 117, 140 y 154; Drouyn de Lhuys a Bigelow, París, 5 de junio de 1865, 8 de junio de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollo 61, mf. 34, no. 116; nota de Garnier Páges a Bigelow, París, 5 de agosto de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollo 61, mf. 34, no. 153.

²⁰⁵ Nota periodística del *Avenir Nationale*, p. 130, en Bigelow a Seward, París, 1 de mayo de 1865, 12 de junio y 27 de junio de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollos 61 y 62, mf. 34, nos. 117, 132 y 184; nota de *L'Époque* en Dayton a Seward, París, 25 de noviembre de 1864, en *Papers Relating...*, p. 196.

gobierno estadounidense apenas un año atrás. En efecto, en 1864, cuando hubo elecciones en Estados Unidos la *Patrie* comentó que, si Lincoln no ganaba claramente las elecciones presidenciales, Francia no reconocería a esa administración.

Si bien la opinión de la prensa no es necesariamente reflejo de la postura del Estado, la actitud permite reflexionar sobre el ambiente que, en relación con Estados Unidos se respiraba en París. Así, se observa un sentimiento hasta cierto punto hostil, durante los últimos meses de la contienda, pues el triunfo del norte todavía era dudoso y algunos sectores de la prensa mostraban cierta propensión hacia los confederados. No obstante, unos cuantos meses después, en 1865, cuando el triunfo del general Ulises Grant era indudable hubo un cambio notable en el discurso de los diarios.

Con lo anterior no se pretende afirmar que, durante la guerra civil, la intervención militar en México contara con amplia simpatía entre la población francesa, más bien, con el triunfo de la Unión, las voces en contra de la guerra, así como el temor de una confrontación bélica con Washington se incrementaron. Efectivamente, desde un principio, la idea de intervenir en México bajo el argumento de la suspensión del pago de la deuda no contó con el apoyo total del cuerpo legislativo francés. Miembros de éste, como Jules Favre, se pronunciaron abiertamente contra el proyecto y explicaron que semejante aventura representaba graves problemas para el erario. Otro de los argumentos empleado por los detractores del proyecto era la posibilidad, real, de enfrentar un conflicto con la administración de la Casa Blanca, el cual disminuiría aún más la presencia de Francia en Europa. La preocupación de una confrontación con Washington fue

en aumento, y llegó a su clímax a mediados de 1865, cuando Washington se impuso a Richmond; esa inquietud ocasionó que el desarrollo de la guerra acaparara la atención de la prensa y de la sociedad francesa.²⁰⁶ Cabe mencionar que la intranquilidad por una confrontación con Estados Unidos también estaba presente entre los imperialistas en México. De hecho, el general Aquiles Bazaine temía un ataque de la Unión en cualquier momento.²⁰⁷

Sin embargo, ¿tenía fundamento toda esta preocupación? Muchas fuentes, como Belenki, opinan que hubo una gran diferencia entre el comportamiento norteamericano durante la guerra civil y al final de la misma, con el resultado ya conocido. Es aquí donde la interpretación de las fuentes toma una gran importancia. En primer lugar, si bien Seward y otros miembros del gobierno comenzaron a poner más énfasis en el futuro de la empresa francesa en México, hablar de un cambio radical resulta exagerado. En ninguno de los documentos consultados existe una amenaza tajante al emperador francés, sólo se observan comentarios sobre la necesidad de que los mexicanos se autogobiernen. También hay pronunciamientos en relación con el derecho del pueblo a elegir su tipo de gobierno, pero sin la presencia de las armas galas.²⁰⁸ Empero, los pronunciamientos no llegaron a más. Recuérdese que, aunque el gobierno de la Unión simpatizaba con el sistema republicano, el erario, la infraestructura y la

²⁰⁶ Heard, *op. cit.*, p. 681; Bigelow a Seward, París, 21 de diciembre de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollo 62, mf. 34, no. 228; *Correspondencia entre...*, p. 3; Seward a Corwin, Washington, 20 de febrero de 1864, en NAW, *Diplomatic Instructions...*, rollo 113, mf. 77, no. 113.

²⁰⁷ Ollivier, *op. cit.*, p. 138; Cuerpo Legislativo de Francia, debate sobre México, 10 de abril de 1865, en *Papers Relating...*, p. 276; "From Mexico", en *ProQuest Historical Newspapers: The New York Times (1851-2004)*, 26 de mayo de 1865, p. 4.

²⁰⁸ Véase cap. II.

condición de su sociedad no permitían “comprar” un problema ajeno. Antes de intentar reaparecer en el escenario continental había que poner orden en la “casa”. ¿Cómo presionar a París si Estados Unidos continuaba viviendo una división interna? Es verdad que el norte triunfó, pero la guerra dejó sus arcas muy gastadas. Además, después de la derrota, los sureños se sentían conquistados y no como parte de una “gran” nación a la que, lejos de considerarla “defensora de la libertad”, veían como opresora de un pueblo que luchaba por su felicidad.²⁰⁹ Por otro lado, no se debe olvidar que el costo material de la guerra no sólo afectó al erario, el campo sureño, donde se desarrolló gran parte del conflicto, quedó devastado y muchas fincas arruinadas; es decir, Washington debía sufrir la resaca de la guerra presente en su vida política, económica y social. Por si lo anterior fuera poco, el presidente sustituto Johnson no podía arriesgarse a que Francia permitiera que en el norte de México se organizaran grupos de ataque ex confederados. Así las cosas, su política exterior debía caracterizarse por su cautela, idea que Seward promovía tenazmente.

Igualmente, ¿Francia no era consciente de la problemática estadounidense? Seguramente sí, había representantes de París cerca de Washington, quienes informaban a su gobierno de los conflictos de esta nación. Entonces, ¿cómo explicar el temor a una confrontación militar por la cuestión mexicana? La respuesta no resulta difícil de encontrar y responde a esos mismos enviados. En sus despachos a Francia, los representantes galos informaban de la postura de la prensa y de la influencia que ésta tenía en la sociedad estadounidense, así como de los pronunciamientos de los congresistas radicales a

²⁰⁹ Brinkley, *op. cit.*, p. 449.

favor de expulsarlos de México. Dentro de sus informes explicaban que los hombres principales de la economía y de la sociedad de Estados Unidos, en su mayoría, apoyaban la causa juarista. Fue ese ambiente pro republicano que azuzaba el temor francés. Puede verse que no era producto de la imaginación. Además, si se toma en cuenta que hubo un incremento en la atención que Seward puso en la pronta solución de la cuestión mexicana será fácil comprender el juego especulativo en el que Napoleón III y sus hombres “cayeron”.

Otro de los aspectos que seguramente influyó en las preocupaciones galas fue la postura adoptada por Maximiliano en relación con la colonización de territorios mexicanos y el rumor que corrió tocante a la reinstalación de la esclavitud en México. En efecto, las medidas adoptadas²¹⁰ sobre la inmigración de los ex confederados provocaron un recrudecimiento en la actitud de los congresistas hacia la política de Maximiliano²¹¹ y, sobre todo, hacia la conducta francesa por permitirlo.

La realidad o no de un posible proyecto que permitiera la esclavitud en México es un tema digno de otra investigación; no obstante, es innegable que el austriaco se negó a permitir la “importación” de africanos y asiáticos,²¹² así como, por otro lado, consintió que los dueños de las tierras pudieran establecer las reglas a seguir por los campesinos interesados en trabajar sus propiedades con el fin de

²¹⁰ Véase el cap. II.

²¹¹ Galeana, “Una década...”, p. 65; 11 de diciembre de 1865, Congreso 39, *The Congressional Globe*, 1865, p. 22; Johnson a Seward, Washington, 14 de diciembre de 1865, en Richardson, *op. cit.*, p. 371; Bigelow a Seward, París, 22 de noviembre de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollo 62, mf. 34, no. 202; Seward a Bigelow, Washington, 14 de diciembre de 1865, en NARA, *Ex. Doc.* no. 6, p. 78; Pasarán, *op. cit.*, p. 90; Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 20.

²¹² Lubienski, *op. cit.*, p. 172.

regular las relaciones entre ellos. Esos trabajadores recibirían el nombre de operarios.²¹³ Después de analizar las fuentes queda claro que la molestia de los unionistas se encontraba en que los sureños pudieran establecer un “centro de operaciones” en México. Desde él podrían promover ataques contra la reciente paz alcanzada en Estados Unidos. La queja contra el establecimiento de la esclavitud fue, más bien, un pretexto utilizado por Washington para fundamentar su oposición a la presencia de los sureños en México y, principalmente, en la frontera norte.

Johnson y Seward esperaban que Francia y el mismo Maximiliano, en aras de mantener una relación amistosa con Washington, desistieran de esa política colonizadora y que eliminaran el peligro fronterizo. No se pretende minimizar la preocupación de la Casa Blanca por una posible reinstalación de la esclavitud en México. De hecho el asunto fue manejado bajo ese tenor por el representante Romero,²¹⁴ quien esperaba que, gracias a la sensibilidad de la sociedad a causa de la reciente guerra, el tema fuese retomado con fuerza por la misma y ésta, a su vez, ejerciera la suficiente presión en sus representantes para que tomaran medidas más drásticas hacia el respaldo que Francia daba a semejante conducta antidemocrática y violatoria de los derechos individuales.²¹⁵ Con todo, quedarse con la idea de un gobierno estadounidense preocupado por la suerte de los

²¹³ *Ibidem.*, p. 169; Pasarán, *op. cit.*, p. 88.

²¹⁴ Romero, Nueva York, 1 de octubre de 1865, en *Correspondencia...*, vol. v, p. 660; Romero, Washington, 5 de octubre de 1865, *Ibidem.*, p. 667; Pasarán, *op. cit.*, p. 90.

²¹⁵ Una de las protestas elevadas era que llevar soldados africanos a México para sostener el gobierno de Maximiliano constituía un claro acto de esclavitud, en Bigelow a Seward, París, 22 de noviembre de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollo 62, mf. 34, no. 202.

campesinos mexicanos resulta equívoco, pues, finalmente, era una cuestión que no perjudicaba directamente su vida diaria ni sus intereses económicos.

No obstante, Maximiliano tomó una serie de decisiones sumamente controversiales que ocasionaron muchas críticas por parte de las esferas políticas de Washington, las cuales lo perjudicaban en su camino hacia el establecimiento de relaciones diplomáticas con esa nación. El decreto del 3 de octubre de 1865²¹⁶ también fue conocido como “el Decreto Negro” por la crueldad del mismo. Como se recordará, Maximiliano decidió decretar la pena de muerte para todos aquellos que ayudaran a los juaristas, bajo el argumento de que su “jefe militar”, Benito Juárez, había abandonado México y refugiado en Estados Unidos.²¹⁷ Es decir, según el archiduque, el movimiento republicano quedó acéfalo. Nuevamente la prensa y los políticos radicales estadounidenses expresaron su desacuerdo con el “autollamado” emperador.²¹⁸ El hecho de “cazar” a quienes simpatizaban con los constitucionalistas fue considerado un acto de “barbarie” inaceptable entre las naciones civilizadas. Don Matías, por su parte, estaba listo para promover al partido liberal. En primer lugar aclaró el rumor sobre la huida del presidente, quien se encontraba en Paso del Norte, y de ninguna manera había abandonado el territorio nacional. Una vez que esta noticia se dio a conocer, las críticas a la postura de Maximiliano aumentaron, pues su fundamento era erróneo. Sin

²¹⁶ Ernesto de la Torre Villar, “La política americana durante la Intervención Francesa en México: notas para su estudio”, en *Revista de Historia de América*, Pan American Institute of Geography and History, nos. 63-64, 1967, p. 26.

²¹⁷ Roeder, *op. cit.*, p. 884-885.

²¹⁸ Bigelow a Seward, París, 24 de noviembre de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollo 62, mf. 34, no. 203; “Mexico -The Actual Condition of Affairs there”, en *The Mexican Times*, 30 de diciembre de 1865, p. 3; Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 223; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 3 de noviembre de 1865, en *Correspondencia...*, vol. VII, p. 99.

embargo, a pesar de los esfuerzos de Romero, la propaganda pro juarista y las críticas de los políticos radicales hacia el comportamiento del emperador, la conducta internacional del gobierno estadounidense no mostró la agresividad que los franceses temían y los liberales ansiaban. Nuevamente la explicación a esa conducta se encuentra en la situación interna de Estados Unidos, sobre todo en la económica.

Estados Unidos no encontraba atractivo involucrarse en la cuestión mexicana pues más problemas perjudicarían su recuperación; además la mala situación económica, a causa de la guerra civil, era un impedimento mayúsculo para que los estadounidenses atendieran un asunto que era importante, pero no fundamental para sus intereses inmediatos, como lo era el asunto mexicano. El gobierno y la sociedad sabían que era necesario reactivar la economía antes que cualquier otra cosa.

En ese mismo año, 1865, se acordó que la siguiente Exposición Universal tuviera lugar en París, de abril a octubre de 1867. La importancia del evento para el gobierno de la Casa Blanca radicaba en la oportunidad de encontrar inversionistas y establecer negocios que, obviamente, fortalecerían las finanzas nacionales. No resulta difícil suponer que la idea de participar en la exhibición ocasionaba unanimidad en todos los sectores políticos y económicos. Asistir era una excelente oportunidad, Johnson y sus consejeros lo sabían y estaban al pendiente del desarrollo de los preparativos,²¹⁹ y Napoleón III también.

²¹⁹ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 15 de junio de 1866, en *Correspondencia...*, vol. VII, p. 674; nota del Congreso de Estados Unidos, Washington, 11 de diciembre de 1865; Richardson, *op. cit.*

En efecto, el gobierno francés, junto con los organizadores del evento, J. Liott y G. Hougelmann, no tardó en enviar la invitación a la Casa Blanca, en la cual pidió informes sobre cuáles eran las necesidades que debía cubrir el espacio destinado al pabellón de los productos estadounidenses.²²⁰ No obstante la buena acogida que tuvo la idea de participar en el evento, había algunos resquemores, sobre todo porque planear la exposición, enviar los productos y montarla implicaba un costo elevado²²¹ y, en ese momento de problemas económica, podía ser peligroso para la endeble estabilidad nacional, un gasto de tal magnitud, sobre todo, si no se conseguía alguna inversión que justificara los gastos y produjera buenos dividendos.²²²

El asunto se llevó al Congreso y las discusiones no sólo trataron el tema del gasto económico. Algunos congresistas, como Mr. Nathaniel P. Banks,²²³ pretendieron llevar al pleno el debate sobre la reacción de México ante la posible

²²⁰ Duff, *op. cit.*, p. 246-247.

²²¹ La instalación del stand estadounidense tendría un costo mínimo de \$48 000.00, información obtenida en Bigelow a Seward, París, 2 de agosto de 1865, 22 de agosto de 1865, 13 de octubre de 1865, 25 de octubre de 1865, 24 de noviembre de 1865, 14 de diciembre de 1865 y París, 16 de marzo de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollos 61-63, mf. 34, nos. 151, 158, 189, 189 b 63, 204, 222 y 290.

²²² F. Le Play a Bigelow, París, 23 de octubre de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollo 61, mf. 34, no. 189. Frédéric Le Play nació en 1806 y murió en 1882. Fue comisario general de las exposiciones universales de 1855 y 1867. También se desempeñó como consejero de Estado y senador imperial durante el gobierno de Napoleón III, en José Ignacio Garrigón Moneris, *Pierre-Guillaume-Frédéric Le Play (1806-1882). Biografía intelectual, metodología e investigaciones sociológicas*, 2001 (DE 9 de enero de 2010, http://descargas.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/12922740816702617098213/006459_1.pdf).

²²³ Nathaniel Prentice Banks nació el 30 de enero de 1816 y murió el 1 de septiembre de 1894; fue político y general que sirvió en el ejército de la Unión durante la guerra civil. Al terminar la contienda fue senador por Massachusetts ante el Congreso de 1865 a 1873, y formó parte del Comité de Relaciones Exteriores del mismo, en *Biographical Directory of the United States Congress 1774-2005*, Joint Committee on Printing (DE 9 de enero de 2010, <http://www.gpoaccess.gov/serialset/cdocuments/hd108-222/b.pdf>).

participación.²²⁴ Obviamente muy pocos de los miembros se preocuparon por lo que el gobierno juarista opinara o no sobre la presencia estadounidense en el evento francés; sin embargo, si bien el asunto no generó demasiada controversia, el hecho sirve para dejar patente que Romero trabajaba arduamente a favor de los republicanos, pues quién más, sino él estaría interesado en impedir un acercamiento amistoso entre Washington y París. En efecto, la participación de Estados Unidos en la muestra no sólo aparecía como un momento adecuado para hacer negocios, también significaba un acto de buena voluntad y amistad entre los asistentes.²²⁵ A pesar de intentar llamar la atención sobre una negativa para acudir, argumentando la falta de dinero y la necesidad de apoyar la lucha por la independencia en México, la mayoría de los congresistas coincidieron en que lo más benéfico para salir de la crisis económica era, precisamente, exponer las potencialidades de la industria, así como mostrar los avances en la agricultura y las artes nacionales.²²⁶ Indiscutiblemente, los hombres de negocios tuvieron un papel importante en las discusiones, incluso la prensa francesa llegó a informar que los inversionistas de Nueva York estaban dispuestos a apoyar la asistencia a la exposición con \$100,000 dólares.²²⁷ La información de la prensa no era errónea, uno de los comerciantes más importantes de Nueva York, Mr. Raymond, se presentó en la sesión del congreso del 14 de marzo de 1866 y dijo que la asistencia de Estados Unidos era muy importante para el comercio de su estado y

²²⁴ 14 de marzo de 1866, Congreso 39, *The Congressional Globe*, 1866, p. 1392 y 1400.

²²⁵ Seward a Bigelow, Washington, 5 de abril de 1865, en *Papers Relating...*, p. 256.

²²⁶ 13 de junio de 1866, Congreso 39, *The Congressional Globe*, 1866, p. 3137; 14 de marzo de 1866, Congreso 39, *The Congressional Globe*, 1866, p. 1394.

²²⁷ Información periodística transmitida por Bigelow en Bigelow a Seward, París, 12 de abril de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollo 64, mf. 34, no. 301.

de la nación.²²⁸ Después de los discursos y las visitas de los hombres prominentes, la resolución del Congreso fue favorable para los planes de los industriales y de los inversionistas.²²⁹ Por otro lado, la asistencia a la exposición no sólo garantizaba la posibilidad de reactivar la economía nacional, también, pensando en la cuestión mexicana, significaba un mensaje sobre el deseo de la Casa Blanca de mantener una buena relación con París, más allá de lo que pasara en México con Maximiliano y Juárez. Situación que, por otro lado, comenzaba a definirse.

3.2 Los enemigos del Imperio de Maximiliano

3.2.1 El cuerpo legislativo y la prensa francesa

Los enemigos del imperio mexicano no sólo estaban entre los republicanos mexicanos y algunos sectores estadounidenses. Desde el principio de la intervención varios miembros del cuerpo legislativo francés se pronunciaron contra esa “aventura”. Por su parte, la opinión pública tampoco apoyó unánimemente el proyecto imperial, a pesar de los esfuerzos de Napoleón III. Obviamente, con el paso de los años y a causa de los magros resultados, los pronunciamientos a favor de que la intervención en México terminara aumentaron.

Frente a la población francesa, en 1862, Napoleón III aseguraba que la presencia francesa en México era conveniente para las arcas francesas. La intervención tenía como objetivo, según él, cobrar la deuda que México debía, pero sus intenciones iban más allá, pretendía desconocer a Juárez, así como

²²⁸ 14 de marzo de 1866, Congreso 39, *The Congressional Globe*, 1866, p. 1393.

²²⁹ Dix a Seward, París, 20 de abril de 1867, en NAW, *Despatches...*, rollo 64, mf. 34, no. 301; 3 de diciembre de 1867, Congreso 40, *The Congressional Globe*, 1867, p. 3.

promover el establecimiento de un gobierno afín a sus intereses. Por los mismos años la prensa tenía una participación destacada, gracias a la importancia propagandística que desde la administración revolucionaria del ahora emperador se le había dado a mediados del siglo.²³⁰ Bajo estas características, intervenir o no en los asuntos mexicanos se llevó a la discusión y, en su mayoría, el proyecto imperial contó con el visto bueno de los diarios.²³¹ Sin embargo, pronto comenzaron a aparecer voces disidentes. Al principio, se creyó que la intervención en México sería rápida y que pasados unos cuantos meses todo acabaría; empero, para 1864 habían transcurrido dos años y al parecer la empresa todavía llevaría más tiempo. Por otro lado, los militares franceses no estaban interesados en seguir combatiendo en México, puesto que no representaba gloria alguna para su país, además de que los sueldos eran inconstantes, lo cual podría provocar que la tropa se revelase y no quisiera pelear.²³²

También debe considerarse que antes de 1864 había algunos puntos que faltaba aclarar, como el hecho de quién gobernaría México, lo cual permitió que se creyera que una vez declarado el nuevo gobierno los sucesos concluirían con rapidez. Esto ayuda a entender por qué, a pesar de las críticas al proyecto del emperador, todavía no tenían la fuerza suficiente para obligarlo a abandonarlo. El

²³⁰ Hobsbawm, *op. cit.*, p. 37; Case, *op. cit.*, p. 257; Case, “French Opinion and Napoleon III’s Decision After Sadowa”, en *The Public Opinion Quarterly*, Oxford, Oxford University Press on behalf of the American Association for Public Opinion Research, vol. 13, no. 3, otoño de 1949, p. 441.

²³¹ Algunos de los periódicos que apoyaron el imperio de Maximiliano fueron *La Gazette de France*, *Memorial Diplomatique*, *L’Union, Constitutionnel*, *Le Pays*, *La Patrie*, principalmente, en Weckmann, *op. cit.*, p. 275.

²³² Erika Pani, “Más allá del fusilado de Querétaro y la loca de Miramar, historiografía reciente sobre el Segundo Imperio”, en *Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, no. 50, septiembre-diciembre 1997, p. 18.

argumento que se manejó fue que, una vez que Maximiliano se estableciera en el país, Juárez sería rápidamente derrotado y Francia recobraría su inversión con creces. No obstante, la oferta del gobierno no convenció a varios miembros del cuerpo legislativo²³³ como el ya mencionado Jules Favre,²³⁴ y Adolphe Thiers,²³⁵ entre otros, incluyendo al ministro de economía M. Achille Marcus Fould²³⁶ y algunos periódicos –*Le Temps*, *Le Siècle*, *L'Opinion Nationale*– que continuaron viendo en la intervención en México un derroche de dinero, armas y hombres que eran necesarios en Europa.²³⁷

En efecto, una de las quejas más recurrentes entre los miembros del cuerpo legislativo era la cuestión económica. El imperio de Maximiliano requería demasiado dinero y el erario francés estaba perjudicándose. Los enemigos de la

²³³ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 2, 13 y 25 de febrero de 1864, en *Correspondencia...*, vol. IV, p. 21, 51 y 74; José María Arroyo a Maximiliano, informe sobre discusión en el cuerpo legislativo francés, 2 de junio de 1864, AHSRE, exp. 3-4-4136, f. 1-1v; Weckmann, *op. cit.*, p. 275.

²³⁴ 21 de marzo de 1809-20 de enero de 1880. Nació en Lyon y fue abogado. Durante la revolución de 1830 se declaró republicano. En 1858 fue elegido diputado de París, y fue uno de los "cinco" que dio la señal de la oposición republicana al imperio. En 1863 se convirtió en el jefe de su partido, y se opuso a la expedición mexicana y la ocupación de Roma, en "Jules Favre", en *Encyclopaedia Britannica*, en línea, 2010 (DE 31 de enero de 2010 <http://www.britannica.com/EBchecked/topic/202910/Jules-Favre>.)

²³⁵ Louis Adolphe Thiers (Marsella, 15 de abril de 1797-Saint-Germain-en-Laye, 3 de septiembre de 1877). Historiador y político francés, fue varias veces primer ministro bajo el reinado de Luis-Felipe de Francia. Se convirtió en redactor del diario *Constitutionnel*. A partir de 1863 se convirtió en el portavoz principal del grupo antiimperialista en la cámara francesa, y fue considerado uno de los enemigos del imperio. Protestó contra las empresas extranjeras, como la cuestión mexicana. Al caer el imperio de Napoleón III gobernó como presidente provisional, en "Adolphe Thiers", en *Encyclopaedia Britannica*, en línea, 2010. (DE 31 enero 2010 <http://www.britannica.com/EBchecked/topic/592074/Adolphe-Thiers>.)

²³⁶ Achille Marcus Fould nació en París, en 1800, y murió en La Loubère, en 1867. Político y banquero francés, fue ministro de Finanzas (1849-1852 y 1861-1867) y de Estado (1852-1860) con Napoleón III. Seguidor de las ideas de Saint-Simon y partidario del libre cambio, creó junto con los hermanos Pereire el *Crédit Mobilier* (1852). Durante su último ejercicio en el cargo redujo la inflación, que la guerra con México había incrementado. (DE 31 de enero de 2010, www.biografiasyvidas.com/biografia/f/fould.htm.)

²³⁷ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 2 de febrero de 1864, en *Correspondencia...*, vol. IV, p. 22; Weckmann, *op. cit.*, p. 275.

política imperial no dejaban de reclamar al emperador la “mala” administración que estaba aplicando. La oposición a la cuestión mexicana aumentó cuando la guerra civil en Estados Unidos terminó.²³⁸ La prensa y los ministros franceses insistieron en que Napoleón III dejara que Maximiliano se afanzara solo en el poder. Los periódicos, al igual que muchos políticos opinaban que Francia no debía seguir arrastrándose al precipicio económico a causa de la “incompetencia” de Maximiliano.²³⁹ Incluso hubo representantes del sector intelectual que también atacaron la conducta del emperador. El personaje que más destacó fue Víctor Hugo, cuyos trabajos, incluso, fueron utilizados por los juaristas como propaganda contra los intervencionistas, para desprestigiar su presencia en tierras mexicanas.²⁴⁰

Luis Napoleón, mientras tanto, desde marzo de 1865, trató de apaciguar las críticas y las peticiones a favor de abandonar México. Su argumento fundamental era que faltaba poco tiempo para que Estados Unidos reconociera la administración de Maximiliano.²⁴¹ En apoyo a esta idea hubo pronunciamientos incluso de la prensa, como *La France*, considerado el diario oficial del imperio. También hubo simpatías de algunos miembros cercanos a la corte como el

²³⁸ Véase el cap. II, p. 150.

²³⁹ Dix a Seward, París, 12 de julio de 1867, en NAW, *Despatches...*, rollo 65, mf. 34, no. 102; discusión en el cuerpo legislativo de Francia, 10 de abril de 1865, 12 de julio de 1867, en *Papers Relating...*, p. 256 y 258; “The Mexican Question”, en *ProQuest Historical Newspapers: The New York Times (1851-2004)*, 12 de octubre de 1866, p. 4; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 31 de agosto de 1865, en *Correspondencia...*, vol. V, p. 591; Saldívar, *op. cit.*, p. 73; Keratry, *op. cit.*, p. XIII; Heard, *op. cit.*, p. 679; Ollivier, *op. cit.*, p. 149; Vigil, *op. cit.*, p. 271; Valone, *op. cit.*, p. 588; Bosch, “Maximiliano...”, p. 330.

²⁴⁰ Belenki, *op. cit.*, p. 138.

²⁴¹ Iglesias, *op. cit.*, p. 172; Weckmann, *op. cit.*, p. 315.

presidente del Consejo de Estado.²⁴² Claro que varios de los legisladores franceses no creyeron en el informe del emperador, sobre todo después de que la realidad se mostraba diferente. Los críticos del gobierno encabezados por Thiers y Favre decían que se necesitaba al ejército en Francia, no allende el Atlántico, tan lejos de Europa. Las protestas se tornaban aún más comprensibles frente a la crisis política que se avecinaba para la fuerza imperial en Europa, como se verá más adelante. Francia y su pueblo no podían, ni debían seguir manteniendo el capricho del emperador.

A principios de 1866, la situación en Francia parecía insostenible. La prensa, incluso la oficial, levantaba su voz para convencer al emperador de abandonar México. Los más fieles al proyecto imperial opinaban que era necesario convencer a Maximiliano de abdicar; no obstante, si el austriaco se negaba entonces habría que abandonarlo a su suerte.²⁴³ Otro aspecto que también formó parte de las presiones sobre el emperador fue la demanda de los inversionistas, como los Rothschild y la familia Pereire, entre otros, quienes no veían dividendos en los préstamos, que, junto con el emperador, aportaban para el afianzamiento del nuevo gobierno mexicano.²⁴⁴ El aumento de la presión obligó a Napoleón III a anunciar el fin de la intervención en México. La noticia la dio el 15 de enero de 1866 durante la apertura de sesiones del Cuerpo Legislativo. Sin embargo, la evacuación no sería tan rápida como se esperaba. El emperador explicó que el

²⁴² Bigelow a Seward, París, 21 de noviembre de 1865, 6 de marzo de 1866, 7 de septiembre de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollos 62, 63, 64, mf. 34, nos. 199, 282, 297 y 366.

²⁴³ Lefebvre, *op. cit.*, p. 299; Vigil, *op. cit.*, p. 272.

²⁴⁴ Erika Pani, *El Segundo Imperio, herramientas para la historia*, México, Fondo de Cultura Económica/Centro de Investigación y Desarrollo Económico, 2004, p. 29; Hobsbawm, *op. cit.*, p. 68; Vigil, *op. cit.*, p. 282.

retiro de las tropas se haría de manera paulatina y a lo largo de un año.²⁴⁵ El anuncio no tuvo el éxito deseado. La prensa y el cuerpo legislativo no quedaron satisfechos. Un nuevo debate sobre la necesidad de abandonar rápidamente México tuvo lugar durante todo el año.²⁴⁶ Las discusiones fueron bien documentadas por el representante estadounidense, Bigelow, quien, incluso, llamó a los críticos de Napoleón III amigos de Juárez.²⁴⁷ Empero el papel de la política europea fue igual, o tal vez más importante que la presión interna.

3.2.2 Europa y Francia

Gracias al crecimiento militar francés Napoleón III obtuvo mucho poder en Europa. Francia pretendió convertirse en el árbitro de la política en el viejo continente después de la guerra de Crimea. Durante ese conflicto el imperio francés demostró que contaba con el ejército más poderoso de la región. Ante el panorama, estados como Prusia y el imperio austriaco, decidieron mantener buenas relaciones con la nación gala y aceptaron su preponderancia en la zona. Unos cuantos años después se presentó para Luis Napoleón III la posibilidad de llevar su influencia allende el Atlántico. Los monarquistas mexicanos como José Manuel Hidalgo o Gutiérrez de Estrada, pidieron su ayuda para consolidar un gobierno monárquico en México.²⁴⁸

²⁴⁵ Ollivier, *op. cit.*, p. 150 y 155; Zamacois, *op. cit.*, Vol. XVIII, p. 356.

²⁴⁶ Bigelow a Seward, París, 30 de junio de 1865, 6 de marzo, 6 de abril, 13 de junio y 7 de septiembre de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollos 61, 63, 64, mf. 34, nos. 135, 281, 282, 297, 338 y 366; Almonte a Juan Nepomuceno Pereda, subsecretario de Negocios extranjeros, encargado del despacho del ministerio, París, 15 de noviembre de 1866, en AGN, *Segundo Imperio*, Relaciones Exteriores, vol. 87, exp. 92, fj. 3.

²⁴⁷ Bigelow a Seward, París, 6 de marzo de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollo 63, mf. 34, no. 282.

²⁴⁸ Ver *supra*, p.20.

La oportunidad se presentaba inmejorable para el francés, los problemas mexicanos aunados a los conflictos internos de Estados Unidos parecían dejarle el camino abierto para crear su zona de influencia. Sin embargo, Napoleón III calculó mal. Pensó que la cuestión mexicana se solucionaría rápido, así su influencia en Europa iría en aumento. Los meses pasaban y el proyecto monarquista mexicano no se consolidó. El gasto de hombres y dinero que Francia hacía continuamente permitió que Otto von Bismarck, canciller de Prusia, comenzara a fortalecer sus fuerzas militares. Además, desde diciembre de 1864, el prusiano convocó a los líderes de Rusia, Alejandro II, y Austria, el emperador Francisco José, a conformar una liga de apoyo mutuo. La noticia preocupó a Luis Napoleón, quien comenzó a ver a Prusia con cierto recelo pues, aparte de conformar la alianza estaba en un proceso de unificación de los estados alemanes y de expansión territorial.²⁴⁹

Para 1865, lejos de disminuir el peligro para la hegemonía francesa éste fue en aumento. Bismarck planeaba convencer a Francisco José de aliarse y juntos encabezar la unificación de los estados germanos.²⁵⁰ El plan le interesó al austriaco, pero los problemas comenzaron cuando Bismarck pretendió que éste se sometiera a las órdenes prusianas. La situación intranquilizaba a Francia. Por una parte, la guerra entre Austria y Prusia²⁵¹ podía beneficiarlo si lograba mantenerse neutral y mediar en el conflicto, así saldría favorecido sin haber disparado ni un

²⁴⁹ Iglesias, *op. cit.*, p. 61.

²⁵⁰ María del Rosario Santana Brombilla, "Napoleón III y su intervención en la política mundial", tesis doctorado en historia universal, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1954, p. 73 y 77.

²⁵¹ Astié Burgos, *op. cit.*, p. 61; Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 258.

tiro,²⁵² pero también existía el peligro de que Prusia impusiera sus condiciones, y retara, abiertamente, la hegemonía francesa, aprovechando su debilidad, a causa de que sus tropas estaban en México.²⁵³

Para tratar de salvar la situación Napoleón III ideó una serie de movimientos políticos que, esperaba, le ayudaran a afianzar el control internacional, pero que eran muy difíciles de concretar.²⁵⁴ La realidad para el emperador se agravó cada vez más, sobre todo porque el problema no se concentraba en la fuerza prusiana, pues Italia, que estaba en su propio proceso de unificación, luchaba contra la Santa Sede y el emperador francés, quien ayudaba al papa Pío IX. Una posible alianza entre los italianos y los prusianos resultaba, entonces, posible.²⁵⁵

El año 1865 transcurrió con tensión y 1866 no se presentó mejor. Los intentos de Francia por frenar una guerra entre Austria y Prusia no dieron frutos. Francisco José estuvo de acuerdo en que Napoleón III fungiera como mediador.²⁵⁶ El hecho de que Francia fuera la mediadora habla de la influencia que tenía todavía en ese momento entre las naciones en conflicto. El emperador aprovechó el buen entendimiento diplomático existente entre su gobierno y el prusiano para

²⁵² Bigelow a Seward, París, 14 de junio de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollo 64, mf. 34, no. 335; Jacques Droz, *Historia de la formación de la unidad alemana, 1879-1871*, Barcelona, Vicens-Vives, 1973, p. 231; Duff, *op. cit.*, p. 226 y 225.

²⁵³ Ratz, *op. cit.*, p. 214.

²⁵⁴ La información sobre las penurias políticas de Napoleón se conocieron incluso entre los liberales mexicanos, Romero informó que “Bélgica se anexará a Francia. La familia belga saldrá rumbo a México, el príncipe de Brabante será nombrado heredero de Maximiliano, en contraparte aceptará (Francia) que Prusia se quede con Elba [...]” en Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 24 de agosto de 1865, en *Correspondencia...*, vol. V, p. 582.

²⁵⁵ Enrique García Moisés, “Reflexiones de Émile Ollivier sobre la Intervención Francesa y el imperio de Maximiliano”, tesis de licenciatura en historia, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1975, p. 109-110.

²⁵⁶ Zamacois, *op. cit.*, Vol. XVIII, p. 478; Droz, *op. cit.*, p. 231.

tratar de llegar a un acuerdo y evitar la guerra.²⁵⁷ Sin embargo, su debilidad política en la región quedó manifestada cuando Bismarck hizo caso omiso de su intento mediador. Aunque, ante el comportamiento del prusiano hubo algunos exaltados que propusieron atacarlo para demostrar la hegemonía francesa, la postura del emperador era evitar una confrontación armada. No podía arriesgarse sin tener a su ejército completo en Europa.²⁵⁸

La guerra austro-prusiana comenzó en junio de 1866 y también se conoce como la guerra de las Siete Semanas, pues terminó en agosto del mismo año.²⁵⁹ La superioridad prusiana se hizo presente, el emperador austriaco quedó debilitado después de la batalla definitiva en Sadowa.²⁶⁰ El resultado de la guerra alarmó a Francia, Prusia desafió a Napoleón III, y Bismarck estaba listo para encabezar la unificación de los estados germanos, para los franceses sólo era cuestión de tiempo para que estallara un conflicto que definiría a la nación que confrontaría a Inglaterra por el dominio de Europa.²⁶¹

Todo esto repercutió en el apoyo al gobierno de Maximiliano. Francia necesitaba su ejército para controlar a Prusia y Austria, el reino de su hermano, concentró su fuerza en la guerra de las Siete Semanas y después en recuperarse

²⁵⁷ Bigelow a Seward, París, 27 de abril y 6 de julio de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollos 63, 64, mf. 34, nos. 304 y 344.

²⁵⁸ Santana, *op. cit.*, p. 76-77; Case, "French Opinion and Napoleon III's Decision..." p. 445.

²⁵⁹ Duff, *op. cit.*, p. 225-226 y 242; Hobsbawm, *op. cit.*, p. 87.

²⁶⁰ Santana, *op. cit.*, p. 76.

²⁶¹ Duff, *op. cit.*, p. 225-251. El conflicto franco-prusiano comenzó en julio de 1870. El resultado de la guerra fue el final del imperio napoleónico.

del conflicto. Las necesidades del emperador mexicano pasaron a un segundo plano.²⁶²

3.3 ¿Una confrontación entre Francia y Estados Unidos? Causas y consecuencias

¿Realmente era posible una confrontación entre Francia y Estados Unidos? Cuando terminó la guerra civil norteamericana hubo sectores en las dos naciones que así lo pensaron. Independientemente del comportamiento diplomático, el hecho que provocó la incertidumbre fue el movimiento militar que el general Grant apoyó cerca de la frontera mexicana. La relación de Romero con el héroe de la guerra de Secesión, y la abierta oposición de éste a la presencia gala en México levantaban suspicacias y rumores en Washington y en París. Bazaine se aprestó a preparar la defensa del imperio, en caso de alguna contingencia, lo que indica que, para los imperialistas, era muy probable un ataque estadounidense.²⁶³

Las murmuraciones se acrecentaron cuando se supo que el representante mexicano entró en conversaciones con varios generales, todos cercanos a Grant, quienes también simpatizaban con la causa juarista. Lo anterior, junto con la presión interna en Francia y los problemas que ya se dibujaban en Europa, llevaron a Napoleón III a hablar de retirar sus tropas de México, siempre y cuando hubiese alguna negociación favorable hacia los reclamos galos y se respetase el

²⁶² Valone, *op. cit.*, p. 589; García Moisés, *op. cit.*, p. 109; Zamacois, *op. cit.*, Vol. XVIII, p. 419.

²⁶³ Diario de acontecimientos políticos y militares, 26 de enero a 21 de diciembre de 1864, en *Documentos de la Reforma...*; Pasarán, *op. cit.*, p. 86-87; Iglesias, *op. cit.*, p. 141; Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 157 y 187; Seward a Bigelow, Washington, 17 y 28 de marzo, 12 y 17 de junio de 1865, en NARA, *Ex. Doc.* no. 6, p. 36, 37, 42 y 45; Valone, *op. cit.*, p. 585.

nuevo orden político establecido en el país.²⁶⁴ Sin embargo, el emperador francés no era del todo franco en sus pronunciamientos, pues, al mismo tiempo, y a pesar de sus críticos, mandó más refuerzos para tratar de apuntalar a la administración de Maximiliano. En México, mientras tanto, la situación político-militar era confusa. En algunas ocasiones parecía que el emperador se impondría pero, en otras, su futuro era incierto.

Así como había soldados estadounidenses dentro del ejército imperialista, dentro del juarista también participaban voluntarios, quienes fueron hechos prisioneros en combate por el ejército invasor y, si bien el gobierno de la Casa Blanca no hizo ningún pronunciamiento al respecto, existía el temor de que esto fuera utilizado por la administración de Johnson para atacar al imperio. El silencio de Washington era comprensible, pues Seward apostó a una política de persuasión en lugar de una confrontación con París²⁶⁵ y ese fue el mismo argumento que le dio al general Schofield cuando, para evitar una confrontación armada en México, lo comisionó para viajar a París a entrevistarse con Napoleón III, en 1866.²⁶⁶ Empero, en ese mismo año hubo un suceso que alteró ese comportamiento conciliador: la participación del ejército norteamericano en la toma de Bagdad.²⁶⁷ Esta fue la amenaza más tangible para el gobierno de Maximiliano. Seguramente Bazaine, Maximiliano y Napoleón III vieron la movilización como una

²⁶⁴ Iglesias, *op. cit.*, p. 237; Bigelow a Seward, París, 6 de octubre y 29 de diciembre de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollos 61 y 62, mf. 34, nos. 180 y 232; Zamacois, *op. cit.*, Vol. XVIII, p. 302-303 y 305.

²⁶⁵ Valone, *op. cit.*, p. 586.

²⁶⁶ Véase cap. II; Valone, *op. cit.*, p. 588.

²⁶⁷ Véase cap. II, p. 140; Bigelow a Seward, París, 9 de febrero de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollo 63, mf. 34, no. 269; Juárez a Andrés Viesca, Washington, 1 de abril de 1865 a 30 de octubre de 1867, Correspondencia del señor Benito Juárez con el señor Andrés Viesca, en BNM, *Fondo Juárez*, ms. J. supl. 131; Weckmann, *op. cit.*, p. 260; Moreno, *op. cit.*, p. 79 y 99.

provocación, pero no hay información sobre un intento mayor. El comportamiento militar no contó con el visto bueno de la Casa Blanca, e incluso, en un principio se negó la participación de generales en el asunto, pero, al no poder deslindarlos, Grant tuvo que hacer prisioneros a los hombres que participaron en el zafarrancho.²⁶⁸ Ante las reclamaciones francesas Seward dio explicaciones. Según éstas, los ataques en la frontera no tuvieron como objetivo ayudar a Juárez; más bien respondieron a una serie de reclamaciones que los ciudadanos estadounidenses presentaron a causa de los robos y de las confrontaciones que, entre imperialistas y republicanos, tenían lugar en la zona.²⁶⁹ No obstante las explicaciones de Seward, a París le quedó claro que su presencia en México cada vez era más peligrosa además de que Maximiliano no logró su objetivo, pues Washington nombró a Lewis Campbell²⁷⁰ como su representante cerca del gobierno de Juárez, haciendo patente su desaire al imperio del austriaco.

Otro elemento que se agregó al clima tenso fue la invitación que realizó el emperador mexicano a dos súbditos franceses —el General d' Osmont y a Mr. Frian, quienes se encargarían del Estado Mayor del cuerpo expedicionario y del

²⁶⁸ Bigelow a Seward, París, 9 de febrero de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollo 63, mf. 34, no. 269; Pánfilo Carranza a Ignacio Aguilar, Bruselas, 28 de enero de 1866, en CEHM Carso, *Fondo Segundo Imperio*, Fondo IX-I, carpeta 5-8, legajo 644, doc. 1; “Gen Weitzel and the Monroe Doctrine” y “The Mexican Imbroglia”, en *The Mexican Times*, vol. I, nos. 20, 21, 27 de enero y 3 de febrero de 1866, p. 1; Sheridan a Grant, Washington, 11 de diciembre de 1866, en *Papers Relating...*, p. 213; Pasarán, *op. cit.*, p. 93; Vigil, *op. cit.*, p. 278.

²⁶⁹ “The Mexican Imbroglia”, en *The Mexican Times*, vol. I, no. 21, 3 de febrero de 1866, p. 1; José Agustín Arrangoiz a Ignacio Aguilar y Marocho, México, 28 de diciembre de 1865, en CEHM Carso, *Fondo Segundo Imperio*, Fondo IX-I, carpeta 5-8, legajo 607, doc. 1; Joaquín Velásquez de León a Ignacio Aguilar y Marocho, Roma, 15 de enero de 1866, *Ibidem.*, Fondo IX-I, carpeta 5-8, legajo 629, doc. 1; Pánfilo Carranza a Ignacio Aguilar y Marocho, México, 28 de enero de 1866, *Ibidem.*, Fondo IX-I, carpeta 5-8, legajo 644, doc. 1.

²⁷⁰ Véase cap. II, p. 74.

Departamento de Tesorería, respectivamente— para que no regresaran a su país, y, al contrario, participaran con él en la administración del imperio. Dichos franceses eran miembros del grupo militar que envió Napoleón III para ayudar a Maximiliano, pero las cambiantes circunstancias en Europa y en México le obligaron a prohibir a sus súbditos cualquier participación permanente en el gobierno imperial para evitar algún reclamo estadounidense. A pesar de la postura del gobierno francés, Maximiliano insistió en su propuesta y la Casa Blanca se pronunció en contra de esa posibilidad. Seward argumentó que meses atrás el gobierno francés se había comprometido a no intervenir en la vida interna de México, por lo tanto el hecho de que Napoleón III apoyara o permitiera esas designaciones sería incompatible con su ofrecimiento. Al reclamo de Washington, París no tardó en responder ratificando su deseo de no inmiscuirse en la administración del imperio mexicano.²⁷¹ Maximiliano y su proyecto de gobierno, ya no eran un negocio viable para las arcas y el expansionismo político francés.

3.3.1 El éxodo de las tropas francesas

La serie de problemas político-económicos que se presentaron para Napoleón le obligaron a dar un paso importante para el futuro del imperio mexicano. Desde mediados de 1865 comenzó a correr el rumor de que Napoleón III llamaría a sus tropas de regreso a Francia.²⁷² No obstante, antes de admitir su fracaso se propuso averiguar qué podría obtener de México en relación con los reclamos

²⁷¹ Keratry, *op. cit.*, p. 189; Vigil, *op. cit.*, p. 302.

²⁷² Isidro Díaz a Ignacio Aguilar y Marocho, México, 27 de julio de 1865, en CEHM Carso, *Fondo Segundo Imperio*, Fondo IX-I, carpeta 4-8, legajo 482, doc. 1; “The French Troops in Mexico”, en *The Mexican Times*, 16 de diciembre de 1865, p. 2; Pasarán, *op. cit.*, p. 93.

económicos, pues, finalmente, fueron la excusa para justificar su presencia en México y el apoyo a Maximiliano. Desde Francia Bigelow informó de todo esto a Seward, quien insistió en esperar el curso de los acontecimientos y en reiterar los deseos de buena voluntad para con el imperio francés.²⁷³

Diciembre de 1865 terminó para Francia con cierta tranquilidad gracias a que, en su discurso de fin de año, el presidente Johnson anunció la reducción del ejército norteamericano; esto último significó que Estados Unidos no se preparaba para un nuevo conflicto.²⁷⁴ No obstante, al comenzar 1866 la administración de Washington volvió a insistir en preguntar a Francia cuándo sacaría sus tropas de México, amén de reiterarle que el envío de egipcios para apoyar a Maximiliano no sería tolerado por su gobierno.²⁷⁵

Por su parte, el 14 de enero Napoleón III informó su decisión al emperador mexicano, por medio de su representante ante la corte, Mr. Alphonse Dano, y le dijo que enviaría al barón Saillard para acordar la fecha en que las tropas serían repatriadas. Sin embargo, le aseguró que no lo dejaría sólo del todo, pues le

²⁷³ "On our part all the sentiments heretofore expressed concerning the principle of non intervention, are, now, wish [...] re-affirmed" [...] en Seward a Montholon, Washington, 25 de abril de 1866 y 16 de agosto de 1866, en NAW, *Notes...*, rollo 23, no. 99, fjs. 232 y 259; Bigelow a Seward, París, 29 de diciembre de 1865, en NAW, *Despatches...*, rollo 62, mf. 34, no. 232; Seward a Bigelow, 16 de diciembre de 1865, en NARA, *Ex. Doc.* no. 6, p. 78; *The Mexican Times*, 9 de diciembre de 1865, p. 3; Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 227.

²⁷⁴ Pasarán, *op. cit.*, p. 94.

²⁷⁵ Se corrió el rumor de que Francia llamaría a su ejército a Europa, pero para continuar apoyando a Maximiliano lo sustituiría por soldados egipcios pertenecientes a la Legión extranjera; ante la noticia, desde octubre del año anterior Seward informó a su homólogo en París que la presencia de tropas egipcias en México no sería tolerada, en Bigelow a Seward, París, 29 de diciembre de 1865, 5 de enero y 11 de enero de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollo 62, mf. 34, nos. 184, 235 y 240, J. Dunn "Africa Invades the New World: Egypt's Mexican Adventure, 1863-1867", en *War in History*, no.1, Vol.4, 1997, pp. 27-28 Keratry, *op. cit.*, p. 108.

ofreció mantener en México a la legión extranjera,²⁷⁶ a pesar de la oposición estadounidense. Este intento de Napoleón III por mantener un lazo con Maximiliano responde a su deseo de negociar la deuda que había motivado la invasión francesa, más los gastos generados por el establecimiento del imperio. Creer que el emperador francés podría lograr la influencia que planeó en el continente ya no era posible; debía concentrarse en conseguir dinero y fortalecer su ejército para reactivar su poderío en Europa, sobre todo si la guerra con Prusia no se podía evitar.

Debe comprenderse el escenario que se dibujó para Napoleón III. El proyecto mexicano había fracasado y, frente a esa situación, tuvo que buscar varios caminos para salir airoso del problema. Así, al mismo tiempo que pretendió continuar relacionado con Maximiliano, y que insistió, en un último esfuerzo, por convencer a Washington de reconocer al gobierno del austriaco, también contempló la posibilidad de negociar con Juárez o con quien pudiera comprometerse a pagar sus reclamaciones, incluyendo Estados Unidos.²⁷⁷ A las peticiones de París, Seward respondió que reconocer al imperio no tenía relación con que las fuerzas francesas dejaran México o no; y ofreció, eso sí, una salida decorosa para el hermano de Francisco José.²⁷⁸ Respecto a un acuerdo que

²⁷⁶ Zamacois, *op. cit.*, Vol. XVIII, p. 360; Saldívar, *op. cit.*, p. 16; Napoleón III a Maximiliano, París, 15 de enero de 1866, en Tamayo, *Documentos, discursos y correspondencia...*Vol. X.

²⁷⁷ Seward a Montholon, Washington, 6 de diciembre de 1865, en NAW, *Notes...*, rollo 23, no. 99, fj. 175; Drouyn de Lhuys a Montholon, París, 18 de octubre de 1865, en Tamayo, *Documentos, discursos y correspondencia...*; Vol. X, Pasarán, *op. cit.*, p. 93-94; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 17 de octubre de 1865 y 11 de enero de 1866, en *Correspondencia...*, vol. V y VII, p. 705 y 28.

²⁷⁸ Bigelow a Seward, París, 6 de octubre y 24 de noviembre de 1865, 11 de enero y 9 de febrero de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollos 61, 62 y 63, mf. 34, nos. 180, 203, 240 y 268.

cubriera los reclamos franceses se corrieron algunos rumores. Al parecer, Estados Unidos respondería por ellos, a cambio Washington recibiría varios terrenos mexicanos que Francia habría custodiado hasta el finiquito completo de su deuda y que ahora serían la garantía de pago del gobierno mexicano al de Estados Unidos.²⁷⁹

El 22 de enero del mismo año Francia declaró oficialmente que las tropas francesas saldrían de México, una noticia anhelada por los constitucionalistas mexicanos desde hacía mucho tiempo.²⁸⁰ La idea provocó celebración entre muchos estadounidenses; sin embargo, en algunos miembros de la prensa hubo suspicacias. No había que echar las campanas al vuelo hasta que los franceses no abandonaran el territorio mexicano. Seward, por su parte, también hizo patente su inquietud, y apresuró a París para que fijara la fecha del éxodo de sus tropas. Incluso, Bigelow recomendó que sólo se nombrara a un representante cerca del gobierno mexicano hasta que las tropas francesas hubieran abandonado el territorio.²⁸¹ Sin embargo Seward ya había designado a Campbell para representar a Estados Unidos cerca de Juárez, aunque en sus instrucciones le reiteró que se trasladara a México hasta que los invasores salieran del país para no violentar la neutralidad.

La decisión de Napoleón III alertó a los imperialistas. Almonte se encargó de averiguar si Francia permitiría que las tropas austriacas, que Maximiliano

²⁷⁹ Jesús Terán a Lerdo de Tejada, París, 23 de enero de 1866, en Saldívar, *op. cit.*, p. 68, 74 y 86-87.

²⁸⁰ Vigil, *op. cit.*, p. 272.

²⁸¹ *The Mexican Times* retoma una noticia del *New York Commercial* relacionada con la desconfianza de este diario sobre la pronta salida de las tropas francesas, 10 de febrero de 1866, *The Mexican Times*, p. 3; Ollivier, *op. cit.*, p. 149; Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 238.

estaba negociando con el emperador Francisco José, salieran rumbo a México desde alguno de sus puertos.²⁸² Era lo menos que Francia podía hacer después de abandonar a Maximiliano. A todo esto, los republicanos seguían las noticias y los rumores que les llegaban al respecto.²⁸³ Por fin el 6 de abril de 1866 el gobierno francés anunció la fecha en que retiraría sus tropas de México. El proceso estaba dividido en tres etapas; la primera se contempló para noviembre del mismo año, en marzo de 1867 habría una segunda salida y el resto de las tropas dejarían el país en noviembre de ese año; es decir, el ejército francés abandonaría México en el lapso de un año.²⁸⁴

Empero, a pesar de lo mencionado por París los republicanos seguían pidiendo la ayuda de la Casa Blanca, pues temían que Napoleón III no cumpliera su palabra y que sólo estuviera tratando de ganar tiempo. Además, aunque el emperador francés respetara su ofrecimiento, Maximiliano continuaría en México. Ante los temores juaristas, Seward trató de tranquilizarlos. La situación en Europa cada vez era más difícil para Francia, y el imperio mexicano no podría consolidarse sin su ayuda; por lo tanto, la política internacional estadounidense no abandonaría la neutralidad.²⁸⁵ Las cosas estaban resultando a la perfección para Johnson y Seward, pues, sin la necesidad de aplicar una política hostil hacia el gobierno francés, y gracias a los problemas internos e internacionales de éste,

²⁸² Weckmann, *op. cit.*, p. 313.

²⁸³ Lerdo de Tejada a Escobedo, Paso del Norte, 10 de marzo de 1866, en *Documentos de la Reforma...*

²⁸⁴ Bigelow a Seward, París, 15 de febrero y 6 de abril de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollo 63, mf. 34, nos. 272 y 297.

²⁸⁵ "The Old Question of México", en *ProQuest Historical Newspapers: The New York Times* (1851-2004), 30 de abril de 1866, p. 4; Chynoweth, *op. cit.*, p. 55.

Napoleón III se retiraría de México sin ningún daño grave para la influencia de Washington en la república vecina.

Mayo y junio transcurrieron con dudas para todos los involucrados. Los constitucionalistas, a pesar de las seguridades de Seward, temían una traición de los franceses, quienes, por su parte, insistían en que su salida sería una vez que lograran negociar sus reclamaciones, esto como una respuesta para los que dudaban y para aquellos que pugnaban por arrojarlos de México sin concesiones.²⁸⁶

En septiembre Napoleón III reiteró su prohibición a sus súbditos para que participaran en la administración del imperio mexicano. Esto como una muestra más de amistad hacia Estados Unidos, y tranquilizar, así, las presiones de ciertos actores radicales de su Congreso. Las movilizaciones de algunos contingentes pequeños hacia Veracruz, aparentemente con el fin de embarcarse rumbo a Francia, comenzaron en octubre. El ambiente se respiraba excitado, por fin las tropas invasoras saldrían de México y el gobierno estadounidense consideró que era el momento oportuno para acercarse al de Juárez. Sin embargo, Seward temía que Luis Napoleón no cumpliera lo prometido. Éste, al mismo tiempo, envió al general Castelnau para encabezar el retorno de las tropas.²⁸⁷

²⁸⁶ Bigelow a Seward, París, 25 de mayo y 13 de junio de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollos 63 y 64, mf. 34, nos. 325 y 338; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 6 de abril; 5, 15 y 16 de junio de 1866, en *Correspondencia...*, vol. VII, p. 382, 603, 647 y 695; Weckmann, *op. cit.*, p. 261.

²⁸⁷ Seward a Bigelow, Washington 8 de octubre de 1866, en Tamayo, *Documentos, discursos y correspondencia...*; Vol. XI "News by Telegraph", en *ProQuest Historical Newspapers: The New York Times (1851-2004)*, Special Despatches to the *New York Times*, 19 de octubre de 1866, p. 1; Ollivier, *op. cit.*, p. 170; Otterbourg a Seward, Ciudad de México, 29 de diciembre de 1866, en *Papers Relating...*, p. 219.

No obstante los preparativos, Napoleón III no “sacó” sus tropas como aseguró. Los motivos fueron varios, al parecer los monarquistas mexicanos trataron de impedirlo, incluso Carlota viajó a París para exigir el cumplimiento de los compromisos contraídos en Miramar. Además, resultaba más conveniente para intimidar a Prusia hacer un desembarco militar impresionante, el cual mostrara la fuerza gala en su conjunto, en lugar de la llegada paulatina de los contingentes. Esta resolución también era conveniente estratégicamente, pues el ejército completo podría defender a París de un ataque inesperado.²⁸⁸

La resolución del gobierno francés, no sólo inquietó a los juaristas; en noviembre, el representante Campbell, junto con el general Sherman, llegó a Veracruz con la intención de viajar rumbo a la ciudad de México, mas tuvieron que regresar a territorio estadounidense al enterarse del cambio de planes de Napoleón III. Inmediatamente, Washington reclamó el cambio adoptado por el emperador. Había un compromiso de caballeros que el francés no cumplió y Seward exigió una explicación, aunque sin perder la postura amable y tolerante hacia el homólogo francés. Para los imperialistas, la decisión del emperador significó una bocanada de aire para la casi moribunda monarquía mexicana. Incluso, algunos interpretaron la medida como un último intento de salvar y consolidar a Maximiliano. Tal vez ese era un objetivo secundario, pero no el primordial, para ese momento los esfuerzos galos se concentraban en controlar el crecimiento prusiano. La respuesta de París a los reclamos de Washington no fue amplia. París sólo explicó que, a causa de cuestiones militares, se veía en la

²⁸⁸ Bigelow a Seward, París, 8 de noviembre de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollo 64, mf. 34, no. 384; Keratry, *op. cit.*, p. 115, 189, 197-198, 201 y 236; Vigil, *op. cit.*, p. 332.

necesidad de posponer la salida de sus tropas pero que, en una especie de compensación diplomática, el ejército completo abandonaría el país en la primavera del siguiente año, sin ninguna duda.²⁸⁹ Es más, como muestra de buena voluntad, el gobierno francés retiró sus tropas del norte y las mandó al centro del país lo cual, si bien no convenció del todo a la administración estadounidense, sí la tranquilizó, aunque permaneció vigilante de la reacción, que la decisión del emperador francés, ocasionara entre sus súbditos.²⁹⁰

Los monarquistas mexicanos se indignaron al enterarse que la disposición de repatriar las tropas francesas continuaba en pie. Era, decían, una traición por parte de su aliado; incluso se rumoraba cuáles serían los puertos utilizados para embarcar al ejército rumbo a París. Entre las noticias que se generaron durante los últimos días de 1866 se dijo que, como último golpe a la administración de Maximiliano, París y Washington negociaron sobre establecer o no un gobierno diferente al de Juárez y al del austriaco, para acordar el fin de la intervención, el cual, sin embargo, sería republicano y federal, siempre y cuando las reclamaciones francesas quedaran saldadas.²⁹¹

Si bien el tema ocasionó especulación, como siempre, el gobierno estadounidense no estaba dispuesto a ceder a las propuestas galas, amén de que

²⁸⁹ Bigelow a Seward, París, 8 de noviembre de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollo 64, mf. 34, no. 384; Vigil, *op. cit.*, p. 333; Keratry, *op. cit.*, p. 265; Weckmann, *op. cit.*, p. 263.

²⁹⁰ Dix a Seward, París, 31 de diciembre de 1866, en *Papers Relating...*, p. 214; Valone, *op. cit.*, p. 589; Suárez, *En el nombre del...*, p. 115 y 119.

²⁹¹ J. N. Pereda a las legaciones en el imperio, Ciudad de México, 10 de diciembre de 1866, en AGN, *Segundo Imperio*, Relaciones Exteriores, vol. 93, exp. 102, fj. 6v; Informe del Consulado de Veracruz, en EUA, NAW (MP), *Despatches from the United Consuls in Veracruz*, fjs. 266 y 273; Weckmann, *op. cit.*, p. 262.

la situación en Europa cada vez era más tensa. Francia debería retirarse sin condición, como sucedió.

3.4 El relevo de apoyos. El ejército austriaco en lugar del francés.

Napoleón III avisó a Maximiliano su decisión de repatriar las tropas y junto a ésta una de sus primeras medidas fue dejar de apoyar económicamente la causa monarquista. El respaldo al imperio mexicano resultaba muy costoso para el gobierno francés, así que no habría más dinero; era momento, decía, que Maximiliano se mantuviera con las rentas de su imperio²⁹² Según informes de Bigelow a Seward, entre 1864 y 1865 el imperio del austriaco costó, aproximadamente, 150 millones de francos.²⁹³ Por lo tanto, París no podía continuar manteniéndolo sin recibir ningún pago sobre sus reclamaciones, ninguna prebenda sobre Sonora o algún otro territorio mexicano, pues recuérdese que el convenio Arroyo-Dano que comprometía los recursos aduaneros a favor de Francia no se cumplió debido a que los puertos fueron recuperados por los republicanos.²⁹⁴ No obstante, durante los primeros meses de 1866, el emperador francés estuvo dispuesto a mantener en México, una vez repatriadas sus fuerzas regulares, a la legión extranjera por un lapso de tres años, para apoyar a Maximiliano e incluso le informó su deseo de que las tropas fueran sustituidas por

²⁹² Ollivier, *op. cit.*, p. 150 y 168.

²⁹³ Bigelow a Seward, París, 13 de junio de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollo 64, mf. 34, no. 338.

²⁹⁴ El convenio consistía en el compromiso de Maximiliano de pagar la deuda francesa con altos porcentajes de las ganancias aduanales en los principales puertos mexicanos. La negociación fue entre el ministro Arroyo y el representante francés, Dano, el 31 de julio de 1866, en Justo Sierra, *Juárez su obra y su tiempo*, edición conmemorativa, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006, p. 501.

voluntarios austriacos.²⁹⁵ Sin embargo, el ofrecimiento conciliador pronto quedó en el olvido. Cuando algunos seguidores de Maximiliano pretendieron utilizar puertos franceses para zarpar desde ahí rumbo a México no les fue permitido. Asimismo, Napoleón III prohibió cualquier otro tipo de apoyo político y militar para el imperio mexicano; es más, la repatriación de su ejército se aceleró y se dispuso que, para febrero de 1867, todas las fuerzas deberían estar listas para abandonar México. El panorama era cada vez más difícil para Maximiliano y la última opción que Francia le ofreció fue que abdicara al trono.²⁹⁶

Durante todo ese año el emperador mexicano se empeñó en evitar el abandono francés. Sabía que, una vez sin ese ejército, su administración se complicaría cada vez más y que al tiempo que los militares galos comenzaran su retirada, los republicanos se irían apoderando de las plazas desocupadas.²⁹⁷ La situación llevó a Maximiliano a promover alguna negociación que comprometiera a Napoleón III a mantener el apoyo por algún tiempo más.²⁹⁸ Para tal propósito el emperador designó a Almonte como sustituto de José Manuel Hidalgo en París.²⁹⁹ Una vez en la corte el enviado debía negociar un acuerdo que reemplazaría al

²⁹⁵ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 12 de febrero y 14 de mayo de 1866, en *Correspondencia...*, vol. VII, p. 498 y 524; Pasarán, *op. cit.*, p. 96; Ollivier, *op. cit.*, p. 163; José Luis Blasio, *Maximiliano íntimo, El emperador Maximiliano y su corte*, reimpresión, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996, p. 138.

²⁹⁶ Bigelow a Seward, París, 5 de enero, 27 de abril y 14 de junio de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollos 62, 63 y 64, mf. 34, nos. 236, 309 y 337; Weckmann, *op. cit.*, p. 313; Díaz, *Versión francesa...*, prólogo, Vol. IV, p. xvi, Dano a Lhuys, México, 1 de diciembre de 1866 en *Ibidem.*, p. 433, Tamayo, "Las relaciones...", p. 182.

²⁹⁷ Weckmann, *op. cit.*, p. 262; Zambrano a Escobedo, Brownsville, 16 de octubre de 1866, en Gutiérrez, *op. cit.*; Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 230 y 233; Informe del Consulado de Chihuahua, en EUA, NAW (MP), *Despatches from the United Consuls in Chihuahua*, fj. 255.

²⁹⁸ Ollivier, *op. cit.*, p. 144.

²⁹⁹ Bigelow a Seward, París, 3 de febrero de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollo 63, mf. 34, no. 266; Blasio, *op. cit.*, p. 137; Díaz, *Versión francesa...*, prólogo, Vol. IV, p. xvi.

Tratado de Miramar. En el documento se establecía el compromiso de Francia para presionar a Estados Unidos y conseguir el reconocimiento del imperio mexicano, se promovería un acuerdo comercial, las tropas no saldrían de México hasta que se cumpliera el tiempo establecido originalmente, y el pago de la deuda contraída en Miramar, junto con las antiguas reclamaciones se realizaría anualmente, siempre y cuando las finanzas imperiales lo permitieran.³⁰⁰ La misión de Almonte fracasó. El gobierno francés no estaba interesado en ninguna negociación, más que en la que le garantizara recuperar algo del dinero perdido. La emperatriz, por su parte, trató de confortar a Maximiliano y le dijo que la decisión de Francia era conveniente para su imperio pues podrían demostrar que el gobierno era estable y que no necesitaban del ejército francés. Claro, esto sólo era un discurso encaminado a tranquilizar a la sociedad y para tratar de ganar tiempo en contra de los constitucionalistas,³⁰¹ pues en ese momento la emperatriz estaba viajando rumbo a París para negociar el acuerdo personalmente. Después de muchos avatares, en los primeros días de agosto de 1866 tuvo lugar la reunión de Carlota con el emperador francés. Empero su visita tampoco fue exitosa. A sus peticiones de ayuda, Napoleón III respondió que le era imposible continuar respaldando a Maximiliano, porque el pueblo y el cuerpo legislativo no estaban dispuestos a seguir gastando dinero y perdiendo hombres.³⁰² Al saber el fracaso del viaje, Maximiliano decidió dejar de buscar sostén en Francia y arengó a sus

³⁰⁰ Vigil, *op. cit.*, p. 284 y 291; Abbey Hanna, "The Roles of the South...", p. 18; Sierra, *op. cit.*, p. 497.

³⁰¹ Ratz, *op. cit.*, p. 227.

³⁰² *Ibidem.*, p. 319 y 314; Duff, *op. cit.*, p. 244; Konrad Ratz, *Querétaro: el fin del segundo imperio mexicano*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Gobierno del Estado de Querétaro, 2005, p. 97.

fuerzas para mantener su gobierno,³⁰³ aunque esperaba la ayuda del emperador Francisco José, a quien se la había solicitado desde diciembre de 1865, por medio de su representante en Viena, Gregorio Barandiarán.

En un principio, el emperador austriaco no respondió favorablemente a la petición de su hermano, aunque esto no quiere decir que nunca antes hubiese permitido el envío de voluntarios, pero siempre como un apoyo simbólico más que real, pues las fuerzas imperiales estaban sostenidas por el ejército francés. Sin embargo, para diciembre de 1865, y durante los primeros meses de 1866, Francisco José se comprometió a enviarle dos mil hombres cada año. Al parecer, el objetivo era ayudarle a crear un ejército propio.³⁰⁴ La disponibilidad del emperador satisfizo a Maximiliano, quien, incluso, destinó embarcaciones, que partirían desde Tampico rumbo a Francia, para transportar los refuerzos austriacos que, al parecer, sumaban más de diez mil voluntarios y zarparían desde algún puerto de ese país.³⁰⁵ La negociación austro-mexicana se concretó en abril del mismo año, el acuerdo, llamado Convención Suplementaria Militar contemplaba el envío, para el otoño, de un contingente militar lo suficientemente fuerte para respaldar al imperio mexicano. No obstante, se corrió el rumor de que esos hombres no viajarían a México porque Maximiliano no tenía dinero para pagar sus sueldos. Sin embargo, éste no fue el principal de los problemas que frustraron la ayuda austriaca pues Francisco José finalmente optó por no ayudar a

³⁰³ Ollivier, *op. cit.*, p. 181.

³⁰⁴ Iglesias, *op. cit.*, p. 382; Zamacois, *op. cit.*, Vol. XVIII, p. 398; Bigelow a Seward, París, 15 de febrero de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollo 63, mf. 34, no. 272.

³⁰⁵ Weckmann, *op. cit.*, p. 312-313; Valone, *op. cit.*, p. 589-590; Zamacois, *op. cit.*, Vol. XVIII, p. 417.

Maximiliano.³⁰⁶ Los motivos de esta decisión pueden dividirse en dos: internos y externos. En efecto, en cuanto el gobierno estadounidense tuvo noticias sobre el relevo de las tropas francesas por las austriacas se pronunció enérgicamente contra tal posibilidad. La presencia del ejército austriaco no sería tolerada como lo fue la francesa.³⁰⁷ Ante la molestia de Washington, Francisco José garantizó una conducta neutral. Es más, Austria aseguró que no pretendía sustituir al ejército saliente, más aún, el gobierno de Maximiliano no era pieza fundamental para su administración, así que no habría ningún envío de militares ni de voluntarios.³⁰⁸ La determinación de no ayudar a la monarquía mexicana se tomó, oficialmente, el 19 de mayo de 1866, apenas unos cuantos días después de haber firmado la Convención Suplementaria Militar que garantizaba todo lo contrario.³⁰⁹ No obstante, la nueva postura del emperador austriaco quedó manifiesta desde el 11 de mayo, cuando mandó detener la salida del barco que transportaría a los primeros voluntarios, bajo el argumento de que Maximiliano no tenía dinero para pagar los gastos del viaje ni el sustento de los hombres.

³⁰⁶ Zamacois, *op. cit.*, Vol. XVIII, p. 478.

³⁰⁷ Recuérdese que al principio de la intervención el argumento dado por París para mandar sus tropas a México fue la reclamación del cumplimiento de los compromisos que el gobierno había adquirido con anterioridad, situación que no estaba relacionada con la presencia de los austriacos.

³⁰⁸ Bigelow a Seward, París, 6 de octubre de 1865, 15 de febrero y 16 de mayo de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollos 61 y 63, mf. 34, nos. 181, 272 y 320; Weckmann, *op. cit.*, p. 313; prólogo, *Versión francesa...*, Vol. IV, p. XVI; Valone, *op. cit.*, p. 589-590 y 592; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 21 de junio de 1866, en AHSRE, exp. 1-12-1291, fj. 1; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 6 de abril y 21 de junio de 1866, en *Correspondencia...*, vol. VII, p. 509 y 701. Generalmente el secretario de Estado tenía conocimiento de lo que pasaba entre Maximiliano y Francisco José gracias a los informes que le mandaba su representante en París, lo que le servía para comentar el tema en sus instrucciones a Motley. Seward a Lothrop Motley, representante de Estados Unidos en Viena, Washington, 19 de febrero, 16 de marzo, 16 de abril y 30 de abril de 1866, en NARA, *Ex. Doc.* no. 54, p. 4, 9 y 11.

³⁰⁹ Zamacois, *op. cit.*, Vol. XVIII, p. 419.

Si bien era cierto que el gobernante mexicano estaba en crisis económica, es mucho más factible que la oposición de Estados Unidos a permitir la sustitución de las fuerzas francesas por las austriacas, fuera el verdadero motivo de la actitud austriaca. Resulta importante destacar que, a diferencia de como manejó Washington su política hacia Francia, con Austria su comportamiento fue muy distinto, e incluso amenazante.³¹⁰ En efecto, inmediatamente que Seward recibió los informes sobre el respaldo austriaco tomó medidas. Entre ellas no garantizar su neutralidad si esas tropas llegaban a México.³¹¹ Otra de las resoluciones consistió en que John Lothrop Motley, el enviado norteamericano cerca de Viena, pidiera sus credenciales como protesta por la intervención en México. Es decir, se suspenderían las relaciones diplomáticas, lo que podría llevar a un conflicto bélico. No obstante, es necesario poner en perspectiva los acontecimientos. Es dudoso que Washington pensara seriamente en intervenir en México para lanzar a los austriacos; ya se han explicado los problemas político-económicos estadounidenses. Por otro lado, Johnson y Seward no podían adivinar la reacción de Francisco José, ante una amenaza militar, empero no era un secreto la serie de problemas por los que estaba atravesando el imperio al enfrentarse al poderío, ya para ese momento, prusiano. Los rumores sobre una guerra austro-prusiana, para

³¹⁰ Bigelow a Seward, París, 20 de marzo y 16 de mayo de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollo 63, mf. 34, nos. 320 y 287; Dano a Lhuys, México, 29 de mayo de 1866 en Díaz, *Versión francesa...*, Vol. IV, p. 323, Dano a Lhuys, México, 10 de junio de 1866, en *Ibidem.*, Vol. IV, p.336; Gomezcézar, *op. cit.*, p. 48; Galeana, “Una década...”, p. 72; Zamacois, *op. cit.*, Vol. XVIII, p. 418; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 21 de junio de 1866, en AHSRE, exp. 1-12-1291, fj. 1.

³¹¹ Seward a Motley, Washington, 19 de marzo, 6 y 30 de abril de 1866, en NARA, *Ex. Doc.* no. 54, p. 4-6 y 11; Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 19 de marzo; 6, 23 y 25 de abril de 1866, en *Correspondencia...*, vol. VII, p. 508, 509, 436 y 442; Valone, *op. cit.*, p. 583, 589 y 591-592; Abbot, *op. cit.*, p. 238; Chynoweth, *op. cit.*, p. 55; Astié-Burgos, *op. cit.*, p. 61; Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 235; Galeana, “Una década...”, p. 72; Weckmann, *op. cit.*, p. 313 y 383.

mediados de 1866 eran cada vez más fuertes; y Washington apostó a que ese fuera un distractor lo suficientemente importante para mantenerlo alejado de la cuestión mexicana. Además, la fuerza austriaca no era comparable con la capacidad militar de los franceses y esto también ayuda a explicar, por lo menos en parte, el porqué de la conducta norteamericana, mucho más desafiante frente a un ejército débil. Lo anterior, junto con la casi nula relación entre Maximiliano y Francisco José,³¹² permitió que Estados Unidos confiara en ese desgaste y, que el agotamiento austriaco frente a las amenazas europeas convenciera al emperador de no sostener a la monarquía mexicana.³¹³

El representante Motley usó las mismas comunicaciones con la casa austriaca para sugerir que la mejor ayuda que podría darse al archiduque Maximiliano era sacarlo de México pues, al pretender imponer una monarquía por medio de las armas seguramente fracasaría.³¹⁴ Si bien las amenazas estadounidenses preocuparon a Viena el verdadero problema era la política expansionista de Prusia. Desafortunadamente para Maximiliano la situación de Austria se complicó y necesitó toda su atención y fuerza para combatir al ejército de Bismarck antes de pensar en cualquier tipo de ayuda para el imperio mexicano.

Mientras tanto, en el Congreso estadounidense también se discutía la postura que habría de tomarse hacia la presencia austriaca y la mayoría estuvo de

³¹² Ratz, *Querétaro...*, p. 87; Iglesias, *op. cit.*, p. 246. Desde 1864 Austria envió una carta al gobierno norteamericano donde explicaba que no apoyaba la política del archiduque. La actitud bien podría interpretarse como el deseo austriaco de no verse relacionado con el proyecto francés ni con Maximiliano. De ahí también que dos años después fuera más sencillo para Seward apostar por que Francisco José no ayudaría a su hermano.

³¹³ Bigelow a Seward, París, 27 de abril de 1866, en NAW, *Despatches...*, rollo 63, mf. 34, no. 309; Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 236; Hashp, *op. cit.*, p. 369.

³¹⁴ Valone, *op. cit.*, p. 583-584, 590 y 594.

acuerdo con la política gubernamental, aunque algunos otros temían que al desatarse una guerra contra Austria Francia abandonara su política neutral y decidiera participar del lado imperial.³¹⁵

Por otro lado resulta importante comentar, aunque bien merece un estudio independiente, la situación interna de Austria pues, ante el resultado negativo de la guerra contra Prusia³¹⁶ la popularidad de Francisco José disminuyó e incluso hubo rumores entre sus críticos, sobre la conveniencia de sustituirlo por Maximiliano.³¹⁷ Así, la situación se complicó más para el emperador mexicano, por una parte Austria no podía mandar ningún tipo de ayuda y después no quiso mandarla, tampoco apoyó la abdicación ni la idea de regresarlo a casa pues, podría ser peligroso para la estabilidad política de Francisco José.

En el panorama de Maximiliano no se encontraban soluciones favorables. Francia, su principal aliada, no continuaría apuntalándolo y Austria tampoco se inmiscuiría en la cuestión mexicana, a pesar de que ambos gobiernos firmaron acuerdos que los comprometían a prestar ayuda al naciente imperio mexicano. La frustración, la preocupación por su futuro, junto con el deseo de regresar a Viena y olvidarse de México llevaron al emperador a pensar en la abdicación, y así lo planteó a sus seguidores, cuando se encontraban en Orizaba en octubre de 1866.³¹⁸

³¹⁵ 30 de abril de 1866, Congreso 39, *The Congressional Globe*, 1866, p. 2276.

³¹⁶ Véase cap. III, p.170.

³¹⁷ Aunque Maximiliano ya había renunciado a sus derechos al trono austriaco, corrían rumores sobre el descontento popular con el gobierno de Francisco José quien temía que si su hermano regresaba a Viena ganara simpatizantes y pusieran en riesgo su trono. Ollivier, *op. cit.*, p. 180; Samuel Siegfried Basch, *Memories of Mexico: A History of the Last Ten Months of the Empire*, Virginia, Trinity University Press, 1973, p. 46.

³¹⁸ Díaz, "El liberalismo militante...", p. 883; Ratz, *Querétaro...*, p. 98.

3.5 El principio del fin.

Aunque Maximiliano trató de superarlo, el abandono de Francia fue un gran golpe que lo llevó a pensar en abdicar al trono.³¹⁹ Es necesario aclarar que desde mediados de 1866 Maximiliano revisó la posibilidad de renunciar, pues el rumor sobre la repatriación de las tropas francesas corría con fuerza. Al mismo tiempo, Napoleón III insistió en convencerlo de dejar la corona mexicana; sin embargo, Carlota logró evitarlo,³²⁰ aunque no pudieron impedir que corrieran las noticias en la prensa francesa y austriaca. Incluso, meses después, los diarios ingleses publicaron información errónea sobre la abdicación del emperador.³²¹

El afianzamiento del imperio mexicano no se concretó, obviamente. Además, la decisión de repatriar las tropas francesas no se evitó, como consecuencia el emperador intentó abdicar nuevamente. Maximiliano convocó a su gabinete para trasladarse a Orizaba, situación interpretada por muchos como su primer paso para salir de México.³²² El rumor de una negociación entre París y Washington, para que éste negociara con la administración liberal sobre sus reclamaciones, también fue importante en la decisión del austriaco. Además, Luis Napoleón no cejaba en sus intentos de sacar a Maximiliano de México.³²³

Al respecto, ¿qué tan dispuesto estaba el emperador a abdicar? Renunciar al trono no resultaba una decisión fácil de tomar, sobre todo bajo las condiciones

³¹⁹ Díaz, *Versión francesa...*, prólogo, Vol. IV, p. xv.

³²⁰ Romero a Lerdo de Tejada, Washington, 15 de junio de 1866, en *Correspondencia...*, vol. VII, p. 647; Ratz, *Correspondencia inédita...*, p. 296.

³²¹ Bigelow a Seward, París, 14 de junio y 8 de noviembre de 1866, en NARA, *Despatches...*, rollo 64, mf. 34, nos. 337 y 384.

³²² Ollivier, *op. cit.*, p. 171.

³²³ Bigelow a Seward, París, 8 de noviembre de 1866, en NARA, *Despatches...*, rollo 64, mf. 34, no. 384; Keratry, *op. cit.*, p. XVI y 191.

en las que Maximiliano cedió el trono austriaco. Según lo convenido entre él y Francisco José, aceptó no reclamar, junto con su descendencia, derecho sobre ese trono, así que regresar a casa implicaba reconocer su fracaso y estar a expensas de su hermano. Por otro lado, el retorno del archiduque no era conveniente para la estabilidad política del emperador.³²⁴ Por lo tanto, dimitir al trono mexicano no era conveniente ni para Maximiliano ni para Francisco José. Aun así, el emperador mexicano sometió la posibilidad al consenso de la asamblea, en la cual se habían constituido los miembros del gabinete compuesto por conservadores. El austriaco pretendía validar su futura conducta y posiblemente legalizar su estancia en el trono. Incluso, dijo estar dispuesto a negociar con Juárez, si esa era la voluntad de la junta.³²⁵ La respuesta fue determinante, al igual que la carta de su madre, la emperatriz Sofía, donde le pedía que no renunciara a su corona mexicana. Además, los notables insistieron en que “la voluntad nacional” lo escogió como gobernante³²⁶ y no podía ni debía renunciar. Una vez conseguido el respaldo político, Maximiliano olvidó la idea de abdicar al trono y se preparó para regresar a la ciudad de México. Marcus Otterbourg,³²⁷ desde la capital, mantuvo informado a Seward de todos esos

³²⁴ Recuérdese que el triunfo de Prusia durante la guerra perjudicó la popularidad de Francisco José e incluso se llegó a rumorar la conveniencia de que fuera sustituido por su hermano el archiduque.

³²⁵ Marcus Otterbourg, representante de Estados Unidos en México, a Seward, Ciudad de México, 29 de diciembre de 1866, en *Papers Relating...*, p. 219; Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 245.

³²⁶ Felix Eloin, Jefe del gabinete imperial a Lhuys, Bruselas, 17 de septiembre de 1866 en Díaz, *Versión francesa...*, Vol. IV. p. 384, Dano a Lhuys, México, 10 de diciembre de 1866 en *Ibidem.*, Vol. IV, p 442; Ollivier, *op. cit.*, p. 170 y 180.

³²⁷ Después del nombramiento de Lewis Campbell y de pasar algún tiempo en la ciudad de México, fue sustituido por Marcos Otterbourg como representante de Estados Unidos cerca del gobierno republicano.

movimientos, y aunque en un principio el representante intervino en su favor,³²⁸ al final trató de convencerlo de abdicar al trono; aunque, como informó a Washington, falló en su intento como todos los demás.³²⁹

A principio de 1867 las tropas francesas emprendieron el camino hacia Veracruz. El encargado de llevar a buen término este asunto fue el barón de Saillard. El 5 de febrero comenzó la repatriación del ejército invasor y, aquí cabe mencionar que no sólo se embarcaron franceses, también belgas y austriacos que ya no querían seguir combatiendo en el ejército mexicano.³³⁰ Para Maximiliano era desastroso que, al mismo tiempo que el ejército invasor abandonara las plazas, los republicanos las ocuparan dejando de manifiesto su debilidad militar.³³¹ Según los informes de Otterbourg, la ciudad de México fue evacuada desde el 10 de febrero³³² como una medida estratégica para enfrentar a los constitucionalistas allende la capital y mantenerla como centro del poder imperial.

Las tropas repatriadas continuaron dirigiéndose hacia el puerto de Veracruz, donde las esperaban las embarcaciones de la línea franco-mexicana cuyo dueño era M. de Pereire,³³³ quien las llevaría de regreso a Europa. La concentración de los ejércitos continuó durante el tiempo restante de febrero y

³²⁸ Véase el cap. II.

³²⁹ Informe del Consulado de Veracruz, en EUA, NAW (MP), *Despatches from the United Consuls in Veracruz*, fjs. 268 y 269; Bigelow a Seward, París, 13 de diciembre de 1866, en NARA, *Despatches...*, rollo 64, mf. 34, no. 391; Suárez, *En el nombre del...*, p. 126.

³³⁰ “Declaración de Maximiliano para que las tropas austriacas y belgas estén en libertad de regresar a su patria o de alistarse en el ejército nacional”, 24 de diciembre de 1866, en *El Diario del Imperio*, AHSRE.

³³¹ Díaz, *Versión francesa...*, prólogo, Vol. IV, p. xv y xviii; Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 245; Hasp, *op. cit.*, p. 458; Informe del Consulado de la Ciudad de México, en EUA, NAW (MP), *Despatches from the United Consuls in Mexico City*, fjs. 12, 54 y 55.

³³² Dix a Seward, París, 19 de febrero de 1867, en NAW, *Despatches...*, rollo 65, mf. 34, no. 35; Marcus Otterbourg a Seward, Ciudad de México, 29 de diciembre de 1866, 10 de febrero de 1867, en *Papers Relating to Foreign Affairs...*, p. 219 y 356.

³³³ Keratry, *op. cit.*, p. 200.

todo marzo. Seward, sabedor de la situación, gracias a los informes de los enviados en Ciudad de México y París, comenzó a “preocuparse” porque las tropas no terminaban de repatriarse. John Dix, el representante estadounidense en París, le informaba que todo seguía por buen camino pues, tanto el cuerpo legislativo como Napoleón III y la prensa estaban satisfechos con abandonar la aventura mexicana. Además, decía el representante, Washington debía estar tranquilo porque Francia necesitaba sus tropas en Europa.³³⁴ De todas maneras Seward le ordenó que insistiera y volviera a entrevistarse con el gobierno galo y le recordara su compromiso de repatriar sus tropas.³³⁵ En esta ocasión el secretario de Estado no tenía por qué preocuparse pues, ya desde marzo, Bazaine abandonó a Maximiliano después de un último intento por convencerlo de abdicar,³³⁶ aunque el embarco de las tropas fue lento era continuo y había seiscientos, novecientos o mil doscientos pasajeros por cada buque anclado en Veracruz.³³⁷

Sin embargo, antes de repatriar a las tropas y de que Bazaine saliera de México, Napoleón III intentó convencer a Maximiliano de regresar a Europa. Los encargados de negociar con él fueron, junto con el general Francisco Castelnau, los generales Márquez y Bazaine. Puede especularse que el interés francés en salvar a Maximiliano, regresándolo a Europa, obedecía más al deseo de evitar las

³³⁴ Dix a Seward, París, 18 de marzo y 12 de julio de 1867, en *Papers Relating Affairs...*, p. 237 y 265.

³³⁵ Dix a Seward, París, 15 de febrero, 8 de marzo, 11 de marzo, 9 y 30 de abril de 1867, en NAW, *Despatches ...*, rollo 65, mf. 34, nos. 32, 49, 51 y 63.

³³⁶ Informe del Consulado de la Ciudad de México, en EUA, NAW (MP), *Despatches from the United Consuls in Mexico City*, fj. 56; Saldívar, *op. cit.*, p. 17.

³³⁷ Informe del Consulado de Veracruz, en EUA, NAW (MP), *Despatches from the United Consuls in Veracruz*, fjs. 265, 271-272 y 275-278.

críticas de la aristocracia que a un sentimiento de simpatía o de corresponsabilidad en el fracaso del proyecto mexicano. Debe recordarse que, dentro de las casas reinantes del viejo continente, Luis Napoleón Bonaparte era un advenedizo, un trepador político cuyo arribo al poder fue mediante las armas de la Revolución de 1848, y no por derecho de sangre. Maximiliano, por el contrario, pertenecía a una de las familias de mayor abolengo político–económico de la época. No era posible, se comentaba en las Cortes, que el archiduque quedara abandonado a su suerte por culpa de Napoleón III. Lamentablemente para él, Maximiliano decidió quedarse en el país,³³⁸ a pesar de que Bazaine le advirtió que, sin el reconocimiento estadounidense, el imperio estaba condenado al fracaso.³³⁹

Maximiliano siguió apostando por el apoyo de la ciudadanía mexicana, sin reparar en que ése sólo provenía de una parte de la población.³⁴⁰ Estaba, al parecer, dispuesto a abdicar pero siempre y cuando la sociedad se lo pidiera, o le fuera absolutamente imposible mantener el poder, de otra manera no lo haría aunque se lo aconsejasen hombres tan cercanos como José Manuel Hidalgo o el mismo Napoleón III. Si bien Maximiliano no abdicó al trono, no podía ignorar la gravedad del abandono francés, aunque lo intentó. También debe recordarse que, desde su arribo a México, mostró disponibilidad para negociar con los grupos antagónicos del país y buscar, por lo tanto, una figura que unificara esa conciliación no resultó disparatado. El emperador trató de negociar con el mismo

³³⁸ Informe del Consulado de la Ciudad de México, en EUA, NAW (MP), *Despatches from the United Consuls in Mexico City*, fjs. 55-56; Jackson y Abbey Hanna, *op. cit.*, p. 247.

³³⁹ Vigil, *op. cit.*, p. 337.

³⁴⁰ Basch, *op. cit.*, p. 53 y ss.; Informe del Consulado de Veracruz, en EUA, NAW (MP), *Despatches from the United Consuls in Veracruz*, fjs. 269 y 172; Suárez, *En el nombre del...*, p. 126.

Juárez, sin embargo el oaxaqueño siempre rechazó cualquier encuentro argumentando la ilegalidad del pretendido gobierno del archiduque. No obstante, Maximiliano no cejó en su intento y durante enero y febrero de 1867 volvió a contactar al republicano para pedirle que pusiera fin a la guerra y que sometiera a votación el futuro de la república y de la monarquía. La propuesta no tuvo respuesta.³⁴¹

Maximiliano también tuvo acercamientos con Antonio López de Santa Anna, e incluso firmaron un acuerdo conocido como “Tratado celebrado entre Maximiliano y don Antonio López de Santa Anna”. Al parecer, en la negociación, Maximiliano cedería el poder a Santa Anna siempre y cuando éste se comprometiera a respetar la Constitución de 1857, así como a reconocer las demandas francesas.³⁴² Cabe aclarar que la negociación, conocida hasta el 28 de junio de 1867, tuvo lugar a finales de 1866, de ahí que Maximiliano todavía negociara los reclamos franceses, posiblemente para recuperar el apoyo de Napoleón III. Ésta fue una negociación entre Maximiliano y Santa Anna sin la injerencia de otro actor,³⁴³ y bien puede interpretarse como un acto desesperado del archiduque, si es que se veía obligado a abandonar el poder.

Al ver el desamparo de Francia, la sociedad pro imperialista comenzó a preocuparse por su futuro. ¿Podría Maximiliano sostenerse en el poder? Las

³⁴¹ Ratz, *Querétaro...*, p. 100-103.

³⁴² “Tratado celebrado entre Maximiliano y don Antonio López de Santa Anna en la ciudad de México, el 24 de noviembre de 1865”; informe de Romero, Washington, 28 de junio de 1867, en AHSRE, exp. 15-2-73, fjs. 8-9 y 12v.

³⁴³ Quien hizo pública la negociación fue el secretario de Santa Anna, Manuel María Meza, mediante la prensa norteamericana. Sin embargo, resulta interesante el hecho de que Matías Romero no creyó en la veracidad de tal información. Lo cierto es que, después de la muerte del archiduque, no hubo un esfuerzo por luchar por el poder, e incluso, cuando Santa Anna intentó encabezar la reacción, no encontró apoyo de nadie. *Ibidem.*,

fuentes hablan de una franca incredulidad, pues el ejército imperial no contaba con suficientes hombres.³⁴⁴ En contraparte, el ejército republicano se apoderaba de cada plaza que era abandonada por los franceses. Además, Juárez era bien recibido y, en algunos lugares, visto con simpatía.³⁴⁵ Con los republicanos acercándose a la ciudad de México, y siendo ésta a su vez, uno de los pocos bastiones del imperio, Maximiliano decidió trasladarse hacia Querétaro, principalmente por los aliados con los que contaba en ese lugar, y ahí reorganizó su ejército que, según Otterbourg, contaba entre tres mil quinientos y cinco mil hombres.³⁴⁶ El emperador necesitaba reestructurarlo y para eso recurrió a los conservadores que tanto criticó.³⁴⁷ Contó con los generales Miguel Miramón, Tomás Mejía, Leonardo Márquez, Santiago Vidaurri, el general Ramírez de Arellano y el príncipe Félix Salm Salm. Finalmente reunió un contingente aproximado de diez mil hombres.³⁴⁸ Los republicanos, mientras tanto, se apoderaron de puntos cada vez más cercanos a la capital y a Querétaro.³⁴⁹

A pesar de algunos triunfos de los conservadores en los primeros combates cerca de Querétaro, Maximiliano no aprovechó su ventaja. Los juaristas sitiaron la ciudad el 14 de marzo. Ante la escasez de víveres, Vidaurri y Márquez se ofrecieron para conseguirlos en la ciudad de México. El sitio duró dos meses; ese

³⁴⁴ O' Brien a Aguilar y Marocho, en CEHM Carso, *Fondo Segundo Imperio*, Fondo IX-I, carpeta 4-8, legajo 513, doc. 1; Galeana, *La definición del Estado...*, p. 21.

³⁴⁵ Duff, *op. cit.*, p. 242.

³⁴⁶ Otterbourg a Seward, ciudad de México, 16 de febrero de 1867, en *Papers Relating...*, p. 361; Roeder, *op. cit.*, p. 955.

³⁴⁷ Díaz, *Versión francesa...*, prólogo, Vol. IV, p. XVI; Belenki, *op. cit.*, p. 115, 152 y 160.

³⁴⁸ Díaz, "El liberalismo militante...", p. 893.

³⁴⁹ Informe del Consulado de la Ciudad de México, en EUA, NAW (MP), *Despatches from the United Consuls in Mexico City*, fjs. 56-57 y 223; Informe del Consulado de Veracruz, en EUA, NAW (MP), *Despatches from the United Consuls in Veracruz*, fjs. 271-274 y 279; Bosch, *op. cit.*, p. 21.

fue el tiempo que lograron resistir los imperialistas, pues sus emisarios jamás regresaron. En efecto, poco tiempo después de su llegada a la capital imperial Porfirio Díaz, siguiendo la estrategia de Querétaro, también la sitió.³⁵⁰ Maximiliano, establecido cerca del cerro de las Campanas, resistió hasta los primeros días de mayo y se rindió ante el general Mariano Escobedo el 15 del mismo mes.³⁵¹ Hay muchos rumores sobre la rendición imperial, incluso se habla de traición entre los miembros de sus filas.³⁵² El complot, si existió, no era necesario cuando las armas, la comida y el dinero se habían terminado y la tropa era casi inexistente a causa de las enfermedades y las muertes en escaramuzas.

Una vez hechos prisioneros, Maximiliano, Mejía y Miramón fueron juzgados conforme la ley del 25 de enero de 1862, la cual castigaba con la muerte a quienes apoyaran la intervención extranjera. Los defensores de Maximiliano, muchos de ellos abogados liberales y un estadounidense,³⁵³ trataron de frenar semejante sentencia, pero les fue imposible. Maximiliano y los generales conservadores fueron sentenciados al paredón. El veredicto se ejecutaría el 19 de junio en Querétaro. Al conocerse el resultado del juicio, el gobierno de la Casa Blanca trató de intervenir para salvar al emperador. Las familias aristócratas del viejo continente apostaban a que Johnson y Seward influirían en Juárez, y éste,

³⁵⁰ Márquez y Vidaurri no pudieron salir de la ciudad de México. La capital cayó en manos de los republicanos. Vidaurri fue fusilado, mientras que Leonardo Márquez escapó rumbo a La Habana, donde fue visto tiempo después. Díaz, "El Liberalismo militante...", p. 894.

³⁵¹ Informe del Consulado de la Ciudad de México, en EUA, NAW (MP), *Despatches from the United Consuls in Mexico City*, fj. 59; Informe del Consulado de Veracruz, en EUA, NAW (MP), *Despatches from the United Consuls in Veracruz*, fj. 280; Informe del Consulado de Monterrey, en EUA, NAW (MP), *Despatches from the United Consuls in Monterrey*, fj. 77; Chynoweth, *The Fall of...*, p. 58, Vigil, *op. cit.*, p. 376; Conte Corti, *op. cit.*, p. 563; Ratz, *Querétaro...*, p. 199.

³⁵² Recuérdese el caso de Miguel López.

³⁵³ Moreno, *op. cit.*, p. 117; Foster, *op. cit.*, p. 154.

como un acto “civilizado”, cambiaría la sentencia y en lugar de fusilarlo le permitiría regresar a Europa. Juárez, quien para ese momento había emprendido el camino desde San Luis a la ciudad de México, recibió a representantes de Estados Unidos y Europa, incluso mujeres como la princesa Salm Salm; todos le pidieron piedad para el austriaco. Empero, el oaxaqueño no podía cumplir ese deseo. El asunto no era una cuestión de civilización o barbarie, como los europeos e incluso la administración de la Casa Blanca lo interpretaron.³⁵⁴ Juárez necesitaba demostrar, a propios y extraños, que la forma de gobierno del país debía respetarse. Perdonar la vida de Maximiliano, bien podría entenderse como un acto de debilidad y, peor aún, con el archiduque vivo existía el riesgo de un levantamiento pro monarquista para reinstalarlo en el trono.³⁵⁵ Los republicanos eran conscientes de esto y cuando Seward habló con Romero para interceder por el austriaco, el mexicano fue muy claro al decirle que, cuando la vida de Juárez peligró, Washington apenas se inmutó ³⁵⁶ y no veía el porqué de su intromisión en los asuntos internos de la república ahora que se trataba de Maximiliano. Una vez más Estados Unidos pretendía estar presente en la política internacional, pero al igual que durante los años del imperio, su intervención resultó inservible. La conducta de Washington respondió más bien a un movimiento diplomático que a un interés real por salvar al archiduque. La motivación de la Casa Blanca era

³⁵⁴ Dix a Seward, París, 1, 19 y 20 de junio de 1867, en NAW, *Despatches...*, rollo 65, mf. 34, nos. 77, 85, 93 y 94; Dix a Seward, París, 1 de junio de 1867, en *Papers Relating...*, p. 242; J. M. Taylor, *William Henry Seward...*, p. 270; Moreno, *op. cit.*, p. 71 y 111; Galeana, “Sueños imperiales...”, p. 84; Tamayo, “Las relaciones...”, p. 183-184.

³⁵⁵ Seward a Campbell, Washington, 1 de junio de 1867, NAW, *Diplomatic...*, rollo 113, mf. 77, no. 33; Romero a Hiram Barney, ex administrador de la aduana en Nueva York, Washington, 31 de mayo de 1867, en Tamayo, *Documentos, discursos y correspondencia...* Vol. XII.

³⁵⁶ Romero, *A Mexican View...*, p. 217.

reactivar su vida interna y su economía. Es verdad que Washington necesitaba hacerse presente en el concierto internacional y trató de recuperar su lugar, pero no era éste el asunto más importante de su agenda.

La prensa extranjera también tomó una postura al respecto; y los mexicanos, generalmente, fueron considerados bárbaros porque se atrevieron, casi como un insulto a las naciones civilizadas, a matar a un miembro del abolengo de la familia Habsburgo. Los juicios que se hicieron en torno al emperador francés tampoco fueron benévolos. Al mismo tiempo que en París era inaugurada la Exposición Universal, en México el cuerpo de Maximiliano era trasladado a la capital. Las críticas a Francia por el abandono del austriaco empañaron sus festividades. Ésos eran los últimos momentos de esplendor del imperio napoleónico que, en 1870, fue derrocado.

Después del fusilamiento del austriaco, Juárez llegó a la ciudad de México e hizo su entrada triunfal el 15 de julio de 1867. Había restablecido la República. Por fin se habían terminado con las continuas guerras internas, por lo menos por un tiempo.

Fueron varios los elementos que se conjuntaron para que Juárez triunfara. La guerra civil estadounidense terminó pero no fue determinante para que Napoleón abandonara a Maximiliano. La situación interna de Francia aunada al desarrollo prusiano fueron los verdaderos detonantes del fracaso imperial. El mérito de Juárez fue mantener a la república viva a costa de lo que fuera.

Algunas consideraciones

En este capítulo se analizaron los cambios que sufrió la política francesa al terminar la guerra civil estadounidense, así como la influencia que tuvieron los puntos de vista de la prensa y del cuerpo legislativo francés y, sobre todo, los temores ocasionados por la confrontación austro-prusiana y el crecimiento militar de la segunda.

A causa del fin de la guerra de Secesión, el gobierno francés y Maximiliano temieron un ataque militar en apoyo a Juárez. Para tratar de evitarlo Napoleón III, el cuerpo legislativo y la prensa felicitaron el triunfo de la Unión y negaron cualquier relación con los “rebeldes” ex confederados. Empero, ahora se sabe que las preocupaciones francesas no tenían razón de ser, pues si bien es cierto que entre muchos sectores político-económicos estadounidenses los republicanos contaban con simpatías, también debe quedar claro que, lo más importante para ellos era la recuperación interna.

Así, se explica que asuntos escandalosos como el “decreto negro” o la colonización de algunos sureños en tierras mexicanas, si bien originaron reclamos agresivos por parte de algunos congresistas estadounidenses, éstos no ocasionaron mayor problema, no obstante el apoyo de militares de la talla del general Grant. Esto no se podría entender sin los problemas económicos que dejó la guerra civil. Los años de conflagración, junto con los sentimientos de derrota de unos y de triunfo de otros, aunado a la ruina del campo sureño, llevó al gobierno estadounidense a estar más interesado en la Exposición Universal de París de 1867 que en los problemas de México. Lo anterior se debía a que en el evento se

podrían encontrar inversionistas y gente interesada en sus productos, que ayudarían en la recuperación de la economía nacional.

Por otra parte había problemas en Europa y dentro de la misma Francia que inquietaban a los imperios galo y al mexicano, y que, por lo menos para Napoleón III, eran más importantes. Bajo este mismo tenor resulta interesante más no inesperado que los enemigos de la aventura mexicana estuvieran dentro del mismo gobierno francés. Los críticos de Napoleón III, que se encontraban dentro del cuerpo legislativo, junto con algunos miembros de la prensa, pedían que el emperador repatriara a las tropas. La cuestión mexicana no era una buena inversión para el erario francés. No sólo no se había cubierto la deuda mexicana, que dicho sea de paso fue la excusa para intervenir en México, sino que el establecimiento del nuevo gobierno generó más gastos de los esperados. Además, la falta del ejército en Francia podría ocasionar una imagen de debilidad en detrimento del país. Como finalmente sucedió.

Prusia, liderada por el canciller Bismarck, aprovechó la distracción francesa para comenzar un proceso de crecimiento político y desarrollo militar que tenía como objetivo obtener la preponderancia en Europa. En un intento por comenzar el proceso de unificación de los estados alemanes el canciller prusiano buscó un acuerdo político con Austria, la otra líder del grupo, pero la lucha por encabezar el proceso llegó a la intolerancia y la guerra estalló. Las repercusiones para el imperio de Napoleón III fueron notables, no sólo porque Prusia dirigiría la unificación alemana, amén de haber sometido al imperio austriaco después de la batalla de Sadowa, sino por lo que políticamente significó: Francia ya no controlaba la política regional, pues no pudo evitar la guerra, y además debía

prepararse para un enfrentamiento con Bismarck y su ejército, situación que se presentó en 1870 y que puso fin al imperio de Napoleón III.

Ese panorama, y no el fin de la guerra de Secesión fue lo que realmente influyó en la decisión final del gobierno francés. Para Francia era preponderante estar preparada para lo que fuera, y con las tropas lejos de casa su debilidad era clara. Al analizar los puntos a favor y en contra, el gobierno llegó a la conclusión de que, si bien no abandonaría del todo al emperador mexicano, por lo menos en un principio esa fue la resolución, era menester comenzar a retirar las tropas; de esta manera terminaban con la amenaza de un ataque militar estadounidense, y tendrían al ejército en Francia para enfrentar cualquier contingencia.

El anuncio oficial se hizo a principios de 1866, Napoleón III se comprometió a retirar sus tropas en tres bloques, sin embargo para los liberales fue motivo de suspicacia pues temían una trampa que ayudara a consolidar a Maximiano. En un principio pareciera que ese era el objetivo, pues al retirarlas poco a poco, las tropas tendrían un año para derrotar por completo a los juaristas. Empero, el imperio no logró consolidarse en ese tiempo e incluso los enfrentamientos entre las tropas galas y el ejército estadounidense fueron en aumento; como sucedió en Bagdad. A finales de 1866, Campbell, el representante nombrado por la administración en Washington frente al gobierno juarista, desembarcó en Veracruz, mas las huestes francesas no habían comenzado el proceso de repatriación y seguían en México. Cuando Seward exigió explicaciones, París aseguró que el retraso se debía a que había decidido que el ejército saliera en una sola etapa, a principios de 1867 y no en el lapso antes acordado.

La medida se debió a la carrera armamentista prusiana, la cual llevó al gobierno francés a abandonar por completo a Maximiliano y a buscar cualquier posibilidad de negociación que le ayudara a recuperar algo de la inversión gastada en el proyecto. Así, estuvo dispuesto a negociar con el gobierno de la Casa Blanca, respetar el restablecimiento de una república e incluso firmar un acuerdo con el mismo Juárez, siempre y cuando obtuviera alguna garantía sobre sus reclamaciones.

La repatriación de las tropas francesas no podía esperar y significó un duro golpe para el imperio mexicano. La decisión de Napoleón III obligó a Maximiliano a buscar apoyo en el gobierno austriaco. Las negociaciones comenzaron desde 1865, cuando corrieron los primeros rumores sobre el deseo francés de terminar con la aventura mexicana. Las pláticas fueron complicadas, pero Francisco José se comprometió a mandar voluntarios que remplazaran a las fuerzas salientes.

Los problemas para el emperador mexicano, sin embargo, empeoraron. La guerra austro-prusiana de 1866 debilitó militar y económicamente a Austria, y esto, junto con las presiones diplomáticas estadounidenses, llevaron a Francisco José a cancelar el apoyo a Maximiliano. Sin las tropas de Luis Napoleón, y sin el respaldo austriaco, el archiduque pensó en abdicar varias veces. Si no lo hizo fue por el papel mínimo que tendría en Austria, como consecuencia del pacto de familia firmado antes de salir rumbo a México, y a pesar de que su popularidad aumentó después de la derrota de su hermano en Sadowa. También influyó en su decisión el respaldo de los conservadores a su proyecto monárquico. No obstante el archiduque buscó negociar. Escribió a Juárez e incluso pactó con Santa Anna. Estaba dispuesto a dejarle el poder, si su situación se volvía insostenible, siempre

y cuando respetara la Constitución de 1857. Napoleón III también hizo lo posible por llevar a Maximiliano de regreso a Europa. No obstante, el austriaco prefirió quedarse en México.

Las tropas francesas salieron de México durante el primer trimestre de 1867. Maximiliano viajó a Querétaro con lo que le quedaba de su ejército, en su mayoría conservadores y algunos voluntarios austriacos y belgas. Los generales Miramón, Mejía y él mismo se aprestaron a organizar la resistencia. El ejército republicano, encabezado por Mariano Escobedo, Porfirio Díaz y Sóstenes Rocha, hizo lo propio. Díaz se encargó de tomar Oaxaca, y de ahí se trasladó a la Ciudad de México para sitiarla. En Querétaro, el emperador también tuvo que enfrentar un sitio de varias semanas. El resultado fue la derrota del emperador.

Maximiliano, Miramón y Mejía fueron juzgados bajo la ley del 25 de enero de 1862 y condenados a muerte. La sentencia se cumplió el 19 de junio, aunque Washington trató de evitarla, más como un compromiso diplomático que con un interés propio. Estas circunstancias dejan en claro que no existía presión contra Juárez, sólo recomendaciones sobre la conveniencia política para México de preservar la vida del archiduque. Estas observaciones, no obstante, fueron insuficientes frente a las razones juaristas: eliminar cualquier futura amenaza monarquista-conservadora enarbolada por Maximiliano o por sus seguidores. Incluso, especulando un poco, la actitud de Juárez podría resultar conveniente para la supremacía diplomática de Estados Unidos en el continente pues, sin intervenir directamente, y sin ningún costo, eliminó la influencia europea en la región.

CONCLUSIONES.

La instauración del imperio de Maximiliano en México fue producto de varios escenarios: la declaración de moratoria del presidente Benito Juárez en 1861 permitió la presencia de las embarcaciones de la Alianza Tripartita, primero y la permanencia de las francesas, después, en las costas mexicanas. En el ámbito internacional, Estados Unidos pasaba por un conflicto interno el cual puso en peligro su existencia. La guerra de Secesión llevó a los confederados a buscar una alianza político-militar con los galos quienes, sin embargo, prefirieron cuidar las relaciones con Washington debido a sus intereses en México. A los franceses no les convenía aliarse con los “rebeldes” aunque simpatizaban con su proyecto, pues necesitaban garantizar la neutralidad de Washington frente a la cuestión mexicana amén de esperar la reacción inglesa. Queda claro que aunque a la Casa Blanca le preocupaba su influencia en México y en América Latina su guerra interna le impedía involucrarse en el problema de México más allá de una postura diplomática pero siempre cambiante.

El poderío político-militar francés, y los intereses económicos del emperador Luis Napoleón fueron otros de los escenarios en los que se desarrolló el intento de establecer una monarquía en México. Francia se había convertido en una potencia militar cuya presencia en los conflictos europeos era continua. Los deseos de expansión económica y política sobre América llevaron a los galos a intervenir en la vida política mexicana, bajo la promesa de que su presencia sería corta y jugosa para los inversionistas. Si la situación de Europa fue la que determinó el resultado de la cuestión mexicana, entonces ¿qué papel tuvo Estados Unidos?

¿Fue sólo un observador que negoció la neutralidad a costa de su prestigio en el hemisferio? Se ha establecido que por lo menos durante la guerra de Secesión así fue, Estados Unidos requería de la neutralidad francesa frente a su conflicto civil. La postura era benéfica también para los galos, no así para los confederados o para los mexicanos. Era el momento, según muchos estadounidenses de guardar la doctrina Monroe en el cajón del escritorio. Empero esta decisión no fue bien recibida por un grupo del sector político-económico estadounidense quien vio en esta situación un peligro mayor: el debilitamiento de su imagen continental. La defensa de la doctrina Monroe era fundamental. Sin embargo, su acalorada protección no sólo respondía a una preocupación sobre la política internacional, acorde con su tradición política, también indicaba, en gran parte, una fractura dentro del mismo grupo republicano; pues los críticos del ejecutivo tomaron como un elemento de desprestigio dentro de la vida interna de la Unión Americana la poca atención que éste le prestó a la violación de la doctrina Monroe. Resulta impensable que Estados Unidos exigiera a los galos su salida de México, o peor aún, que les declarara la guerra, no sólo porque era un momento donde luchaba por mantenerse unificado sino porque la idea de ir a una conflagración no era una decisión fácil de tomar, los gastos políticos, económicos y humanos serían demasiado elevados para cualquier nación, además todavía no se habían agotado las posibilidades de negociar.

Por otro lado, si bien los intereses políticos de los galos en México quedan claros, estos no eran los únicos que llegaron de la mano de la intervención. La especulación económica resultó fundamental para todos los involucrados, franceses o no, particulares, o gobernantes. En efecto, los negocios sirvieron para

presionar a los distintos grupos políticos en México, en Estados Unidos, y en Francia, sobre todo autorizaciones como la construcción de ferrocarriles, las concesiones mineras, los acuerdos postales, y las ofertas de colonización, sirvieron como moneda de cambio, entre los gobiernos mexicanos y los inversionistas.

En efecto, la posibilidad de colonizar territorios despertó mucho interés entre aventureros estadounidenses, en su mayoría, quienes estuvieron dispuestos a pelear al lado de juaristas o imperialistas. Aunque, por lo general, fueron ofertas incumplidas por los gobiernos republicano y monárquico, sirvieron para animar los intereses expansionistas de norteños y sureños por igual. Si bien el ofrecimiento fue promovido por ambos gobiernos mexicanos, con el objetivo de ganarse la simpatía de la administración y de los inversionistas estadounidenses, Maximiliano llamó la atención, principalmente, de los sureños debido al fin de la guerra de Secesión, pues muchos confederados vieron en la inmigración a México la oportunidad de encontrar un nuevo lugar donde establecerse. La reacción de los “rebeldes” sirvió para que Matías Romero, representante mexicano, apuntalara en Washington sus señalamientos en relación a la amenaza que se cernía sobre las instituciones republicanas: la alianza entre ex confederados e imperialistas. Una amenaza que Romero y Juárez esperaban terminara de inclinar a la Casa Blanca a su favor. Maximiliano por su parte, también trató de sacar partido de la especulación. Sabía bien de la preocupación del ejecutivo estadounidense sobre una coalición entre los sureños y los imperialistas, así que buscó garantizarse su buena voluntad retrasando cualquier posible acuerdo, aunque al mismo tiempo no

rompió abiertamente con los ex confederados quienes se habían ofrecido como los defensores del imperio.

A pesar de los intentos de Maximiliano, su proyecto fracasó, y el clima especulativo llegó a su clímax cuando el emperador francés pretendió negociar la salida de sus tropas de México a cambio del reconocimiento del imperio mexicano. Uno de los motivos que llevó a Luis Napoleón a realizar este ofrecimiento fue el fin de la guerra civil en Estados Unidos, éste le significó el fracaso de la posible alianza franco-confederada. Empero, fue mucho más trascendental el hecho de que el proyecto imperial rebasó los límites del propio Napoleón III pues, lo que en un principio era cuestión de semanas, a más tardar de unos cuantos meses se convirtió en años; tiempo durante el cual el pueblo francés tuvo que mantener la guerra, entregar a sus hombres y descuidar su influencia en Europa. El descontento provocó manifestaciones en la prensa, pues algunos periódicos eran voceros de las ideas en contra de continuar con la aventura mexicana. El cuerpo legislativo francés, por su parte, aprovechaba cualquier momento para hacer patente la molestia de sectores influyentes de la sociedad, pues en aras de continuar con el proyecto monarquista en México los impuestos subieron y gran cantidad de militares viajaron a México lo que, en la práctica, debilitaba al imperio frente a los demás países europeos.

Esta preocupación no era producto de la paranoia de algunos. El proyecto mexicano, junto con otras circunstancias internas y propias de la vida doméstica de Europa, significaba para Francia distracción política y descuido militar, los cuales permitieron que otros Estados, antes débiles se fortalecieran y amenazaran la hegemonía gala; tal fue el caso de Prusia. El canciller Otto von Bismark

comenzó una carrera armamentista que preocupó a Luis Napoleón. La alarma se incrementó cuando Bismark entró en comunicación con el resto de los líderes de los estados germanos para lograr su unificación. Austria, que contaba con el apoyo de Francia, pretendió tomar la batuta del proyecto, deseo que la confrontó con Prusia; y ésta, a su vez, vio la posibilidad de retar la preponderancia francesa, a costa de su aliada austriaca. Cuando Napoleón III se enteró de la inminente guerra Austro-prusiana trató de mediar en el conflicto lo cual también le serviría para sopesar su influencia en la diplomacia europea. El resultado fue desalentador. La guerra entre austriacos y prusianos estalló en 1866 y, para muchos políticos, fue un preludio del problema que se avecinaba para Francia. Así pues, la idea que comenzó a propagarse, cada vez con más fuerza, fue la de que los galos debían retomar su lugar dentro de la política europea y dejar de una buena vez la fracasada aventura mexicana. Era momento de retirar las tropas de México. El General Bazaine, mientras tanto, mantenía informado a Luis Napoleón de la situación adversa para Maximiliano y temía que en cualquier momento se diera una confrontación entre las tropas de la Unión y los militares franco-mexicanos, como ya comenzaba a percibirse en algunas zonas de la frontera, lo que francamente preocupaba a los galos.

En tanto, el reconocimiento o no del imperio de Maximiliano tuvo un papel trascendental en la prensa. Ésta se convirtió en la vocera de la opinión pública. Es claro que a lo largo del siglo XIX, los periódicos fueron la tribuna política donde se presentaban y confrontaban los argumentos a favor de una idea o de otra. En relación con el proyecto monarquista mexicano la prensa sirvió para medir el apoyo o el rechazo de una postura o de otra. Así la cosas, Romero supo auxiliarse

en Washington de los puntos de vista que se generaban en los medios impresos a favor de Juárez —muchos de los cuales fueron pagados por el propio Romero— para tratar de persuadir a las autoridades estadounidenses de apoyar la causa liberal. Los críticos de la administración de Washington, por su parte, aprovechaban esos puntos de vista para presionar políticamente al ejecutivo, y justificaban su postura en la tradición política de su nación: la defensa de la república frente a la monarquía. Históricamente, la Unión Americana se había pronunciado por la República como forma de gobierno. Respecto a México, la existencia de una monarquía bien podría ocasionar un choque de intereses no sólo políticos sino principalmente económicos. Por otro lado, la existencia de un imperio en México, auspiciado por el gobierno francés, significaba la presencia en América de un competidor peligroso para la deseada hegemonía estadounidense en el continente.

Como puede verse el escenario monárquico era peligroso para los intereses políticos y económicos de Estados Unidos, sin embargo, la crisis en todos los órdenes ocasionada por la guerra civil lo debilitó y lo convirtió en un espectador del proyecto francés. Es equívoco pensar que una vez terminada la guerra de Secesión la Unión Americana tomaría una conducta más agresiva respecto al proyecto monarquista de México. Los años de reconstrucción todavía mantendrían a la Casa Blanca alejada de los asuntos internacionales.

Sin embargo, aunque la Unión Americana no contaba con las circunstancias políticas y económicas para exigir el fin de la intervención francesa, la debilidad de la otrora potencia militar permitió que la actitud siempre moderada de Washington cambiara. Lo que en un primer momento fue una sugerencia subió de tono y se

convirtió en un reclamo acompañado por la conducta hostil de ciertos militares estadounidenses quienes tenían gran influencia entre la sociedad y simpatizaban con la postura pro-liberal mexicana.

La opinión pública, compuesta por diferentes grupos con pesos específicos dentro de la sociedad, y por lo tanto con influencia mayor o menor en la elite gubernamental, también jugó un papel trascendental en la política asumida por el secretario de Estado Seward y por el presidente Johnson frente al imperio de Maximiliano. Dentro de la opinión pública existían simpatizantes con la idea de echar de México a los invasores franceses y a Maximiliano lo que finalmente era esperanzador para la causa juarista.

En fin, fueron varias las circunstancias que influyeron en la postura de Estados Unidos hacia el Segundo Imperio. Si bien la condición interna es fundamental para comprender el desarrollo de la postura estadounidense el escenario internacional también jugó un papel muy importante en su comportamiento hacia los diversos actores del proyecto monarquista. En efecto, las distintas circunstancias político-económicas que Francia enfrentó y la guerra que Austria sostuvo con Prusia significaron dos escenarios distintos para la conducta de la Casa Blanca y su reacción fue acorde con éstos.

El abandono de Napoleón III a la causa imperial no fue producto de la presión real que Estados Unidos haya ejercido hacia París, pero la participación de la Unión Americana en el fracaso del relevo austriaco para afianzar a Maximiliano en México no está a discusión. El emperador mexicano sabía que sin el respaldo militar francés le sería muy difícil mantenerse al frente del gobierno, así que buscó apoyo en su familia, respaldo que no encontró en gran medida debido a

la conducta de la Casa Blanca. Si Francisco José, el emperador austriaco, tenía alguna duda sobre ayudar o no a su hermano, ésta quedó disipada ante la amenaza del enviado estadounidense en Viena sobre su retiro de la corte si el ejército austriaco entraba a México. La intimidación convenció a Francisco José de no entrometerse en la cuestión mexicana. A diferencia de cómo fue la conducta de Washington frente a Francia, la situación interna de Austria en la posguerra de 1866, permitió a Washington usar un discurso agresivo para evitar la presencia de los austriacos en México, aunque sólo fue eso, un discurso, porque no había ningún interés real en romper relaciones con nadie.

Lo que sí era necesario para la Casa Blanca era retomar su lugar en el hemisferio americano de ahí su tono amenazante. Francisco José no pudo ayudar a Maximiliano. Así, sin el ejército galo, sin el respaldo austriaco, y sin poder ni querer regresar a casa, Maximiliano fue aprehendido por los juaristas.

Paradójicamente quien hizo suyas las peticiones de Europa por la vida del austriaco y que al respecto trató de influir en Juárez, fue el gobierno estadounidense, pues intentaba reintegrarse al concierto internacional llevando como carta de presentación el haber mediado satisfactoriamente en el fin de la cuestión mexicana. Si bien sus esfuerzos no fructificaron, la activa participación de Washington por conseguir la libertad de Maximiliano le sirvió, en alguna medida, para reinsertarse en la esfera internacional, y por supuesto en la hemisférica.

Como se ha podido ver a lo largo de esta reflexión Estados Unidos tuvo una participación ambivalente hacia la intervención francesa y el imperio de Maximiliano, sin embargo, a pesar de las circunstancias internas y de los eventos políticos que hubo de enfrentar, siempre trató de mantenerse presente, en la

medida de lo posible, en el escenario internacional y en este aspecto la especulación tuvo un papel trascendental porque permitió a la Casa Blanca mover los hilos de la diplomacia hacia la dirección que mejores resultados políticos y económicos le brindara: un sistema de gobierno republicano para México.

Apéndice no. 1

Consulados norteamericanos y ciudades donde se establecieron		
Consulado	Consul	Fecha
Veracruz	S.S. Caldum	septiembre-1865, noviembre -1865
	M. D. L. Lane	septiembre -1865, febrero 1866 febrero-1866,-abril 1866 abril-1866-mayo 1866 mayo-1866,-mayo1866 junio-1866 - junio-1866 julio- 1866, octubre- 1866, nov.-1866,-diciembre 1866 enero-1867 - febrero- 1867
	Eduard Schuiver	enero. 1866 - febrero- 1866
	E. H. Sauluier	mayo 1866 - junio -1866 junio 1866, - julio- 1866 septiembre -1866 octubre- 1866 - nov.-1866 diciembre -1866 enero 1867 - julio 1867
	L. C. Dirly	nov.-1866
	C. M. Walker	dic.-1866, 13- dic. 1866 febrero -1867 abril -1867
	L. H. Pelouz	enero -1867
	R. V. Richardson	enero 1867
	Henry E. Keene	19- enero- 1867, 24- enero-1867

	Víctor Brachs	febrero- 1867 - marzo- 1867
	Chas Callaghan	mayo 1867
San Blas	David Fergusson	mayo de 1867
la Paz	J. B. Elmer	diciembre de 1864 - julio- 1867.
	E. M. Statur,	julio de 1867.
	Gideon Willis,	julio de 1866 - agosto- 1866.
	C.M. Walker,	julio de 1866.
Matamoros	D. Pierce	diciembre de 1864
	E. D. Etchinson	enero 1865 – febrero 1865
	Amzi Wood	febrero de 1865 – marzo 1865, Julio de 1865 septiembre 1865
	C. Emmons	marzo de 1865
	Lucius Ivory	agosto de 1865 - septiembre 1865 septiembre 1866 octubre 1866
	M. B. Marshall	octubre 1866 - junio de 1867
	J. W. Scott	julio de 1867
	C. M. Walker	febrero de 1867
	M. G. Manders	julio de 1866
	C. D. Sedzewick	febrero de 1865
	Edward Jourdum	mayo de 1866
	M. G. Mank	mayo de 1866
	J. M. Smith	mayo de 1866 – junio 1866
	C M. Staton	junio de 1866
Ciudad de México	Marcus Otterbourg	agosto de 1863 Febrero a marzo de 1864 Mayo de 1864

		junio de 1864 octubre de 1864 diciembre de 1864 agosto de 1867 a diciembre
	John Black	diciembre de 1867
	Fifto Auditor	diciembre de 1867
	Morris Jaussig	enero a febrero de 1864
	Chas. F. Arneud	mayo a junio de 1864
	C. F. Airnous	septiembre de 1864
Chihuahua	D. H. Creel	abril de 1864 a diciembre de 1866
	Charles Maye	enero a febrero de 1867
	J. H. Carletou	enero a febrero de 1867
	W. E. Chadler	febrero de 1867.
Monterrey	H. E. Jacob	julio de 1863
	Ken E. M. Staton	agosto de 1863
	M. M. Kunny	abril a junio de 1864
	General Camby	febrero de 1864
	Joseph Wrich	julio y agosto de 1866 enero a junio de 1867
	O. K. Kinggloe	agosto de 1866
	L. D. Campbell	septiembre de 1866
	E. B. Jurner	noviembre de 1866

Apéndice no. 2

ciudadanos a favor de la causa Juarista ³⁵⁷	
Wm. C. Bryant	POETA Y PRÓLIJO ESCRITOR, ES REDACTOR EN JEFE DEL NEW YORK EVENING POST.
William H. Haspinwal	EMPRESARIO PROMINENTE ENCARGADO DE LA CONSTRUCCIÓN INTEOCEÁNICA POR PANAMÁ, SU COMPAÑÍA SE LLAMA HOWLAND, ASPINWALL Y CÍA. POSEE UNA GALERIA DE PINTURAS.
Hamilton Fish	GOBERNADOR DEL ESTADO DE NUEVA YORK Y SENADOR POR EL MISMO EN EL CONGRESO
John W. Hamersley	PERTENECE A LAS FAMILIAS MÁS IMPORTANTES DE NUEVA YORK, NO PERTENECE A NINGÚN PARTIDO, CREE QUE AMÉRICA DEBE SER SÓLO PARA LOS AMERICANOS SIN INJERENCIA EUROPEA
Jonathan Sturges	COMERCIANTE DISTINGUIDO Y MUY IMPORTANTE, PRESIDENTE DE LA UNIÓN LEAGUE CLUB REPRESENTA LO MÁS SELECTO DEL PARTIDO REPUBLICANO.
James W. Beekman	MIEMBRO DE UNA FAMILIA IMPORTANTE DE NUEVA YORK Y UNO DE LOS SENADORES MÁS IMPORTANTES DE NUEVA YORK.
John Jacob. Astor jr.	HOMBRE DE MUCHA IMPORTANCIA EN NUEVA YORK DEBIDO A SU DINERO TIENE MUCHA INFLUENCIA EN LA CIUDAD. ES CORONEL DEL EJÉRCITO VOLUNTARIO DE ESTADOS UNIDOS
Smith Clift	ABOGADO Y MIEMBRO DISTINGUIDO DEL PARTIDO REPUBLICANO
William E Dodge, jr.	RESPETADO COMERCIANTE ES SOCIO DE LA CASA PHELPS DODGE Y CÍA ES

³⁵⁷ Romero a Lerdo de Tejada, Nueva York, 16 de febrero de 1864, en *Correspondencia...*, vol. IV, p.119.

	BANQUERO.
David Hoadley	PRESIDENTE DE LA COMPAÑÍA DE FERROCARRIL DE PANAMÁ
Frederic De Peyster	PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD HISTÓRICA DE NUEVA YORK, MIEMBRO PROMINENTE DEL PARTIDO DEMÓCRATA.
William Buttel Duncan	BANQUERO, SU FIRMA ES LA DUNCAN SHERMAN Y COMPAÑÍA, PERTENECE AL PARTIDO DEMÓCRATA.
William Curtis Noyes	HOMBRE MUY IMPORTANTE EN NUEVA YORK Y MIEMBRO DEL PARTIDO REPUBLICANO
Henry Clews	COMERCIANTE, MIEBRO DE LA FIRMA LIVERMARE, CLEWS Y CÍA. BANQUERO DEL GOBIERNO DE LOS ESTADOS UNIDOS PARA LA VENTA DE ALGUNOS DE SUS BONOS.
Frederic C. Gebhard	BANQUERO, SOCIO DE SCHUSHERD, GEBHARD Y CÍA
James T. Brady	POLÍTICO, MIEMBRO DEL PARTIDO DEMOCRÁTICO,
Geo. J. Strong	ABOGADO Y TESORERO DE LA COMISIÓN SANITARIA DE LOS ESTADOS UNIDOS
Henry Delafield	COMERCIANTE RICO, HERMANO DE UN CORONEL DEL EJÉRCITO DE ESTADOS UNIDOS Y MÉDICO IMPORTANTE DE LA CIUDAD
Henry E. Pierrepont	ABOGADO.
Geo. Opdyke	COMERCIANTE Y ÚLTIMO CORREGIDOR DE NUEVA YORK.
David Dudley Field	ABOGADO REPUBLICANO
George Bancroft	EX MINISTRO EN INGLATERRA, ABOGADO, FUE MINISTRO DE MARINA.
Charles Astor Bristed	ESCRITOR SOBRE OBRAS DE POLÍTICA
Alex Van Resselaeer	ACAUDALADO RENTISTA HIJO DEL FUNDADOR DE ALBANY.
George Folsom	EX MINISTRO DE ESTADOS UNIDOS EN HOLANDA, MIEMBRO DE LA SOCIEDAD ETNOLÓGICA DE NUEVA YORK
Washington Hunt	EX GOBERNADOR DEL ESTADO DE NUEVA YORK, MIEMBRO DEL PARTIDO DEMÓCRATA Y REPRESENTA LOS INTESES DEL OESTE DEL ESTADO
Charles King	ANTIGUO ESPECULADOR Y PERIODISTA, PRESIDENTE DEL COLEGIO DE COLOMBIA
Willard Parker	MÉDICO

Adrien Iselin	COMERCIANTE DE NUEVA YORK
Robert J. Livingston	RICO INFLUYENTE DE NUEVA YORK
Samuel B. Ruggles	HA SIDO DELEGADO DE ESTADOS UNIDOS EN EL CONGRESO INTERNACIONAL ESTADÍSTICO DE BERLÍN

FUENTES

Fuentes Documentales

- Archivo General de la Nación, *Segundo Imperio*, vol. 93, exp. 17.

- Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores (AHSRE):
 - exp. 6-17-68,
 - exp. 1-2-557,
 - exp. L-E-1097,
 - exp. 41-5-9 (I-III),
 - exp. L-E-1686,
 - exp. 4-2-5597,
 - exp. 10-21-73,
 - exp. L-E-1988 (II),
 - exp 11-H-1-3,
 - exp. L-E-2265,
 - exp. L-E-1312,
 - exp. 3-4-4136,
 - exp. 15-2-73,
 - exp. 6-20-18,
 - exp. 1-12-1291.

- Biblioteca Nacional de México (en adelante, BNM), *Fondo Juárez*
 - ms. J. 1207,
 - ms. J. 1152,
 - ms J. 1325,
 - ms. J. 10-1313,
 - ms. J. supl 9,
 - ms. J. supl 10,
 - ms. J. supl 131,
 - ms. J 9-1125,

- ms. J. 1207.
- Centro de Estudios de Historia de México Carso *Fondo Segundo Imperio*, Fondo IX-I.
- *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera, 1860-1868. Colección de documentos para formar la historia de la intervención*, México, Imprenta del Gobierno en Palacio a cargo de José M. Sandoval, vols. IV, V, VII, 1871.
- *Correspondencia entre la Legación de la República Mexicana en Washington, el Departamento de Estado de los Estados Unidos de América y el gobierno de México, con relación a la exportación de armas y municiones de guerra para puertos de naciones beligerantes*, Nueva York, 1866.
- EUA, The National Archives of Washington, Records of the Department of State *Despatches of United States Ministers to France*:
 - rollos 61,
 - “” 62,
 - “” 63,
 - “” 64,
 - “” 65.
- EUA, The National Archives of Washington, *Notes to Foreign Legations in the United States from the Department of State*, 1834-1906, no. 99, rollo 23.
- EUA, The National Archives Records Administration *Ex. Doc.*
 - no. 6,
 - no. 54,

- no. 1209.
- EUA, The National Archives of Washington, *Diplomatic Instructions 1801-1906*, rollo 113,
 - mf. 77, no. 93,
 - “” 95,
 - “” 97,
 - “” 99,
 - “” 105,
 - “” 107.
- EUA, The National Archives of Washington, *Records of the Department of State (MP), Despatches from the United Consuls*.
 - Matamoros
 - Chihuahua
 - Veracruz
 - Monterrey
 - Mexico City
- EUA, *The Congressional Globe the Official Proceedings of Congress, of the Second Session of the Thirty Eight, 1866*, Washington, F. & J. Rives, 1866.
- *Essential Documents in American History*, Base de Datos American Search Premier, EBSCO.
- *Papers Relating to Foreign Affairs, Accompanying the Annual Message of the President to the Second Session Fortieth Congress. Parts I, II*, Washington Government Printing Office, 1868.

- Richardson James D, *A Compilation of the Messages and Papers of President, Washington*, United State Congress, Joint Commettee on Printing, 1897.
- *The Abraham Lincoln Papers, at the Library of Congress*, EUA, Library of Congress Manuscript Division and Lincoln Studies Center, Knox College, Washington, American Memory Project, [2000-02], <http://memory.loc.gov/ammem/alhtml/alhome.html>.
- The Abraham Lincoln Association Springfield, *The Collected Works of Abraham Lincoln*, Illinois, Roy P. Baster Editor, Marion Dolores Pratt and Lloyd A. Dunlap assistant Editors, New Jersey, New Brunswick, Rutgers University Press, vol. VII, 1953.

Hemerografía

- *Daily News* de Nueva York.
- *The New York Times* en ProQuest Historical Newspapers.
- *La Sociedad. Periódico político y literario*.
- *The Mexican Times*.
- *Diario del Imperio*.
- *London Gazette*, (DE 10 de enero de 2012, <http://www.london-gazette.co.uk/issues/22910/pages/5309>).

Fuentes historiográficas primarias

- Abbot Gorham D., *Mexico and the United States their Mutual Relation and Common Interests*, New York, G. P. Putnam D. Son, 1869.

- Arrangoiz Francisco de Paula, *México desde 1808 hasta 1867*, prólogo de Martín Quirarte, México, 2da. Porrúa, 1996.
- Bazaine François Achille, *La intervención Francesa en México según el archivo del mariscal Bazaine*, 2ª ed., México, Porrúa, 1973.
- Blasio José Luis, *Maximiliano íntimo, El emperador Maximiliano y su corte*, reimpresión, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Chynoweth Harris W, *The Fall of Maximilian, Late Emperor of Mexico: With an Historical Introduction, the Events Immediately Preceding his Acceptance of the Crown and a Particular Description of the Causes which Led to his Execution; Together with a Correct Report of the Able Deference Made by his Advocates Before the Court Martial, and Their Persevering Efforts on his Behalf at the Sent of the Republican Government*, London, Published by the Author, 1872.
- Díaz Lilia, *Versión francesa de México. Informes diplomáticos*, introducción, selección y notas de Lilia Díaz, México, El Colegio de México, IV vols. 1965.
- Heard John Jr., “Maximilian and Mexico”, en *Scribner’s Magazine*, New York, Charles Scribner’s Sons, vol. XV, no. 6, June 1894, p. 463-688.
- Iglesias José María, *Revistas históricas sobre la intervención francesa en México*, 3ª edición, México, Porrúa, vol. III, 1987.
- Keratry Conde E, *Elevación y caída del emperador Maximiliano, intervención francesa en México, 1861-1867*, prefacio de Prévost-Paradol, traducción de Hilarión Frías y Soto, México, Imprenta del Comercio de N. Chávez a cargo de J. Moreno, 1870.

- Lefevre Eugene, *Documentos oficiales recogidos en la secretaria privada de Maximiliano. Historia de la intervención francesa en México*, Bruselas/Londres, 1869.
- Schoonover Thomas , traducción y edición, *Matias Romero, A Mexican View of America in the 1860's a Foreign Diplomat Describes the Civil War and Reconstruction*, con la colaboración de Ebba Wesener Schoonover, New Jersey, Fairleigh Dickson University Press, 1991.
- Tamayo Jorge L., *Documentos, discursos y correspondencia de Benito Juárez*, ed. digital, coordinación de Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2006.
- Teresa de Mier Servando Fray, *Memoria político instructiva enviada desde Filadelfia en agosto de 1821 a los gefes independientes del Anáhuac llamado por los españoles Nueva España*, Impresa en Filadelfia, Juan F. Hurtel, núm. 126, calle Segunda, Sur, 1821.
- Zamacois Niceto de, *Historia de México desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días escrita en vista de todo lo que de irrecusable ha dado a la luz los más caracterizados historiadores, y en virtud de documentos auténticos no publicados todavía, tomados del Archivo General de México de las Bibliotecas públicas y de los preciosos manuscritos que, hasta hace poco, existían en los conventos de aquel país*, Barcelona/México, J. F. Parres y Cía., 20 vols, 1876-1882.

Fuentes historiográficas secundarias.

- Amores Carredano Juan Bosco, (coord.), *Historia de América*, Barcelona, Ariel, 2006.

- Astié-Burgos Walter, *El águila bicéfala: las relaciones México-Estados Unidos a través de la experiencia diplomática*, México, Planeta-Ariel Divulgaciones, 1995.
- Basch Samuel Siegfried, *Memories of Mexico: A History of the Last Ten Months of the Empire*, Virginia, Trinity University Press, 1973.
- Belenki A. B, *La intervención extranjera de 1861-1867 en México*, México, Fondo de Cultura Popular, 1966.
- Bernstein Harry, *Matías Romero, 1837-1898*, México, FCE, 1973.
- Blaine Richard, “Un amigo de México”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. 1, junio 1951-julio 1952, pp.547-570.
- Blumberg Arnold, *The Diplomacy of the Mexican Empire, 1863-1867*, Philadelphia, the APS. 1971.
- Blumenthal Henry, “Confederate Diplomacy: Popular Notions and International Realities”, en *The Journal of Southern History*, Baton Rouge, Southern Historical Association, vol. 32, no. 2, mayo 1966, pp.151-171.
- _____, *France and the United States. Their Diplomatic Relation (1789-1914)*, North Carolina, North Carolina University Press, 1970.
- Bosch García Carlos, “Maximiliano en busca del reconocimiento”, en *De la Historia, Homenaje a Jorge Gurría Lacroix*, México, Universidad Nacional Autónoma de México–Instituto de Investigaciones Históricas, 1985.
- _____, *México en la historia, 1770-1865. El aparecer de una nación*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1993.

- Brinkley Allan, *Historia de Estados Unidos, un país en formación*, reimpresión, México, Mc Graw Hill, 2006.
- Burney William, *The Civil War and Reconstruction*, New York, Oxford University Press, 2001.
- Callahan James, *American Foreign Policy in Mexican Relations*, New York, Mac Millan, 1932.
- Ceja Camargo Elena Azucena, “Más allá de La Mesilla, la segunda gestión diplomática de Juan Nepomuceno Almonte en Washington, 1853-1856”, tesis de licenciatura, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2005
- Corti Egon Caesar Conte, *Maximiliano y Carlota*, México, Fondo de Cultura Económica, quinta reimpresión, 1997.
- Cunningham Michele, *Mexico and the Foreign Policy of Napoleon III*, Houndmills, Basingstoke, Hampshire, Palgrave, 2001.
- Dabbs Jack Autrey, *The French Army in Mexico, 1861-1867. A Study in Military Government*, The Hague, Mouton & Co., 1963.
- Díaz Lilia, “El liberalismo militante”, en *Historia general de México*, 4ª edición, México, El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos, vol. II, 1994.
- Douglas Taylor Hanson Lawrence, “Voluntarios extranjeros en los ejércitos liberales mexicanos, 1854-1867”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. xxxvii, no. 2, octubre-diciembre de 1987, pp. 205-237.

- Droz Jacques, *Historia de la formación de la unidad alemana, 1879-1871*, Barcelona, Vicens-Vives, 1973.
- Duff David, *Eugenia de Montijo y Napoleón III*, Madrid, Rialp, 1981.
- Dunn J, “Africa Invades the New World: Egypt’s Mexican Adventure, 1863-1867”, en *War in History*, [Sevenoaks], Toynebee Editorial Services Ltd. Unit 24a, The Bardfield Centre Great Bardfield, no. 1, vol. IV, 1997, 121-136.
- Duval Dolores, “Una mirada al expansionismo estadounidense. La Legación Francesa en México, 1853-1860”, en *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, no. 48, nueva época, septiembre-diciembre de 2000, 201-214.
- *Encyclopedia of the American Civil War: A Political, Social and Military History*, Davis S. Heidler and Jean T. Heidler, Editors; Foreword by James W. Mc Pherson, Mark E. Neely, Jr. editorial board; cartography by Donald Frazier, Richard J. Thompson Jr. Santa Bárbara California, ABC-Clio, vols. IV, V, 2000.
- *Encyclopedia of U. S. Foreign Relations*, edición de Bruce Jentleson, preparada con los auspicios del editor del Council on Foreign Relations Nicholas X. Rizopoulos, New York, Oxford University Press, vol. II, 1997.
- Fabela Isidro, “La Doctrina Monroe y la segunda Intervención francesa en México”, en *Cuadernos Americanos*, México, Cultura, vol. XCV, no. 5, septiembre–octubre 1957, pp.201-214.

- Flores Salinas Bertha, “Napoleón III: su gran designio para las Américas”, en Patricia Galeana, coord., *Encuentro de liberalismos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.
- _____, *Segundo Imperio Mexicano*, México, Praxis, 1998.
- Forner Eric y Olivia Mahoney, *America’s Reconstruction People and Politics after the Civil War*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1995.
- Foster Leich John, “Maximiliano de México: recuerdos y reflexiones sobre la intervención intercontinental”, en *Cuadernos Americanos*, México, Libros de México, vol. CXCIX, no. 2, marzo – abril, 1975, pp. 146-160.
- Frazer Robert, “Maximilian’s propaganda Activities in the United States, 1865-1866”, en *The Hispanic American Historical Review*, Durham, North Carolina, The Duke University Press, vol. XXIV, no. 1, febrero de 1944, pp.4-29.
- Fuentes Mares José, *Juárez y Europa*, México, Jus, 1960.
- _____, *La emperatriz Eugenia y su aventura mexicana*, México, El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos, 1976.
- _____, “La misión de Mister Pickett”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. II, no. 4, abril – junio 1962, pp. 389-408.
- Galeana Patricia, “Una década de relaciones México-Estados Unidos (1857-1867)”, en *Tempus*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras, no. 4, 1995, pp. 51-78.

- _____, "Sueños imperiales, 1864-1867", en *Revista Mexicana de Política Exterior*, México, Instituto Matías Romero de Estudios Diplomáticos, no. 42, 1994, pp.81-86.
- _____, "México codiciado botín 1861-1863", en *Revista mexicana de política exterior*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, no. 40-41, julio-diciembre de 1993, pp. 115-121.
- García de León Melo Oliva, "De historias contestatarias: el sitio de Querétaro y el fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo a través de los escritores mexicanos y europeos de 1867-1869", tesis de licenciatura, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2006.
- García Moisés Enrique, "Reflexiones de Émile Ollivier sobre la Intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano", México, Tesis de licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1975.
- Garfías Luis M. *La Intervención Francesa en México*, México, Panorama Editorial, 1991.
- Gleijeses Piero, "The Limits of Sympathy: The United States and the Independence of Spanish America", en *Journal of Latin American Studies*, Cambridge, Cambridge University Press, vol. 24, no. 3, octubre 1992, pp. 481-505.
- Gomezcésar Hernández Iván, "Juárez y los Estados Unidos durante la invasión francesa," en *Estrategia. Revista de análisis político*, México, Publicaciones Sociales Mexicanas, no. 95, septiembre-octubre 1990, pp.43-49.

- Gurza Gerardo, *Una vecindad efímera. Los Estados Confederados de América y su política exterior hacia México, 1861-1865*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2001.
- Gutiérrez Ibarra Cecilia, *Documentos de la Reforma, la Iglesia y el Imperio de Maximiliano*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2006.
- Hamnett Brian, *Juárez*, Nueva York, Longman, 1994.
- Hanna Alfred Jackson y Kathryn Abbey Hanna, *Napoleón III y México*, traducción de Ernestina de Champourcin, México, FCE, [ed. en español] 1981.
- Hanna Abbey Kathryn, "The Roles of the South in the French Intervention in Mexico", en *Journal of Southern History*, Baton Rouge, Southern Historical Association, vol. 20, no. 1, febrero 1954, pp.3-21.
- Harmon George, "Confederate Migration to Mexico", en *Hispanic American Historical Review*, Durham, North Carolina, The Duke University Press, vol. XVII, año 4, noviembre 1937, pp. 458-487.
- Hasp Joan, *The Crown of Mexico, Maximilian and Empress Carlota*, New York, Holt Rinehart and Winston Inc., 383 Madison Avenue, 1971.
- Hobsbawn Eric, *La era del capital, 1848-1875*, Buenos Aires, Crítica, 1998.
- Iglesias Calderón Fernando, *La concesión Leese*, México, Archivo Histórico Diplomático/Porrúa, 1971.

- Knapp Frank, “Edward Lee Plumb, amigo de México”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. VI, no. 1, julio-septiembre 1956, pp.9-23.
- Leich John Foster, “Maximiliano de México, recuerdos y reflexiones sobre la intervención intercontinental”, en *Cuadernos Americanos*, México, Libros de México, vol. CXCIX, no. 2, marzo-abril 1975, pp.146-160.
- Lynn M. Case, *The United States and France*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1970.
- _____, “French Opinion and Napoleon III’s Decision After Sadowa”, en *The Public Opinion Quarterly*, Oxford, Oxford University Press on behalf of the American Association for Public Opinion Research, vol. 13, no. 3, otoño de 1949, pp. 441-461.
- _____, *French Opinion on the United States and Mexico, 1860-1867. Extracts from the reports of the Procureurs Generaux*, New York, D. Appleton-Century Co., 1936.
- Lubienski Silvia, “Integración e inmigración en el Segundo Imperio”, en Patricia Galeana, coord., *La definición del Estado mexicano, 1857-1867*, México, Archivo General de la Nación, 1999.
- Marichal Carlos, *Las inversiones extranjeras en América Latina, 1850-1930. Nuevos debates y problemas en historia económica comparada*, México, Colmex-Fondo de Cultura Económica, 1995.
- Mc Cornack Richard Blaine, “Un Amigo de México”, en *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, vol. I, julio 1951 – junio 1952, pp. 547-570.

- Merk Frederick, *La doctrina Monroe y el expansionismo norteamericano, 1843-1849*, Buenos Aires, Paidós, 1966.
- Merrill Dennis and Thomas G. Paterson, editors, *Major Problems in American Foreign Relations*, Kansas, Connecticut, Houghton Mifflin 5 edición, vol. I, 2000.
- Miller Robert Ryal, *Arms Across the Border: United States Aid to Juarez During the French Intervention in Mexico*, Philadelphia, The American Philosophical Society, 1973.
- _____, “Matias Romero: Mexican Minister to the United States during the Juarez-Maximilian era”, en *The Hispanic American Historical Review*, Washington, D. C., Board of Editors of The Hispanic American Historical Review, vol. XLV, no. 2, mayo 1965, pp.228-245.
- Moreno Daniel, selección y notas, *El sitio de Querétaro, según sus protagonistas y testigos*, México, Porrúa, 1982.
- Ollivier Emilio, *Expedición de México*, México, Cámara de Diputados, 1972.
- Pani Erika, “Un grupo de la élite política decimonónica: los imperialistas”, en *Secuencia*, México, Instituto Mora, no. 46, enero – abril 2000, pp. 37-50.
- _____, *Para mexicanizar el Segundo Imperio, El Imaginario político de los imperialistas*, México, El Colegio de México–Instituto Mora, 2001.
- _____, “Más allá del fusilado de Querétaro y la loca de Miramar, historiografía reciente sobre el Segundo Imperio”, en *Históricas*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, no. 50, septiembre-diciembre 1997, pp. 16-26.

- _____, *El Segundo Imperio, herramientas para la historia*, México, Fondo de Cultura Económica/Centro de Investigación y Desarrollo Económico, 2004.
- Pasarán Triujeque Marcela, "Maximiliano en busca del Reconocimiento de su imperio por parte de los Estados Unidos (1862-1867)," México, Tesis de Licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.
- Perkins Dexter, *Historia de la doctrina Monroe*, traducción de Matilde Alonso Castello, México, Novaro, 1964.
- Pi-Suñer Llorens Antonia, Paolo Riguzzi y Lorena Ruano en Mercedes de Vega, coord., *Historia de las Relaciones Internacionales de México, 1821-2010*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores/Acervo Histórico Diplomático, VII volúmenes, 2011.
- Pi-Suñer Llorens Antonia, *La deuda española en México. Diplomacia y política en torno a un problema financiero, 1821-1890*, México, El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.
- _____, *El general Prim y la cuestión de México*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1996.
- Ratz Konrad, *Correspondencia inédita entre Maximiliano y Carlota*, México, FCE, 2003.
- _____, *Querétaro: el fin del segundo imperio mexicano*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Gobierno del Estado de Querétaro, 2005.

- Rippy Fred, *The United States and Mexico*, New York, Random – House, 1931.
- Roeder Ralph, *Juárez y su México*, México, Fondo de Cultura Económica, cuarta reimpresión, 1995.
- Rousseau Charles, *Derecho Internacional Público*, Barcelona, Ariel, 3° ed. 1966.
- Saldívar Gabriel, Prólogo, *La misión confidencial de Jesús Terán en Europa*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1974.
- Salmerón Celerino, *Las grandes traiciones de Juárez, vistas a través de sus tratados con Inglaterra, Francia, España y Estados Unidos*, 11ª edición, México, Instituto Nacional de Investigaciones Históricas, A.C. reimpresión, 1986.
- Santana Brombilla María del Rosario, “Napoleón III y su intervención en la política mundial,” tesis de doctorado en historia universal, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1954.
- Schoonover David, *Dollars Over Dominion, the Triumph of Liberalism in Mexican – United States Relations, 1861-1867*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1978.
- Sierra Justo, *Juárez, su obra y su tiempo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Nueva biblioteca Mexicana, no. 32, 1972.

- Sordo Cedeño Reynaldo, "Seward y la intervención Francesa en México," México, Tesis de Licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1972.
- Suárez Argüello Ana Rosa, *Un duque norteamericano para Sonora*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Publicaciones, 1990.
- _____, *En el nombre del Destino Manifiesto, guía de ministros y embajadores de Estados Unidos en México, 1825-1993*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1998.
- _____, *La batalla por Tehuantepec: el peso de los intereses privados en la relación México-Estados Unidos, 1848-1854*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, Archivo Histórico Diplomático, 2003.
- Tamayo Jorge L, "Las relaciones de México con los Estados Unidos durante la Intervención Francesa y el Imperio", en *Cuadernos Americanos*, México, Libros de México, vol. CLIV, no. 5, septiembre-octubre, 1967, pp. 170-186.
- Taylor John M, *William Henry Seward: Lincoln's Right Hand*, New York, Harper Collins, 1991.
- Terrazas y Basante Marcela, *Los intereses norteamericanos en el noreste de México. La gestión diplomática de Thomas Corwin*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1990.

- _____, coord., *Las relaciones México-Estados Unidos. 1756-2010*, México, IIH-UNAM-SRE, vol. I, 2012.
- Topete María de la Luz, *La labor diplomática de Matías Romero*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1976.
- Torre Villar Ernesto de la, *La intervención francesa a través de la correspondencia de sus mariscales*, México, Archivo General de la Nación – Universidad Nacional Autónoma de México, 1998.
- _____, “La política americana durante la Intervención Francesa en México: notas para su estudio”, en *Revista de Historia de América*, Pan American Institute of Geography and History, nos. 63-64, 1967, pp. 13-67.
- Tyler Ronnie C., *Santiago Vidaurri y la Confederación Sureña*, Nuevo León, AGENL, ed. en español 2002.
- Valadés José Cayetano, *Maximiliano y Carlota en México: Historia del Segundo Imperio*, México, Diana, 1976.
- Valone J. Stephen, “Weakness Offers Temptation: William Henry Seward and the Reassertion of the Monroe Doctrine”, en *Diplomatic History*, Wilmington, Scholarly Resources, Society for Historians of American Foreign Relations vol. XIX, no. 4, 1995, pp.583-599.
- Vigil José María, “La Reforma”, en Vicente Riva Palacio, *et al. México a través de los siglos*, 23ª edición, México, Cumbre, tomo 10, 1988.
- Weckmann Luis, *Carlota de Bélgica: correspondencia, escritos sobre México en los archivos europeos, 1861-1868*, México, Porrúa, 1989.

- _____, *Las relaciones franco-mexicanas*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1962.
- Weeks William Earl, *Building the Continental Empire: American Expansion from the Revolution to the Civil War*, Chicago, Ivan R. Dee, 1996.
- Yañez Agustín, “A cien años de la victoria sobre la intervención francesa en México”, en *Cuadernos Americanos*, México, Cultura, vol. CXXII, no. 3, mayo – junio 1962, pp.182-200.
- Zorrilla Luis G, *Historia de las relaciones entre México y Estados Unidos 1800-1958*, 3ª edición, México, Porrúa, vol. I, 1995.

Fuentes electrónicas.

- Louisiana Society Order of Confederate Rose, vol. 8, no. 4, diciembre 2006, en <http://lasocr.org/petals%2006%20dec.pdf>; Ned Hemard, New Orleans Nostalgia, remembering New Orleans History, Culture and Traditions, en http://www.chaffe.com/John_Slidellarticle.pdf (DE 25 de marzo de 2009)
- Favre Jules, *Encyclopaedia Britannica*, en línea, 2010 (DE 31 de enero de 2010 <http://www.britannica.com/EBchecked/topic/202910/Jules-Favre>.)
- Thiers Adolphe, *Encyclopaedia Britannica*, en línea, 2010. (DE 31 enero 2010 <http://www.britannica.com/EBchecked/topic/592074/Adolphe-Thiers>.)
- *Biographical Directory of the United States Congress 1774-2005*, Joint Committee on Printing (DE 9 de enero de 2010, <http://www.gpoaccess.gov/serialset/cdocuments/hd108-222/b.pdf>).

- *Blair Family Papers, 1755-1968 (bulk 1829-1892)*, The Library of Congress Online Catalog (DE 29 de octubre de 2009, <http://catalog.loc.gov/cgi-bin/Pwebrecon.cgi?DB=local&BBID=5806819&v3=1>).
- *Degollado Joaquin and Mariano: An Inventory of the Collection at the Benson Latin American Collection. Biographical and Historical Note* (DE 28 de octubre de 2009, <http://www.lib.utexas.edu/taro/utlac/00014/lac-00014.html>).
- *Fould Achille Marcus* (DE 31 de enero de 2010, www.biografiasyvidas.com/biografia/f/fould.htm).
- Garrigón Moneris José Ignacio, *Pierre-Guillaume-Frédéric Le Play (1806-1882). Biografía intelectual, metodología e investigaciones sociológicas*, 2001 (DE 9 de enero de 2010, http://descargas.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/12922740816702617098213/006459_1.pdf).
- Goineau Jean-Jacques, "Presencia francesa y acción diplomática de Francia en Colombia durante el siglo XIX.", en *Boletín de Asociación para el Fomento de los Estudios Históricos en Centroamérica*, N°31, 08 agosto 2007, (DE 22 de abril de 2011, http://afehc-historia-centroamericana.org/index.php?action=fi_aff&id=1654).
- *Schofield John Mc Allister Papers*, Library of Congress Online Catalog (DE 29 octubre de 2009, <http://catalog.loc.gov/cgi-bin/Pwebrecon.cgi>).
- *Sheridan Phillip Henry* (DE 29 de octubre de 2009, <http://www.civilwarhome.com/sheridanbio.htm>).

- Virginia Military Institute, *VMI's Civil War Generals James E. Slaughter, Class of 1848*, (DE 29 de octubre de 2009 <http://www.vmi.edu/archives.aspx?id=5653>).
- Wallace Lewis (DE 29 de octubre de 2009, <http://www.civilwarhome.com/wallacebio.htm>).
- La dieta de Frankfurt en <http://www.artehistoria.jcyl.es/historia/contextos/2514.htm> (DE 8 de abril de 2012)
- Designación de Peter Campbell Scarlett en *London Gazette*, 11 de noviembre de 1864, no. 22910, p.5309 (DE 10 de enero de 2012, <http://www.london-gazette.co.uk/issues/22910/pages/5309>).